

Selecta

EXILIO

EN LOS OJOS DE
VAN GOGH II

BETZACOSTA

Exilio

En los Ojos de Van Gogh. Libro 2

Betzacosta

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Venezuela, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

A Paulina Cortez-Monroy, Gisela y Gine. Por ser
mis ojos, corazón y razón en esta historia.

«Ama muchas cosas, porque en amar existe la verdadera fuerza y quien ama mucho logrará mucho, y lo que se hace con amor, está bien hecho.»
«Parece que hubiera en él dos personas, una maravillosamente dotada, delicada y tierna, y la otra egocéntrica y despiadada.» *Vicente Van Gogh, Cartas a Théo.*

Capítulo 1

*Y pienso en ti cada vez que la vida me golpea,
pienso en ti siempre que no estás cerca, y tú
hiciste tu vida en algún sitio lejos de mí, síp,
pero tú aún eres mi hogar.*

Think of you, A Fine Frenzy.

Samantha Heller estaba semiacostada en su sofá mullido y naranja, tenía las piernas sobre la mesa de madera y la cabeza colgando en el respaldo. Miró el mobiliario de su hogar y sonrió. Se sentía satisfecha por todo lo que había logrado en los últimos cuatro años. Sí, su apartamento no estaba ubicado en una de las mejores zonas de Chicago, no podía compararse a South Shore, menos con la casa familiar donde se crio en Albany Park, pero le venía bien y consiguió un buen precio; tenía un despacho para trabajar, estacionamiento, un parque frente al edificio y una piscina comunitaria dentro del complejo, la cual Nella y Jared —hijos de su amiga Alexa y su esposo Lucas—, ese día habían aprovechado y disfrutado hasta agotar todas sus energías.

Siempre que cuidaba a esos dos niños, que adoraba más que a sí misma, terminaba drenada y necesitaba casi un día completo de recuperación, pero no lo cambiaría por nada, en especial hoy, que se cumplía un aniversario más de su nueva vida.

Estaba conforme, sin embargo por estas fechas, la melancolía la invadía, y ese sentimiento era un potente fomentador de su ansiedad por pintar, pero no lo hizo, porque no tenía la fuerza para asumir los efectos que traería a su medianamente pasiva vida, el plasmar algo en un cuadro. La noche anterior, no logró pegar un ojo, a pesar de los intentos de Christian por distraerla.

No obstante y fuera de todas las emociones de pesar que asomaban por esos días, tenía muchos motivos para estar feliz. Su pequeña familia de elección estaba creciendo, Alexa estaba embarazada de su tercer bebé — para terror de todos los que la conocían—, y Sam sería la madrina.

Los padrinos de Jared eran Kate, hermana de Lucas, y su esposo. Oliver fue el elegido para ser el de Nella; no que eso significara que lo hubiese visto, a pesar de que en esa oportunidad él había viajado a Chicago.

«Nunca volví a verlo», se repitió, como boicoteando su ya reducida tranquilidad.

Sam se rindió por fin a cualquier intento con Oliver después de la boda de Alexa y Lucas. Recuerda que esa vez, viajó a Londres decidida a pasar por alto la absurda prohibición del abuelo de Oliver, y a cualquiera que se interpusiera entre él y ella, pero Oliver nunca llegó a la ceremonia, ni tampoco a la recepción. Al parecer estaba tan renuente a volver a verla que decidió faltar a la boda de su mejor amiga.

Después de ese viaje, y de haber visto llorar a Alexa, oírla insultar y rabiarse porque su mejor amigo le había fallado, Sam dejó de acudir a cualquier evento donde existiera la posibilidad de encontrarse con Oliver. Ellos eran mejores amigos, desde mucho tiempo antes de que ella se involucrara en esa relación, por lo tanto era injusto que se alejaran por su causa.

Sam sintió un peso en su mano derecha y bajó la mirada hacía Lira, la gata gris y peluda, que subió su mirada azul hacia la suya. La acostó sobre su falda y la empezó a acariciar con cariño, ella sonrió cuando empezó a lamerle sus muñecas. El animal, en vez de tener el típico comportamiento de un gato — muchas veces apáticos e indiferentes—, era una especie de perra encubierta, caprichosa y malcriada, que desde que la adoptó como su dueña —es decir, desde que entró en su apartamento y se acostó en su sofá, tres años atrás—, hacía con ella lo que quería.

—¡Eh! Por qué estás tan enfurruñada, fui yo quien se tuvo que encargar de los pequeños tornados. Estoy cansada, Lira, tienes que consentirme —le exigió y se preguntó si no se estaba volviendo un poco loca, por hablarle a la gata como si esta la entendiera; la soledad tenía efectos secundarios graves.

Reposó su cabeza en un cojín y observó el florero artesanal que adornaba la mesa, lo había esculpido su madre, sonrió al recordar su estadía en Oregón. Christian la había instado a viajar después del nacimiento de Nella, y Sam lo consideró una buena idea porque, cuando Alexa tuvo su primer hijo, surgió la necesidad absoluta de conocer sus raíces y de despedirse de sus padres.

En su ciudad natal visitó sus tumbas, y aunque creyó que iban a estar

descuidadas las encontró casi intactas, ya que los amigos y vecinos de su familia las atendían muy bien. Ella disfrutó visitarlos, sobre todo escuchar anécdotas de sus padres, incluso le enseñaron fotografías y la hicieron llorar en más de una vez al escuchar en reiteradas ocasiones cuán amada había sido y las maravillosas personas que habían sido sus padres en vida. El florero se lo regaló Bertha, una de las mejores amigas de su madre, justo el día en que se regresaba a Chicago. Le contó que había sido un regalo de cumpleaños y con el tiempo se convirtió en una de sus posesiones más preciadas.

El *beep* de su intercomunicador la sacó de sus hermosos recuerdos, estaba realmente cansada, así que hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse e ir a atender el citófono.

—¿Sí?

—Abre la puerta, Sam —le ordenaron.

Se estremeció por esa voz que tanto tiempo tenía sin escuchar y pulsó de inmediato el botón que abre la puerta de la entrada, sintió que temblaba ante la idea de que Susan la hubiese buscado por fin. Salió al pasillo y caminó hacia el ascensor con los labios resecos y el corazón retumbando contra su pecho.

Su mente le decía que no se creara esperanzas, su tono no parecía amigable; sin embargo, su alma seguía sintiéndose exaltada, con el anhelo resollando y gritando.

Cuando el ascensor se abrió, Samantha quedó paralizada.

Los cuatro años pasados no hicieron mella en Susan, porque estaba incluso más hermosa. Su cabello lacio y de color miel llegaba casi a la altura de su nuca, y sus ojos azules parecían más grandes porque estaba mucho más delgada de como la recordaba. Detrás de ella, se encontraba un niño de un metro y unos centímetros de estatura, su cabello era de un miel claro, tenía los ojos tan grandes y tan azules que la asombraron y era incluso más precioso de lo que había imaginado cada vez que pensaba en él; estaba tomado de la mano de su madre y se mordía un dedo mientras el cabello liso le caía por los ojos y le molestaba, porque de vez en cuando parpadeaba profundamente en un intento vano de quitarse el cabello de la vista.

—¿Susan? —preguntó, temblando sin control.

Su prima la miró con rabia. Sam no lo entendía, llevaba años haciendo las

cosas bien, sin confusiones, sin hacer daño.

Un segundo después, Susan le lanzó una hoja de papel en la cara y Sam parpadeó, observando el material desplegado en el suelo.

—¿Ves? Para que no te sorprendas cuando te enteres. Después de todo lo que nos hiciste, él tampoco te quiso.

Se arrodilló con el corazón en su garganta sin saber a qué o a quién se refería, por un momento pensó que hablaba de Oliver, que estaba en la ciudad o algo así. Aunque no creía que Alexa dejaría de contarle algo así, a pesar del acuerdo tácito que había entre todos los del grupo de no hablar de él en absoluto. Cuando Oliver se fue, Sam se la pasó casi un año completo atormentando a su amiga para que le diera reportes y cuando no tenía los resultados deseados, acudía a Lucas, o a Christian, pero cuando ninguno correspondía a sus ruegos, ella se comía todas las noticias que podía conseguir en internet. Después de la boda de Lucas y Alexa se detuvo por completo. Necesitaba por fin cortar de raíz toda esa historia.

Leyó el contenido de lo que parecía ser una copia de un correo electrónico y tragó grueso al descubrir al protagonista del mensaje, el que había provocado tanta ira en su prima, que la envió directo a su puerta. No entendía por qué no le resultó obvio desde el principio, tal vez porque ya no pensaba en él, y cuando lo recordaba sólo era cuando repasaba sus propios errores y arrepentimientos.

Amiga, quería contarte, para que no te enteres por otro medio, que el quince de junio Michael se casara con Hannah Anderson, la hija de Hubert Anderson.

Lo siento, tanto.

Al parecer son novios desde hace un año, se conocieron en un restaurante...

—Lo siento, Susan —dijo con lástima, todavía agachada frente a su prima—. Si pudiera hacer algo para eliminar tu dolor, lo haría.

—Ya hiciste suficiente, ¿no lo crees? —Bufó y se pasó una mano por la cabeza, para apartarse el cabello de la cara—. ¿No te duele esto? Luchaste tanto para quitármelo y al final tampoco se quedó contigo.

Sam negó con la cabeza y se sentó sobre sus talones.

—Tengo años sin verlo. Desde que Sebastian nació, específicamente, que

me lo encontré en la clínica cuando salí de verte. Le dije que no se volviera acercarse a mí y lo ha cumplido, gracias a Dios.

—¿No y que lo amabas? ¿No fue por eso que hiciste lo que hiciste? — ironizó y Sam se concentró en sus ojos que cada vez estaban más brillantes.

—Te lo dije el día en que nació Sebastian, tú eres lo más importante que he tenido en mi vida, él nunca importó.

Susan se giró y comenzó a caminar hacia el ascensor.

—¿Esto es todo? —le preguntó desesperada levantándose del suelo para alcanzarla y detenerla, su prima no se giró a verla—. Te pedí que me insultaras, que me gritaras, que me golpearas, en cambio, rechazaste cada gesto que hice para acercarme a ustedes durante todo este tiempo. Cuatro años, Susan. ¿Y cuando por fin vienes aquí, me tiras un papel y te largas?

—¿Y que querías que hiciera? Nunca podré volver a confiar en ti. Para ti siempre ha sido tan fácil, siempre has tenido a alguien dispuesto a cuidarte, yo nunca provoqué ese sentimiento, en nadie... yo era la que protegía, Sam.

—Lo sé —respondió y se acercó un paso hacia ella—. Te amo y te extraño. Y quiero estar en la vida de mi sobrino —rogó mirando a Sebastian.

—Michael ni siquiera lo ha visto más de un par de veces desde que nació —confesó con voz rota.

Sintió que sus ojos se humedecían así que se forzó a contenerse. ¿Cómo pudo alguna vez creer que ese hombre era maravilloso?

—Lo siento —susurró con voz triste.

—Creí que era por ti —culminó, y Sam jadeó aturdida.

—Cariño, jamás haría algo así.

—¿De verdad? Porque creí que nunca me traicionarías y lo hiciste.

Sam se apartó un paso por el impacto que le causó esa declaración y se pasó la mano derecha por la cara.

—Si me permitieras entrar de nuevo en tu vida, te prometo que jamás volveré a quebrar tu confianza. Te necesito y te quiero, prima, por favor, te lo ruego.

La vio bajar la cabeza, y forzando algo que no debería ser impuesto, caminó los pasos restantes hasta girar y quedar frente a su prima. Se acercó y acuclilló frente al niño.

—Hola, Sebastian —susurró sonriéndole con cariño. El pequeño la miró confundido y después volteó hacia su mamá—. Feliz cumpleaños. No puedo

creer lo grande y hermoso que eres. —El niño la miró con expresión curiosa, su cabeza ladeada, ella quería oírlo hablar con desesperación—. Estuve contigo y tu mamá el día en que naciste, eras un pequeño ángel en ese entonces y robaste por completo mi corazón.

Iba a acariciar su mejilla, pero Susan, impulsivamente, lo tomó del brazo y lo alejó unos pasos, Sam bajó la cabeza y respiró hondo para aplastar el dolor que le provocó ese rechazo.

—No —dijo entre dientes su prima y ella asintió con un nudo en la garganta.

Samantha se enderezó y vio cómo Susan caminaba hacia el ascensor, para alejarse nuevamente de su vida. En ese momento, impulsada por la desesperación, corrió hacia su familia para alcanzarlos antes de que las puertas del elevador se cerraran, cuando llegó puso su brazo derecho entre ellas y activó el sensor de cierre provocando que las puertas volvieron a abrirse, ella se instaló frente a su prima.

—¿Qué demonios haces? —le preguntó Susan, escondiendo a Sebastian detrás de su cuerpo.

Sam la tomó de un brazo y la acercó hacia ella. Su prima era más pequeña, al menos veinte centímetros; sin embargo, siempre le había parecido gigante, mayor y mejor que ella. Y no importó el tiempo que hubiese pasado sin verla, la idealización física que había hecho de ella no había cambiado. La envolvió en sus brazos y apretó con fuerza. Al principio creyó que lucharía para alejarla de su cuerpo, pero solo se quedó estática, como si no se hubiera esperado esa muestra tan efusiva de afecto.

Sam disfrutó de ese abrazo, sentir la calidez de su prima y lo familiar de su olor. Todavía seguía usando el mismo perfume. El momento estuvo completo cuando sintió la mano de Sebastian agarrando su jean y movió la cabeza para encontrarse con sus ojos ansiosos.

—Te necesito, Susan —le repitió, y su prima trató de removerse, pero Sam no dejó que huyera—. Y a Sebas. Sé que tú también me necesitas. Quiero que seamos una familia de nuevo, que...

—A la familia no se la traiciona —la interrumpió, peleando para que la liberara.

—La familia perdona —le refutó abrazándola con mayor fuerza—. Nadie es perfecto, yo nunca dije que lo fuera, más bien soy el ser más imperfecto del

planeta. Y fui peor en ese entonces, porque estaba muy confundida. Hay ocasiones en las que todavía me pregunto en qué diantres estaba pensando. Aun así te juro que luché contra lo que sentía, me fui lejos para no traicionarte, lo intenté y lo había logrado, bueno, hasta ese día.

—Sam, no quiero excusas. No valen...

—Lo sé —dijo, luego ladeó la cabeza porque escuchó que el ascensor llegaba al vestíbulo y abría sus puertas—. Te di tiempo, hoy te pido una oportunidad, sé que no será fácil, que hay muchas cosas que resolver entre nosotras, aunque creo que tal vez tu reacción de venir aquí no fue por completo por Michael, sino porque una parte de ti que mantienes callada y controlada también me quiere de vuelta. Le tengo fe a esa parte. Por favor, te lo estoy rogando —dijo, y luego la dejó libre para que bajara del ascensor.

Susan la observó por unos segundos. Cuando la puerta del ascensor empezó a cerrarse la bordeó y caminó hacia la salida llevándose a su hijo, sin responderle nada. Sam hundió los hombros y bajó la cabeza, los mechones de su cabello sujeto le caían sobre la cara.

—A Sebastian le encanta dibujar —escuchó que le decía. Subió la cabeza asombrada, y se giró para encararla, aunque su prima seguía dándole la espalda—, y yo no sé nada de eso. Me hace recordar a ti.

Sintió que su pecho se expandía y una lágrima cayó por su mejilla.

—Puedo enseñarle —susurró con las manos en los bolsillos traseros de su jean, sabía que no podía abalanzársele encima y llorar como un bebé de la emoción.

—Tal vez —respondió Susan y siguió caminando hacia la salida, arrastrando a su hijo que en ese momento tenía la cabeza virada hacia Sam y la miraba con interés.

Ella se dejó caer en la pared del ascensor tapizada con el espejo y cuando las puertas de metal se cerraron, empezó a llorar con libertad.

Ese «tal vez» le supo a algo parecido a gloria.

Al salir del ascensor recogió la hoja del suelo, entró a su apartamento y la dejó en la mesilla. Observó a Lira con los ojos enrojecidos y la gata salió corriendo a su encuentro, y cuando llegó a su lado comenzó a acariciar sus piernas. Sam se agachó y la sobó con cariño, a la vez que veía la hoja y pensaba en el hombre que una vez significó tanto en su vida.

«¿Vendrá él a la boda de su hermano?», se preguntó y negó con la cabeza

por ese pensamiento tan estúpido.

Ella había arruinado esa relación, ese último día dejaron de ser hermanos, por su idiotez. El pesar, el anhelo y la culpa volvieron a invadirla y caminó hasta su estudio, hacia su cabestrillo y el lienzo. Colocó el reproductor de música en modo aleatorio, cogió el pincel, y se preparó para pintar.

—TRAJE TAI —ESCUCHÓ Sam, muchas horas más tarde. Había estado tan absorta en su obra, que ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaba sola.

Se giró a verlo y encontró a Christian mirándola con algo parecido a terror. Lo entendió, ya que era quien más la conocía. Años atrás, cuando se reunió con él para la firma del divorcio, no se equivocó con su percepción; de hecho, ambos perdieron cosas importantes y casi vitales para su existencia, y desde entonces se volvieron fieles protectores del otro. Él la hacía sentir querida y útil, la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él, lo sanaba tanto como él la sanaba a ella. Construyeron una especie de familia, en donde el apoyo y el afecto los hacía sentir menos solos, ya que ella había perdido la suya debido a sus decisiones y él nunca tuvo una.

Fue por ese motivo que sonrió ampliamente, y con los ojos llenos de lágrimas.

—Susan vino a verme y trajo a Sebastian —susurró como explicación y saltó del asiento para abrazarlo—. Es hermoso, Chris.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó, acariciando su espalda.

—Tal vez sea posible recuperarla —reconoció y él le regaló una sonrisa—. Creo que siempre tuviste razón; ella ha sufrido todos estos años por apartarme de su vida y... Michael se va a casar.

Christian se apartó, y cogió el pincel de sus manos manchadas.

—Tenías tiempo sin pintar.

—Un año y medio —corroboró y dejó caer la cabeza contra su hombro, respirando profundo, para calmarse. Él se tensó contra ella—. Casi el mismo tiempo en el que no has leído tu cuaderno —culminó.

Ambos se miraron y Christian le sonrió con gesto burlón. Ella asintió, no tenía necesidad de decir algo, lo entendía, por algo el cuaderno que era su tormento, estaba guardado en ese despacho, en su escritorio.

—Vamos a comer, estoy hambriento y hay razones para celebrar, no para deprimirse. Tu prima volvió a tu vida y Michael por fin se va.

Ella asintió y lo soltó para que fuera a servir la comida, mientras Sam se quedó para limpiar todos sus implementos. Vio el cuadro por unos minutos antes de salir del despacho, y jadeó, el pesar y el arrepentimiento amenazaron con ahogarla. Cuando por fin pudo apartar la mirada de la pintura, se dirigió a su habitación.

Entró a la sala casi veinte minutos más tarde. Se había duchado y vestido con un pijama de color blanco. Su cabello rojo estaba sujeto en una coleta y se movía a los lados mientras caminaba, cayendo liso por su espalda, iba descalza y Lira la perseguía.

Christian estaba sentado en el sofá naranja y había acomodado la comida en la mesa de café frente a ellos. Ella se sentó a su lado y tomó uno de los envases cuadrados.

—Salud —dijo él con una copa de vino y ella sonrió levantando la suya.

Comieron y hablaron solo del trabajo y de la amenaza que representaba el nuevo embarazo de Alexa.

—Juro que un minuto después de enviar un correo colectivo advirtiendo que estaba embarazada de nuevo, escuché que una ventana se abría y luego varios gritos horrorizados. No sé quién habrá evitado el suicidio —exageró él cuando ya terminaron de comer.

Sam, que estaba bebiendo su bebida en ese momento, soltó una carcajada tan estruendosa que se ahogó y terminó tosiendo. Christian le dio golpes en la espalda y le pasó una servilleta, riéndose a su vez.

—Por lo menos no tuvieron que llevarla al hospital diez veces, porque siempre estaba entrando en proceso de parto —refutó ella, recordando los tres días que pasó en su casa porque Lucas había tenido que viajar por negocios. En esa oportunidad, Alexa estaba en las treinta y cuatro semanas de gestación de su segundo embarazo. Christian se carcajeó—. Por cierto, me contactó la empresa donde me recomendó Alex, les gustó mi portafolio y creo que me van a contratar para la campaña.

—Dame el nombre de esa empresa para investigarla —pidió Christian, su expresión terca y dura.

Sam puso sus ojos en blanco.

—¿Puedes, por favor, parar de revisar las empresas que me contratan? Eres el Director Legal de Aldrich-Millicent Chicago, no tienes tiempo para esas nimiedades.

—Soy tu asesor legal y manitas, así que aprovéchame —le interrumpió y le guiñó un ojo—. Además, estoy actuando *pro bono*. —Ella iba a hablar, pero él la interrumpió levantando la copa de vino—. Déjalo ir, ¿quieres?

Ella entrecerró los ojos sin presionar más, sabía que ese día estaban al límite; sobre todo después de haberla encontrando pintando.

Sam jamás creyó que se dedicaría a la publicidad y diseño de productos de empresas, pero cuando se graduó estaba quebrada y sola, no tenía ni un mínimo de vocación para la educación y no contaba con los medios para hacer una especialización de curaduría de arte como hizo Rachel. Así que cuando Lucas le pidió que le creara un proyecto para los diseños de su empresa, lo aprovechó, porque aparte de ver ahí un nicho en donde comenzar a desarrollarse laboralmente, ya había descartado hace tiempo dedicarse a la pintura.

Para ser honesta, al principio creyó que no le gustaría; era una artista, necesitaba inspiración y trabajar sus propios proyectos. Además, cuando vio esos temas en la universidad no le llamaron en absoluto la atención. Después se dio cuenta de que era una artista más en la disciplina del arte, aunque más dinámica y divertida; y lo más importante que todo: la ayudaba económicamente, lo cual, en ese momento, era algo primordial.

Tres años después, era dueña de una firma unipersonal, tenía varios clientes fijos, muchos otros por referencia. Cuando por fin recibió su fideicomiso, invirtió una gran parte de ese dinero en una computadora de último nivel para trabajar con mayor facilidad.

Christian colocó la caja de comida y el vaso en la mesa, después se apoyó en el respaldo del mueble y la jaló para que se acomodara a su lado.

Sam dejó las cosas en la mesa, dobló las piernas sobre el sillón, y se ovilló sobre Christian quien comenzó acariciar su espalda.

—Michael continuó su vida como si nada, y se va a casar —le susurró unos minutos después.

—No puedes juzgarlo por lo que tú harías o decidiste hacer, Bambi —le dijo. Sam sonrió ante el apodo que siempre usaba cuando estaban solos—. Las penas y gracias son distintas en cada persona, y ese hombre solo quiere las propias.

—Susan me dijo que ni siquiera se preocupa por su hijo. Solo lo ha visto contadas veces. No logro concebir cómo pude arruinar mi vida por él.

—Basta, ¿qué te he dicho sobre eso? Deja de juzgarte con tanta severidad, además no arruinaste nada, te veo bien y viviendo. Los errores se lloran solo cuando causan muertes.

—¿Y los tuyos? No veo que sigas esa actitud tan magnánima cuando se trata de ti.

—Yo causé una muerte —dijo con voz más retraída y oscura.

—No lo hiciste —respondió y lo abrazó más fuerte. Christian suspiró y la envolvió con mayor seguridad—. Eres responsable solamente de tus actos, eso es lo que me has enseñado. Tú fuiste culpable por no haber querido ver la realidad, yo lo fui por enfocarme en delirios y ella lo fue por ser... —Él le tapó la boca con su mano libre. Ella sonrió y negó con su cabeza para que entendiera que nunca la ofendería. Bajó la mano y Sam suspiró—. Por haber sido tan idiota al dejar de creer.

—No es fácil creer cuando te lo quitan todo.

—No, no lo es —aceptó—. Lo sé. —Miró hacia la ventana, hacia la oscuridad de la noche y volvió a suspirar—. ¿Crees que sean felices?

—No lo sé —respondió Christian—. Espero que ella lo sea, que esté en algún lugar lejos y por fin haya conseguido lo que tanto deseaba. ¿Tú no?

—Dios, claro que sí —susurró y miró hacia la ventana de nuevo.

Esperaba que Oliver la hubiese perdonado y que sea feliz con alguien mejor que ella, aunque jamás volviera a verlo.

—¿Te quedarás esta noche? —le preguntó Sam, levantándose para recoger y botar los desechos.

—Intenta detenerme.

—Vale. Entonces párate y, como un niño bueno, ayúdame a limpiar. Si cumples tu tarea tal vez no te ponga a dormir con la gata —se burló para aligerar el ambiente y volver a su rutina normal, sin pensamientos o preguntas tristes.

Christian se tensó por su amenaza, y después ambos rieron antes de seguir con sus tareas.

Capítulo 2

*Cuando mi amor por ti era ciego, pero no pude
hacerte verlo, no pude hacerte ver que te
amaba más de lo que alguna vez sabrás.
Una parte de mi murió cuando te dejé ir.
Blind, Lifehouse.*

El vuelo de Londres a Chicago pasó sin muchas complicaciones, Oliver llegó con el tiempo justo para registrarse en el Marriot, cambiarse e ir a la ceremonia. Consideró anunciarle a Alexa sobre su llegada, pero prefirió no hacerlo hasta el día siguiente, solo deseaba terminar con todo este trámite de una vez, ni siquiera quería estar allí, y de no ser por Ilana de seguro no habría ido.

—¿Listo? —le preguntó Ilana sonriendo y extendiendo su mano para que la tomara.

Él sonrió y se tomó unos segundos para contemplarla, ella lucía despampanante, el vestido rojo entallado mostraba toda su figura y curvas sutiles, el maquillaje de alguna forma enfatizaba sus ojos azules y su cutis tan suave como el mármol.

—Estás hermosa —le dijo y ella sonrió de lado con expresión coqueta—. ¿No te han hablado del protocolo de las bodas? —le preguntó con tono burlón—. ¿Sobre el color rojo y las consecuencias de verte más sexy que la

novia?

—Pensé que el objetivo de esto era mostrarme —le respondió con una sonrisa de suficiencia y él hizo una mueca.

—¿No era más bien sobre la familia y toda esa pendejada? —le refutó. Ilana se encogió de hombros y él puso sus ojos en blanco—. Bien, empecemos la función —saturizó y fueron camino al auto con chofer que rentaron por el par de días que estarían en Chicago, aprovecharía para verificar la empresa ya que estaba allí. El trabajo del Director nunca paraba.

Llegaron al salón de gala del Ritz cuarenta minutos más tarde. Él casi bufó a ver la decoración sobrecargada y ostentosa, no era que fuera de mal gusto, sino que era una declaración que los de su círculo jamás se atreverían a hacer.

Gritaba «nuevo rico» en cada esquina.

—Casi hace sangrar tus ojos, ¿verdad? —le preguntó Ilana tratando de controlar su risa, confirmando su último pensamiento.

Él asintió y la guio para tomar asiento en uno de los puestos más alejados del altar.

Al parecer, llegaron justo a tiempo, ya que la mayoría de la gente estaba sentada a la expectativa y en silencio. Michael estaba frente al pastor y Ethan se encontraba parado a su lado, junto con otros dos hombres que no conocía. Oliver se escondió en su asiento, jamás buscaría cumplir con la etiqueta en la boda de su hermano. Primero muerto antes de volver a pararse al lado de ese imbécil.

Justo en ese instante la frustración y recriminaciones volvieron a invadirlo como antaño. La mujer lo rechazó, engañó y usó y finalmente ni siquiera se quedó con Michael. ¿Todo por nada? Ese pensamiento lo atormentó durante todo el tiempo que duró la ceremonia, mientras culminaba y los encargados de ceremonia los guiaban al salón adjunto donde se efectuaría la recepción.

Ni siquiera se molestó en moverse para felicitar a los novios.

Luego de terminado el brindis, las felicitaciones y empezado la música, supo que no podría postergarlo más. Caminó junto a Ilana, mirando alrededor hasta que vio a su padre acompañado de Ruth. Se acercó para saludar y hacer las respectivas presentaciones. Ambos los saludaron con ligera reticencia y Ruth miró a Ilana con expresión despectiva, sobre todo

cuando se enteró de dónde provenía.

—¿Verdad que es hermosa mi nuera? —preguntó Ruth en tono orgulloso unos minutos más tarde, cuando ya el silencio resultaba incómodo—. Es de muy buena familia, muy rica, nuestra Hannah, Michael la conoció hace un año y está completamente enamorado de ella.

Él la miró, sinceramente dudada sobre esa última declaración. La mujer continuó hablando sobre las maravillas de su nueva nuera y Oliver se preguntó si existía alguien más interesado que ella. Unos años atrás, Susan fue la mejor esposa, la más inteligente y compasiva, pero ya no era así, sino que el dinero era lo más importante.

En ese momento Michael lo vio y pareció impactado, como si no esperara que fuera al evento. Acompañado con su esposa, se acercó dónde estaban, besó a su madre, y después giró hacia él.

—Oliver —saludó con tono receloso.

—Michael —dijo de regreso, con expresión y tono plano.

—Te presento a mi esposa, Hannah —le señaló a la pelinegra rellenita, aunque era hermosa—. Mi cielo, él es mi hermano.

—Mucho gusto —sonrió la mujer y estrechó su mano—. Michael me dijo que vivías en Londres, dirigías una empresa y por eso no venías a visitarlo a menudo.

Oliver sonrió ante esa mentira y colocó una mano en la espalda de Ilana.

—Es cierto —dijo casi con tono burlón. La rubia a su lado se aclaró la garganta y él logró controlarse—. Ilana, te presentó a mi hermano y su esposa.

Eso pareció cortar la tensión del momento y pasaron los diez minutos siguientes hablando de cosas sin transcendencia, intentando por todos los medios ignorar a la persona, que sabía, ambos estaban pensando.

—¿Podemos hablar un momento, hermano? —pidió entonces Michael, pareciendo al borde y él asintió apartándose de las mujeres.

Oliver caminó hasta un lateral del salón y se giró hacia el rubio, se veía igual que antes, su cabello quizá un poco más corto, con toques grises en las patillas, además notó en ese instante que tenía arrugas en sus ojos y en cada lado de los labios, era obvio, después de todo ya tenía treinta y nueve años de edad.

—¿Qué demonios quieres? —le escupió de inmediato, dejando de

disimular dado que se encontraban solos.

Michael lo observó confundido y trató de sujetar su antebrazo, pero él se apartó.

—¿Nada ha cambiado? —le preguntó con una sonrisa burlona bailando por sus labios.

—No eres mi hermano, ya te lo dije una vez —le respondió hastiado.

—Pensé que nueva esposa, nueva vida, que viniste como señal de paz —comentó y se encogió de hombros.

Oliver bufó y negó con la cabeza, mientras ansiaba emitir una risa sardónica. Pero no lo hizo.

—¿Esa es tu filosofía? —le preguntó —. ¿Así vivirás toda tu vida?

—Deberías intentarlo, es bastante práctico —le comentó y parecía tan tranquilo, como si nada hubiese sucedido antes. Oliver miró a su alrededor, a los invitados y una duda se instauró en su cabeza.

—Dime algo, ¿cómo está tu hijo? ¿Por qué no está aquí? No lo veo por ninguna parte.

Michael se tensó aunque no apartó su mirada, su expresión tosca, a la defensiva.

—Mi hijo está con su madre, como debe ser —le dijo y desvió la mirada.

Oliver lo supo, entendió que él había hecho lo mismo que hizo su propio padre, desplazó a su hijo, como si no valiera nada, a favor de otra familia.

Furia irracional embargó su ser.

—¿Está con...? —Negó con la cabeza y se acercó un paso para que nadie lo oyera—. ¿Por lo menos lo visitas? ¿Cuántos años tiene ya? ¿Cuatro? ¿Tres?

Michael lo miró dudoso, causando que su furia aumentara más, si acaso fuera posible.

—Es solo un chiquillo.

Oliver sonrió sin humor mientras metía las manos en su bolsillo.

—Eres una basura, lo más seguro es que quieras continuar con el ejemplo de Ethan y lo busques a los siete años, ¿es eso?

—Estaba dispuesto a intentar solucionar esto, pero todavía sigues con lo mismo. Eso es historia, hermano, ¿Cuándo aprenderás a superar las cosas?

—Es tan condenadamente triste que ella siempre te prefiriera a ti —espetó Oliver.

Lo miró de arriba abajo y quiso matarlo, masacrarlo para liberar al planeta

de su existencia. Otra parte de su ser ansió gritarle a la estúpida mujer vestida de novia e informarle en qué se estaba metiendo, pero lo más seguro es que la idiota lo amara. Por supuesto, Michael era amable, adorable, y todos lo amaban, jamás eran capaces de ver la realidad.

—¿Y todavía te duele? —le preguntó, acercándose otro tanto—. Acéptalo, ella me amaba a mí y la hubiese tenido si no fuera por tu intervención, pero no importa, ahora tengo lo que en verdad necesito. ¿Puedes tú decir lo mismo? —Lo miró con burla y bufó—. No, porque no la tienes a ella. Eres un idiota, creí que lo habías superado, por favor, mira a la mujer que tienes al lado, es una diosa en comparación de Samy, aunque hay que aceptar que siempre tuvo lo suyo, pero eso tú y yo lo sabemos, ¿no es así? —terminó y sonrió con suficiencia.

Él entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Espero que la hayas disfrutado —le escupió. Deseó golpearlo pero se contuvo a duras penas, estaba en un sitio público, en una boda —en su boda — no podía hacerlo.

—Oh, lo hice, disfruté mucho quitándotela y todo lo que pasó después. Además, tú también la dejaste, ¿o me equivoco? —preguntó y lo miró con los ojos entrecerrados. Oliver no respondió nada—. ¿Para qué sigues dándole vueltas a lo que pasó?

Él miró al hombre que por mucho tiempo apreció y creyó su familia, y negó con la cabeza.

—Hasta nunca, Michael —le dijo y se giró para caminar hacia los demás sintiendo que bullía por dentro.

—Imbécil —escuchó a sus espaldas, pero siguió caminando, tomó a Ilana y la sacó del hotel sin poder procesar qué acababa de suceder, sintiendo la necesidad de saber lo que por tanto tiempo quiso ignorar. Su cabeza era un total revoltijo, mezclado con furia, odio y satisfacción al saber que Michael no la poseía; quería gritar, disfrutar de forma enfermiza que siempre tuvo razón sobre él.

—¿Oliver? —le preguntó Ilana, posó una mano en su antebrazo, pero él ni siquiera podía sentirla—. ¿Qué sucede? —insistió, ya parados frente a la puerta del automóvil.

—Ilana —dijo y fijó su visión en la expresión preocupada de ella—. Ve al hotel.

Ella frunció el ceño, interrogante.

—¿De qué hablas? Ambos vamos al hotel, hay un suflé que quiero probar y me dijiste... —Se detuvo y lo miró fijamente, casi impactada—. Oliver, ya todo eso está acabado, no hay necesidad de remover el pasado. —Negó con la cabeza y ambos intercambiaron miradas sin decir palabra por un par de segundos—. Me equivoque al insistir en venir aquí, ¿verdad? En vez de ofrecerte un cierre creo que lo removí todo.

—Solo daré un paseo —espetó y se pasó una mano por su cara—, todo eso ya está olvidado, pero debo descargar un poco de adrenalina.

—Podemos irnos directo a la cama y te ayudaré a quemar toda la adrenalina que desees.

Él sonrió y se acercó para besar su frente, acariciando su cuello. Ella deslizó una mano por su mandíbula.

—Entonces nos vemos en el hotel —le dijo ella después de apartarse y se metió en el vehículo alquilado.

Una vez solo, Oliver se pasó una mano por el cabello preguntándose a dónde iría ahora, necesitaba calmarse, se sentía alterado, incluso sus manos temblaban y su pecho retumbaba. Comenzó a caminar sin rumbo por un rato, desbarató su pajarita y desabrochó dos botones de su camisa, justo antes de volver sus manos en puño para recuperar un poco de control, allí decidió encaminarse hacia la empresa, cuestionándose si esta vez el trabajo y el licor serían suficiente para anestesiarlo.

Capítulo 3

*Existe un sitio que refleja una luz
que ilumina un pleamar infinito,
pero supongo que debo
resignarme a nunca encontrar el
mío. Shhh, nunca he mentado,
todos esos sueños adolescentes los
enterré porque hieren como la
kryptonita.*

Comic Book, Emmy The Great.

Samantha entró a su casa ya entrada la noche. Estaba agotada. Por la tarde había tenido una nueva reunión con Susan y Sebastian, y fue tan desastrosa como las anteriores. La incomodidad y la confianza rota le impedían avanzar, ella quería confesarle a su prima su vida diaria, o el hecho de que sin importar cuánta gente tuviera alrededor, se sentía sola, porque siempre la había extrañado a ella, pero las palabras jamás podían salir de sus labios. Y para Susan era peor, porque aunque no se diera cuenta, la seguía protegiendo, se callaba por su causa, no la insultaba o recriminaba, porque no quería hacerle daño. Necesitaba que su prima dijera su verdad, era la única forma de avanzar, pero nunca sucedía.

Lo único maravilloso era Sebas, tan inocente, dulce y tímido. Donde Susan era precavida y cerrada, él era abierto y confianzudo, le regalaba pinturas, sonreía todo el tiempo e incluso le había hecho gestos graciosos para hacerlas sonreír.

Sam había sentido terror al final de esa reunión —como lo hizo en las anteriores—, porque cada vez que su prima y Sebastian se iban, no sabía si era la última vez que los vería.

Después, había quedado para cenar y ver una película con Rachel, y al terminar la cena su amiga trató de arrastrarla con ella a bailar, pero allí dejó

claro que se sentía agotada, que no se iba a suicidar porque Michael fuera a casarse y que podía estar sola, que de hecho lo prefería así.

Ese último mes, parecía que todos se hubiesen puesto de acuerdo en no dejarla sola ningún momento; visitas sorpresas, picnics improvisados, trabajos con entregas adelantadas, incluso labores de niñera de emergencia. Era un complot y le resultaba ridículo, al igual que entrañable. Los adoraba a todos. Y también la enloquecía porque sabía que, sin importar los años que transcurrieran, jamás olvidarían el estado en que la encontraron el día que perdió todo, tirada en el suelo, frente al cuadro que estaba guardado en el fondo de su clóset desde años atrás.

—Hola, Lira —saludó a la gata que estaba acostada en su cama y la observó girarle la cara cerrando sus ojos.

Se acercó a ella, se acuclilló y trató de acariciarla aunque con esfuerzo, ya que se movía para impedir que la tocara. Suspiró hondo y sacó una pequeña bolsa con palomitas de maíz que compró en el cine, el tentempié favorito de su gata y con lo que solía sobornarla.

—Aquí tienes, nena, perdona a mamá por tener vida social, sin importar lo escasa que sea —le dijo y al abrir la bolsa observó como la gata elevaba sus orejas y estiraba su cabeza, interesada.

Se levantó después de llenar su taza y se preguntó qué podría hacer antes de irse a dormir, podría adelantar el trabajo, pero la verdad no tenía muchos ánimos creativos ni deseos de buscar formas divertidas para vender un producto. Así que prefirió ir a su cuarto y tomar un largo baño con espuma; tal vez eso, junto con una copa de vino y música, haría que ese condenado y oscuro día pasara más rápido.

Una hora más tarde tenía puesta su bata de seda verde favorita y estaba sentada en su cama, mirando a la imagen que reflejaba su espejo mientras cepillaba su cabellera, que ya casi rosaba su cintura.

Verse a sí misma usando la bata que Susan le regaló cuando tenía quince años la llenó de nostalgia, extrañaba la sensación de seguridad que experimentó en esos momentos. Por otro lado, esos recuerdos parecían pertenecer a otra vida, ya que ahora no se parecía en nada a la chica que fue en ese entonces. Tan esperanzada y llena de vida, sin arrepentimientos ni pesares.

Se preguntó si Oliver habría leído el último correo electrónico que le envió,

o más bien alguno de ellos. Ni siquiera sabía por qué seguía escribiéndolos, quizá porque era más efectivo que pintar, o tal vez porque sentía esta necesidad de resarcirse, de saber si era feliz, y era lo único que se le ocurría hacer después de tanto tiempo.

Susan y Oliver eran las dos cargas que tenía en su vida, y no sabía cómo aliviar ninguna de ellas. Tenía la certeza de que sería capaz de hacer cualquier cosa para conseguir compensar tanto sufrimiento que les causó a ambos, por eso seguía insistiendo con su prima, y permitía su actitud casi agresiva hasta que ella estuviese lista para decir lo que en verdad sentía. Y lo aceptaría todo, porque era la única forma que veía de entrar nuevamente en su vida.

Se enfocó en sus ojos azules que parecían más nostálgicos, como si hubiesen vivido siglos en vez de unos simples veinticinco años y negó con la cabeza. No pintaría hoy, se negaba a hacerlo, así como se negaba a atormentarse por cosas que no podía cambiar. Además estaba bien, tenía a su familia por elección, unas personas que amaba y que la amaban y harían lo que fuera por ella —como quedó demostrado en su plan enloquecedor de acompañarla en todo momento—, y tenía una buena vida. Ese día solo era un simple bache en su camino, nada más ni nada menos.

Se levantó de la cama y se acercó al espejo, y repasó el paso del tiempo sobre su cuerpo. Su cabello, que llevaba liso la mayoría del tiempo, caía por su espalda. Sus facciones eran más finas también, se desvaneció por completo su redondez de niña y su cuerpo estaba más estilizado, ya que jamás pudo recuperar por completo el peso que perdió años atrás. Sin embargo, frente a todos los cambios físicos que podía observar en esos momentos o que sabía sufrió a través de los años, lo que más extrañaba era su inocencia.

La Sam de cuatro años atrás veía el mundo con los más puros e inusuales lentes rosas, todo era bueno, todo era posible.

La Sam de ahora...

Escuchó el timbre de su casa y frunció el ceño antes de soltar un grillo frustrado, de seguro era Alexa que venía a cumplir su turno de cuidados y perdió su bendita llave, ya era la tercera vez en ese mes. No entendía bien por qué, pero los primeros trimestres de sus embarazos siempre la volvían distraída y olvidadiza. Corrió descalza hacia la puerta de la entrada y la

desbloqueó de forma brusca.

—¡Demonios, Alexa, estoy bien! —comenzó a pelear incluso antes de empezar a abrir la puerta—. No tienen que seguir con esta estupidez solo porque Michael... —Se detuvo y dejó caer la mano de la puerta, inhalando fuerte.

«No soy la única que ha cambiado».

—Oliver —susurró tan bajo que casi ni se escuchó.

Él estaba allí. Frente a ella. Por un instante le resultó gracioso, tenía una imagen de él fija en su mente que rememoraba cada vez que lo recordaba, era de una noche robada, cuando todo fue perfecto sin saberlo. Se acordaba de sus propias manos en su pecho mientras le decía que lo extrañaba y aceptaba estar a su lado, a intentarlo de verdad. De sus ojos de un color aguamarina por el reflejo de la luz, brillantes, y hasta felices, una sonrisa en sus labios, y su cabello largo hasta la nuca un poco desordenado.

El hombre que estaba frente a ella no parecía ni existir en el mismo universo. Era igual de guapo, lo que es más, lucía despampanante con el esmoquin que estaba usando, e incluso parecía mucho más alto y musculoso que antes, aún la hacía sentir diminuta; sin embargo, la línea de su mandíbula, las pequeñas rayas en sus labios y la expresión en su cara, gritaba un dominio y control doloroso y casi letal, características que antes no existían. Sus ojos eran verdosos en vez de castaños, casi color lima, pero endurecidos; su cabello, más corto, estaba engominado y hacia atrás, parecía más oscuro que nunca.

—¿En verdad estás aquí? —preguntó cuándo pudo elevar su voz, aun así sonó enronquecida. ¿Estaría enloqueciendo? ¿Se había ensimismado tanto en sus pensamientos que ahora estaba sufriendo alucinaciones?

Él la miró por otros segundos sin pronunciar palabra alguna y sin ninguna expresión en su cara, solo detallándola, sus ojos la recorrieron de arriba abajo y con eso le hizo recordar la ropa que estaba usando, o más bien la falta de ésta. Dio un paso hacia atrás y él aprovechó esa oportunidad para entrar a su apartamento.

Sam cerró la puerta y observó sus manos temblorosas sobre la madera. No era una alucinación, decidió justo en ese instante, porque su nariz detectó un perfume distinto al que recordaba que él utilizaba. Había imaginado tenerlo frente a ella tantas veces, cientos de esos escenarios pasaron por su

cabeza en un segundo: llantos, gritos, ruegos de rodillas, y risas; en cada uno de ellos sus acciones resultaban escandalosas y elocuentes. Y ahora que en realidad estaba allí, ella no podía siquiera mover sus brazos para tapar sus senos llenos que debían traslucirse por la vieja bata.

Apartó las manos de la puerta así como las esperanzas que quisieron surgir en su pecho y la voz que le repetía que estaba allí, que por fin la buscó.

Se forzó a tranquilizarse y a envolverse con sus brazos antes de girar a encararlo.

Él estaba parado en la mitad de la sala y veía alrededor con expresión plana, sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón negro.

—¿Cómo estás? —preguntó después de aclarar su garganta, optando por irse por la opción más sencilla.

Oliver la miró con una expresión tan fría y dura que de nuevo le hizo pensar en cuánto podía cambiar una persona en el transcurso de los años, así como en cuánto lo extrañó.

—Bien —contestó por fin y en respuesta su cuerpo se estremeció al escuchar el sonido de su voz. Sus recuerdos no le hicieron justicia a ese tono grave y profundo—. La pregunta sería cómo estás tú —dijo con tono irónico. Sam lo observó, confundida.

—Estoy bien —susurró y parpadeó varias veces, sus ojos se humedecieron ¿Por qué tenía que buscarla en ese momento? Susan, Sebastian, Michael y ahora él, es como si el ciclo de su vida se abriera y cerrara todo en un mismo día. De nuevo—. ¿Qué haces en Chicago? —inquirió en un intento desesperado de cambiar el tema que rondaba en su cabeza.

—Fui a una boda —anunció—, aunque ya debes saberlo, ¿Alexa no venía a consolarte?

Ella se alejó un paso sin dejar de mirarlo al entender su vestuario y por qué estaba allí.

—Michael —declaró inhalando fuerte, su pecho le iba a explotar y su estómago se revolvía. Sam lo observó, interrogante—. ¿Fuiste a la boda de Michael? Pensé que él y tú...

—Creíste que por lo que sucedió no volvería a verlo nunca más —completó como si fuera lo obvio.

Bajó la mirada y se alejó otro paso de él.

—Casi se mataron ese día, y dijiste que nunca más le hablarías —

respondió, titubeante.

—Mi hermano se casaba, era parte de mis obligaciones asistir, así me lo manifestó mi padre; lo cierto es que no me perdí su primera boda, y no me iba a perder la segunda. Aunque quedé muy sorprendido.

Él la encaró con sus ojos duros y Sam frunció el ceño.

—¿Sorprendido?

—Por tu ausencia.

—¿Mi ausencia? —repitió de nuevo con voz idiotizada.

—¿No funcionó, Samantha? ¿Cuántos días tuvieron que pasar para que te dejara?

Sam lo observó horrorizada, después emitió una especie de jadeo mientras negaba con la cabeza.

—Yo no estuve con Michael. Nunca —declaró aturdida—. ¿Por qué todos ustedes piensan eso? ¿Tan imposible era simplemente preguntarme si estaba o no con él, averiguar un poco?

—¿Te abandonó después de quitarte todo el dinero que te dejé por el divorcio? —le interrumpió, aunque por sus palabras parecía que ni siquiera estuviera escuchándola de verdad.

Se tensó sintiendo que todo su cuerpo se paralizaba y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué? —preguntó azorada—. ¿De qué estás hablando?

—¿Es por eso por lo que vives así, en esta excusa de apartamento? ¿Gastaste todo mi dinero en estupideces, o lo gastó Michael, y te quedaste sin nada?

—¿Qué dinero, Oliver? Yo no me quedé con ningún dinero del divorcio, lo sabes —le replicó molesta, mientras miles de pensamientos atravesaban su cabeza, sus indagaciones no tenían ningún sentido y la confundían—. ¿Por qué estás aquí?

Él no respondió ya que estaba paralizado viendo un punto en una pared; siguió su visión y descubrió que estaba observando su colección de fotografías.

Tres años atrás, Christian le regaló una cámara profesional y con ella había adornado su pared con imágenes de su pequeña familia, todas en impresiones de blanco y negro.

En los laterales estaba una de Lucas y Alexa sonriendo; la tomó en una

tarde que fueron a un parque, ambos estaban acostados sobre la grama, él acariciaba su mejilla quitando un mechón de su cabello y ella lo observaba con expresión tan enamorada que aún suspiraba cada vez que la miraba. En ese entonces Alexa andaba embarazada de Jar y una de sus manos estaba en el vientre mientras Nella se encontraba acostada en las piernas de su padre.

En otra esquina, estaba una fotografía que tomó Christian en ese apartamento, de ella durmiendo en el sillón con Lira sobre su estómago, el cabello cubría toda su cara excepto sus labios que formaban una pequeña sonrisa. Lira miraba a la cámara, con expresión superior y aburrida.

Adoraba a esa gata.

En el lateral derecho había una del perfil de Rachel con una taza de café con crema chantillí en sus manos, estaba sonriendo y mirando hacia el frente; lo que más le fascinaba es que mostraba una calma e inocencia que nunca antes vio en ella.

En el medio de todos, la foto más grande, era una impresión de Christian y ella. Fue en ese mismo día de la salida al parque, él acababa de tirarla al suelo y estaba haciéndole cosquillas; la foto la tomó Rachel en un momento exacto cuando la estaba girando, se veía su cabello volando entre su cara, sus manos sobre las de Christian. Aunque en la realidad estaba tratando de soltarse, en la imagen parecía como si lo estuviese sujetando; y ambos reían. Le gustaba esa imagen, la emoción en los ojos de él era real y brillante. Esa foto le daba esperanza y por eso estaba en el medio. Ambos se veían como si estuvieran completos.

Ella sonrió mínimamente por el momento que captó esa fotografía, se encontraba tan concentrada en la imagen que no notó que él la estaba observando.

—Ya lo entiendo todo. Las pocas veces en que a Alexa se le escaparon cosas sobre ti, siempre mencionaba a Christian a tu lado. ¿Así son las cosas ahora, Samantha? Te volviste una mujer en búsqueda del mejor benefactor; gastaste el dinero y...

—No me quedé con nada cuando nos divorciamos, nada, no sé en qué otro idioma decírtelo para que lo entiendas —le interrumpió girando para encararlo—. Sabes, Oliver, fantaseé muchas veces sobre nuestro reencuentro, pensé en diferentes escenarios, armé miles de conversaciones en mi cabeza. En algunos me gritabas y actuabas en forma cruel; en otras

podíamos hablar con tranquilidad sobre lo que sucedió —dijo e hizo un movimiento en su mano como descartando lo anterior—, pero ni una vez, en ninguna de mis fantasías, aparecías tú preguntando cosas ilógicas y sin sentido. ¿Es por eso por lo que viniste después de tanto tiempo? Porque no te entiendo.

—¿Por qué no eres tú la que se estaba casando con Michael hoy?

—¡Porque nunca he estado con Michael! —explotó—. Porque la última vez que me tocó fue en ese maldito sótano el día en que me dejaste y la última vez que lo vi fue cuando nació Sebastian.

Él se apartó un paso y la miró con sorpresa y confusión.

—Hombre imbécil —murmuró mientras se pasaba una mano por el cabello y empezaba a caminar por la habitación—. ¿Creíste que yo me iba a casar con él? ¿De verdad, Oliver? Después de todo lo que intenté encontrarte y lo que te dije ese día, ¿cómo se te ocurre?

Él dirigió su mirada hacia el cielo y se carcajeó con tanta amargura que ella quedó aturdida y paralizada.

—¿Intentaste, qué? Hablas como si hubieses hecho algún esfuerzo por buscarme.

—¿Algún esfuerzo? —Jadeó y lo observó, más frustrada que nunca.

Él sonrió de forma cruel, ese gesto le resultó tan extraño en sus facciones que causó que se estremeciera, de nuevo.

—¿Y qué esperabas, que me llamarías y volvería a ti como un idiota? ¡Qué actuaría como el completo imbécil en que me habías convertido! —gritó mostrando por fin alguna emoción desde que entró por la puerta.

—Esperaba poder hablar contigo —aseveró acercándose un paso—. Esperaba que actuaras como un hombre.

—¿Como un...? —Bufó—. No me hagas reír, Samantha, ¡lo dice la que siempre actuó como una jodida niña!

—Yo te dije que lo iba a intentar, y al otro día me abandonaste sin escucharme, ¡no me diste ninguna oportunidad! —le gritó también perdiendo el control.

—¿Y qué mierda esperabas? ¿Tal vez que te hiciera la cama para que te acostaras una y otra vez con Michael? ¡Qué me volviera un maldito pendejo peor del que ya era!

—Fue una maldita estupidez, estaba confundida, pero te amaba a ti —gritó

como si lo hubiese repetido hasta el cansancio—. No estuve con él, ¡tengo cuatro condenados años que no lo veo! Y ya sabrías todo esto si me hubieses permitido acercarme a ti después de ese día.

—Para eso tendrías que haber hecho un jodido esfuerzo mayor al de escribir un escueto mensaje diciendo «lo siento» y una puñetera llamada, Samantha.

—Hice todo lo que pude.

—Estuviste con Michael, eso fue lo que hiciste ¿cuánto tiempo te lo follaste? ¿Cuánto tiempo pasó antes de que se cansara y te dejara?

—¡Basta! —rogó, tapando sus oídos—. ¡Nunca lo estuve! Si me hubieses hablado, si te hubieras interesado un poco en mí y en esto, lo sabrías.

—¡Lo mismo digo!

—Por lo menos yo lo intenté.

—¿Llamas a eso intentar? Tus llamadas, tus cartas, tus *e-mails* no fueron suficientes cuando yo lo di todo, cuando te salvé el culo una y otra vez, cuando incluso me casé contigo para que no perdieras a tu jodida prima.

Ella lo miró confundida y se acercó hacia donde él estaba parado.

—¿De qué estás hablando ahora? ¡Fui a buscarte a Londres! Gaste mis ahorros y mis esperanzas. Pero no logré saber que estabas en Canadá hasta después de perderlo todo; por Dios, si hasta aguanté que tu madre y tu abuelo me humillaran y me botaran del país, ¡¿qué más querías que hiciera?! —le gritó y lo empujó con fuerza para alejarse.

Por el revuelo, Lira se había desperezado y caminado hacia donde estaban ellos, se detuvo toda erizada amenazando a Oliver con su cuerpo y la mirada.

—¡Mientes! —le gritó a la vez que se acercaba y la tomaba de un brazo, zarandeándola.

Después la jaló y la tomó de sus dos brazos atrayéndola a su cuerpo hasta que la pegó contra su pecho. Sam respiraba con dificultad y lo miró con lágrimas de impotencia en sus ojos.

—Te dije que te quería y me dejaste, incluso cuando sabías que iba a quedar sola, que quedé sola; después me rechazaste una y otra vez; no pude acercarme a ti, no contestaste a ninguna de mis llamadas o correos. Intente todo lo que se me ocurrió...

—No lo hiciste —exclamó y respiró entrecortado, perdiendo el control que

había llevado hasta ese momento, sus ojos brillaban de rabia absoluta y apretaba su sujeción hasta hacerle daño. Sam trató de removerse para que la soltara, pero era imposible—. ¡No!

—Pregúntale a tu madre, a tu abuelo —le dijo desesperada, y trató de zafarse de su agarre.

Jamás creyó que esa conversación iba a llegar a ese punto o que él no supiera que ella había viajado a Londres, sabía que Oliver I se lo iba a ocultar; pero imaginó que Briony sí se lo diría.

—Si no me crees, pregúntale a Emma, la asistente que trabaja en tu empresa —estalló y Oliver la apretó con más fuerza causando que ella gritara por el dolor—, pregúntale por los días que pasé parada afuera del edificio, esperando poder verte o encontrarte. Ella lo sabe porque intentó ayudarme...

En ese momento él estrelló sus labios contra los de ella y Sam gimió antes de subir sus manos a su cuello y pegarse a su cuerpo.

Era absurdo, ilógico, estúpido, responder, sobre todo sabiendo que esa discusión era importante, pero no pudo evitarlo. No cuando sintió su boca envolviéndola con todo el ardor que recordaba de antaño.

Él tomó su trasero y la subió haciendo que envolviera sus piernas en sus caderas, mientras la forzaba a abrir la boca y la tiraba contra la pared donde estaban las fotografías. Escuchó un ruido hueco y vidrio cuartearse, pero no podía concentrarse en otra cosa más que en sus labios que la estaba incendiando y quemando. Cielo santo, en esto nada había cambiado, o tal vez sí, pero para mejor. Percibió su lengua rozando la suya, se pegó más a su cuerpo, y lo abrazó con fuerzas.

—Maldición —escuchó que mascullaba un segundo que se había separado de sus labios para respirar, pero ella no pudo pronunciar palabra, ya que comenzó a besarla de nuevo.

Gimió y metió la mano por su chaqueta para acariciar su espalda mientras la besaba con salvajismo, con gula, sin permitir que se moviera o se apartara.

Sintió que sus manos rozaban sus piernas y se metían por sus muslos y empezó a acariciar su sexo desnudo. Ella se apartó de sus labios y subió la cabeza para jadear, buscando respirar. Negó con la cabeza.

—¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo? —preguntó aturdida al sentirlo

acariciar su piel desnuda con un par de sus dedos.

—Intenté tanto olvidar la calidez de tu coño —le gruñó a la vez que besaba su cuello, removiéndose contra ella e introduciendo un dedo dentro de su cuerpo.

Sam, en respuesta, gritó y arañó sus hombros sobre el saco.

—Esto no está bien —balbuceó y golpeó la pared con su cabeza al sentir que introducía otro dedo dentro de su ser y lo retorció con movimientos diestros.

Él volvió a tomar sus labios, a consumirla y un par de minutos después con su mano libre apartó la bata verde hacia los lados para descubrir sus senos y prácticamente empezó a comerlos.

—Tus jodidos pechos. ¡Cómo los extrañé! —escuchó que él susurraba para sí mismo.

Ella estaba ya al borde del abismo, no podía creer que estuviese tan cerca, o que estuviese permitiendo que alguien la tocara así después que momentos antes había lanzado todo su odio contra ella. Que él estuviera allí, y que estuviese poseyéndola de nuevo, era inverosímil por decir lo menos.

—Oliver —susurró desesperada mientras lo sentía tocarla. Él dejó de atender sus pechos y subió su cabeza para mirarla—. Ámame —le rogó en voz baja y lo sintió tensarse.

Lo miró sin saber bien qué hizo mal; pero antes de poder analizarlo, él la besó de forma salvaje y violenta, a la vez que empezaba a desabrocharse el pantalón.

—Voy a follarte, Samantha —le dijo. Ella parpadeó, su mente aturdida intentando aclararse a la vez que sentía que su corazón se hundía.

Lo sintió removerse y al abrir sus ojos vio como terminaba de ponerse el condón, pero antes de hablar él se introdujo en ella con un movimiento certero. Sam gimió de dolor, se había olvidado lo que le costaba al principio recibirlo, además que tenía años en celibato.

Casi de inmediato él comenzó a moverse, con embistes fulminantes y profundos, tomando su trasero para paralizarla, causando que se golpeará contra la pared en cada impulso, a la vez que besaba su cuello, sus pechos, y acariciaba su clítoris.

—¿Extrañaste mi pene, Samantha?¿Extrañaste que te hiciera esto? —

preguntó embistiendo una y otra vez, a Sam le costaba respirar.

Ella gimió y trató de besar sus labios, pero él se apartó para morder su cuello y jalaba su cabello para que le ofreciera más esa parte de su anatomía.

—Te extrañé a ti —le susurró entre jadeos. Iba a decir otra cosa, no sabía bien qué, pero él lo impidió besando por fin sus labios y comenzando a embestir con fuerza.

—Demonios —gruñó con voz oscura y casi atormentada un par de minutos más tarde—. Había olvidado cómo me aprisionas, cómo me asfixias y la forma en que me quemas —dijo. La miró a los ojos y paró sus embistes por un momento—. Maldita seas, Samantha. Maldita seas.

Ella sintió que se le humedecían sus ojos y él comenzó a impulsarse con ímpetu renovado, sabía que tendría moretones por cómo la tomaba, pero en ese momento nada le importaba, solo él, y tenerlo más cerca, por lo que agarraba con violencia la parte baja de su saco para sostenerse y aprisionarlo a su vez.

—Oliver, yo... —gimió. Deseaba retroceder los años pasados y evitar el daño que le había hecho.

—Ahora no —dijo con voz jadeante—. Fóllame, solo eso, solo eso —le pidió antes de besarla y continuar con sus empujes, mientras ella gritaba, se estremecía y revolvía en sus brazos—. Y córrrete, necesito que lo hagas y me aprietes hasta ahorcarme. Como antes —le ordenó.

Ella sintió su pecho constreñirse del dolor, aunque unos segundos después él le hizo cumplir su orden sin contemplación.

SAMANTHA ESTABA ACOSTADA de medio lado en el sofá, estaba envuelta en la bata verde, aunque la tela que antes cubría su hombro derecho estaba desgarrada. No entendía bien qué sucedió, en un segundo estaban peleando sin decir nada en realidad y en el siguiente se encontraban contra la pared, teniendo relaciones sexuales, en un acto que no fue tierno, ni dulce, aunque Oliver jamás lo fue antes.

Sin embargo, esta vez faltó algo. Lo único parecido a él en ese encuentro, además del salvajismo con el que la poseyó, era que en ese momento la estaba abrazando, acostado detrás de ella, con un brazo en su cintura y el otro debajo de su nuca. Percibía su respiración en su cuello, no era

acompañada por lo que era evidente que estaba despierto, aunque no hablara.

—Hace años me enteré de que estás dirigiendo Aldrich-Millicent, que lograste lo que siempre quisiste —le comentó con voz ronca, sin saber bien qué decir o cómo actuar—. Me sentí muy orgullosa de ti, sé todo lo que luchaste por ello, aunque jamás dude que lo conseguirías, ¿es todo lo que imaginaste que sería?

Lo escuchó suspirar y ella cerró los ojos, elevó su mano para posarla en su antebrazo, necesitaba el contacto.

—¿Al menos eres feliz? —inquirió y él no respondió, aunque Sam no esperaba respuesta—. Perdóname —le susurró agradeciendo por un segundo no poder ver su cara y sintió como tensaba el brazo con el que tenía envuelta su cintura—. Sé que llega más de cuatro años tarde, quisiera explicarte lo que sucedió en ese sótano, tienes derecho a saberlo...

—Eso está en el pasado —le respondió, interrumpiéndola.

Ella tragó grueso, sabía que eso no era cierto, no si la discusión que tuvieron antes significaba algo, mucho menos si tomaba en cuenta lo que acababa de suceder. Envolvió la mano que estaba sobre su cuerpo con la suya y se mordió el labio.

—Desearía que eso fuera cierto —susurró—. A veces me encuentro deseando las cosas más estúpidas, entre ellas que jamás me hubieses dejado salir de tu cuarto esa mañana —confesó.

Él se removió para pararse y ella apretó su mano para impedirlo. Allí tocó el metal en su dedo anular y bajó la cabeza, se sentó sobre el sofá y acercó la mano de Oliver a sus ojos.

—Oh, Oliver... —murmuró con su mirada desenfocada por las lágrimas, su respiración ahogada—. ¿Estás casado?

—Sí —respondió en tono monocorde.

Ella se apartó y giró para mirarlo, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Él seguía acostado en el sofá y la miraba sin parpadear, sin ningún atisbo de la culpabilidad que a ella la estaba invadiendo. Notó que Oliver ni siquiera se molestó en desvestirse, solo su pantalón estaba desabrochado y el borde de su camisa estaba enredado en su cadera, junto a la faja negra del traje.

Bajó la mirada hacia su bata rota, y de alguna manera le pareció simbólico, una prueba tangible del quiebre de sueños y fantasías adolescentes.

«No, no. No de nuevo. ¿Qué demonios hice?», pensó Sam.

Capítulo 4

*Soy una pintora solitaria, vivo
dentro de una caja de pinturas.
Recuerdo esa vez que me dijiste
«el amor es tocar el alma» y es
evidente que tocaste la mía
porque una parte de ti sale de
mí de vez en cuando en estas
líneas.*

A Case of you, Joni Mitchell. Samantha miró a Oliver en medio de su sala de estar, acomodando su ropa.

Abrazó sus piernas y negó con la cabeza, comenzó a sentirse perdida.

Cerró los ojos por unos segundos, mientras parecía que su corazón fuera a explotar. No lograba entender por qué no merecía un poco de paz y redención. Ella podía jurar que lo había intentado, reflexionó y cambió, esperaba que para mejor. Intentó ser feliz, vivió con lo que pudo, aceptó la soledad y a su nueva familia.

Claramente estuvo equivocada.

—Debí haberlo sabido. ¿Por qué no lo sabía? —susurró a nadie en particular, a pesar de que él estaba a solo unos pasos de distancia. Alexa debía saberlo, ¿no era así? ¿Por qué no se lo dijo?—. ¿Quién...?

—Ilana —le respondió sin dejarla acabar y ella lo miró entonces, cada movimiento parecía ser más lento de lo normal, y era como si los viera a ambos al mismo tiempo, pero desde una posición distinta, desdoblada. Parpadeó un par de veces forzando a su mente a trabajar, a pensar, a conectar palabras con imágenes y allí la recordó, a la rubia fría que conoció en Londres, en la casa de su abuelo, en esa horrible cena.

—¿La quieres? —Se forzó a preguntar y negó con la cabeza de inmediato—. No, claro que no, si la quisieras no estarías aquí, conmigo. Tú jamás serías capaz de traicionar a la persona que amas, lo sé, me lo dijiste una vez: no engañas, nunca.

Él soltó una carcajada seca y cruel, el corazón de Sam dio un vuelco en respuesta.

—Dije bastantes pendejadas en ese entonces. Actué como un imbécil y un débil.

—No, no lo hiciste, fuiste solo tú.

—¿Yo? No —insistió—. Debí sonar patético confesando amores y creyendo idioteces, como el hecho de que si te decía que no engañaba tú harías lo mismo, lo cual no resultó ser nada efectivo, ¿no es cierto?

Sam parpadeó calmando el dolor y negó con la cabeza, cada vez más triste.

—Estaba confundida, y tú lo sabías. —Él bufó y ella jadeó con dolor—. Si esto es lo que piensas de mí, ¿para qué me buscaste después de tantos años?

No lo entiendo.

—¿Y tú? ¿Por qué sigues escribiéndome?

Ella intentó sonreír, aunque no supo si lo consiguió. Se encogió de hombros.

—No sabía qué más hacer —susurró—. Al principio creí que podría hacerte entender lo que sucedió, y mientras los años pasaban quedó como mi única conexión contigo, no estaba dispuesta a perderla. ¿Los leíste?

Él negó con la cabeza. Sam asintió, siempre lo imaginó, aunque saberlo jamás la detuvo a seguir haciéndolo. Ambos se quedaron callados y ella frunció el ceño, de nuevo queriendo darle algún sentido a lo que estaba sucediendo. Alexa tenía que haberlo sabido, decidió, al igual que Lucas, era imposible que ellos no se hubieran enterado de que Oliver estaba casado.

—¿De verdad fuiste a Londres? —le inquirió él, tomándola por sorpresa. Ella se forzó a concentrarse en él, y no en las dudas que seguían germinando en su mente.

—Sí. Lo hice, tres días después de que te fuiste, fue una estupidez, lo sé, pero no sabía qué más hacer. No contestabas el teléfono, en la empresa nadie me daba razón de ti, jamás perteneciste a ninguna red social, así que no podía localizarte. Estuve allí tres semanas, sin ningún resultado. Debí contactar a Alexa, solo que estaba tan avergonzada con todo lo que sucedió...

—Y querías seguir pretendiendo ser la víctima, ambos sabemos cuánto amas ese papel —le atacó con tono brusco, y ella negó con la cabeza aunque aceptó sus palabras, ya que sabía que en parte tenía razón.

—¿Qué quieres que te diga? Fue una estupidez, te hice daño y lo sé, he

tenido que vivir con ello cada día. Te hice promesas que incumplí, lo deje acercarme a mí cuando no debí, me besó y le respondí, y lo peor es que ese ni siquiera fue el acto más inmaduro y absurdo de mi vida, con lo único que puedo justificarme es que quería estar segura.

—¿Segura de qué? ¿De qué podrías usar y jugar con todos los hombres a tu alrededor?

—¿Qué? ¡No! —gritó, incrédula—. De que en verdad nunca lo quise a él, porque jamás lo hice, no estaba enamorada de él, sino de ti. Siempre fuiste tú.

Él soltó un bufido y negó con la cabeza antes de acercarse tres pasos hacia donde estaba sentada, en un impulso salvaje, como si fuera a agredirla. Sam se estremeció y se elevó sobre el sofá, para huir. Sin embargo, antes de poder alejarse, Oliver la cogió sus brazos, cerniéndola sobre él, ambos mirándose a los ojos.

Ella comenzó a respirar de forma brusca, aturdida tanto por su violencia como por tenerlo tan cerca, sus ojos volvieron a humedecerse y se concentró en los de él, el verde lima con brillos atormentados.

Le rompía el corazón.

—¡Dime qué estás mintiendo!

Ella negó con rudeza, sus lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas y subió las manos con esfuerzo —solo porque él relajó la sujeción de sus brazos para poder moverlas— hasta colocarlas en cada lado de sus mejillas.

—Siempre fuiste solo tú.

Él se apartó con hosquedad y le dio la espalda posando sus manos sobre la nuca, en una pose tan suya cuando se sentía frustrado, tan del Oliver que ella conocía de antaño.

—Aunque ya nada de eso es importante, ¿no es así? —susurró y lo escuchó bufar antes de bajar sus brazos y hundir los hombros—. ¿Qué significó todo esto? ¿Para qué buscarme si tienes un hogar en otra parte? Qué fue esto. Estuvimos juntos, pero no hubo cariño, no hubo nada. Ni siquiera me habrías besado si no te hubiese hecho sentir incómodo. ¿Crees que no me di cuenta?

¿Por qué viniste? —repitió.

—Porque quería sexo, y me apetecía saber si estabas disponible para ello, te desee y ansiaba saber si seguías dispuesta a entregarlo sin importar tus

sentimientos al respecto.

Las palabras sonaron tan brutales que ella sintió que la había agredido físicamente.

Y ese golpe llegó hasta su alma.

—Si tu intención fue venir y herirme, lo lograste, felicitaciones. Lo único que te falta es sacar tu billetera y lanzar unos cuantos dólares en esa mesa — concluyó señalando la mesita de café torcida frente a ellos.

Él se giró para mirarla y sonrió con cinismo.

—No, Samantha, ya pagué por tus servicios años atrás, en el acuerdo de divorcio, y comparando el producto y la calidad de este, te sobrevaloré ¿no lo crees?

Ella dejó escapar todo el aire de sus pulmones, se bajó del sillón en un impulso rabioso y golpeó la mejilla de Oliver con el puño cerrado. Ignorando el agujonazo que sintió en sus dedos doblados y desquiciada por la rabia, comenzó a golpearle el pecho en un vano esfuerzo por lanzarlo fuera de su casa.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó, mientras que a empujones, lo acercaba a la puerta principal.

Una vez en el portal, Oliver sujetó sus antebrazos y la pegó a su cuerpo, el ataque nervioso de Sam comenzó a menguar. Ella levantó su rostro y lo miró a los ojos. Se quedaron así por un momento. La expresión del que antaño había sido el amor de su vida, seguía siendo inescrutable, tan distinta a la mirada que Sam había retenido en sus recuerdos.

Parecía absurdo e ilógico, ese mismo día había pensado en que todos habían cambiado, incluso ella había notado sus cambios. Pero la idea de haber sido la creadora del hombre cruel que la estaba sosteniendo, era aterradora.

—Dios, cuánto debes odiarme —le susurró ella con voz rota—. Yo solo quería que fueras feliz, lo rogué tanto durante todos estos años. Perdóname. —Lo sintió sacudirse de forma involuntaria, y ella deslizó una mano hasta posarla en su mejilla—. Debí haber luchado más por ti, haberme esforzado mucho más, no debí rendirme tan fácil. Siempre tuviste razón.

—No digas estupideces —gruñó él, incómodo, luego se alejó un par de centímetros.

—Tanto nadar para morir en la orilla —le susurró obligando a sus manos a

reaccionar para alejarlo, para que la liberara—; huí de mi casa, cometí las estupideces más increíbles del planeta, y heme aquí, igual completé el círculo, convirtiéndome en lo que tanto me acusaste años atrás, en lo que tanto evitaste: la «puta» de un hombre casado. ¿No te parece absurdo? Y qué seas tú de entre todos los demás... —Negó con la cabeza a la vez que lo sintió estremecer, como si hubiera recibido un golpe también—. Y tú, eres tan frío y brutal como el hombre que un día juraste nunca convertirte.

—Solo maduré, Samantha, y dejé de ser débil —respondió, pero por primera vez en esa noche, su tono no era el de una persona segura de lo que está diciendo.

—¿Débil? Nunca fuiste débil... Eras perfecto a tu manera. Dime la verdad, ¿fui yo la causante de que te convirtieras en esto? —le preguntó con voz ronca—. Entonces ni siquiera he empezado a pagar mis fallas, porque transformar el hombre que eras a esto que está frente a mí, no tiene perdón. Tu abuelo debe estar orgulloso, eres su obra maestra. —Sus ojos se humedecieron—. Vete, Oliver. Vete.

Allí, justo frente a sus ojos, el pequeño atisbo de emoción que había visto antes desapareció, y Oliver volvió a convertirse en el ser frío que divisó cuando abrió su puerta por primera vez. Él se dio la vuelta y salió de su vida, de nuevo, sin siquiera despedirse.

Ella cerró la puerta con movimientos lentos y torpes, después se deslizó por la pared hasta caer al suelo, temblando comenzó a hiperventilarse, hasta que finalmente soltó un sollozo. Fue en ese instante que se despidió de su redención, dijo adiós a un amor que jamás volvería y a una vida que resultó ser solo una fantasía.

Capítulo 5

Y me parece un poco gracioso, y me parece un poco triste, los sueños por los que estoy muriendo son los mejores que he tenido.

Mad World, Gary Jules.

Samantha percibió que algo rozaba su muslo y reaccionó por fin, sentía que había transcurrido mucho tiempo desde la ida de Oliver, aunque no estaba segura de ello. Giró su cabeza para mirar a Lira entre sus pestañas empañadas, le observaba preocupada y le arrullaba como si necesitara confortarla, como si supiera que estaba perturbada y sintiera la obligación de contenerla.

Allí por fin reaccionó, movió su mano y la acarició con suavidad, escuchando que ronroneaba con mayor intensidad.

—Par de valientes que somos —le susurró y la gata maulló en respuesta—. Por lo menos tú intentaste defenderme, yo ni siquiera pensé en ello.

No. Ella cedió a todos sus argumentos, refunfuñó un poco pero se rindió igual. ¿No aprendió nada de su pasado?

Cerró los ojos y ahogó un poco sus pensamientos desgraciados y pesimistas. Al volver a abrirlos se encontró con una habitación totalmente distinta a la que había sido apenas horas atrás, era como si todo hubiese cambiado, su hogar, su refugio, fue manchado, ya no reflejaba calma ni satisfacción, solo zozobra.

Miró hacia la puerta y negó con la cabeza rechazando el arrepentimiento que se quiso asomar por haberlo botado de su casa. Se levantó y caminó con cuidado —ya que estaba descalza— hacia el portarretrato quebrado que yacía en el suelo con los cristales esparcidos alrededor. Era la foto de Christian y ella. Se sintió un poco peor, como si el simbolismo del acto le

hubiese golpeado de alguna forma tangible.

Se arrodilló para retirar los vidrios, aglomerándolos en una esquina. Cuando terminó tomó la fotografía y al mirarla sintió su pecho desgarrarse ya que comprendió en ese instante que también Christian debía saberlo. ¿Por qué nadie se lo dijo?

Percibió a Lira en su costado, quien con su pata delantera comenzó a darle golpecitos en el muslo, repetidas veces, pero a pesar de los intentos de su gata por apoyarla en su dolor, no pudo controlarse. Estaba devastada. Revivió e hizo la cuenta mental de todo lo que había perdido, se sentía totalmente desorientada.

Una vez más calmada, y después de respirar profundamente en varias ocasiones, Sam decidió levantarse. No iba a permitir que el sufrimiento la embargara nuevamente. Su mundo volvió a desbaratarse, pero así como logró reconstruirlo antes, lo haría de nuevo.

—Aunque no fue solo él, Lira —le confesó al animal.

Bajó la mirada hacia la fotografía reafirmando en silencio su declaración.

Oliver Lewis era para ella un amor irrealizado, tal vez el mayor de su vida. Sin embargo, sabía que no sería suyo, lo aceptó años atrás, así que vivía como podía; salía, conocía a uno que otro hombre, incluso un par de ellos le agradaron lo suficiente para verlos unas cuantas veces, sin llegar nunca a algo serio. De vez en cuando, en sus peores momentos, aceptaba que tenía una especie de vacío que no lograba llenar, pero lo superaba. O intentaba hacerlo.

Varios años atrás decidió no repetir su historia, no pasar su vida añorando en cada rincón a un hombre que no era suyo.

Elevó su mirada y volvió a fijarla en la foto quebrada de Christian junto a ella y se le escapó un gemido. En menos de una hora, el pequeño universo que creó durante cuatro años quedó destruido. Se sentía traicionada y dolida porque si lo que él le había dicho era cierto, la relación más importante de su vida actual era un completo fraude. ¿Cómo Christian pudo manipular su vida de esa manera?

Pasada la medianoche, escuchó a la gata moviéndose alrededor y la sintió rozar su piel con su pelaje al mismo instante que un sonido musical y ahogado surgía de su habitación. Negó con la cabeza al identificar el tono del teléfono que había elegido para Christian.

Esa era la sexta llamada en ese día, ya que se encontraba en Canadá, en una reunión con todos los departamentos legales de Aldrich-Millicent. Lo ignoró, pero mientras sonaba con mayor insistencia, el dolor que estaba dentro de su pecho comenzó a mutar, hasta convertirse en una sensación visceral de furia, lo que provocó una explosión dentro de su pecho y no pudo hacer más que salir corriendo hacia su habitación.

Tomó el teléfono celular de la cómoda y deslizó la opción para hablar mientras caminaba de un lado a otro, no se podía quedar quieta.

—¡¿Cómo pudiste hacerme esto?! —le gritó indignada, sin esperar saludo o que Christian tuviera la oportunidad de decirle más mentiras.

Ella confió en él, más que en ningún otro, Christian se había vuelto su brújula, su fuerza, su familia de elección. Y todo fue una falacia.

—¿Sam? —escuchó que preguntaba del otro lado del auricular, con voz confundida—. *¿De qué hablas?*

—Todos estos años, todas tus palabras y acciones. Creí que me respetabas —continuó, ignorándolo, las lágrimas de nuevo invadieron sus ojos—, que me veías como a tu igual, creí que por fin tenía de nuevo una familia. —Sabía que estaba balbuceando incoherencias, pero la rabia no la dejaba pensar con claridad.

—*Cariño, soy yo con quien hablas, ¡dime qué demonios ocurrió!* —bramó con tal estruendo que ella tuvo que alejar el auricular, imaginaba que estaba angustiado, pero se forzó a no permitir que le importara, no en ese momento y no después de lo que acababa de suceder.

—¿Sabías que estaba casado? —le preguntó y recibió el silencio del otro lado del auricular y con ello la confirmación que en verdad no necesitaba—. Tenías años escuchándome repetir cuánto deseaba saber si él era feliz, si continuó con su vida, y me negaste la única información que me daría por fin liberación. Me arrebataron mi derecho de decidir. Y no comprendo el motivo, ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué daño habría causado decirme la verdad?

—*¿Cómo te enteraste?*

Sam entendió que, Christian, al responder con una pregunta, se delató. Él sabía todo e, incluso, sospechaba que algo tenía que ver con los reproches de Oliver en cuanto al dinero del divorcio. En ese momento, el último atisbo de esperanza, la fe en su mejor amigo, se esfumó por completo.

—¿Por qué? ¿Crees que yo te habría hecho lo mismo? ¿Qué si hubiera sabido la ubicación de Genna te lo habría ocultado?

—*Solo queríamos protegerte. Y tú ya lo habías superado...*

—¡No necesito protección! No de esto —le gritó desesperada—. Todos lo sabían ¿verdad? ¡Contéstame!

Escuchó que él suspiraba.

—*Rachel tampoco lo sabía.*

Ella parpadeó y soltó un gruñido, negando con la cabeza.

—¿Y por qué Oliver cree que tomé el dinero que me ofreció en el divorcio? —preguntó y de nuevo la recibió el silencio del otro lado del auricular—. Eso fue lo único honorable que hice en esta historia y tú me lo arrebataste, no solo eso, sino que además de traicionera, y cualquiera, me volví una vividora que se aprovechó de él en cada forma posible. Sabías lo que rechazar ese dinero significó para mí, y quizá si él hubiera sabido que yo no lo tomé, habría viajado a Chicago y nada de esto hubiera sucedido.

Lo escuchó suspirar hondo contra el teléfono.

—*Él no quería saber de ti* —respondió con voz forzada, triste—, *si no hubieses cobrado el cheque te habría atormentado hasta que lo hicieras, pero eso no significaba que quisiera seguir casado contigo, Sam, entiéndelo.*

—Lo hubiese visto antes —susurró horrorizada porque el entendimiento la golpeó.

Más de cuatro años atrás le había rogado a Christian que llevase a Oliver a Chicago, y existió la posibilidad de que él lo hubiera hecho si ella se hubiese negado a firmar el cheque.

—*No lo entiendes* —le replicó de inmediato como si leyera su mente, lo cual era muy posible, porque así de conectados estaban ambos, por eso dolía tanto su traición—, *él no te quería escuchar, nunca hubiese oído lo que deseabas decirle, solo te habría hecho daño, lo sé, he visto lo suficiente para saber eso. Yo no podía permitirlo, no cuando tú estabas tan frágil, por eso lo mantuve alejado de ti.*

Sam sintió que el pecho se le constreñía y se limpió las lágrimas de impotencia con su mano libre. Ni siquiera se había dado cuenta que estaba llorando.

—Yo te confié mi vida, Christian. Pero tú ni siquiera confiaste en mí lo suficiente para decirme la verdad, lo cual significa que todo lo que me dijiste

fue una mentira, y que para ti siempre seré un ser frágil. Me dejaste indefensa ante él, ¿qué diferencia hay entre antes y ahora?

—¿Indefensa ante él? Espera un momento, ¿lo viste? ¡Maldita sea! La boda de Michael, él fue para Chicago, ¡y por supuesto que tuvo que ir a buscarte! ¿Por qué no te quedaste con Rachel, Sam? Se suponía que no te dejaría sola. ¿Qué te dijo el bastardo? ¿Qué te hizo? ¿Estás bien? ¡Tomaré el primer vuelo para allá! Lo mataré con mis manos si te hizo daño...

—¿Dónde está el dinero? —lo interrumpió, aún aturdida por el hecho que él supiera los movimientos de Oliver y que al parecer el plan «no dejemos sola a Sam» tenía una dimensión completamente distinta a la que ella había creído.

—Ese dinero me fue dado por medio de un poder de disposición para que tú lo recibieras, pero después que rompiste el cheque quedó en la cuenta que se abrió con ese objetivo. —Suspiró de nuevo—. Cuando rompiste el cheque me sentí tan orgulloso de ti, tenía mucho tiempo que no sentía algo así por alguien, muchos años, quizá desde que una chiquilla un poco perdida me leyó un poema una vez. Y cuando hablé con él y me dijo por enésima vez que no quería saber nada de ti, que no quería verte de nuevo, que no le interesabas, surgió mi necesidad de protegerte, no podía permitir que el alma de otra mujer hermosa se muriera por la terquedad y egoísmo de un hombre...

—¿Qué hiciste, Christian? —preguntó en un hilo de voz.

Sabía que le estaba haciendo daño, su voz era urgente, preocupada, pero no podía evitarlo. Necesitaba la verdad.

—Hablé con Oliver Aldrich-Millicent e hicimos el traspaso del dinero; de hecho empecé a trabajar de nuevo bajo su cargo, más que todo asuntos no relacionados con la empresa. —Gruñó y ella percibió su frustración—. Lo importante es que nunca lo recibiste y yo no me quedé con él, y como ya sabes, Oliver no se enteró que no lo cobraste. Eso era lo que yo quería.

Ella se quedó callada, tratando de entender lo que le estaba diciendo.

—Sam, yo te quiero, hice lo que pensé que era correcto, solo ansiaba protegerte, cariño. Tomaré el primer avión rumbo a Chicago y te explicaré mejor lo que sucedió. Sé que estás molesta y lo comprendo, pero tienes que entender que...

—No.

—Bambi...

—Basta —le pidió y negó con la cabeza, a pesar de saber que no podía verla—. Pensé que tú me tratarías como una mujer adulta, con un criterio suficientemente desarrollado como para no cometer los mismos errores. En cambio, me traicionaste. No quiero verte aún, tengo que pensar.

—*Cariño, lo siento. Y te quiero, nunca lo olvides.*

—Y yo a ti —le murmuró y trancó la llamada.

Se dejó caer sobre la cama y ahogó otro sollozo. Volvió a sentir a la gata frotándose contra su cuerpo y la miró con ira, esa noche no tenía paciencia para nadie.

—¿Incluso tú piensas que necesito ser cuidada? —le preguntó a Lira con voz contenida.

La felina la vio altiva, bufó, le dio la espalda y se acomodó en una esquina de su cama.

—Buena decisión —le susurró y se levantó de la cama de un salto para ir hacia la ducha, necesitaba bañarse, quitarse la sensación de cansancio que le dejó la traición de sus amigos.

SAMANTHA BEBÍA UN CAFÉ sentada en el asiento del piloto de su Ford. Levantó la cabeza y parpadeó cuando los primeros rayos de luz del amanecer la golpearon en los ojos. Se sentía drenada, no pudo dormir en toda la noche. Su mente era un revoltijo de recuerdos, donde el pasado y el presente —en un principio, entremezclados— fueron encajando, unos tras otros y no para resolver problemas, sino para generar cuestionamientos que solo le traían más pesares. No tenía idea de qué iba a hacer para reconstruir la relación con sus amigos, la que en ese momento, encontraba irreparablemente dañada.

—¡Dios, estoy tan furiosa! —gritó al aire.

Salió del vehículo y caminó hacia la casa de Lucas y Alexa, una estructura de estilo Reina Ana que adquirieron cuando estaban embarazados de Jared, hace casi tres años. Sam había ayudado en la búsqueda y decoración de su hogar, e incluso pintó los murales que adornaban las paredes de sus hijos. Los había considerado su familia y en ese momento se sentía como una estúpida por siquiera pensarlo.

No alcanzó a tocar la puerta principal cuando Alexa la abrió, parecía lista

para empezar el día, a pesar de que apenas eran las seis de la mañana. Y la miraba con preocupación y culpa. Sam la maldijo en silencio.

—Debieron activar la línea: «Sam está en problemas, tenemos que rescatarla de inmediato» —saturizó cuando llegó a su lado. Alexa la miró con el ceño fruncido—. ¿Cuándo te llamó Christian? ¿Al menos esperó hasta el amanecer? Dios sabe que Lucas se pone insoportable si lo despiertas antes de sus cinco horas reglamentarias de sueño.

—Hace unas horas —murmuró Alexa, y bajó la mirada—. Estaba esperando que amaneciera para ir a verte.

—¿Cómo pudieron? —le preguntó antes de entrar a la casa y caminar hacia la sala.

Sentado en el sofá azul que siempre estaba lleno de juguetes y cosas de niños, se encontraba Lucas. Su pose era estoica, tenía los brazos entrecruzados sobre su pecho y la miraba sin parpadear. Era tan temprano que no esperaba ver a Nella y a Jar.

—Tú no te viste hace cuatro años —le respondió Alexa.

—Sí, Alexa —refutó y empezó a caminar de un lado al otro—. ¡Cuatro años! Ahora estoy bien, no soy débil o idiota. Merezco una condenada oportunidad.

—Sabía que esto iba a pasar, se los dije —refunfuñó Lucas mirando a Alexa.

—¡Cállate, Lucas! —le gritó Alexa.

—Lo siento, Sam, traté de que te lo dijeran —continuó, ignorando a su esposa.

—¿Y por qué no lo hiciste tú? —le preguntó de regreso.

—Nosotros solo quisimos ayudar —intentó de nuevo Lucas con voz conciliadora.

—Y tú estabas bien —le dijo Alexa, de forma condescendiente, luego caminó hacia Sam y tomó su antebrazo para que la mirara. Sam giró su cara y la encaró—. Por fin te veía sonreír y lo habías superado. ¿Para qué te iba a contar que se había vuelto a casar? ¿De qué valía? Tú misma me dijiste una vez que eso había terminado, que no querías saber nada más de él. ¿Para qué te iba a hacer daño con algo que no podrías cambiar?

—Porque podías —le respondió, su pecho retumbando hasta ahogarla—. Me duele saber que ustedes me crean tan idiota como para no poder

soportar esa noticia. ¿Cómo te puedes considerar mi amiga y a la vez valorarme tan poco?

Alexa apretó los labios y la liberó.

—Solo hicimos lo que creímos que era lo mejor para ti.

—¿Y dónde quedó mi derecho de decidir? Por años he rezado para que él estuviese bien, lo sabes porque te lo he dicho; sin embargo, me ocultan información primordial que hubiese ayudado a mi cierre. ¡Me lo quitaron! Solo porque nunca confiaron en mí, en mi fortaleza. Venían a mi casa y me consolaban con palabras falsas, y después se iban a un bar, se palmeaban la espalda y se decían: «Qué bien hemos cuidado a Sam» «No, no mentimos, solo omitimos» «Hicimos lo correcto» —remedó Sam, luego continuó con un tono más resignado—, ¿dónde está el amor? ¿Dónde está el respeto?

Alexa se apartó un paso y negó con la cabeza.

—Yo...

—Para lo que vale yo dije exactamente lo mismo —declaró Lucas y tanto ella como Alexa lo miraron con tanta rabia que él se levantó del sofá y subió los brazos en señal de rendición—. Perdónenme la vida —se burló—. Te quiero, Sam, te queremos, discúlpanos por amarte tanto. Las dejo para que hablen.

Ella se giró hacia Alexa y se sorprendió al ver que tenía los ojos húmedos.

—Yo no quería hacerte daño —dijo a la vez que gesticulaba en señal de frustración—. Él no me dejaba hablarle de ti y tú temblabas cada vez que lo mencionaba. ¿Crees que fue fácil para mí? Me sentía como una maldita doble espía que tenía que estar de guardia cada vez que me reunía con alguno de los dos; cuidando qué decir y cómo decirlo. Tenía que dividir mi vida en dos. ¿Cómo demonios crees que sobreviví a eso? Cómo me dices que no te proteja cuando te encontré casi en el hueso, con la mirada desesperada y tan rota que ni siquiera te asemejabas a un perro desahuciado. Y Oliver... ni me hagas hablar de él, ¡si tú mostrabas mucho él no mostraba nada en absoluto! He pasado todo este tiempo viendo como mis dos mejores amigos se autodestruían, mientras tú te abrías, él se cerraba. ¡Y no quería perder a ninguno de los dos! Así que les di lo que pedían, ambos querían silencio, fantasías, o lo que sea y yo se los daba. Lo hacía a la vez que me atormentaba porque deseaba poder devolver el tiempo.

Sam negó con la cabeza y se apartó un paso.

—Lo siento, no quería ser una carga.

—¡Maldita sea! No es a lo que me refiero y lo sabes.

—¡Yo no te pedí que lo hicieras, Alexa! Perdóname, pero yo también tengo razón, ¡maldita sean, no me quites mi rabia ni mi dolor porque me siento traicionada! Les repetí una y otra vez que no me cuidaran, que merecía saber la verdad. En cambio me dejaron indefensa, a ciegas.

Alexa se pasó una mano por la cara y negó derrotada.

—Christian me dijo que lo viste, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Qué pasó?

Emitió una risa triste y negó con la cabeza.

—¿Hace cuánto está casado?

—¿No te lo dijo? —preguntó dudosa.

Sam negó con la cabeza.

—Dos años y medio. —Ella cerró los ojos y pegó la barbilla a su pecho—. Yo no fui a esa boda, estaba en el último mes de gestación de Jared — agregó, como si la hubiese traicionado de alguna forma si hubiera ido.

Sam, levantó la mirada y la observó por unos segundos sintiendo que el dolor le estrujaba el corazón.

—¿Qué sucedió con Oliver? ¿Qué te dijo? ¿Qué hizo? —insistió con un tono lleno de incertidumbre.

—Me atacó por el dinero que, según él, recibí en el divorcio; me acusó, insultó, y aún así arremetió contra mí con la misma pasión de antes, o incluso con una necesidad mayor, y yo ni siquiera hice intento alguno a resistirme. Fui una estúpida y creí que venía por mí; en cambio, este hombre era frío y está tan perdido. —Sam, comenzó a balbucear en sollozos—: Yo soy la culpable.

—Oh, Sam. No, no fuiste tú. Mírame. —Sam giró hacia Alexa que la miraba preocupada y atormentada—. Amo a Oliver, lo sabes. Pero él ya no es el mismo, tienes razón, es un hombre frío, aunque no es solo eso, también es más duro, cada vez me recuerda más a su abuelo, lo cual jamás será algo bueno. Eso no tiene que ver contigo, quizá es la presidencia que le cayó mal, o...

—Es que, de alguna manera, ayudé a su abuelo completar de forma fulminante su educación.

—¿Qué?

—Nada —susurró y negó con la cabeza, a la vez que recordaba la expresión de triunfo de Oliver I ese día, cuando la botó de Londres.

—¿Quieres quedarte a desayunar? Podríamos hablar y...

Cuando divisó un brillo muy específico en su mirada, la detuvo con un movimiento de su mano.

—Necesito tiempo, no lastima, eso sí no podría soportarlo —murmuró y salió sin pararse a escuchar que más le decía su amiga.

Capítulo 6

Pero estaba asustada, no estaba preparada para las cosas que me dijiste. Si pudiera borrar el daño que te hice haría lo que fuera para que lo superáramos. Píntame una sonrisa y sálvame esta noche soy una página en blanco esperando a que me revivas, píntame un corazón, déjame ser tu arte soy una página blanca esperando que la vida empiece.

Blank Page, Christina Aguilera y Sia. **S**amantha abrió los ojos cuando escuchó fuertes golpes contra su puerta.

Parpadeó un par de veces, desorientada. Había tomado un par de pastillas para poder dormir después de su discusión con Alexa y apagó su teléfono celular, ya que no quería lidiar con nadie más ese día. Entendía que los actos de su familia habían sido motivados por amor y, si era sincera consigo misma, sabía que los perdonaría eventualmente, pero no en ese momento, aún tenía derecho a estar enojada y a decidir cuál iba a ser su futuro

inmediato. Volvió a escuchar los golpes en su puerta, más insistentes, y se levantó de la cama. Vio el reloj y pasaban las doce de la noche, había pasado todo el día durmiendo.

—¡Abre la jodida puerta! —escuchó que gritaban y quedó paralizada por un instante, antes de correr los últimos pasos, en el trayecto miró a Lira, quién ya estaba envarada y siseando frente a su cama de princesa.

Destrancó la puerta, y antes de tomar la manilla, la puerta se abrió en un movimiento seco y tan brusco que tuvo que saltar dos pasos hacia atrás para que esta no la golpeará. Oliver entró como desquiciado, su traje, ahora azul, estaba arrugado, no llevaba corbata y tenía el cabello todo desordenado. Sus ojos estaban enrojecidos, y no necesitaba más pruebas —como la botella de whisky que traía en su mano derecha—, para saber que estaba borracho.

—¿Oliver?

—Muéstrame los demás. Quiero leerlos, ¡en este instante!

Ella lo miró confundida antes de que él sacara trabajosamente un papel de su bolsillo.

—Ya, Samantha, quiero leerlos. ¿Dónde demonios están?

Él comenzó a caminar hacia la sala, tropezando con cada uno de sus muebles, con expresión desesperada. Ella lo miró aturdida, sin saber qué estaba sucediendo y qué hacía allí. Su consternación cambió a horror, cuando Oliver tropezó con la mesa de café y tumbó el florero de su madre, el que rebotó en el piso hasta detenerse en mil pedazos, regados.

—¡No! —gritó Sam, corrió hacia la mesa y se tiró al suelo, tomando los trozos de uno de los pocos recuerdos que tenía de su madre. Jadeó y abrazó la pieza más grande, antes de mirarlo—. ¿Qué hiciste? —susurró, su voz enronquecida.

Él la miró y luego desvió su atención al florero, y se encogió de hombros. No entendió por qué el alboroto.

—Te comprare otro —balbuceó.

Ella negó con la cabeza, aún abrazando la pieza.

—Mi madre lo hizo. Jamás podrá hacer otro —le susurró aunque sabía que no comprendería. Cerró los ojos para controlarse y después se levantó, quitándole la hoja de la mano sin mirarlo—. ¿Qué es esto? —Miró el contenido y lo comprendió. Era su *e-mail*. El último que le envió, de seguro

él había eliminado todos los demás y esa madrugada se apareció allí porque los quería. Se dirigió a su estudio y abrió su propio correo electrónico, imprimió unas copias y se volvió a la sala.

Encontró a Oliver en el suelo, al lado de la mesa de café, tratando de juntar el florero. La imagen parecía casi poética, los describía muy bien a ambos en ese instante, por ello apartó la mirada antes de ofrecerle las hojas.

Él miró su mano, pero no hizo ningún intento para tomarlo.

—No fue suficiente —le susurró él con voz un poco distorsionada por el alcohol. Ella se apartó y frunció el ceño—. Nada lo será.

Sam quedó parada en la mitad de la sala, su respiración agitada. Sin poder controlarse se acercó a él y se acuclilló a su lado, luego se concentró en mirarlo.

Ahora sí podía detallarlo en verdad, tenía ojeras muy marcadas haciéndoles sombra a sus hermosos ojos y sus labios estaban pálidos. Le dolió el corazón verlo así. Pasó una mano por su mejilla con suavidad y la sintió un poco rasposa por la barba, aunque parecía que solo tenía un día sin afeitarse. Él cerró los ojos ante el contacto.

—¿Qué no fue suficiente?

Un par de segundos después él abrió los ojos. Ambos se miraron por un tiempo, sus orbes más castaños que verdosos, como miel quemada, estaban dilatados y brillantes por el alcohol. Él frunció el ceño.

—¿Samantha? —le preguntó con voz rasposa y un poco distorsionada—. ¿Realmente eres tú? —Ella frunció el ceño.

—Sí —susurró acariciando su mejilla—. Estoy aquí.

Él asintió y cerró los ojos de nuevo, Sam suspiró y se preguntó si estaría tan borracho que ni siquiera recordaría esto al día siguiente. Él volvió a mirarla y ella le sonrió con tristeza.

—¿Qué sucedió, Oliver? ¿Qué no es suficiente?

—Soy un maldito idiota —dijo y ella enarcó una ceja—. Todavía tuve una esperanza, ¿no es una mierda tener esperanza?

—No, no lo es.

—Sí lo es. —Él apartó su mirada y respiró hondo como si quisiera evitar vomitar.

—¿Quieres que te acompañe al baño?

Él negó con la cabeza y subió la mano para señalar las páginas.

—Creí que ayudaría, que apaciguaría todo, que me calmaría, pero solo lo hizo peor. Siempre es peor —le dijo y volvió a cerrar los ojos.

Ella frunció el ceño y tomó la hoja que él trajo consigo. Su último *mail*. Ver esas palabras para ella fue un poco extraño, ya que solía enviarlo sin siquiera leerlo, solo escribía lo que sentía en una especie de catarsis ya que era su conmemoración, su forma de liberarse.

—Creí que lo arreglaría —escuchó que Oliver confesaba y ella levantó la mirada hacia él, quien tenía los ojos entrecerrados. Sintió que los propios volvían a humedecerse—. Que mataría la rabia, que lo mataría todo.

—¿No lo hizo? —preguntó con voz entrecortada.

—No —dijo y volvió a caer en la inconsciencia.

Sam cerró los ojos por un segundo preguntándose qué podría hacer para ofrecerle paz. Observó la hoja de papel, sus palabras, y se preguntó cómo pensaba que unas simples letras le demostrarían algo, incluso si ellas habían salido de su propia alma.

—¿Si te lo digo me creerás? —le inquirió sentándose sobre sus talones—. Cada palabra fue cierta.

—Samantha... —escuchó que susurraba y ella levantó la mirada hacia él, pero sus ojos seguían cerrados.

Volvió su atención al *e-mail* y se limpió la lágrima que había escapado de su mejilla, mientras leía sus desvaríos.

Tú me mostraste que amar era mezclar los colores más extraños y distintos creando una galaxia entera de sentimientos y un mundo nuevo; solo que ahora es difícil pintar porque los colores parecen ser más opacos y menos vivos. Gracias por mostrarme la luminosidad y espero en el fondo de mi alma que tus colores sean brillantes y resplandecientes y que yo haya sido solo un rayón oscuro en el lienzo que es tu vida. Quiero que seas feliz, solo con eso podré estar redimida para siempre.

Negó con su cabeza y tiró el papel al suelo. Llevó sus manos de nuevo a la cara de Oliver y rozó el contorno de sus ojos, sus ojeras, el lunar al lado de su nariz. Se inclinó y acarició con sus labios su frente hasta llegar a su oído.

—Te pinté —le susurró mientras le acariciaba el rostro—, solo que no fue el retrato que te dije que quería una vez, fue algo más, algo mejor; fue mi alma y me hizo conocerme. Tú formas parte de mi alma, Oliver. Siempre lo

harás.

Bajó las manos a sus labios y los trazó con un dedo mientras sonreía porque por una sola vez pudo tocarlo como deseaba, como había ansiado durante tanto tiempo. Subió sus manos hasta su cabello y lo peinó, sintiendo las hebras suaves entre sus dedos. Respiró llenándose de la esencia de él, esta vez mezclada con el alcohol, luego deslizó su nariz desde su mejilla hasta llegar a su cuello.

Un par de segundos después Oliver la envolvió desde su cintura y la jaló hacia él en un abrazo fuerte. Sam quedó recostada sobre su pecho, con su cuerpo ladeado. Alzó su cabeza y lo observó, había abierto los ojos, solo que parecía más soñoliento que nunca.

—Jamás me habías tocado así —le dijo él y ella asintió bajando las manos a su pecho y lo acarició sobre su camisa.

—Pero siempre quise hacerlo, incluso antes de saberlo. —Él asintió y ella besó su mejilla con mucha suavidad, percibiendo como respiraba hondo, como si se quisiera llenar de ella.

—Me gusta que me toques así —confesó apretando la sujeción de su cintura.

—A mí también —le respondió, bajó una mano hasta su abdomen y besó su frente, después se movió para acomodar la cabeza contra su hombro.

—También te extrañé, Samantha —le dijo, sus ojos de nuevo cerrados. Ella apretó sus manos en puños para controlar la emoción.

—Te amo, Oliver.

—El amor es una mierda —declaró él y ella besó su mejilla por un segundo—. Y nunca ha sido para mí, debí haberlo sabido desde antes.

—Eso no es verdad —le refutó y lo observó cerrar los ojos por un par de segundos—. Muchas personas te aman, Oliver.

—La vida es una mierda, Samantha —le susurró y ella pasó la mano por su cintura para darle consuelo con su abrazo, podía sentir los latidos de su corazón—. En un momento te muestra que podrías ser medianamente feliz, pero te encadena para que no puedas serlo.

Ella bajó la cabeza y después besó su cuello, y él respiró de forma agitada, como si su toque lo hubiese afectado.

—¿Por qué no me escogiste? ¿Qué tenía él? —continuó y después negó con la cabeza, gruñendo—. Yo estaba bien, nunca debí buscarte... ¿por qué

no me dejaste solo con la rabia? Con ella podía vivir, puedo funcionar; puedo ser yo.

Sam subió la cabeza y acarició su cara, viendo sus ojos color ahora verde oscuro reflejar la más pura de las desesperaciones. Su pecho se contrajo de dolor ante eso.

—La rabia solo te carcome, Oliver. ¿Cómo puedes ser feliz si odias tanto? Eso ha matado al hombre del que yo me enamoré.

Lo escuchó emitir una especie de risa amarga.

—Me condenaste, Samantha —le dijo y ella se atragantó y cerró los ojos—. Maldita la vida... Maldita tú por lo que me hiciste y lo que siempre te negaste a darme, por ser siempre mi maldito problema. Y maldito yo por no entenderlo y por no esperar...

—Lamento ser la que te haya hecho pensar que estás condenado. No es cierto, no lo es. Tú no esperaste, pero yo tampoco luché lo suficiente. Quizá sí lo hubiera hecho, nuestra vida ahora sería muy distinta.

—Entonces lucha ahora —susurró él, y Sam tembló con más fuerza—. Hazme creer que lo que me dices es cierto, Samantha, que estás dispuesta a todo por mí. Lucha por mí.

Ella parpadeó y movió un brazo para acariciar su mejilla, bajando su cabeza para que le mirara.

—¿Oliver? —inquirió confundida.

—Necesito... —susurró él y besó sus labios por unos segundos.

Ella jadeó y no pudo moverse, la tensión y pasión los envolvía, aunque junto a ello muchas más cosas, como recriminaciones, dolor y culpa. Su boca sabía a alcohol, y a él, y tenía la certeza de que eran su aroma y sabor, tan característico de él, lo que la hizo sentir embriagada.

—Quiero que me demuestres que me escoges a mí. Lo quiero todo.

—¿Y cómo haría eso?

—Ven a Londres conmigo.

Sam se apartó para mirarlo a sus ojos.

—Pero estás casado, ¿qué haría yo allí...? Oh... —Todo su cuerpo se tensó al entender lo que Oliver le estaba ofreciendo. Cerró los ojos e involuntariamente apretó su sujeción para que no se apartara, su mente era un tumulto entre lo que podrá ser y lo que ya fue, con un denominador en común: él.

Se sintió aterrada, por un momento temió que si lo aceptaba lo único que haría sería lastimar a ese hombre que una vez consideró su Superman. Además, por su mente pasaron todas las opiniones que él una vez emitió sobre la vida que estaba ofreciéndole, lo infeliz y traicionado que se sentiría ese Oliver si se pudiera ver en esos instantes.

Él le estaba pidiendo que se entregara a un hombre que no es suyo, y que de nuevo sufra porque jamás lo será.

Y sin embargo, tenerlo a su lado se sentía correcto. Se dio cuenta, en ese momento, que en estos cuatro años solo existía, y con él ahí, Sam vivía. Al girar a verlo, al recordar su desesperación, al repetir sus palabras, todo su instinto la empujaba a cuidarlo, salvarlo. ¿Acaso no fue lo que él hizo cuando la sacó de su casa tantos años atrás? ¿No la había visto desesperada y casi rota y la protegió, cuidó y amó? Y ella lo amaba, tan profundamente, de una forma muy distinta a como había creído amar a Michael. El amor que sentía por Oliver era desinteresado, solo anhelaba que fuera feliz.

¿Él quería que le demostrara que era amado? Ella lo haría. ¿Él se había sentido vencido y condenado? Ella le probaría que no era cierto y esperaba que sus esfuerzos por fin pudieran calmar su alma.

«Por favor, Oliver, no me destroces», rogó en silencio.

No creía que esa misión fuera a ser fácil, pero lo que sí sabía era que, en ese instante, el estar cerca de él le hacía sentir una paz que tenía mucho tiempo sin experimentar. Le hacía sentir como ella misma. Le hacía sentir viva.

—Lo haré —le susurró y lo miró a los ojos.

Él asintió y la apretó con fuerza contra su cuerpo, antes de cerrar los ojos y quedarse dormido, allí en el suelo. Por un momento se preguntó si al día siguiente recordaría lo que acababa de prometerle. Una parte pequeña de ella, tuvo la esperanza de que no lo hiciera.

Capítulo 7

Tú haces que todo esto desaparezca, tú haces que todo esto desaparezca. Me queda una sola cosa y estoy empezando a asustarme a mí mismo. Tú haces que todo esto desaparezca, tú haces que todo esto desaparezca. Yo solo quiero algo, solo quiero algo que nunca podré tener.

Something I can never have, Nine Inch Nails.

Oliver salió del apartamento donde vivía con Ilana, con los audífonos encajados en sus oídos y su iPod en modo aleatorio. Bajó por las escaleras los siete pisos como parte del calentamiento y le asintió al portero que ya le esperaba con la puerta de vidrio ornamentada abierta.

La mañana estaba templada. Tomó una respiración profunda y comenzó a correr rumbo al noroeste mientras veía los alrededores de Kensington Palace Gardens. Tanto su piso como la zona donde estaban eran simétricos, combinaba la herencia de antaño y jugaba con los colores más actuales; sin embargo a él no lo motivaban como debería, nunca le había animado ese tipo de arquitectura, siempre tendía más a los estilos vanguardistas y modernos.

Corrió con un ritmo estable durante una hora, recorriendo el parque que estaba en su mayoría vacío, solo había unos cuantos corredores yendo de un lado a otro mientras el sol empezaba a asomarse por el horizonte. Sintió que su teléfono vibraba y lo sacó frunciendo el ceño por la hora, pero esa pregunta fue contestada cuando vio quién lo llamaba.

—Maldita sea —gruñó a la vez que deslizaba su dedo en la pantalla para aceptar la llamada.

Ya casi se había ilusionado con que Alexa no lo llamaría para recriminarle sus acciones, aunque debió haber imaginado que no sería el caso. En especial después del resultado de todo ese condenado fin de semana en

Chicago, que aún no tenía ningún sentido en su cabeza.

—*Alexa* —contestó, aunque no pudo seguir hablando.

—¿Dónde está Sam? ¿Dónde te la llevaste? ¡Exijo que me lo digas en este instante! ¡Eres un jodido idiota, Oliver Lewis! Espero que agradezcas el hecho de que esté en otro puñetero continente porque te hubiese colgado por las bolas.

—*Alexa...* —intentó de nuevo.

—¿Te volviste un jodido Alfred? ¿Quién te crees que eres? ¡¿Quién eres y qué hiciste con mi amigo?! ¿Cómo se te ocurre? Es que desearía matarte en estos momentos. Deseé hacerlo desde que me enteré y la única jodida razón por la cual no volviste a la mierda de Inglaterra dentro de un ataúd fue por Lucas, ¡agradécele a él seguir viviendo!

—*¿Ya te descargaste?* —preguntó a la vez que caminaba de un lado al otro, sentía que la furia por esos insultos y amenazas lo invadían—. *Porque no quiero seguir con esta mierda.*

—¡Ni siquiera he empezado! —gritó tan fuerte que Oliver percibió un pitido en el fondo de su tímpano—. Es que no es justo. ¡Tú no viste cómo la dejaste! Estaba tan delgada que parecía como si fuera a quebrarse con el soplo del viento; o la desesperación en sus ojos y la depresión que la acompañó por tanto tiempo y que, aun así lo niegue, ¡sigue allí! ¿Y ahora qué? ¿Regresaste para terminar el trabajo?

—*Nada de eso fue por mí, fue por Michael y Susan* —murmuró pasando una mano por su cabello y pateó con furia una roca que se interpuso en su camino.

—¿No fue por...? Oh, maldita sea, estás tan ciego. Ella nunca estuvo con el imbécil de Michael, ¡ni nada parecido! No estaba sufriendo por él, sino por ti; si hubiese sido así lo habría aceptado cuando volvió a insistirle que estuviera con él. No entiendo cómo puedes actuar y ser de esa manera, eres un robot, o algo así, pero no hay nada allí de lo que me hizo quererte tantos años atrás.

—*Páralo ya, Alexandra, ¡joder!*

—No, ¡páralo tú! ¿Para qué volviste a buscarla? ¡Estás casado! Me tiene sin cuidado si lo hiciste por despecho, si no amas a tu jodida esposa o si la amas, pero te uniste al porcentaje de los malditos hombres que dicen amar a más de una mujer a la vez. ¡Quiero a Sam de vuelta a Chicago ahora

mismo!

—*No me vas a decir qué hacer* —explotó y estuvo más que tentado de partir el teléfono para dejar de escucharla, pero era su Alexa, no podía hacerle eso—. *Yo hago con mi vida lo que me da la gana y ella también. Ambos somos adultos. ¡Para con el melodrama!*

Ella se quedó callada por unos instantes y después la escuchó suspirar.

—Oliver, nos destrozaste a todos cuando te fuiste.

Ella dejó de hablar y escuchó un sollozo del otro lado del teléfono.

—*Alexa...* —dijo sintiéndose como una porquería.

—Yo te amo; al hombre que me protegió, al hombre que estaba allí y que su corazón era de oro, pero no puedo perdonar lo que estás haciendo en este instante. No te reconozco.

Él puso los ojos en blanco y apretó el teléfono hasta casi romperlo.

—*Adiós, Alexandra. Dale un beso a Nella y a Jared de mi parte.*

—¡Oliver! —Escuchó que gritaba, pero trancó la llamada y apagó el teléfono, maldiciendo a la vida.

Se sentía... ya no sabía bien cómo se sentía.

Unos días atrás lo habría definido como amargura, pero en ese entonces había estado claro en muchas cosas. Ahora todo era un condenado desastre. Empezando por sí mismo. ¿Cómo fue tan imbécil en echar a perder todo el trabajo que tenía años haciendo? Samantha Heller ya no formaba parte de su existencia, él estaba casado, dirigía su empresa, tenía claro cuál era su plan de vida.

Y aun así, igual tuvo que actuar de forma impulsiva; fue a buscarla, quizá para demostrarse que la superó por completo. En cambio, lo que hizo fue el ridículo, no manejó la situación como creyó que lo haría, y terminó rodeado de nuevo en el torbellino que lo envolvía cada vez que ella estaba cerca de él; la furia y el deseo se mezclaron en su interior y por supuesto, tuvo que follarla. Además de ello, obnubilado después de verla, retrocedió mil pasos, al punto de enviar a Ilana a Londres y llegar a casa de Samantha borracho, volver a rogar y a actuar como el ser débil e imbécil que había dejado atrás cuando la abandonó. Y traérsela a Londres, aunque no tenía idea de qué hacer con ella, y la había evitado desde que la dejó en el *loft* del bar de Nathan, ya dos días atrás.

«Qué todo el mundo se vaya al infierno», recitó antes de recolocarse los

audífonos y comenzar a correr como si su vida dependiera de ello.

UN PAR DE HORAS más tarde, Oliver entró a su despacho y fue recibido por su asistente que llevaba su periódico y una taza de café para él.

—Hola, Gerald.

Había decidido que prefería los asistentes hombres, realizaban el trabajo por el que le pagaban sin distraerlo. Era una situación donde todos ganaban.

—Señor Lewis —saludó el hombre rubio de 23 años—, ya su cita de las nueve está aquí, pero el señor Christian Miller —señaló hacia los sillones de cuero ubicados en un lateral del secretariado—, quiere tratar un asunto de suma urgencia con usted.

«Bueno, esto debe ser interesante. ¿Alexa por teléfono y Christian en persona? ¿Se sortearon para saber quién hacia qué, o qué demonios?», pensó mientras fijaba su atención hacia el abogado y a sus ojos que lo miraban colérico.

—Por supuesto, el presidente siempre debe tener tiempo para el jefe de asuntos jurídicos de una de sus sucursales. —Giró hacia su cita de las nueve, el subdirector del Lloyds Banking Group, y le asintió en reconocimiento—. Discúlpame, Connor, pídele a Gerald lo que quieras, en un momento estoy contigo. Christian. —Le asintió y caminó hacia su oficina, cerrando la puerta cuando el hombre la sobrepasó—. ¿A qué debo...?

No pudo terminar la pregunta porque Christian se giró hacia él y le lanzó un rechazo justo en su mandíbula. Oliver gruñó al sentir que el dolor se agolpaba en toda su cara, era como si le hubiesen lanzado un yunque y pequeñas pullas recorrieran su anatomía.

Del golpe cayó al suelo y lo miró confundido, pero más que todo furioso. Se levantó un segundo después y le atacó abrazando su estómago, tirándolos a ambos contra la pared al lado de la puerta.

—¡Llamad a seguridad! —escuchó que gritaba Gerald a la vez que intentaba meterse entre ambos.

Oliver pateó a Christian quien volvió a darle otro rechazo, pero en el abdomen, y lo dejó momentáneamente sin aire. Gerald se metió por fin y apartó a Christian.

—¡Deténgase o irá a prisión! —amenazó el asistente. Oliver en ese momento se enderezó, aún sujetando su estómago y medio ahogado.

—¡Déjanos! —le gritó a Gerald.

—Pero, señor... —dijo todavía controlando a Christian.

—¡Te he dado una jodida orden! —aseveró, mirando a Christian sin parpadear. Deseaba asesinarlo.

—Sí, señor —accedió, soltó al otro hombre y salió de la oficina trancando la puerta detrás de él.

Ambos se miraron por unos segundos, midiéndose, analizándose.

—¿Quieres más o ya tuviste suficiente? —le preguntó Oliver mientras lo veía sangrar de un labio.

—Quiero colgarte fuera de esa ventana —le escupió Christian—. ¿Dónde está?

Oliver rio sin humor alguno.

—¿Te convertiste en el jodido niño de una mujer?

—No lo repetiré, Lewis. No tenías derecho a buscarla, mucho menos después de todo lo que sucedió —declaró mientras acomodaba su camisa.

Oliver sintió más odio que antes al ver ese lado proteccionista, la preocupación en su expresión. Recordó la imagen colgada en el apartamento de Samantha, la forma en cómo la tocaba y la miraba, y alzó la barbilla de forma altanera.

—¿Te la estás follando, Christian? —preguntó con odio y asco.

Christian entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Me das lástima, de verdad que sí, debe ser patético vivir contigo mismo.

—¡Jódete, Miller! —le gritó y pasó una mano por su cabeza—. Hace años estabas sufriendo con tu puta y ahora vienes en búsqueda de mí...

—Ten cuidado, mucho cuidado, con tus palabras —le interrumpió—. Cometiste el primer error al ofender a Genna, es mucha mujer para que siquiera la menciones, y si ofendes a Sam, juro por Dios que te mataré.

Ambos se midieron sin pronunciar palabra. Unos segundos más tarde, Christian caminó hacia donde había tirado su portafolio y empezó a revisar dentro de este.

Oliver estaba muy ocupado meditando sobre el hecho de que Christian hubiera tenido sexo con Samantha no debería molestarle, él ha estado con más mujeres de las que podría contar y ella tenía todo el derecho de hacer lo mismo. Sin embargo, su interior se contraía de rabia al imaginarlo tocándola. Dejó de pensar en ello cuando el abogado le tiró unos papeles

sobre el escritorio.

—Tu dinero —le dijo éste con un tono lleno de repulsión.

Oliver frunció el ceño y giró hacia el escritorio para mirar los papeles. Cuando se percató de la firma al final lo tomó entre sus manos. Y a cada línea que leía su visión se iba tornando más y más borrosa por la furia. «Voy a matarlo», pensó de inmediato.

—Está completo. Como ves, Sam no tocó ni un maldito centavo, no quiso el cheque. —Se rio en un tono cruel—. Tenías que ver cómo lo rompió cuando se lo di, habrías estado tan orgulloso de ella. Estoy seguro de que yo lo estoy.

—¿Qué mierda significa esto? —le preguntó. Se enderezó y lo miró con expresión anonadada—. Esta cantidad es la que te di para ella.

—No lo quiso y se los entregue a Oliver I cuatro años atrás. Yo cuido de los míos.

—¿De los tuyos? ¿Desde cuándo Samantha es tuya? —preguntó y le miró asombrado—. Maldito, ¡tenías que haberme dicho que ella no lo recibió!

—¿Para qué? ¿Para que la humillaras más? ¿O la mantuvieras esperanzada cuando lo único que querías era hacerle daño? No, no iba a permitir que la siguieras lastimando, ella jamás se lo mereció.

Oliver saltó contra él y le dio un derechazo en su mandíbula que lo tumbó al suelo. Christian lo recibió y, aunque creyó que le respondería, se quedó en el suelo mirándolo con ira, sin hacer ningún intento por levantarse.

—¡Trabajabas para mí!

—¡Y tú querías el problema resuelto! No deseabas hablar con ella, o saber de su vida, a pesar que Sam gastó hasta el último dólar que tenía para venir a buscarte y tu abuelo la puso de patitas en un avión con una sarta de amenazas. —Se puso de pie y enderezó su ropa—. Cuando volvió a Estados Unidos, Sam estaba matándose cada día, solo porque eres un maldito cobarde que no ha querido a nadie más que a sí mismo.

—Estás despedido —gruñó Oliver a la vez que apretaba las manos en puños.

—No te molestes, bastardo, allí también te tire mi renuncia. La única razón por la que me había quedado en tu maldita empresa fue por Alexa y para saber cuándo ibas a visitarla, para alejar a Sam lo más que podía de tu vista.

Oliver lo miró furioso, negó con la cabeza y se apartó un paso.

—Lárgate.

—No hasta que me digas dónde demonios está.

—Tú no eres quién para darme ordenes —le escupió de regreso.

—Lo soy, porque la conozco. Sé quién es Sam Heller, y estoy tan seguro como del infierno que tú no lo sabes. No sabes la bondad que tiene en su alma, ni la paz que irradia; la forma en cómo se preocupa por todos y aún hasta hoy pide por tu alma. ¿Qué le darías tú a cambio? Ella no sabe la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué la amas? ¿Qué todo esto lo haces porque quieres follártela? —le preguntó con tono burlón.

—No —dijo él y lo miró con tristeza—, la verdad que vi cuando me reuní contigo para lo del divorcio y que con esas últimas palabras me reiteraste: no sabes amar, Oliver, solo sabes atacar y hacer daño. Sam se merece más, y tú no puedes dárselo.

—Y estoy seguro que tú estás desesperado por intentarlo —le dijo con dientes apretados. Christian suspiró y negó con la cabeza.

—Yo amo a Sam —le dijo y sonrió resignado—, solo que no de la forma en que tú piensas. Pero nunca sabrás la diferencia, porque para eso debes pensar en alguien más que en ti mismo. —Se envaró y lo miró con firmeza—. Te juro que si no me dices dónde está en este instante, te arrepentirás.

—En vez de amenazarme con tantas pendejadas, ¿por qué no piensas en ti mismo? En la maldita demanda que pondré en tu contra por estafa —espetó.

Christian se carcajeó.

—Hazlo si quieres, yo sé hacer muy bien mi trabajo, y todo tu dinero fue devuelto de forma legal. Anda y cuéntale a tu abuelito lo que quieres hacer, a ver si te permite siquiera empezar a buscar una causal de demanda.

—Tal vez entonces solo lo haga por mala praxis —le amenazó Oliver.

—Yo cumplí con mi trabajo, ella firmó el cheque, lo que hizo después con el dinero no era mi problema. Y era dependiente de tu empresa, es lógico que lo devuelva a mi jefe de la época, el memorándum donde te informé sobre la devolución del dinero fue enviado años atrás... que se haya perdido en el correo es lamentable, aunque sucede con frecuencia —le dijo y lo miró con los ojos entrecerrados—. Dime dónde está, o juro por Dios que iré donde Oliver I o llana. ¿Eso es lo que quieres?

Oliver sonrió sin humor y se encogió de hombros.

—Lárgate de mi oficina o llamo a seguridad.

Christian lo miró con odio antes de salir, tirando la puerta a su espalda.

Bajó la cabeza hacia el informe del traspaso del dinero y negó repetidas veces.

«Ella no había aceptado el dinero. Le había dicho la verdad. ¿Cómo sobrevivió entonces?», se preguntó pensando que su prima la había dejado y... Detuvo esa línea de pensamiento y el impulso de ir al *loft* para exigir respuestas, o quizá para verla de nuevo; ella estaba relativamente bien, incluso montó una empresa propia, y él llevaba años sin preocuparse por nada que le sucediera a Samantha Heller. Así que en cambio solo se concentró en maldecir a Christian por haberlo engañado durante tantos años y se arregló para atender a su cita, ignorando el cardenal que estaba comenzando a formarse en el lado izquierdo de su barbilla.

Una hora después, cuando por fin pudo deshacerse de Connor, le ordenó a Gerald que cancelara todas sus demás citas y se concentró en leer cada uno de los papeles entregados por Christian.

OLIVER MIRÓ ALREDEDOR, y tomó un trago de su vaso con whisky mientras seguía perdido en sus pensamientos. Había llegado a la casa de Joanna una hora atrás, directo desde la oficina y, aparte de saludar a las pocas personas que conocía en esa reunión, además de Ilana —que llegó con sus padres—, su madre, su padrastro, y desearle un feliz cumpleaños a su hermana, no hizo ningún intento de entablar conversación con nadie; en cambio optó por seguir apoyado en la pared en aquel rincón.

Ilana volvió a girar y lo vio desde donde estaba parada a unos cuantos metros de distancia, y su ceño volvió a profundarse. Oliver no le había vuelto a dirigir la palabra desde que le contestó sobre cómo se hizo el cardenal en la barbilla, por otra parte, él sabía que Ilana estaba molesta y que se lo haría pagar más tarde; pero estaba tan concentrado en lo que había descubierto ese día que nada más parecía importarle.

«Al parecer Emma también existió», se repitió dando otro sorbo a su bebida. En algún momento después de haber leído por quinta vez los condenados documentos que Christian dejó sobre su escritorio, se comunicó con el jefe de Recursos Humanos para ubicar a la supuesta chica que

Samantha había mencionado, solo para descubrir que su abuelo había despedido a Emma Nowak de la empresa cuatro años y medio atrás, sin ninguna razón aparente, según lo que el propio Parker le explicó. Oliver sospechaba que existió un motivo muy específico.

De manera inconsciente, se apartó de la pared y caminó hacia su madre, Bryoni, que estaba conversando con Matthew y dos invitados de Joanna que él no conocía.

—Madre —la llamó y asintió hacia los demás, como forma de excusarse por la interrupción. Ella sonrió, se disculpó, y lo siguió hasta que estuvieron apartados de las demás personas.

—Oliver, ¿qué te pasó en la barbilla? —le preguntó mirándolo confundida.

—Nada importante, problemas con un empleado de la empresa.

—¿Qué? —inquirió, horrorizada—. ¿La justicia lo tiene? ¿Se lo contaste a tu abuelo?

—Eso está resuelto. ¿Samantha fue a verte después que nos separamos?

Su madre lo miró con expresión plana por un par de segundos, luego apartó la mirada. Él parpadeó, aturdido. La furia y la invalidez lo dominaron, hasta dejarlo confundido.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Cuando le pregunté por ella a papá, me dijo que ya lo había resuelto, creí que él te lo había comentado. Además, todo eso es pasado, el presente es llana y debes ir con ella, no los he visto juntos en toda la noche...

Su madre siguió hablando, pero él dejó de escucharla, mirando un punto a la pared, sin sentirse en verdad sorprendido. De hecho, se lo esperaba, si su abuelo despidió a la chica que intentó ayudar a Samantha, era obvio que no existirían escrúpulos para deshacerse de ella, de la forma en que ella lo acusó la noche que estuvieron juntos en Chicago.

—Vuelve con tu esposa, Oliver —insistió su madre a la vez que se alejaba de él, aliviada de huir.

Él cambió su trago por uno nuevo que le ofreció un mesonero, mientras aceptaba que lo cierto es que le había creído a Samantha desde el primer momento. Esa misma noche, después de poseerla contra la pared, su parte inconsciente, instintiva, creyó lo que había dicho. Lo cual era algo imbécil e idiota, pero al parecer él era todas esas cosas cuando se refería a ella. Por

ello fue a buscarla al día siguiente, y por eso la había traído a Londres con él.

La furia pura volvió a invadirlo, ya que cuatro años atrás lo único que había deseado era que ella fuera por él, que lo buscara y le demostrara de alguna manera que lo quería. Lo hizo, sin embargo, ya las cosas eran muy distintas.

Ilana y él dejaron la fiesta de su hermana un par de horas más tarde, e hicieron el trayecto a su apartamento en silencio, la tensión invadía el ambiente. Al traspasar la puerta principal del departamento el silencio los recibió, ninguno de sus empleados salió a saludarlos e Ilana se fue directo a su habitación.

Oliver suspiró hondo y caminó hacia el dormitorio para encontrarse a su esposa removiendo las cosas del clóset de un lado al otro como loca.

Eso significaba que era grave.

Dejó la chaqueta y el portafolio encima de la silla, y se apoyó en el marco de la puerta.

—Para ya, Ilana.

Ella lo ignoró por completo, en cambio siguió revolviendo y sacando cosas del vestidor balbuceando algo sobre entregar ropa a la caridad. Después de pasar cinco minutos esperando la reprimenda que nunca terminaba de llegar, puso sus ojos en blanco y caminó para el baño para tomar una ducha caliente.

Una hora más tarde estaba sentado en la sala utilizando unos pantalones de pijama y con un puñado de hojas en sus manos, repasando los *e-mails* que ella le dio esa noche, y que no había querido leer a pesar de haberlos traído consigo.

—Toma. —Levantó la mirada para ver un bistec crudo sobre un plato que colocó encima de la mesa de café, y un vaso de agua que le estaba ofreciendo Ilana, junto con una pastilla—. Luces como si hubieses participado en una pelea clandestina, lo cual hiciste, cabe mencionar. Bébetelo para que se desinflame más rápido y ponte el bistec en la cara.

—Ilana... —empezó a decir.

—No —dijo y lo miró furiosa—, sabías que verla iba a traer este resultado y no entiendo por qué te molestaste en hacerlo. ¿No tuviste ya suficiente?

—Esto no tuvo nada que ver con eso.

—Claro que sí lo tiene, Oliver, y sabes que no me gusta actuar como una bruja o algo parecido, me conoces, pero no puedo permitir... —Cariño —

intentó interrumpirla.

—¡Ningún cariño! —gritó y la vena de su frente casi iba a explotar así que Oliver se mantuvo callado—. Te he permitido mucho, me casé contigo sabiendo cómo iban a ser las cosas, ¡ni siquiera nos casamos por la Iglesia porque no lo deseabas y yo fui quien tuvo que soportar la pelea de mi madre por eso!

Ella empezó a respirar agitada y llevó sus manos a la cadera, tenía puesto un vestido blanco un poco arrugado, imaginaba que por el trabajo en el clóset.

—Solo te pedí una cosa, ¡una sola! No hagas nada público, sin escándalos, sin humillaciones. ¡Sin que mi madre se entere!

—¡Yo no sabía que él iba a ir a golpearme, llana! ¡No sabía que vendría y punto! —le gritó. Se levantó del asiento y arrugó las hojas entre sus puños.

—Pero sabías que ir a verla traería consecuencias y yo también lo supe, ¡estúpida de mí por no detenerte! —recriminó y lo empujó por el pecho.

—Basta ya —espetó apretando los labios e llana lo miró un poco triste.

—¿Por qué te haces esto? Déjala ir. Si tan solo lo hicieras no te harías más daño. ¿Qué es lo que deseas de ella?

Él la miró fijamente sin querer o sin saber cómo responder esa pregunta.

—No lo entiendes —le respondió en vez.

—¿No lo hago? —le refutó. Lo miró con un brillo de tristeza y dolor en su cara—. ¿No lo recuerdas, Oliver? La razón por la que nos elegimos fue porque éramos los únicos que nos entendíamos, así nunca habiésemos hablado de ello.

Él puso sus ojos en blanco y pasó una mano por su cabello.

—Ya... está bien, sé lo que quieres decir, ¿suficiente?

—No —le indicó llana—. Solo quería recordarte varias cosas.

—Ya lo capte —le repitió.

—No me importa lo que hagas para destrozarte, pero lo quiero privado, nadie se puede enterar. ¡Este matrimonio es de verdad, Oliver! —le gritó desesperada.

—Lo sé.

—Y recuerda el acuerdo. Nunca lo olvides.

—No tengo ninguna intención de olvidarlo, llana, quédate tranquila.

Continúa con tu jodida recolecta en nuestro armario.

Ilana lo miró, asintió y tragó como si tuviese un fuerte nudo.

—Lo siento. Sé que lo sabes, pero yo... me pongo nerviosa, Oliver. —Lo miró pidiéndole que la comprendiera—. Ella me pone nerviosa.

Oliver se acercó y la abrazó.

—Tranquila, cariño —le dijo y acarició su espalda para que se relajara —, todo está bien —le susurró sin creerlo en absoluto.

—Oh, nada lo está —le refutó y sonrió con un gesto triste—, pero no podemos hacer nada para solucionarlo, ¿verdad?

Él besó su frente sin responderle y la dejó ir hacia el cuarto, después se llevó su mano a la nuca y miró las hojas, antes de tirarlas a la basura, sin leerlas.

«¿Qué es lo que deseas de ella?».

Oliver pasó años desarrollando y fortaleciendo un control que al parecer solo Samantha rompía, pero gran parte de ese autocontrol estaba cimentado en fuertes pilares como la rabia. Sin embargo, después de haber leído uno de sus correos, toda la furia que sentía por ella se había evaporado, dejando algo que no podía controlar y no quería sentir.

Por un segundo, se arrepintió de todas las decisiones que había tomado hace cuatro años y medio; deseó no haberse ido de su apartamento, y por último, ansió creerle, anheló imaginar que ella lo había amado, que había sido amado. La estupidez más jodida de todos los tiempos ya que él no necesitaba eso, ya no lo hacía.

«No lo hago», se repitió con firmeza para bloquear los deseos que se había prohibido sentir. Sin embargo, a pesar de inhibir sus anhelos, fue capaz de pedirle que lo acompañara a Londres. ¿Por qué Samantha era tan atractiva? ¿Por qué volvió a convertirse en el tarado que se había prometido nunca ser de nuevo? Cuando Samantha estuvo entre sus brazos, cuando la sintió convulsionar debajo de su cuerpo; cuando percibió sus curvas rodeándolo, solo pudo abrazarla, y sintió algo distinto. Fue una sensación que tenía muchos años que no experimentaba, ni en el sexo ni fuera de él. Y fue tan embriagadora que se arriesgó a humillarse y a rogar para que lo aceptara de nuevo, pero necesitaba que fuera solo bajo sus condiciones.

Porque por Michael estuvo dispuesta a destrozar a su prima; de planear huir con él y dejar a un hijo sin su padre; se casó con Oliver para protegerlo y

sacrificó todo lo que podía sacrificar. Y de alguna manera enferma, Oliver quería lo mismo, así fuera injusto, malcriado, infantil, no le importaba. Quería que ella demostrara la misma entrega, por él.

Capítulo 8

Lo que más me duele fue haber estado tan cerca, y haber tenido tanto que decir, y verte alejarte de mí, sin nunca saber lo que pudimos haber sido y que no hayas visto que todo lo que intentaba hacer era amarte.

What hurts the most, Cascada.

Samantha estaba perdida en el Museo Británico, hacía dos horas que se encontraba observando las obras de Van Gogh cuando el eco de unas voces la hizo parpadear, para sacarla de la ensoñación en la que la introducía el arte del pintor neerlandés. Su cuadro *Campo de trigo con cipreses* fue solo una de las obras de cipreses que pintó en su época de recuperación en el sanatorio de Saint Rémy, y siempre la había intrigado. Las distintas técnicas en sus pinceladas, la mezcla de colores que, supone, tuvo que ser muy difícil y específica, de otra manera, no sabe cómo llegó al tono deseado para los cipreses. Era maravillosa, pero su mayor atención y fascinación se centraba en las formas de las nubes. El tumulto, la tempestad, cómo los nubarrones cubrían el cielo con sus distintos matices le hablaba del torbellino emocional del propio Vincent, así como también del suyo; por eso llevaba tanto tiempo concentrada en ellos, tanto que nunca notó que el eco de voces que había oído hace un momento era el anuncio de cierre del museo; de hecho, estaba tan imbuida en sus pensamientos, que solo advirtió que estaba quedando sola en el salón cuando un oficial de seguridad le indicó que tenía que desalojar el lugar.

Sam salió del museo minutos después, se detuvo entre las columnas del edificio neoclásico del 1857 para observar a un variopinto grupo de personas, las que realizaban distintas actividades; estudiantes de arquitectura copiando en una croquera el estilo del edificio, ancianos comiendo panecillos, ejecutivos tomando café, etcétera. Percibió el tibio aire que se colaba entre los pasillos de la construcción e inhaló profundo la

nostalgia por su tierra: «Es como el *downtown* de Chicago en su hora pico». Suspiró y bajó las escaleras hacia la calle Great Russell, para dirigirse hacia el Soho Square y volver al encierro al que se había confinado desde que llegó a Londres.

«¿Vendrás a mi hoy, Oliver?» se preguntó, mientras caminaba los trece minutos de distancia entre el museo en donde se refugiaba, hasta el Soho, tal como llevaba haciendo en los últimos dos días.

Había partido a Europa luego de despedirse solo de Rachel; y sabe que ignorar a sus otros amigos fue mezquino e infantil; sin importar lo traicionada que aún se sintiera debió decirles algo, mínimo un adiós. Se sentía como si hubiese huido, cuando se había jurado nunca volver a hacerlo. Rachel, su único apoyo en ese momento, le dijo que viajar con Oliver, sin que este le hubiese ofrecido nada concreto, era un acto muy valiente. Después le dio un beso y le aseguró que cuidaría de Lira. Ya en Londres, viviendo en el departamento del primo de Alexa, Sam temía haberse equivocado de nuevo.

Entró al bar de Nathan, que ahora se llamaba Le Lion, unas horas más tarde, ya que aprovechó para cenar y pasear un poco por el Soho. ¿La verdad?, no quería enfrentarse de nuevo con el primo de Alexa. Aún se estremecía cuando recordaba la única conversación que tuvo con el hombre después de que Oliver la dejó allí y la convenció de que regresaría en unas horas. Lo cual no hizo.

Al principio ella trató de explicarse, para calmar la animosidad de Nathan por imponerle su presencia, pero él la cortó cuando solo había pronunciado un par de palabras.

«Me vale madre tus excusas o explicaciones, no quiero compadecerte, no me importa. No cuando he visto los resultados de tu influencia en la vida de mi amigo. Eres tóxica. Alexa podrá hacer y pensar lo que quiera, podrá defenderte, podrá mandarle una carta al Papa para que te canonicen por todo lo que has sufrido; pero yo siempre lo elegiré a él. Te repito lo mismo que le dije a mi prima la última vez que hablamos sobre esto, más de tres años atrás, cuando intentó de nuevo que yo intercediera por ti; no preferiré a una mujer que solo le causó daño. ¿Sabes lo que significó para él casarse contigo? ¿La mierda de vida que siempre ha llevado? Es obvio que no lo comprendes, no cuando lo dejaste sin más».

Volviendo al presente, Sam se concentró en el bar que ya estaba funcionando en todo su esplendor, la música y el bajo a todo dar, pulsando a su alrededor, y la gente aglomerada entre la barra, las mesas y la pista de baile. Nathan había remodelado el lugar desde la última vez que estuvo acá, le dio un aire más moderno y refinado; y lo que más agradecía de todos los cambios, fue que se preocupara de que el *loft* estuviera insonorizado, así no la afectaba en absoluto la actividad nocturna del primer piso. Caminó hacia la barra para decirle a Nathan que había llegado, ya que, sin importar su animadversión, había exigido que le dijera cuándo salía y a la hora que regresaba, imaginaba que la monitoreaba a favor de Oliver.

Lo encontró haciendo de cantinero y hablando con una chica de cabello morado con puntas rosadas, la visión de ese cabello la fascinó. Muchas veces en el pasado deseó pintarse el cabello de colores vibrantes y alocados, pero siempre el recuerdo de cuánto su padre había amado su color natural de pelo la detenía.

—Ya estoy aquí, Nathan —le comentó, interrumpiendo la conversación—. Estaré arriba, por si Oliver te llama.

—Tu nombre es... Sam, ¿verdad? ¿Lo recuerdo bien? —escuchó que decía entre la música la mujer con la que él hablaba y ella frunció el ceño confundida, preguntándose si Nathan era un cotilla. Cuando giró a ver a la chica fue como si el mundo se hubiera puesto de cabeza.

—Sí. —Fue lo único que pudo decir.

—¿Se conocen? —preguntó Nathan.

—Siempre desee tener la oportunidad de volver a verte, para matarte —continuó la chica, ignorando la pregunta de Nathan—. Me costaste mi empleo, el señor Aldrich-Millicent me despidió después de haberte ayudado.

Sam jadeó asombrada; la verdad, en esa oportunidad estaba más concentrada en conseguir a Oliver, no había pensado en la asistente que casi le otorga la información que deseaba.

—Lo siento —susurró y bajó la cabeza, pero después la levantó y la miró con frustración—. Y tú me costaste todo, hasta el final tuve la ilusión de que me darías su dirección, pero nunca lo hiciste. Solo me dijiste que estaba fuera de Londres, jamás que se encontraba en Canadá

—Lo siento, debí decirte desde el primer día que no tenía idea de cómo localizarlo. Intenté con su asistente, lo juro, pero todos aún creían que

estaba en Chicago, y aunque no tenía confianza con la secretaria del señor Aldrich Millicent, traté de indagar con ella, y bueno, ya sabes el resultado.

—Lo entiendo.

—¿Ella es la que te costó el trabajo en Aldrich-Millicent? —preguntó Nathan, con tono incrédulo, mientras las miraba a ambas. Allí parpadeó un par de veces—. Entonces es cierto que lo buscaste. ¿Por qué demonios no viniste aquí?

Sam se dejó caer en el banquillo a la vez que se encogía de hombros.

—Ni siquiera pensé en ti —le respondió con sinceridad. Cuando llegaron a Londres y fue el sitio donde él la trajo, se recriminó hasta el infinito por su idiotez, ya que en ese instante recordó que, en ese entonces, Oliver la llevó a ese bar como parte del *tour* por su mundo—. Fui una estúpida. Aunque no creo que hubiera cambiado nada, ¿me habrías ayudado? —Él la miró sin responder nada, su expresión más sombría.

—Esperen, siento que me estoy perdiendo muchas cosas. Nathan, tráenos una ronda. Y tú —señaló a Sam—, empieza a hablar. ¿Al final lo conseguiste?

—No —respondió, pero la mujer le impidió decir algo más.

—Por supuesto. Se casó con Ilana Lodge, ¿verdad? Hace un par de años. No es que hubiese estado pendiente de su vida, o que siquiera lo conozca, pero tenemos un amigo en común: Nathan.

—Sí, se casó —dijo con amargura, interrumpiéndola por fin—, aunque yo nunca supe nada; mis amigos lo sabían, pero no quisieron contarme.

Emma frunció el ceño y también lo hizo Nathan, que en ese instante llegó con dos tragos, de un color verde vibrante, en un vaso alto.

—Volví a verlo dos días atrás, llegó a mi casa de improviso —confesó sin poder controlarse.

—¿En serio? ¡Mierda! ¿Y aún no sabías que estaba casado? —Sam suspiró apoyando los codos sobre la mesa y negó con la cabeza—. Y el mundo se vino abajo cuando te diste cuenta de que lo era. —Sonrió con ironía—. Creo que Bianca sería feliz si pudiera tomarte bajo su ala.

—¿Bianca? —preguntó Sam.

—Mi socia, Bianca Martin, tiene una fijación con las mujeres rotas y perdidas. Deberías conocerla.

Sam frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No quiero ser más el caso de caridad de alguien, es suficiente —

respondió encogiéndose de hombros—. Solo necesito pensar, descifrar lo que haré con mi familia, y seguir viviendo, a pesar de que ahora pareciera que lo único que hago es esperar.

Miró a Nathan y él volvió a fruncir el ceño, mirándola con intensidad.

—¿Sam, estás oyéndome? —Parpadeó y volvió su atención a Emma—. Te estoy diciendo que no sería lastima, Bianca da oportunidades. Ha ayudado a varias chicas desde que la conozco. Es lo que hace. —Se encogió de hombros—. ¿En qué trabajas?

—Es pintora —respondió Nathan de inmediato.

—De hecho, tengo una pequeña empresa de diseño y publicidad —le corrigió—, me encargó de crear campañas publicitarias físicas y digitales, modernizar diseños, todo lo referente a ello.

—¡Esto es maravilloso! ¿La escuchaste, Nathan? —Dio varios brincos sobre el asiento y Sam la miró confundida, parecía un poco desquiciada—. Eres lo que estaba buscando. Exactamente lo que estaba buscando. Tienes que trabajar con nosotras.

Sam se tensó y se apartó unos centímetros.

—La verdad no creo que sea una buena idea, ni siquiera sé si podría... —¿Cuánto tiempo te quedarás en Londres?

—No lo sé —respondió con sinceridad, y evitó la mirada de Nathan que parecía querer traspasarla, antes de alejarse porque un cliente le estaba haciendo señas—. Mi futuro es incierto.

—Solo te pido una reunión. Tenemos meses hablando de que queremos un cambio de diseño en nuestra revista, Bianca es mi socia. Y ahora te tenemos aquí, y además cumples con los parámetros, todo es perfecto. Piénsalo mientras voy al baño, no debí tomarme ese tercer coctel. —La vio levantarse apresurada del banquillo y caminar hacia los baños mientras intentaba comprender qué acababa de suceder.

—Sam. —Se giró hacia la persona que le habló y suspiró al ver a Christian frente a ella, tenía ojeras, su expresión era ansiosa y atormentada. Odiaba verlo así.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? —preguntó confundida.

—Voltearía la tierra si fuera necesario para localizarte. —Suspiró y se pasó la mano por su cabello ondulado, que estaba desordenado—. ¿Podemos hablar?

—No estoy preparada aún —declaró y salió del bar, dejando a Emma y a todos atrás. Comenzó a caminar por la calle, aunque al escuchar unos pasos a su espalda no se sorprendió, sabía que él no se rendiría.

—Demonios, Sam, escúchame, para —le rogó Christian—. Me equivoqué y lo siento, pero déjame explicarte bien lo que sucedió.

—¿Ahora para qué! —le gritó y giró hacia él, sentía que su pecho se contraía al mirar a sus ojos café arrepentidos, así como el morado de su mandíbula y su labio partido. Se forzó a no preocuparse—. Te confié mi vida, mis sueños, mis temores, todo. ¡Todo! Y tú me fallaste. —Su coraje murió al sentir como se quebraba su voz por esas palabras y por la decepción que la invadía—. Pensé que por lo menos tú me veías como era en realidad. —Lo escuchó suspirar y sintió que se acercaba. Una vez frente a ella, puso sus manos en sus mejillas y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Te veo, cariño —le susurró—. Eres hermosa por dentro y por fuera, eres tierna, te preocupas por tus amigos, eres mi puerto seguro, logras que encuentre algo de paz y felicidad. No podía permitir que me quitaran eso. Actué de forma egoísta, lo sé. No estoy orgulloso de lo que hice y, si hubiese imaginado que te haría daño, no lo habría hecho. Perdóname —le dijo y bajo una mano hasta entrelazarla con la suya, pero ella se apartó—. Sam... —No soy una niña, no lo soy.

—Soy consciente de eso.

—¿Hay algo más que quieras decirme, además de que Oliver me cree una vividora por tu culpa? Cualquier otra cosa, Christian, este es el momento de contármelo.

Él entrecerró sus ojos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó y ella sonrió con gesto sarcástico.

—¿Un caso que tuvo un mal resultado o es que fuiste a buscar pelea con alguien? —indagó señalándole el labio partido.

Y la forma en cómo la miró, casi luciendo culpable, fue todo lo que necesitó para confirmar su sospecha. Gimió y se dio la vuelta para alejarse de él.

—Maldita sea —escuchó que decía—. No contestabas el teléfono y estabas desaparecida, era claro que te habías ido con él. Además quería darle los papeles del dinero, pero lo vi y nada más pensé en que él te había lastimado otra vez y quise matarlo. ¡Tú eres mi responsabilidad! —le

espetó.

—No, no lo soy —lo encaró y limpió la lágrima que rodó por su mejilla—. Somos amigos, pero yo tengo que tomar mis propias decisiones, Christian, tienes que entender eso...

—Él...

—Él queda fuera de esto —le interrumpió—. No puedo seguir así.

—Sam... —empezó y ella negó con la cabeza para que dejara de hablar.

—Tú y yo fuimos una buena idea, y yo te necesité tanto, Chris, así como tú me necesitaste a mí. Me permití ser tu fuerza, y te permití ser la mía. Pero ya tengo que entender las cosas por mí misma, solo eso pido, que seas mi amigo.

Christian la miró con dolor por unos segundos y ella sintió que el corazón se le partía.

—Sobrevivirás sin mí —continuó.

—¿Lo haré? —le preguntó él.

—Yo nunca fui ella, no importa cuánto lo creyeras —le reafirmó.

—Hace años que entendí eso, Sam, varios años atrás. Cuando entendí que solo éramos dos almas rotas que se cuidaban y se acompañaban, nada más.

—Pero siempre te amaré —le confesó Sam y él suspiró y la atrajo a su cuerpo para abrazarla.

No lo entendía del todo, y la verdad dejó de intentar descifrarlo hace años, solo sabía que ellos tenían una forma de comunicarse tan suya, única, privada y eso lo hacía un poco más difícil algunas veces.

—Yo también, Bambi, yo también. Cuando regreses a casa todo estará bien.

Ella bufó ante esa declaración.

—Eso espero, porque no entiendo nada, todo lo que creía cambió en un segundo —confesó y sintió que la abrazaba más fuerte.

—¿Quieres dar un paseo? —Ella asintió contra su cuello antes de sentir que entrelazaba una mano y la guiaba por Soho.

Caminaron por mucho tiempo en silencio, ella ya había limpiado sus mejillas y observaba las calles, el arte en cada una de sus expresiones, en un poste, un banquillo o solo el cielo negro que se reflejaba en las calzadas.

—Quiero pintar —susurró ella y sonrió cuando percibió que Christian apretaba su mano en un gesto de apoyo—. No, no porque siento que me

voy a derrumbar, sino porque a veces lo extraño. A veces me extraño, y lo peor es que no me había dado cuenta hasta que lo vi de nuevo. Es tan confuso, parte de mí estaba ausente, dormida, solo expectante... esperando por él.

Se separó de él y caminó por la calle Carnaby, hasta encontrar un banquillo, se sentó y lo sintió a su lado.

—Y cuando lo besé... —Suspiró hondo y cerró los ojos por un segundo—. Ese beso era el que había estado esperando todo este tiempo; he besado a algunas personas después de él, incluso a ti una vez, pero ese era el beso que mi cuerpo había anhelado, me hizo ver estrellas y recordar. Me hizo ser yo, de nuevo.

Sintió que Christian tocaba su hombro y bajó ligeramente la cabeza.

—Pase mucho tiempo prometiéndome que cuando lo volviera a ver todo sería distinto; que hablaría por fin, que diría todo lo que antes me era imposible confesar. Sin embargo, sucedió tan distinto, fueron puras recriminaciones y dolor. Dios, Christian, tanto dolor... —Se abrazó a sí misma y lo sintió acercarse un poco más hacia ella.

—Has sufrido, yo lo sé, lo viví contigo.

—No hablo de mí.

Christian bufó.

—Él no lo merece, solo te usó, quiso llegar a tu casa y tomar...

—¿Cuatro años después? —interrogó en un tono que demostraba lo absurdo de su declaración—. Solo se paró un día de su cama y decidió llegar a mi puerta por un simple impulso. No lo creo.

—Yo sí.

—Me pidió que luchara por él —le confesó lo que tanto le atormentaba—. Ese hombre frío y duro, tan distinto al que fue antes, me rogó que lo acompañara y que estuviera a su lado. Por eso estoy aquí. Aunque no sé por qué lo hizo.

Esa era una de las preguntas que la atormentaban; por qué pedirle que sacrificara todo por él, si ella significaba tan poco. El tono de voz con que le pidió que peleara por él aún la angustiaba, además del recuerdo de que Oliver la había amado y ella, aun así, le falló.

—Tienes que dejarlo ir y regresar a casa. No tiene ningún sentido que estés aquí. ¿Quieres repetir tu historia con Michael? ¿Qué deseas? Permanecer

escondida esperando que pueda disponer de un rato para escabullirse de su vida perfecta, ¿vas a soportar las excusas? ¿Las mentiras? Ya sufriste demasiado, Bambi, lo intentaste todo...

—¿Lo hice, Christian? O quizá fue al contrario, me rendí demasiado rápido —preguntó de forma retórica, porque ella sabía la respuesta.

Su amigo, se quedó callado, tal vez analizando lo que ella le decía.

—Hiciste todo lo que pudiste —le refutó y Sam arrugó la cara por un segundo.

—¿Te parece? —murmuró.

—Maldita sea, ese hombre no te merece.

—¿Qué harías tú? —le preguntó cerrando los ojos—. Sí Genna llegara a tu puerta y te pidiera que luches por ella. ¿Existiría algún límite? ¿Habría algo que no le darías? —pronunció las palabras con los ojos cerrados y al no escuchar respuesta se giró y lo miró. Él la observaba preocupado, asustado, y en el fondo de sus ojos estaba la rendición que no quería mostrar con palabras —. Harías lo mismo que hice yo, y lo sabes.

—Vuelve a casa —le pidió en voz baja y Sam sonrió sintiendo que sus ojos se humedecían—. No quiero que te destruya.

—Lo amo. Nunca he dejado de hacerlo. ¿Cómo puedo superarlo, Christian?

¿Cómo?

—¿Crees que esto te ayudará a conseguirlo? No, Sam, solo lo hará peor. Él no me dijo dónde estabas, pero después ate cabos y supe que estabas aquí, no tenía otro sitio donde llevarte. Y tú no perteneces a este sitio. Perteneces a nosotros. A tu familia.

—Una familia que me engaña, que no confía en mí. Tengo una prima que me odia, un sobrino que no me conoce y una farsa de amigos.

—No es así. Te amamos, tal vez demasiado, esa es nuestra única culpa en esta historia.

—¿Y si se tratara de Genna? —le volvió a preguntar y de nuevo recibió el silencio.

—Lo que te puedo asegurar es que alguien que te ama nunca te pedirá que te destruyas para demostrarle algo.

—¿Y si ella te lo pidiera? —Lo escuchó suspirar y acercarse otros centímetros.

—Renuncié —le informó y ella lo miró, sorprendida—. Vendré a vivir contigo si dejas Estados Unidos.

—No —le dijo y negó con la cabeza mostrándose enfática—. No harás tal cosa. Solo puedes ejercer derecho en Estados Unidos, no vas a dejar todo para hacerme de niño. Volverás a casa y cuidarás a Lira, y me apoyarás, y vendrás a visitarme.

—Sam...

—Solo un amigo, Christian, eso es todo lo que necesito en este momento.

Él suspiró y la tomó de su mejilla, para que le mirara.

—Como un amigo, te ruego que te veas a ti misma y te preguntes si es lo que quieres. —Ella iba a interrumpirlo, pero él lo evitó, apretando su mandíbula—. Es cierto, si fuera Genna haría cualquier idiotez, como lo que tú estás haciendo aquí. Pero lo que te ruego es que no pierdas lo que has logrado en el proceso, ¿esta eres tú? La que vive en el *loft* de un bar y espera por las sobras de un hombre que ya tiene la vida hecha. ¿Es así como vas a conseguir lo que sea que estás buscando?

Ella parpadeó y frunció el ceño.

—Un hombre que en verdad te ame no pediría que cambies toda tu vida por miserias. Y la mujer que ahora eres, no lo permitiría. Recuérdalo.

Sam bajó la mirada y asintió, su pecho constreñido y su respiración acelerada. En especial porque durante todo el día las dudas la carcomían, él no había regresado, solo la dejó allí, y temía que la espera fuera indefinida.

—Gracias —le susurró—. Desearía retroceder el tiempo y a la misma vez adelantarlo, ¿comprendes lo que quiero decir con eso? —A la vez que decía las palabras se giraba hacia él y lo abrazó con fuerza. Él le acarició la espalda por unos segundos.

—¿Sabes de qué más estoy seguro? —le preguntó en un susurro—. De que si Genna entrara en mi vida, y nada funcionara, tú estarías allí para mí.

Ella sonrió por el significado oculto de esas palabras, por su forma particular de decirle que decidiera lo que decidiera, iba a estar a su lado.

—Claro que lo estaría. Por siempre.

—Bien.

Estuvieron casi una hora hablando, de algunas cosas banales, de otras sobre Alexa y sobre lo que ella necesitaba que él hiciera en Chicago. Cuando se despidieron —lo cual fue mucho más difícil de lo que imaginó que sería—,

pasó un rato caminando por los alrededores del Le Lion, meditando sobre las palabras de Christian y sobre lo que ella estaba buscando allí. No tenía ninguna esperanza de romper un matrimonio y recuperar su vida perdida, no quería pedir limosna y conformarse con poco, de eso no se trataba esto. Quería demostrarle y demostrarse a sí misma que lo amaba. Quería salvarlo, quería... quería sentir que existía y que estaba viva. Nada de eso lo lograría si seguía esperando, ni mucho menos por querer ser salvada. Eso se había acabado una vida atrás, en un sótano oscuro.

Entró al bar y caminó hacia la barra decidida, rezando porque Emma siguiera allí. La encontró hablando con Nathan, de nuevo.

—¿Qué decidiste? —le preguntó Emma, dejando a un Nathan indignado por la pérdida de atención.

—Me interesa —respondió acelerada—, quiero reunirme con Bianca y quisiera que me ayudaras a conseguir un apartamento en renta. Necesito salir de este sitio y dejar de esperar.

Miró a Nathan, y creyó ver una pequeña sonrisa y un brillo de orgullo en su mirada, pero de seguro se lo estaba imaginando, y reflejaba lo que sentía en ese momento con las personas a su alrededor.

—¿Y tampoco tienes casa? Oh, cielos. ¡Bianca te amara!

Capítulo 9

*Y los pájaros están cantando,
como si supieran la partitura,
y te amo, te amo, te amo.
más que nunca.*

*Y te deseo todo el amor del mundo, pero más
que todo, deseo ser yo quien te lo dé.*

Songbird, Fleetwood Mac.

Samantha estaba sentada frente a la computadora de Emma intentando trabajar, pero sin avanzar en absoluto, sus pensamientos estaban centrados en las decisiones que había tomado a lo largo de su vida adulta; determinaciones pequeñas o no, siempre conllevaban a una consecuencia que, por lo general, creaban un cambio no tan solo a su vida, sino que también en la de los demás. La penúltima resolución que había tomado la trajo a Londres, cuatro días atrás; y la última le vino como un torbellino asombroso y extraño, que la sacó de su letargo y la arrastró el día anterior hasta las oficinas de *Claroescuro* para ser entrevistada por Bianca Martin, directora de la revista.

Bianca tenía algunos años más que ella, aunque no podía descifrar cuántos porque la rodeaba un aire atemporal; su cabello de un color chocolate intenso que rodeaba su nuca y hacía resaltar su piel tostada. Era una persona rara, de estilo intelectual, uno creería que por ser dueña de una revista sería tan sofisticada y arriesgada como Emma; en cambio, era un poco retraída con un estilo decoroso, casi podría decirse que intentaba pasar inadvertida a su alrededor.

En la reunión hablaron de arte y tendencias, ni siquiera se sintió entrevistada o evaluada, más bien fue como si estuviera en una conversación entre amigas, o por lo menos conocidas, que fue la sensación que percibió desde que la vio por primera vez. A veces le sucedía así con algunas personas, tal vez al final sí fuera cierto eso de la reencarnación.

Tres horas más tarde, Bianca le había sonreído para terminar con un categórico: «estás contratada». Sam había quedado perpleja, por decir lo mínimo. Después de estrechar sus manos, dio un paseo por las instalaciones de la revista, todo en un estilo vanguardista. Al terminar, se llevó varias ediciones para empezar a estudiarla y sacar una buena idea de su reestructuración.

No contaba con mucho tiempo, Bianca la contrató como consultora externa por un período máximo de seis meses, la tarea que les esperaba era titánica, pero todo el esfuerzo merecía la pena. Era un buen desafío. Al no sumarla al personal le daba la posibilidad de trabajar con otros clientes dentro o fuera del país, lo que significó una gran tranquilidad porque podría cumplir con los compromisos que tenía en Chicago y no los defraudaría. Todo significaba que con la ayuda de la tecnología, el *e-mail*, y la videoconferencia podría ampliar su repertorio laboral y seguir creciendo. Se sentía ansiosa y feliz por las expectativas.

Ese mismo día, después de la reunión, se había ido a instalar en el apartamento de Emma, donde dormiría en su sofá cama hasta que encontrara un sitio dónde vivir. Londres era costoso, pero Bianca le había informado que todos sus gastos estaban incluidos en el contrato, e incluso le ofreció ponerse en contacto con una amiga de bienes raíces para que le diera opciones de pisos, lo que Samantha agradeció enormemente.

—¿Le contaste a Bianca sobre toda mi historia? ¿Es por eso por lo que me contrató y me otorgó todos esos beneficios? —le preguntó Sam a Emma, que salía de su habitación lista para ir al trabajo—. Habíamos quedado en que no ibas a hacerlo, no quiero...

—No lo hice —le interrumpió mirándola como si estuviera loca—, ¡no soy una boca! Bianca quería alguien con un estilo parecido al suyo y tú fuiste la indicada, te lo prometo. —Sam asintió más tranquila. Emma la miró con el ceño fruncido, preocupada.

—¿Sucede algo? —preguntó confundida.

—Quiero que entiendas que no te juzgo, así que no tomes lo que te diré de esa manera, pero si hablo más de la cuenta, me puedes parar, porque es uno de mis defectos. —Se removió incómoda y la miró dubitativa—. Muchas veces las mujeres en tu situación tienen la ilusión de que el hombre va a dejar a su esposa y estadísticamente eso no es...

Sam rio y eso hizo que Emma se callara y la mirara confundida.

—Te refieres a cuando uno cree que todo será perfecto si el hombre que amas descubre que ya no ama a su esposa sino a ti. Qué todo habría sido perfecto si él te hubiera visto antes. Qué hubiese sido maravilloso si ella no existiera, o no la amaras también, o si no fuera tu prima.

—Bien, no sé qué quieres decir con lo último, pero a eso es a lo que me refiero. —Su voz sonaba un poco desconfiada.

—Quiere decir que lo sé, créeme cuando te digo que soy bastante consciente de las ilusiones que nos creamos, y las verdaderas posibilidades de que exista felicidad en ese tipo de situación, incluso cuando al final el hombre sí te «escoge» —con lo último levantó sus manos para hacer los signos de comilla—. También te digo que no me estoy engañando ni pienso que Oliver llegará un día, me dirá que todo está olvidado, y nuestra vida será perfecta; pero lo que sí quiero creer es que existe una manera de redimir mis errores, de hacer bien, y es por eso que lo intentaré. Y espero ser feliz en el proceso.

—¿Y la esposa? ¿No piensas en ella? No sé si...

—Esto va más allá de esa mujer, Emma —le interrumpió—, es algo complicado y tal vez idiota, pero debo hacerlo si quiero por fin dejar de vivir en el limbo en el que he estado subsistiendo.

—¿Estás segura?

—Él me necesita. Y yo necesito recordarle quién era, quiero intentar amarlo como debí hacerlo tanto tiempo atrás —explicó. Se alejó de la computadora y se sentó en el sofá borgoña—. Para eso debo arriesgarme.

Emma la miró por un instante y asintió, antes de suspirar y sentarse a su lado.

—Es más de lo que soportaría con Nathan, a pesar que una parte de mí lo ama —confesó y su mirada se opacó un poco—, ¡solo que él no lo sabe porque si lo hiciera, me jodería! El problema es que esos ojos negros, esos pectorales y ese bendito tatuaje te derriten y te hacen morir de curiosidad por saber cómo lucirá sobre tu cama.

—¿Y ya han estado juntos?

—Nathan no es del tipo «estemos juntos», y yo no quiero ser del lote «te vi, te follé y me fui». Así que solo coqueteamos, nos hacemos propuestas que sabemos que no cumpliremos y ya. —La miró con una sonrisa pícaro—.

Debo ir a la oficina, pero cuando regrese haremos una pijamada, cada vez que veo a Nathan necesito embarrarme con las endorfinas del chocolate para evitar atacarlo.

Sam se carcajeó y asintió antes de verla salir del apartamento, allí se volvió a sentar en la computadora y miró su celular que había activado cuando se fue del *loft* de Nathan. Cuatro días, y Oliver aún no había aparecido. Le había dado todos los datos a Nathan de donde conseguirla, no quería que creyera que se había ido sin más.

Tocaron la puerta principal y ella se apresuró en abrirla. Sintió que perdía todo el aire y que sus piernas se volvían de gelatina cuando Oliver apareció frente a ella.

Siempre tuvo razón, decidió en ese instante, él era el único que podía darle lo que estaba buscando.

—¿Por qué no estás en el *loft*?

—Hola, Oliver. Qué bueno que por fin pasaste a saludarme.

—¿No te cansas de jugar conmigo? ¿Te divierte? —la interrogó y Sam palideció a la vez que se apartaba para que él entrara al piso y cerrara la puerta.

—Nunca he jugado contigo, solo cometí un error, eso fue todo.

—¿Eso fue todo? —repitió tomándola de su cabello y jalando un poco hasta que todo su cuello estuvo extendido, allí bajó su cabeza para rozarlo con sus labios, a la vez que sujetaba sus caderas, pegándola a su cuerpo—. Te dije que me esperaras allí y de nuevo, huiste.

—No lo hice. Le dije a Nathan dónde estaría. Fuiste tú quien huyo, me trajiste a Inglaterra y después desapareciste —respondió por fin y él la miró, su ceño fruncido—. Por favor, suéltame. No me iré a ninguna parte, pero tenemos que hablar —le rogó colocando sus manos sobre su pecho.

No obstante, él, en vez de retirarse, bajó de nuevo a su cuello y comenzó a rozarla con mayor insistencia, besó, mordió y succionó, marcándola. Ella gritó ahogada y rasguñó su pecho sobre la camisa.

—Por Dios —jadeó—. Oliver...

—Sí, Samantha —dijo moviendo la mano que tenía en su cadera hasta ahuecar su trasero y pegarla más a su cuerpo—. Tu piel dulce va a acabar conmigo, siente mi polla, está tan condenadamente dura que puedo explotar solo con rozarme contra ti.

Ella sintió que su pecho se contraía, que empezaba a humedecerse y negó con la cabeza. Él bajó hacia su hombro y comenzó a mordisquearlo sobre el camisón.

Sam puso las manos de nuevo sobre su pecho y movió su cabeza hacia atrás para mirarlo con asombro, sus labios estaban abiertos para poder respirar.

—De veras, Oliver, nec... —no pudo terminar porque él elevó su cabeza de nuevo para por fin tomar sus labios.

Sam gimió y sintió como la presionaba más fuerte de su trasero, mientras con la otra mano jalaba aún más su cabello para tenerla a su disposición y hacer que sus labios se abrieran. Su pecho iba a explotar, ya que su beso era siempre demasiado intenso y caliente como para soportarlo. Él metió la lengua en su boca y comenzó a embestirla con ella, haciendo que se sacudiera hasta el punto en que no tuvo más fuerzas para resistirse, por tanto se rindió y le devolvió el beso con la misma ansiedad y hambre.

Oliver movió la mano que estaba sobre su trasero hacia un muslo, para que lo extendiera y posicionara su pierna alrededor de su cadera. Samantha gimió nuevamente cuando él comenzó a embestir contra su centro y aún con la ropa puesta podía sentirlo. Él tomó su camisón y se lo levantó hasta la cintura, luego comenzó a acariciarla sobre su braga, Sam se retorció y dio un grito ahogado sobre su boca, mientras él continuaba excitándola con sus caricias y gruñidos.

Un par de segundos después, con bastante esfuerzo, logró separarse de sus labios y se arqueó para mirarlo a la cara, observó sus ojos y se maravilló, habían cambiado del verde a un marrón oscuro como el café cerrero, ese tono que había aprendido a ver cada vez que estaba excitado. Sintió que él introducía un dedo debajo de las bragas y en respuesta gritó de nuevo arqueándose hasta donde su espalda se lo permitía.

—Basta. Por favor... —susurró mientras él aprovechaba para besar su cuello y bajar hasta sus senos—. ¡Oliver! —le gritó y tomó un puñado de su cabello para apartarlo; era demasiado, muy pronto y no podía olvidar que tenían que hablar—. Detente —le rogó de nuevo y esa vez él sí cumplió su orden, apartando su mano de sus bragas, subiéndola a sus caderas y separándose un par de centímetros.

—¿Por qué demonios siempre me rechazas? —le preguntó mirándola con

frustración. Sus ojos se endurecieron, dejó de tocarla y se alejó un poco de ella.

Sam lo miró aturdida y horrorizada a la vez, puede que Oliver no dijera mucho, pero su mirada habló más que nunca, y entendió que de nuevo lo había herido.

Se enderezó con dificultad, ya que su cuerpo dolía pidiendo una liberación que no podía permitirse; colocó sus manos sobre sus mejillas, percibiendo su parte rasposa y suave y lo acarició con timidez, sin la libertad que la acompañó cuando estaba dormido esa noche. Él la miró y la oscuridad pasó a convertirse en confusión.

—No te estoy rechazando —susurró Sam, acercándose otro paso hacia él para rozar la línea de su mandíbula con su nariz—. Solo no quiero que me tomes como la otra vez —le susurró y lo sintió paralizarse—, no podría soportar que solo busques una liberación conmigo. —Ella suspiró contra su oreja y él la besó en el hombro que tenía descubierto—. No quiero volver a sentirme como me sentí esa noche.

Oliver movió su cabeza hasta conectar de nuevo sus labios, para impedir que siguiera hablando. Por un instante, Samantha creyó que la ignoraría y sus ojos se humedecieron; pero entonces él la tomó en brazos y comenzó a caminar por el apartamento hasta que entraron al cuarto de Emma. La dejó sobre la cama y comenzó a desabrochar los botones de su camión para después apartarlo de sus hombros, después le quitó las bragas. Como no estaba usando *brassier*, había quedado completamente desnuda.

Sam sonrió y se apartó para empezar a desnudarlo a su vez. Oliver la ayudó y en pocos instantes, ambos estaban desnudos, arrodillados, la luz entrando por la ventana detrás de él.

Tragó grueso al ver su pecho, su cuerpo, su sexo. Él estaba un poco más formado que antes, su piel era más áspera, como si la forzara con ejercicios. Subió su mano hasta acariciar su pecho y levantó la cabeza para mirar su cara. Oliver la recorría con una mirada hambrienta, y ella jadeó en respuesta.

—Eres tan hermoso —le susurró, mientras lo tocaba—. Tan hermoso.

Él la miró una vez más de arriba abajo y la empujó para dejarla recostada en la cama, luego comenzó a besarla con ardor.

—Maldita sea... —Escuchó que él decía y sintió que uno de los masculinos

dedos se introducía en ella y que con la otra mano rodeaba su pecho.

Sam gritó a la vez que se retorció, se aferró a él con una mano en su espalda, luego la bajó hasta su trasero y subió sus piernas hasta sus caderas donde apretó y lo aprisionó, como si quisiera abarcarlo todo y amarlo.

—¡Cómo te extrañé! —le susurró Sam acariciando su espalda.

Él se tensó y ella lo hizo también, temerosa de que dijera alguna idiotez y volviera a surgir el hombre en que se había convertido. Para evitarlo, Sam alzó su cabeza y comenzó a besarlo en el cuello, mandíbula y labios, mientras se obligaba a callarse y controlar sus anhelos de confesarse.

Oliver la besó de nuevo a la vez que introducía otro dedo en su sexo y comenzaba a girarlos, Sam comenzó a ver las estrellas y arquearse por completo.

—Me pregunto cómo sabrá tu coño ahora, Samantha. ¿Será igual de dulce que antes?

Al escucharlo, se forzó a abrir los ojos, pero antes de poder hablar él ya había bajado y estaba hundiendo su lengua en su vagina. Ella gritó y se arqueó de nuevo, fue un sonido de necesidad que él imitó mientras usaba su lengua y sus dedos para darle placer. Trató de cerrar las piernas para retenerlo allí y él la miró a los ojos mientras seguía lamiéndola. Y Sam llegó a un orgasmo, no pudo evitarlo; sus ojos, su lengua, sus dedos y la intensidad del momento hicieron que llegara al límite.

Después, sin haber bajado por completo del cielo, escuchó un gemido ronco de él, lo sintió apartarse por un momento y cuando volvió se introdujo en su interior en un solo empuje.

—Tan estrecha y dulce. —Se acercó y besó sus labios—. Sabes incluso mejor de lo que recordaba —le murmuró contra sus labios.

Sam gimió mientras lo abrazaba de brazos y piernas y besaba su mandíbula, labios, hombro, cuello, pecho, donde fuera que llegara. Las arremetidas eran tan duras y profundas como siempre; sin embargo, ella lo seguía en cada impulso, forzándolo a mirarla.

Mientras más se acercaban de nuevo al orgasmo más lo envolvía, lo acariciaba, lo mordía cuando gritaba, o se arqueaba cuando Oliver hacía un movimiento que la dejaba sin aliento. Él pegó sus frentes y la besó sin dejar de mirarla a los ojos.

—Quémame con tu calor, Samantha. Hazlo, que necesito sentir que estoy

vivo —le gruñó él y ella comenzó a removerse y llegó de nuevo al cielo.

Cayó desvanecida en la cama y en un par de empujes, él la acompañó, llegando a su propio orgasmo. Oliver se posó encima de ella respirando sobre su hombro, pero se apartó casi de inmediato. Ella se quedó allí, paralizada, el aire frío golpeó su piel sudada y desnuda. Se giró para verlo levantarse de la cama y caminar hacia el baño, con un condón usado en su mano. Ambos se miraron cuando volvió a entrar en la habitación.

Sam bajó su mirada, confundida, no sabía cómo proceder, o qué pasaría. Quizá volvería a dejarla sola. Cuando percibió la cama moverse y lo vio acostarse a su lado, se sintió estúpidamente feliz. Él parecía en calma. Ella se acercó y acarició su mejilla antes de besar su mandíbula y continuar por su cuello. Oliver la abrazó por la cintura y ella reposó su cabeza sobre su pecho, suspirando satisfecha.

—Oliver... —intentó.

—No quiero hablar sobre el pasado —la interrumpió. Sam, contrariada, se mordió el interior de su mejilla con fuerza.

—En algún momento tendremos que hacerlo, aunque ya no sé cómo demostrarte que lo que te he dicho es cierto.

—No tienes que demostrarme nada. Sabes qué es lo que necesito de ti, Samantha, lo único que ansío es tenerte sobre una cama y estar dentro de ti, no me importa nada más.

Frunció el ceño, por un instante se sintió por completo desanimada y como si fuera un simple objeto que él quisiera usar; pero de nuevo se repitió que sabía que no iba a ser fácil, con Oliver nunca lo había sido. Suspiró hondo y negó con la cabeza recordando los eventos en Chicago y lo roto que lo había visto cuando llegó ebrio a su casa.

—No creo eso —le susurró sin mirarlo—. El sexo es solo una parte, pero no puede ser el todo. El alma necesita otras cosas.

Él la miró confundido, pero al mismo tiempo sujetó con mayor fuerza su cintura, lo cual de alguna forma desmentía su declaración anterior. No era solo sexo lo que buscaba, era conexión. Lo vio cerrar los ojos y lo imitó, quedándose dormida casi al instante.

Abrió los ojos, lo que sintió cinco minutos más tarde, y giró hacia la puerta abierta del cuarto, donde se escuchaba el repique de su teléfono, un repique muy singular. Parpadeó y alzó la cabeza para encontrar que Oliver seguía

dormido a su lado, y que la luz matutina se había vuelto más opaca, quizá dando entrada a la tarde. Con mucho cuidado salió de la cama, cogió su camisón que estaba tirado en el suelo y salió del cuarto, para contestar la llamada.

—Hola, Christian —saludó agitada.

—*Hola, hermosa* —respondió, riendo—. *¿Cómo estás?*

Desvió su mirada hacia la habitación y suspiró sin saber cómo contestar esa pregunta: ¿Exaltada, en crisis, aterrada? ¿Esperanzada?

—Bien —concluyó sin poder agregar más—. La entrevista salió bien y me contrataron. Por cierto, necesito que me envíes a mi bebé por avión, la necesito más que respirar. ¿Puedes?

—*Creo que podría arreglarse* —contestó, su tono receloso.

—Maravilloso, eres un amor —alabó con una sonrisa pícara.

—*Demonios, eres una amenaza cuando quieres algo, Bambi, y yo soy un blandengue.* —Ella rio y se sentó en el sofá borgoña, relajada—. *¿Está él allí contigo?* —le preguntó un par de segundos más tarde. Ella se tensó, girando su mirada de nuevo al pasillo.

—Dijimos que no íbamos a hablar sobre ese tema.

—*Solo eso quiero saber* —carraspeó—. *Sabes que lo mataré si te hace daño.*

—Chris, ¿podrías dejar de atosigarme por un par de segundos? Te lo pido, por favorcito —le preguntó fingiendo una voz empalagosa, y escuchó que se carcajeaba del otro lado del teléfono.

—*Eres una amenaza, te lo repito* —murmuró frustrado—. *Te extraño.*

Ella dejó de sonreír y suspiró, mirando hacia el techo del apartamento, sintiendo que la nostalgia la invadía con fuerza.

—Yo también te extraño, muchísimo —le respondió y subió la mano para jugar con la tela de los cojines multicolores—, ¿cómo está mi Lira? ¿Se está portando bien? Cuéntame algo gracioso que me haga olvidar la tristeza de que no estén a mi lado.

—*Lira también te extraña, a veces maúlla mucho, al parecer además de perro tiene complejo de lobo.* —Sam se carcajeó—. *Ah, sí, te tengo la anécdota perfecta.*

—¿Qué?

—*Nella declaró que si el bebé de Alexa era niña iba a hacer un berrinche.*

—¡Dios! —exclamó antes de reírse con entusiasmo—. No lo quiero ni imaginar.

—*Si los berrinches espontáneos son legendarios, no quiero pensar en los advertidos; ¿crees que bata algún record y quede inmortalizado en el libro Guinness de los records?*

Sam rio de nuevo, ya que recordó un pataleo en particular cuando había desaparecido Guco, su juguete favorito. Lucas tuvo que meterse en un pote industrial de basura para sacarlo porque lo habían botado por error. Así de horrible habían sido sus gritos. Siempre se burlaba con Alexa: le decía que había salido igual de histérica que su madre.

—Debes grabarla, no puedo perderme eso.

—*Yo espero que ya en ese tiempo hayas vuelto a casa.*

Ella cerró los ojos y respiró hondo dejando de sonreír, preocupada por él, esperando que estuviera bien.

—Christian... —Elevó su mirada y se detuvo al ver a Oliver parado frente a ella. Ya se había vestido, y su ropa estaba toda arrugada. Sus ojos estaban oscurecidos, por una vez el marrón miel estaba libre de puntos verdes, tenía una expresión extraña, tensa, a pesar de que antes de dormir había estado relajado—. Tengo que irme —susurró al teléfono con su corazón acelerado.

—*Está bien, te llamaré mañana para confirmarte el envío. Cuídate mucho, hermosa, que en este continente hay gente a la que le haces mucha falta. Te quiero.*

—Yo también —balbuceó y cortó la llamada aún sin dejar de mirarlo—. ¿Oliver?

—¿Estás enamorada de Christian?, ¿lo amas?

Sam se tensó sobre el sofá, confundida por esa pregunta, en especial por lo que había sucedido entre ellos unas horas atrás.

—No de esa manera, no estaría aquí o no te habría permitido tocarme si lo amara así —respondió—. Eso es lo primero que tengo que hacer que entiendas, ¿verdad?

—¿Qué? —inquirió, su voz plana.

Sam se levantó del sofá y se acercó a él. Su expresión y tensión en sus hombros le hacían sentir intimidada y sabía que, si hubiese sucedido años atrás, se habría alejado antes de que él explotara, pero no volvería a

hacerlo.

Se negaba a cometer los mismos errores.

—Que fuiste, eres y serás amado, por mí —le respondió y antes de que él siquiera intentara hablar, lo besó en los labios. No deseaba que él se burlara o la atacara, como sabía que era su medio de defensa favorito cuando perdía el control de la situación.

Él se apartó de su beso un par de segundos después y rio con un deje de amargura.

—Lo de que amaras a alguien más nunca te detuvo en el pasado, Samantha —le replicó y ella se tensó—. De hecho, recuerdo que lo preferías, que entrabas en mi cama cada vez que lo deseabas, pero igual seguías suspirando por mi hermano. —Se pasó una mano por la cara—. Así que es claro que tengo que preguntar si será igual esta vez, porque contigo nunca se puede estar seguro.

Sam negó con la cabeza.

—En todo el tiempo que estuvimos juntos jamás te dije una cosa por otra — le replicó, su voz rota—. Nunca; solo estuve muy confundida, y cuando finalmente me di cuenta, ya era demasiado tarde. Lo siento tanto por ti, pero mucho más por mí, porque yo también te perdí. Tú no has sido el único que ha sufrido en toda esta historia, Oliver, yo también lo hice, tanto que por un instante no creí que me recuperaría, y no por eso te hago daño cada vez que nos vemos. —Lo observó mientras su expresión mutaba de incomodidad a furia.

—No me engañes, escuché toda la jodida llamada, no tratas a los demás como lo trataste a él y estoy tan seguro como del infierno que nunca me trataste a mí de esa forma.

—Tú eras mi mejor amigo, fuiste mi todo por mucho más tiempo del que siquiera me di cuenta. Él es mi familia, no tienes por qué sentirte inseguro por Christian. Además, eres un hipócrita —declaró comenzando a enfurecerse—. A fin de cuentas yo soy divorciada, no estoy engañando a nadie y solo debo rendirle cuentas a mi conciencia, pero tú tienes a una mujer esperando en tu casa. —Lo observó apartarse dos pasos y darle la espalda.

—Ilana es un caso completamente distinto. No lo discutiré contigo.

—Claro que es un caso distinto, es tu esposa. ¡Está allí y no va a irse a

ninguna parte! —le gritó y se maldijo por su explosión, por no poder controlarse. Él se giró y la miró por un par de segundos.

—Pues tú eres una experta en ser la tercera en discordia —dijo con tono mordaz. Sam palideció—. Quizá deba presentártela para que se vuelvan mejores amigas. Es así como te gusta, ¿no?

Lo vio caminar por la sala hacia la puerta principal, sin siquiera parpadear, aunque por dentro el dolor y la rabia la invadieran porque era como si al ceder en algo él tenía que atacarla para volver a tomar lo que fuera que ella le había quitado.

Cuando lo vio abrir la puerta principal, reaccionó, salió corriendo hacia él, y lo sujetó del brazo justo cuando estaba emergiendo hacia el pasillo.

—Escúchame bien —empezó tan furiosa que todo a su alrededor era rojo. Por un instante quiso golpearlo de nuevo, pero se había jurado que no volvería a hacerlo y además no lograría nada con ello.

—Samantha... —intentó él girando a verla.

—¡No! —lo detuvo y lo señaló con un dedo. Su expresión era frustrada, dolida y furiosa—. No te permito que me vuelvas a tratar así, ¡no soy una puta! Ni nada de lo que quieras hacer ver para sentirte mejor —explotó medio descontrolada—. No lo permitiré. No me importa lo que te hice, no dejaré que me hieras solo porque necesitas demostrarte que lo que sucedió antes no removié sentimientos en tu interior o que no estás celoso.

Él la miró paralizado y ella negó con la cabeza con una sonrisa triste invadiendo su cara.

—No permitiré que me maltrates ni que me vejes; si eso es lo que esperas de esto que está sucediendo entre nosotros, entonces te recomiendo que te vayas y no vuelvas nunca más.

Él se pasó una mano por el cabello y suspiró hondo.

—Es cierto, no debí haber dicho eso —murmuró bajando la mirada.

—No deberías haberlo siquiera pensado —le replicó con dureza—. Estoy harta de esto, Oliver, y se detiene aquí. Lo aguanté hace cuatro años y recuerdo que en esta misma ciudad me juraste que no volverías a tratarme de esta forma. Vine a Londres por ti, me estoy arriesgando aquí por ti, solo por ti, estoy eligiendo algo que me había prometido nunca volver a experimentar en mi vida; y la verdad es que no puedo luchar contra el mundo, mis miedos, ni contra ti y tu estúpida verborrea insultante al mismo

tiempo. No creo tener fuerza suficiente para ello. —Colocó las manos sobre su pecho por un instante—. Si tengo que estar en guardia todo el santo tiempo porque no sé cuándo me vas a atacar o en qué momento regresará el pasado que nunca se ha ido en verdad, porque te niegas a enfrentarlo...

—Samantha... —susurró a la vez que intentó sujetarla.

Ella negó con la cabeza y se apartó un paso, no podía permitir que la tocara porque la desconcentraría y con ello evitaría que dijera lo que tenía que decir.

—Si no lo hablamos, nunca funcionaríamos —continuó— y solo nos dañaríamos más de lo que ya lo hemos hecho. Las relaciones no funcionan así; tú no estás dispuesto a dar nada pero me lo estás pidiendo todo, y lo peor, es que ni siquiera me dices qué es condenadamente todo, sino que tengo que adivinarlo porque estás más preocupado por meterte en mis bragas que por hablarme. ¿Cómo esperas que luche por ti y contra ti al mismo tiempo?

—Entonces te irás y...

—No —lo interrumpió—, no he dicho eso, ¡diablos! No sé qué es lo que quieres y creo que ni siquiera tú lo sabes. Tal vez nunca lo has sabido y yo estoy aquí actuando como una idiota.

Sam pudo sentir la reticencia de Oliver, incluso lo vio abrir su boca pero no habló ni la cuestionó. Ella se quedó esperando por unos segundos una respuesta, algo que le diera una señal de que la había entendido o que había esperanza para ellos. Sin embargo, el silencio solo fue roto por el sonido de su corazón, cuando se hundía por la tristeza; eso, unido con una sensación de preocupación porque no sabía si lo que acababa de decir lo arruinó todo.

—¿Entonces por qué aceptaste venir conmigo? —le preguntó con los ojos fijos en ella, como si quisiera traspasarla.

Sam lo miró y acarició su mejilla, antes de sonreír.

—Porque te amo, ¿no lo ves? —Lo miró con interés—. ¿Por qué me querías aquí? ¿Qué es lo que necesitas de mí? Dudo que sea solo mi cuerpo.

—Deseo saber que me diste más de lo que alguna vez le entregaste a Michael.

—Yo no le di nada a Michael —susurró apartándose de él—. Nada en absoluto. Y desearía que lo entendieras de una vez, porque lo que menos quiero es hacerte daño.

Cerró los ojos mientras se abrazaba a sí misma. Un segundo después lo tenía frente a ella, con una mano posesiva envolviendo su cintura para acercarla a su cuerpo. Por un instante creyó que él entendería de una vez por todas, un pequeño avance en todos los retrocesos que dieron ese día. Pero su esperanza murió cuando vio sus ojos endurecerse, el verde dominando todo.

—Regresa a Chicago, Samantha. Esto no tiene sentido.

Capítulo 10

Destroce mi corazón, y me cerré a mí mismo, mi debilidad es que me preocupo demasiado, mis cicatrices me recuerdan que el pasado es real, destroce mi corazón, solo para poder sentir.

Scar, Papa Roach.

Oliver estacionó su vehículo en la parte trasera del Le Lion, bajó las escaleras que daban al *loft* de Nathan; lugar que visitaba seguido desde que tomó la dirección de Aldrich-Millicent. El cómodo departamento, que en otros tiempos fue el nido de amor en donde su amigo llevaba a sus conquistas, ahora era su refugio, un lugar en donde nunca sería encontrado ni molestado. Era cierto que a veces sentía que tenía una doble vida, pero él necesitaba tener un espacio en donde descansar o simplemente, desaparecer. Nathan, a regañadientes se lo había cedido hace cuatro años, específicamente cuando entendió —mucho antes que él— que su vida iba a convertirse en una mierda, sin contar que ahora estaba casado y no podía ligar mujeres en público por temor al impacto que eso causaría en su empresa y por supuesto, en su abuelo.

Miró las escaleras, pero en vez de subir abrió la puerta del primer piso y entró al *pub*. Su amigo parecía un alma libre, y quien lo conociera diría que su bar era un pasatiempo, una forma de conseguir ligues; sin embargo, Oliver sabía la verdad, las horas de esfuerzo, el trabajo administrativo y como siempre Nathan era el primero en llegar a su trabajo, sin importar la juerga del día anterior.

Lo observó contabilizando el licor en una tableta y se aclaró la garganta. Nathan se puso en guardia para atacar y cuando vio que era Oliver bufó y siguió con su trabajo.

—¡Casi te mato! —explotó exasperado.

—Claro. Ya imagino la primera plana: *Dueño de bar de mala muerte asesina a director de Construcción con un iPad* —se burló y caminó hacia las

botellas de whisky.

—No —le dijo Nathan llegando a su lado—, tu cuenta está cerrada, amigo. Oliver enarcó una ceja y lo miró con escepticismo.

—Jódete, Nathan —le escupió y trató de buscar otra botella, pero al ver que lo impedía de nuevo, bufó y se giró furioso—. ¿Cuál es tu condenado problema?

—¿Cuál es el tuyo? —exigió Nathan después de volver a evitar que tomara la bebida—. Te has vuelto un condenado desperdicio humano lleno de autocompasión y te aseguro que ya se está volviendo tedioso. ¡Actúa como un hombre! Y... Mierda, nunca pensé que tendría que quitarle un trago a alguien, ¿ves lo molesto que eres? ¡Me has hecho romper mi promesa de jamás evitar la diversión de los demás!

Oliver frunció el ceño, lo empujó y buscó la botella de Jack Daniel's de dieciocho años que estaba en una esquina.

—No jodas, Nathan, sabes que si no es aquí será en otra parte.

—Maldito cabrón testarudo —bramó su amigo, pero él lo ignoró.

Bajó una de las sillas de las mesas y se sentó. Podía vivir sin algunas cosas, pero en ese momento el alcohol no era una de ellas, en especial en esas últimas dos semanas. Un par de segundos después vio a Nathan sentarse a su lado con dos vasos y servir el primer trago.

Oliver apretó los labios, apartó su mirada y negó con su cabeza mientras clavaba su vista en el vaso casi vacío que hacía girar con su mano.

Se había prometido mantenerse alejado de Samantha, sin embargo era tan idiota que ansiaba saber si estaba bien, o si se había regresado a Chicago, su obsesión llegaba a tales niveles que casi llamó a Bianca para saber si aún estaba trabajando con ella. La ironía que, de todos los sitios donde podría encontrar trabajo hubiera sido con Bianca, no se le había escapado, tampoco el hecho que una pieza del rompecabezas fuera Emma, la chica que Nathan tenía años conociendo y con la que sabía tenía su historia, y quien siempre estuvo al alcance de sus manos.

En el medio de todo eso, también tenía dudas que ansiaba contestar, como ¿por qué Samantha trabajaría con Bianca en vez de concentrarse en su pintura? Y ya que estaba pensando en eso, por qué optó en crear una empresa en vez de enfocarse en su arte.

En el fondo, se sentía descontrolado, más que nunca, y todo era culpa de

ella. Antes podía ahogar cada una de las emociones que querían explotar y mantenía a raya la rabia, ahora le resultaba imposible. Estaba tan mal que había hecho llorar a tres mujeres por un informe innecesario; despidió a un analista por un error de poca importancia y su asistente lo miraba como si planeara mil formas de asesinarlo.

—¿Qué sucedió hoy? —le preguntó Nathan un par de minutos después. Oliver lo miró entonces, volviendo a la realidad, y extendió su mano para tomar la botella y servirse otro trago—. No es que necesites alguna excusa para dejar fluir tu hermoso e insoportable ser —satirizó.

—Creo que si sigo así, en un mes destruiré Aldrich-Millicent —confesó frustrado y amargado. Nathan frunció el ceño y dio un sorbo a su bebida—. Mandaré la empresa a la quiebra si no es que mis empleados me asesinan antes. Les doy hasta mañana, estoy seguro de que no podré volver a tocar un sobre por temor a que sea una bomba escondida, ni caminar por los pasillos sin esperar un abrecartas volador —se burló y Nathan se carcajeó golpeando la mesa.

Oliver rio también, aunque en el fondo sabía que esa era una situación seria, tenía que calmarse, incluso se lo repetía varias veces en el día; pero era difícil, a veces se sentía como si fuera una olla de presión sin control, pitando, temblando y desestabilizando todo a su alrededor. Le pedía a Dios que nadie estuviera cerca cuando por fin explotara.

—También perdí un par de negocios en esta última semana —confesó y la furia lo invadió con fuerza.

«¿Cómo pretendes que luche por ti y contra ti al mismo tiempo?». Esa pregunta lo había atormentado cada noche, lo cual no tenía sentido porque la había abandonado a ella y a su idea de volver a tenerla.

—¿Qué quieres decir con eso? Estoy seguro de que estás exagerando.

Oliver parpadeó saliendo de sus pensamientos y miró a Nathan con toda la frustración que sentía.

—Mi mente no estaba en el jodido juego, y la paciencia es escasa en mi vida en estos momentos.

Nathan sonrió aunque fue un gesto concedesor y medio satisfecho, después negó con la cabeza.

—Entonces, ve a buscarla.

—No puedo —espetó y puso las manos en puños.

—¿Por qué? ¿Te gusta vivir así, entonces? ¿Te satisface? Demonios, Oliver, tu vida ha sido una porquería desde el principio y tú solo lo estás empeorando.

—¿De qué...?

—Durante no sé cuánto tiempo estuve lamentándote porque la supuesta mujer que amabas te había engañado, porque no te quería como tú la querías a ella y ahora que ella está aquí, ¿dónde estás tú? Bebiendo como una esponja y lamentándote sabrá Dios el motivo. A estas alturas, me pregunto si realmente la amaste alguna vez, si ella siquiera te importó, o si solo usaste todo lo que pasó con tu hermano, como una patética excusa para justificarte y huir.

—¡Jódete! —gritó y se levantó del asiento de forma brusca, lanzando la silla contra el suelo.

—¿Por qué, entonces, estás tan amargado? Piensa por un momento que ella está allí para ti, por ningún otro motivo. Se la está jugando sin siquiera saber las reglas, y en respuesta, tú te alejas todo lo que puedes y te ahogas como un maldito imbécil. Si es la mujer que quieres, acéptalo, si te hace sufrir, siéntelo; mierda, lo que sea... pero decide, cualquier cosa es preferible a esta situación.

—Lo intenté, ¡lo intenté, maldición! Y casi la hago mi puñetera amante, se lo exigí y ella accedió. ¡¿No te parece eso suficiente?! —gritó amargado. Demonios, sus ansias lo carcomían vivo, Samantha lo quemaba, lo sofocaba y él la deseaba siempre, sobre todo ahora que sabía que estaba tan cerca e incluso dispuesta, si él hubiese decidido distinto.

Nathan se mantuvo quieto por unos segundos, analizando las ridículas actitudes de su amigo.

Oliver se pasó una mano por el cabello y negó con la cabeza.

—Desde la boda de Michael, cada vez que la he tenido cerca, me la he follado. Nathan, no tengo control, la presiono, sonsaco y terminamos en una cama o en cualquier otra parte; y después la agredo, porque es lo que hago, porque la odio, detesto lo que aún me hace.

Detestaba tener reminiscencias de los sentimientos que lo ahogaron hace cuatro años, porque había matado su rabia por lo que Sam le hizo y solo había quedado lo que sentía y no podía soportarlo. Le dolía hacerle daño y la necesitaba, a pesar de no confiar en ella. Todo eso lo estaba volviendo loco.

Por eso decidió, la última vez en la que estuvieron juntos, apartarse; y lo había logrado.

—Te vi libre con ella, esa vez, eras tú mismo —continuó—, por eso me enfureció tanto que te dejara, pero si no lo hizo, entonces deja la mierda y búscala.

Él negó con la cabeza.

—Deja a llana.

—Sabes que no puedo hacerlo —le refutó de inmediato.

—Y una mierda que no puedes —explotó levantándose de su asiento—. Esa mujer fue un error, te lo dije en su oportunidad; lo único que quiere contigo es usarte, pero tú estabas tan jodido de la cabeza que escogiste precisamente a la que más daño iba a provocarte, a la perfecta, a la que no te removería nada. —Oliver bufó y negó con la cabeza—. Eso sí te lo aplaudo, Sam puede ser cualquier cosa, pero es lo más apartada de ese mundo de gentes prejuiciosas y respingadas que podrías conseguir, tal vez, esa es la razón por la que te desequilibra tanto.

—¿Y qué? Según tú tengo que joderme de nuevo, volver a confiar solo porque no es como todas las mujeres que conozco, ¡por favor, Nathan!

—Entonces supérala, deja la mierda y actúa como hombre.

—Ya lo hice —aceptó—, la dejé, se acabó todo.

—¿Lo hiciste? Porque yo te veo igual que antes.

—Es que está aquí, en mi ciudad, y es la mujer que tanto espere en que se convirtiera.

—Lo sé, esa pelirroja está como un tren.

—Cuidado —advirtió apretando las manos en puños. Nathan sonrió socarrón.

—No tienes que volverla tu amante, solo busca algo que te equilibre, hermano, porque vas a arruinar tu vida, tu hígado y ya sabemos que jodes la mía con la expresión de oledor de culo que tienes todo el tiempo; además, acabarás con mi economía si sigues bebiéndote el contenido de todo mi bar.

—No entiendes —le refutó de inmediato—. No puedo dominarme con ella, ni puedo darle lo que quiere.

—Estás tan lleno de... —respiró y negó con la cabeza—. Oliver, sincérate contigo mismo, por Dios, si no hubieras encontrado la excusa del engaño o su falta de amor habrías encontrado otra cualquiera, necesitabas huir

porque tu mundo se estaba poniendo de cabeza, la verdad de todo es que eres un cobarde y ella te venía como anillo al dedo en el papel de la villana, di las cosas como son.

Oliver frunció el ceño y se encaminó hacia la puerta, estaba cansado de debatir sobre ello y pensar en esa mierda, y en ella.

—¡Adiós, Oliver! —Escuchó que le gritaba Nathan, pero siguió caminando hasta su vehículo y comenzó a manejar sin importarle la empresa y que tenía una cita en la tarde, o la vida que había creado para sí mismo.

Una vez en el vehículo, encendió la radio, puso la música a todo volumen y entró en la autopista M25 para salir de la ciudad y de los embotellamientos, necesitaba relajarse un poco, apartarse de todo y solo escapar.

Un par de horas después había usado un desvío y estaba cerca de York. Se estacionó frente a una plaza y golpeó al volante antes de descargar su cabeza en el respaldo del asiento y cerrar sus ojos.

«Tú no estás dispuesto a dar nada, pero me lo estás pidiendo todo», golpeó de nuevo su volante y se pasó una mano por su cabello aceptando que eso era cierto, él no quería dar nada, no había nada para dar allí tampoco.

Luego de la discusión con Samantha, Oliver decidió irse por dos razones importantes. Primero, porque no podía lastimarla, había creído que podría actuar de forma egoísta, la estaba obligando a que le demostrara algo que ni él sabía con exactitud qué; pero no pudo hacerlo porque, para bien o para mal, él había construido su vida sin ella. ¿Así que, para qué quería tenerla ahora?

«Porque la deseo más que respirar», se respondió de inmediato, pero lo bloqueó mientras golpeaba de nuevo el volante.

La segunda razón fue porque hubo un momento en esa cama en que ella removió sentimientos que tenía enterrado, y él lo sintió, fue una emoción fuerte, mucho más que desesperación, deseo o las ansias por estar dentro de su cuerpo, percibió más que la paz que lo invadía cuando la poseía; la forma en cómo lo había tocado y besado le hizo sentir algo que tenía mucho tiempo sin experimentar y él estaría maldito si permitiera que esas sensaciones volvieran a tomar el control de su vida

¿Acaso no había aprendido nada?

También, la forma en cómo ella explotó fue tan sexy, mucho más que

miles de ligeros. Samantha era ya una mujer, alguien capaz de defenderse a sí misma y dejarlo callado; o volverlo absorto por la forma en cómo sus mejillas se enrojecían y sus ojos azules ardían de furia, y su respiración se aceleraba cuando le gritaba sus verdades y lo ponía en su lugar.

Años atrás él había caído como un idiota por una chiquilla imbécil que necesitaba que lucharan sus batallas y que tenía miedo de vivir en otra parte que no fuera las fantasías ilusas de su cabeza. ¿Qué esperanza tendría con esta nueva mujer? ¿Cuánto lo jodería si se lo permitía? Tenía que renunciar a ella de una vez por todas. No importaba que estuviera allí o cuáles fueran sus motivos. Samantha Heller no le pertenecía, jamás lo haría, y él tenía por fin la vida que siempre había deseado. Fin de la historia.

Tomó el teléfono y marcó el número de Ilana.

—*¿Oliver? Te estaba llamando. Me dijeron que no regresaste a la empresa después del almuerzo.*

—Necesitaba pensar, Ilana

—*¿Entonces ya estás más tranquilo?*

Él no pudo evitar reír, Ilana estaba educada para no preguntar de forma directa si ya había dejado de engañarla, aunque quizá solo se lo imaginaba, después de todo su acuerdo no incluía exclusividad, solo discreción de ambos lados.

—Lo estoy —respondió y jaló su cabello.

—*Bien —susurró—. ¿Vendrás a casa pronto?*

—En un par de horas —informó, ya que sabía que el tráfico de vuelta estaría infernal.

—*Si quieres, después de la cena, podríamos comer suflé de chocolate*

Se quedó paralizado y dejó escapar todo el aire. Chocolate. Eso solo significaba que su querida esposa quería sexo, lo cual era lógico, desde que estuvo con Samantha en Chicago no había vuelto a intimar con ella, había algo en esa mujer que lo hacía ignorar a todas las demás y serle fiel sin siquiera dudarlo.

—*¿Oliver?* —escuchó que le preguntaba con su voz aún más suave. Sus hombros se hundieron y una sensación de agotamiento que nunca antes había experimentado lo invadió. Se forzó a responder y a sacudir esa idea.

Esa era la única vida que importaba, y ya era la hora de que lo entendiera.

—Sí —casi susurró—, pronto estaré en casa.

Samantha percibió el olor a café y se removió entre las sábanas tarareando, sintió algo incrustándose en su espalda y movió su mano hacia ese punto mientras abría por fin los ojos y se encontraba de frente a un hombre con una amplia sonrisa y sus ojos castaños emocionados.

—¿Café en la cama? —le preguntó y se movió de nuevo sintiendo que Lira por fin se apartaba de su espalda y caminaba alrededor hasta acostarse encima de su cabello.

¡Cómo había extrañado a su hermosa gata! Aunque le había costado convencerla de que la quisiera de nuevo, se había tomado su abandono como una afrenta personal y la había castigado. Al llegar, Sam había tratado de abrazarla, pero la muy tirana le dio la espalda y se alejó caminado con la cola alzada hasta un rincón de la habitación. Le supuso muchos sobornos y caricias volver a meterla en su cama.

—Claro que sí —dijo Christian haciendo que fijara su atención de nuevo en él—, y podría hacerte el desayuno en la cama por un mes, si quieres. —Sam rio y se sentó en el colchón, incomodando a Lira, quien se apartó indignada.

—No aguantarías ni una semana —se burló y cogió la taza para tomar un sorbo.

—Si con eso hago que te quedes, te juro que te lo prepararé de por vida —respondió Christian y ella sonrió.

Llevaba los tres días que tenía en Chicago ofreciéndole todo tipos de sobornos: «Si te quedas te malcriaré, te llevaré de viaje, te invitaré a cenar todas las noches, dormiré en el sofá incómodo por un año». Era bastante adorable y exasperante a la vez.

Sam puso la taza en la mesita, luego se giró hacia Christian y palmeó el colchón para que se sentara a su lado. Él se acomodó y se apoyó en el respaldo, extendió un brazo y la abrazó para apoyarla sobre su pecho. Era extraño, dos semanas atrás estaba en una posición parecida con Oliver, ambos desnudos; sin embargo, donde aquí solo sentía calma y cariño, en los brazos de Oliver había experimentado mucho más, incluso paz y pertenencia, al menos hasta que él y su palabrería insultante lo arruinara por completo.

Sintió la mano de Chris acariciar su espalda.

Luego de que Oliver claramente le dijo: «Vuelve a Chicago», Samantha

pasó los primeros tres días esperando a que regresara. Tenía tantas esperanzas de que llamaría que, cada vez que sonaba el teléfono, su cuerpo comenzaba a temblar y sus manos se enfriaban, de tanta ansiedad. Pero él nunca llamó ni fue a buscarla.

Durante dos semanas, se recriminó por haberlo presionado tanto; no obstante, a pesar del profundo dolor que le causó su ausencia, sabía que no podía claudicar; no podía llamarlo y decirle que volviera a ella, y no podía permitir que regresara como si nada de lo que dijo tuviese importancia, ya que cada vez que la insultaba sentía que una parte de su alma moría, y de seguir así, de seguro terminaría odiándolo.

Así que la mañana del cuarto día, resolvió continuar con la vida que había decidido emprender en Londres, fue a su trabajo, salió con Emma, etcétera. Trató con mucho esfuerzo de no llamarlo, no podía seguir dirigiendo sus decisiones, si él quería estar con ella, tenía que resolverlo solo. Sin ella. Aunque en ese instante, dos semanas después, comenzó a tener serias dudas de poder ayudarlo, porque ¿cómo la persona que lo hirió y lo sigue haciendo —quiera o no— podría ayudarlo?

Tres días atrás, en un viaje que no tenía programado, tuvo que regresar a Chicago para cerrar tres trabajos que había dejado pendientes, antes de partir para radicarse en Londres. Pero ya tenía que regresar, no podía seguir abusando de la buena voluntad de Bianca, quien no le puso ningún obstáculo cuando le pidió autorización para faltar unos días.

—El vuelo sale a las cuatro de la tarde —susurró Sam y él negó con la cabeza—, además tengo un contrato con *Claroscuro*, no puedo incumplirlo.

—¿Ese es el motivo? —preguntó con la mirada del Christian Miller abogado, un gesto un poco más duro, sus cejas arqueadas y en sus ojos reflejando astucia. Era algo emocionante de ver—. Entonces viajaremos juntos, yo hablaré con la dueña de la empresa, Bianca Martin, ¿no? Te aseguro que puedo sacarte de las obligaciones de ese contrato sin dificultad.

Sam acarició su mejilla.

—Sabes, cada vez que veo a Bianca me acuerdo de ti, no sé por qué, debe ser su aura. Según Emma, ella lucha para proteger las causas perdidas, tú lo haces también. Quizá debería presentártela, creo que harían una buena pareja.

—Lo dudo —susurró. Sam sonrió y volvió a abrazarlo, disfrutando de ese

momento de calma y familiaridad que tanto había extrañado.

UNA HORA DESPUÉS, Sam se encontraba terminando de empacar las cosas que se llevaría a Londres, más que nada sus materiales de pintura, los que eran irremplazables, como sus brochas favoritas y mezclas de colores que pidió hacer especialmente a La casa del óleo, una empresa especializada en insumos para estudiantes y profesionales de la pintura en cualquiera de sus aristas del arte.

Ya había empacado la computadora y demás herramientas, además del cuadro. Eso fue un acto quizá estúpido de su parte, pero desde que lo pintó sabía que no le pertenecía, no estaba destinado a ella, así que lo llevaría a Londres, quizá podrá llegar a las manos de su real dueño.

En otra maleta, más pequeña, empacó los juguetes más preciados de su gata, esperaba que no odiara esa ciudad y a ella por sacarla de su entorno, pero por ningún motivo la dejaría sola en Chicago.

Observó cómo Christian paseaba de un lado a otro y sonrió, estaba segura de que ese día no se despegaría de su lado. Escuchó el intercomunicador y enarcó una ceja.

—Deben ser Alexa y Lucas. ¡Yo abro! —gritó Christian y salió de la habitación.

Sam asintió ya que habían quedado ese día en reunirse todos para tener un *brunch* a fin de despedirla, después frunció el ceño ya que ellos tenían llave, pero siguió empacando sin molestarse en seguirlo. Dos días atrás, cuando los había visto en su cena de bienvenida, habían hablado y la relación que tenía con ellos se tornó más o menos normal, se habían vuelto a disculpar y ella lo aceptó, al final de cuentas lo hecho, hecho estaba, no podía hacer nada para volver el tiempo atrás y entendía que solo quisieron protegerla.

—¡Sam! —escuchó que Christian le gritaba con voz un poco tensa y salió hacia la sala, confundida.

Se detuvo cuando vio quien estaba en la puerta. Se giró a ver a Chris y volteó hacia su prima y su hermoso sobrino Sebastian que se chupaba el dedo y que, cuando la vio, sus ojos se iluminaron; a ella le brillaron igual.

—¿Susan? —preguntó observando la mirada preocupada de su prima, se veía tensa y hasta un poco nerviosa. Sam se sintió culpable y avergonzada.

Ni una vez en ese mes pensó en su prima, y cuando viajó a Londres, ni siquiera le avisó, quería justificarse con la falta de costumbre, como había pasado tanto tiempo sin preocuparse una de la otra, ya no formaba parte de su rutina contar con ella. Pero sabía que no era una excusa válida.

Susan se pasó una mano por el cabello, estaba temblando. Sam vio a Christian y él asintió.

—¿Sebastian? —llamó al niño y le sonrió, mostrando su lado amable y cálido—. ¿Quieres acompañarme al parque? Podríamos jugar un rato.

Sebastian subió la cabeza hacia su madre en busca de consentimiento y ella miró a Sam.

—Está bien, Christian es bueno con los niños —le susurró sin esperar que Susan accediera, pero su prima soltó la mano del niño y asintió medio sonriendo.

Sebastian se acercó a Christian, quien le brindó una sonrisa amplia y sujetó su mano.

—Llevaré mi teléfono. Me avisas —le pidió a Sam y ella asintió mientras lo observaba salir al pasillo, cerrar la puerta y dejarlas solas. Se giró hacia su prima y notó que tenía ojeras bastante pronunciadas, a pesar del maquillaje.

—Susan, cariño —dijo y se acercó dos pasos—, ¿qué sucede?, ¿por qué estás así?

La vio temblar de nuevo, pero en vez de responderle comenzó a caminar por la sala, observando sus alrededores y deteniéndose en las fotografías en blanco y negro enmarcadas y colgadas en la pared, la única que faltaba era la de Christian y ella.

—Pensé que... —susurró Susan y después se pasó una mano por la boca sin dejar de ver las fotografías—, que tú por fin te habías rendido conmigo. Me arrepentí después de nuestra última reunión y te llamé pero no contestabas, por lo que empecé a preocuparme, creí que algo te había sucedido.

Sam vio como se le humedecían los ojos y dio un paso hacia atrás.

—En ese momento me di cuenta que no sabía nada de ti, cómo localizarte, quiénes eran tus amigos, qué habías hecho en estos cuatro años. Estaba tan concentrada en mi dolor, mi sufrimiento, mi tristeza y fracaso que no pensé en ti. Por eso estoy aquí, he tocado tu maldito timbre cada día esperando que estuvieras en casa.

—Lo siento. Tuve una oportunidad de trabajo en Londres. Debí avisarte —

mintió, confundida con esas palabras.

Susan la miró con aún más tristeza, tanta que paralizó a Sam por un par de segundos.

—Todo fue mi culpa y no importa cuánto tiempo pase, cuánto me lo niegue

o cuánto te culpé, eso nunca podrá cambiar. Esto jamás podrá dejar de doler y de ahogarme.

—¿Susan? —susurró con el corazón en la garganta.

—Yo no te protegí —susurró su prima y se giró hasta quedar frente a ella—. Yo estaba tan ciega, tan fija en mi idea de tener al hombre perfecto, la familia perfecta, la vida perfecta, que no vi lo que en verdad sucedía, y lo peor es que te culpé a ti, reflejé todo mi fracaso contigo, y ahora me odio por eso.

—No digas eso —dijo mientras se acercaba y tomaba su brazo.

—¿Cómo no decirlo si te dejé sola? Yo era tu única familia, ¡y te abandoné y jamás te protegí de él!

—¿De qué estás hablando?

—Él se aprovechó de ti, de tu inocencia, tú eras una niña y yo te dejé en casa con ese monstruo que yo creía era perfecto.

—Para, por favor, no te hagas esto —rogó jalándola del brazo para que dejara de decir idioteces.

—¡No! En vez de cuidarte lo que hice fue ponerte en bandeja de plata cuando te exigí que vivieras con nosotros, y después te culpe de todo, ¡te culpé a ti para no ver mis errores!

—¡Susan! —gritó al verla empezar a llorar desesperada, tomó su cara con sus dos manos y la forzó a mirarla—. Detente, nada de lo que sucedió fue tu culpa.

—¡Claro que sí! Y cuando los vi en el sótano no permití que me explicaras y te dejé sola, ¡por más de cuatro años! ¿Y si te hubiese sucedido algo, y si te hubieras muerto, Sam? ¿Qué hubiese hecho yo? Yo... yo debí... Te dejé desprotegida después de que te juré que te cuidaría, después de que gritaba por todas partes que eras mi hija y me enorgullecía de ti como si lo fueras realmente. Yo permití que él te acosara y que... —Se ahogó—. ¡Eras una niña, por Dios!

—¡Detente! —explotó forzándola a que se callara y horrorizada por sus

palabras—. Yo no era una niña, sabía lo que estaba haciendo.

—Claro que sí lo eras, no eras ni mayor de edad, ¡y me dijiste que te ilusionaste de él desde el principio! ¡Tenías dieciséis años, Sam! ¡Eras una niña y él te fue envolviendo en su maldito encanto hasta que logró lo que quería! —gritó desesperada a la vez que trataba de soltarse de su agarre.

—No... ¡No! —le exigió Sam jalándola con fuerza para que la mirara—. Susan, mírame a los ojos y presta atención a lo que voy a decirte: Yo pensé que estaba enamorada, y lo único cierto de todo lo que dijiste es que él me engatusó, era un monstruo y dejé que me ilusionara. La culpa no fue tuya, y creo que tampoco fue del todo mía, fue de él. Michael fue el culpable, debió respetarte, eras su esposa. No quiero exculparme del todo, sé que hice cosas que no debí haber hecho, tampoco quiero que me pongas en un altar, porque no soy perfecta, tampoco una víctima; soy humana, y cometí un error, al igual que tú. Justo como tú, al confiar en un ser tan despreciable como Michael.

Susan se detuvo y la miró con la cara llena de lágrimas, los ojos rojos y la nariz hinchada y Sam sintió más amor que nunca por esa mujer, por el tormento de sus ojos y porque al final había dicho su verdad. Ella también estaba llorando, tal vez lo estaba haciendo desde que dijo la primera palabra.

—Yo...

—Tú tenías derecho a tener tu mundo perfecto, pero a veces las cosas no se nos dan como deseamos. Te quiero, demasiado, e intenté por mucho tiempo no hacerte daño, fui una idiota y no solo en lo que respecta a ti. Yo no debí meterme entre ustedes dos, no fue tu culpa, fue de él y mía.

Susan negó con la cabeza.

—Perdóname —le rogó su prima, luego bajó sus manos que hasta ese momento tenían sujetos los antebrazos de Sam intentando que la soltara. —Perdóname tú a mí —dijo y bajó sus manos—. Extraño a mi familia, Susan.

—Yo también —susurró.

Sam la tomó y la abrazó con tanta fuerza que creía que le estaba haciendo daño, pero no la escuchó quejarse sino que la abrazó con igual intensidad.

Percibió que otras lágrimas se arremolinaban en sus ojos, aunque por primera vez eran de alivio y sonrió.

—Sebastian preguntaba todos los días por su tita, y yo me encerraba en mi

cuarto cuando él se dormía preguntándome dónde estabas y cómo podría vivir si algo te hubiera pasado.

—Lo siento tanto —respondió interrumpiéndola, aún sin soltarla.

—Te extrañaba cada día, Sam, cada vez que él hacía algo nuevo quería contártelo; en su bautizo lloré porque tú ibas a ser su madrina y no lo eras. No estabas a mi lado. Igual que en cada cumpleaños. Siempre fuimos las dos contra el mundo y a mí se me olvidó eso, se me olvidó cuánto nos queríamos y lo que significábamos una para la otra. Lo olvide todo menos la furia de haber sido lastimada. Ni siquiera cuando la realidad imperó en mi vida, cuando Michael no llamaba para saber de su hijo quise recapitular, creyendo que estaba contigo, pensando que tenías la vida que yo había deseado para mí.

—Susan...

—Cuando vine a decirte que se casaba y entendí que tú no lo habías vuelto a ver... —Se detuvo y se apartó para acariciar su mejilla aún con los ojos llenos de lágrimas—. Allí comprendí todo, al ver cómo intentabas algo que yo debí darte desde el principio, pero ya nuestra relación estaba arruinada y me odié por no haberme dado cuenta de la verdad a tiempo, por perderte y herirte; y por dejarte sola, Sam. Te dejé completamente sola.

—No estaba sola —le refutó y la vio girar de nuevo a las fotografías.

—No, ya veo que no —susurró y bajó la mirada.

—Pero no estaba completa porque no los tenía a ustedes, y los extrañé también cada día, incluso tengo un clóset lleno de cosas que le compraba a Sebastian y a ti por si acaso algún día tenía la oportunidad de volver a estar en sus vidas. —Se detuvo al ver que la miraba asombrada—. Nunca perdí la esperanza de que volvieras; te lo dije ese día, Susan, siempre esperaré por ti, y me alegra que por fin hayas creído en mí.

Su prima le sonrió con labios temblorosos y Sam la abrazó de nuevo, estaba muy feliz porque un pedazo de su ser estaba restituyéndose.

—¿Aún te gusta el té verde? —le preguntó y Susan asintió mientras sonreía, tal vez porque Sam recordara algo tan mundano—. Entonces vamos a prepararlo y así hablamos un poco más, tenemos muchas cosas que decirnos.

Capítulo 11

*Algo siempre me lleva de vuelta a ti,
nunca toma mucho tiempo, sin
importar lo que diga o haga, aún te
amaré hasta que me muera.*

Gravity, Sara Bareilles.

Samantha entró en el aeropuerto O'Hare acompañada de Christian, Rachel y Alexa. Aún se sentía un poco deprimida, le había sido bastante difícil despedirse de todos después de la comida, sobre todo de Susan, que aún no podía creer que se fuera a ir por tantos meses después de haberse por fin reencontrado.

Además había jugado con todos sus niños, incluyendo a Sebastian, y al final había llorado por la idea de dejarlos, los amaba y extrañaba tanto, que por un momento se rindió, pensó en quedarse y volver a su vida de antes. No ayudó el hecho de que Nella hubiese hecho una pataleta majestuosa cuando se dio cuenta de que volvería a irse. Lucas tuvo que quedarse en casa para calmarla, ya que era el único que podía hacerlo cuando se ponía en ese estado. El problema era que, de alguna manera, a ella esa vida ya no le parecía suficiente. No después de volver a ver a Oliver.

Alexa la sujetó de su brazo y ella se detuvo, mientras Rachel y Christian seguían caminando hacia la taquilla para chequear las maletas. Se giró hacia su amiga, imaginando que quería hablar en privado.

—¿Está todo bien? —le preguntó algo confundida y preocupada. Todavía su embarazo no era aparente, pero cada una de sus gestaciones se caracterizaban por hacerla brillar, no solo era una mujer hermosa, sino que embarazada era despampanante, quizá por eso Lucas se esforzaba tanto en llevarla a ese estado, aunque ellos no necesitaban ninguna excusa, solo se amaban.

Captó su expresión preocupada y negó con la cabeza.

—Oliver no es tu Alfred, Alexa —le advirtió Sam.

—Lo sé —respondió y negó con la cabeza—, me lo repito cada día también, ¿pero esto? De verdad no lo entiendo. No quiero pensar que te está usando, al menos no el hombre que conozco y amo, pero no veo cuál otro motivo...

—Me necesita —le interrumpió—, y yo lo necesito a él. Ni siquiera sé si algo de esto funcionará, o si lo volveré a ver, pero tengo que intentarlo. Por los dos. El Oliver que tú y yo conocimos está allí, escondido, he tenido atisbos de él, y si puedo haré todo lo que esté a mi alcance para recuperarlo.

Alexa la abrazó y la escuchó sorber, por lo que se imaginó que estaba llorando.

—Condenadas hormonas —se quejó, y ambas se carcajearon—. Te quiero, Sam. Y lo quiero a él. Y siendo sincera, los quiero juntos y aquí, conmigo.

Sam sonrió, pero rechazó siquiera pensar en ello, era demasiado tentador, y no deseaba volver a fantasear en cosas que no podía tener. Caminó hacia Rachel y frunció el ceño, su amiga había estado apática durante la comida y el viaje, se dirigía a ella en monosílabos, también estaba ojerosa y muy pálida. Bajó la mirada hacia Lira que estaba en su jaula de viaje, parecía medio asustada por el entorno. Alexa se acercó a Christian y Sam interceptó a Rachel.

—¿Qué sucede contigo? —le preguntó acariciando su cabello ondulado, aprovechó la oportunidad de detallarla y se dio cuenta de que también estaba más delgada.

Rachel negó con la cabeza e hizo un asemejo de sonrisa, o lo intentó, aunque más que eso se veía como una mueca triste.

—Estoy bien —le dijo y se encogió de hombros.

Sam no le creyó.

—No lo estás —le respondió y la obligó mirarla—. ¿Cómo puedo ayudar? Dime qué te está haciendo daño, cariño.

Su amiga bajó la mirada y se volvió a encoger de hombros.

—Mis decisiones —respondió y le sonrió de nuevo, un gesto triste.

—¿Rachel? —le preguntó y jaló su mano para que se enfocara en ella, ya que esas palabras parecían dichas al viento, no para la propia Sam—. ¿Esto de qué se trata? ¿Enfermedad, soledad, hombres?

Rachel negó con la cabeza.

—¿Hombres? —Puso sus ojos en blanco—. Sabes lo que opino de ellos. — Y en el momento que esas palabras fueron pronunciadas, Sam tuvo su respuesta.

—¿Quién es? —insistió.

Rachel se apartó y la miró con los ojos brillosos. Sam sintió pánico, tenía años conociéndola y nunca, jamás, la había visto llorar.

—¿Quieres que me quede? Lo haría sin dudarlo.

—No —respondió y la miró como si estuviera loca—, más bien quisiera irme yo, tener un asiento a tu lado y viajar a Londres. Ser extravagante y olvidarme del mundo por un minuto.

—Entonces ven conmigo, mi casa es tu casa. Bianca consiguió un buen acuerdo con una inmobiliaria y mi apartamento tiene dos cuartos. Por favor —le rogó. Observó un brillo de interés en su mirada.

—Quizá te tome la palabra. Solo déjame confirmar algo, quién sabe, tal vez me tengas en Londres más pronto de lo que crees.

—Ya tienes que registrar las maletas —las interrumpió Christian.

Asintió y fue a la taquilla. Al terminar, se dirigieron hacia el punto de entrada a la zona de abordaje. Cuando se giró a despedirse, se encontró envuelta entre los brazos de Christian. Él la sujetó con tanta fuerza que ella sonrió.

—Te quiero, Bambi —le susurró.

—Y yo a ti.

Cuando Christian por fin la dejó ir, abrazó a Alexa.

—Cuídalo —le suplicó su amiga al oído.

—Y tú cuida a mi ahijado o ahijada, dile que estoy loca por conocerle —le pidió sobándole la panza y Alexa sonrió mientras asentía. Después se acercó a Rachel y la abrazó.

—Piensa en lo que te dije —le dijo y Rachel asintió. Cuando iba a soltarla Rachel se lo impidió y se acercó más a ella.

—Sam, solo busca lo que te haga feliz y sé valiente; eso es algo que siempre me ha enorgullecido de ti y que también te he envidiado.

Sam asintió y trató de insistir de nuevo en que la acompañara, pero su amiga caminó hacia Christian, por lo que decidió renunciar aunque siguiera preocupada.

Los despidió con la mano y después tomó su equipaje y se giró hacia la

entrada vigilada, suspiró hondo y deseó que valiera la pena, que esa sensación de pérdida desapareciera y que él fuera feliz, que era lo que deseaba, así fuera sin ella.

DESPUÉS DE APROXIMADAMENTE 7 horas y 54 minutos de vuelo, y otro par de horas de trámites, Samantha entró a su edificio ubicado en Camden, agradeció que tuviera ascensor, iba demasiado cargada y cansada como para subir por escaleras. Nunca se acostumbraría a esos cambios de horarios. Había intentado dormir en el vuelo, sabía que cuando arribaran a Londres serían las cuatro de la mañana y su cuerpo no sabría diferenciar si era de noche o madrugada, pero no logró pegar pestaña.

—Te gustará tu nueva casa, Lira —le susurró a la jaula, ya dentro del ascensor—, antes de viajar a Chicago, te compré y armé una cama de forma de nubes, ya no te sentirás como la reina, sino como una diosa gobernando desde el Olimpo a los simples mortales. —Rio y Lira movió su cola, luego se volvió a recostar entre los cojines de su jaula.

Salió del ascensor y arrastró la jaula y maletas. Le encantaba ese edificio, era la mezcla perfecta entre antiguo y nuevo, con una fachada de piedra y unas escaleras en el porche con barandas negras que le hacía recordar a las películas de los años cincuenta. Y el apartamento en sí era acogedor, con dos habitaciones, una pequeña sala y cocina; estaba medio amueblado, con una cama grande, un sofá marrón y todos los implementos de la cocina. Ella había empezado a decorarlo, aunque no mucho, porque unos días después de mudarse tuvo que partir a Estados Unidos.

Cuando alzó la mirada, dejó de respirar al ver a Oliver sentado al lado de su puerta.

Se olvidó de su equipaje y de Lira, solo aceleró el paso para llegar a su lado. Él tenía la cabeza entre sus manos y no la había notado, estaba vestido con un pantalón azul y una camisa blanca, todo desaliñado y su cabello castaño oscuro revuelto.

—¿Oliver? —lo llamó en voz baja y suave—. ¿Qué estás haciendo acá? —le preguntó mientras se agachaba para quedar a su altura.

Él alzó la cabeza y subió la mirada. Sam se apartó un par de centímetros, sus ojos, más castaños que verdosos, casi como la miel quemada, lucían aturcidos, tenía ojeras bastante pronunciadas y una expresión que no podía

definir bien.

—¿Oliver? —insistió.

—Estoy tan cansado. Tan jodidamente cansado.

Ella abrió los labios para ofrecerle su cama, ya que otro vistazo a sus ojeras quiso hacerle creer que se trataba de una extenuación física. Sin embargo, algo la detuvo. Se sentó a su lado y deslizó sus manos por su cabello, haciendo que la mirara. No estaba borracho, y aunque su aliento tenía un deje de alcohol, no lucía como esa noche en que llegó a su departamento en Chicago y le exigió que peleara por él. Solo parecía agotado y perdido. Muy perdido.

—¿Qué sucedió? —le susurró.

—Nada. Todo. Esta es mi maldita vida, es todo lo que quise. Todo por lo que luché, y es una mierda. Estoy tan cansando de luchar, Sam. ¿Hasta cuándo tengo que hacerlo? ¿Cuándo será suficiente? Nunca nada es bastante, todo es lo mismo. La misma parodia. Las mismas batallas. Por una vez... — Suspiró y negó con la cabeza—. No sé qué mierda hago aquí. Tú lo haces peor, siempre ha sido así.

—No luches más —le contestó ella, un poco liada con sus palabras, aún acariciando su cabello—. Ya estoy aquí, solo no luches más, déjame luchar a mí.

Él cerró los ojos. Sam volvió a arrodillarse frente a él e hizo que apoyara su cabeza en su cuello, deslizando sus manos por sus hombros, y bajándolas por su espalda, para abrazarlo. Lo sentía temblar de vez en cuando, pero no parecía que fuera de frío.

—Me prometí que no volvería a buscarte —escuchó que le confesaba—. Después de la última vez decidí que todo había acabado.

Ella sonrió y suspiró, abrazándolo con más fuerza.

—Y yo me prometí que no volvería a ilusionarme con finales imposibles o por algo que nunca me pertenecerá. —Cerró sus ojos cuando sintió que se humedecieron—. Ambos fallamos a nuestras promesas.

Él se apartó y la miró a los ojos, parecía confundido. Ella acarició su mejilla y le sonrió. Se acercó y besó su frente con suavidad y dulzura; después la pegó a la suya.

—¿Has dormido algo?

Negó con la cabeza y ella bajó su mano hasta entrelazarla con la de él.

Oliver apretó su agarre y juntos se pusieron de pie, luego él miró hacia donde estaban las maletas y la jaula y se apartó unos centímetros, mientras Sam lo estudiaba, frunciendo el ceño.

—¿Dónde estabas? —le preguntó volviendo a ver su equipaje.

—En Chicago —respondió y con su otra mano tomó su mejilla y lo obligó a mirarla.

—Por supuesto, debí imaginarme que lo...

Ella le tapó la boca para que se callara, luego cerró la mano en puño y le apretó la piel y los labios, para que no escapara.

—No lo arruines, por favor —le pidió y él, que estaba de nuevo tenso, se relajó un poco—. Estoy aquí, y vine para quedarme. Christian es un amigo, nada más; y sí, lo vi, como también vi a Alexa y a Lucas, Rachel y a Susan. —Sonrió recordando ese momento—. Por fin tengo a Susan y a Sebastian de nuevo en mi vida.

Él la miró con interés y ella lo liberó, lentamente y con miedo, como si tuviese que estar en guardia para callarlo antes de que explotara. Sin embargo, él colocó su frente sobre un hombro de ella haciéndole cosquillas con su respiración y su cuerpo comenzó a temblar por ese roce.

—No creo que pueda volver a alejarme. Tenías razón en lo que me dijiste la última vez. Pero me descontrolo, Samantha. La rabia fue lo único que me mantuvo cuerdo durante estos años, y todavía no sé cómo mantenerla a raya.

Intentaré hacerlo.

Ella asintió.

—¿Quieres entrar? —le preguntó preocupada porque cada vez parecía más agotado, y sonrió cuando asintió y la empezó a ayudar a llevar las maletas, comprendiendo que en ese momento, que con esas palabras y ese gesto había nacido una pequeña esperanza entre ellos.

Oliver sintió que le jalaban los pies, se encogió tratando de apartarse de la endemoniada molestia. No eran muchas las noches en que podía descansar bien. Iba a asesinar a quién lo estuviera perturbando. Volvió a sentir que le tironeaban un dedo del pie, y luego sintió que algo comenzó a morderlo, de

la impresión pateó con fuerza. Su mente adormilada se despabiló al escuchar un alarido y al sentarse sobre la cama vio un gato gris y peludo, de ojos claros, que lo miraba con furia desde el suelo, sus pelos totalmente erizados, y casi podría jurar que, entre gruñido y gruñido, el animal farfullaba.

—Lira, ¿qué estás haciendo? —escuchó la voz de Samantha y él parpadeó al observarla entrar al cuarto.

Era como si tuviese un aura brillante alrededor, incluso en ese momento, con su cabello rojo sujeto en una coleta, su cara sin maquillaje, y un vestido color mostaza quemado hasta las rodillas, con los botones hacia adelante y unos tirantes diminutos que cortaban sus hombros. Se encontró sonriendo como un idiota al ver el vestido, ya que aún seguía usando colores absurdos.

—Ella es un poquito temperamental, pero nada de qué preocuparse. —La condenada fiera aprovechó que su dueña estaba distraída para clavarle una mirada llena de promesas. Él le devolvió la mirada en silencio, garantizándole que en la primera oportunidad que tuviera la entregaría a un taxidermista—. ¿Qué le hiciste a Oliver, Lira? —preguntó al ver la sangre en su dedo y cargando a la gata por encima de la cabeza—. No nos portamos de esa manera, lo sabes. Dejemos a Oliver para que se arregle, ¿quieres? —le preguntó de una forma casi maternal. Él se quedó paralizado por ese sonido y por la sensación que le despertó en el alma. Samantha le sonrió y guiñó un ojo—. En el baño hay un cepillo de dientes sin usar. Cuando estés listo, ven a la cocina.

Él asintió y la vio cerrar la puerta de la habitación. Se pasó una mano por el cabello tratando de recordar las razones que lo llevaron a esa casa, a esa mujer, a la vez que se levantaba para ir al baño. El día anterior había estado seguro de que nunca más volvería a verla, que esa etapa de su vida estaba terminada; sin embargo, ahora estaba allí.

La sensación de agotamiento se había intensificado y, junto con la frustración que pasó en la última condenada cena con su familia, explotaron hasta llegar a ese resultado. Su vida era una completa lucha; su trabajo, incluso llana, siempre tenía que batallar para demostrar que era mejor que los demás, que era suficiente, que se merecía lo que tenía. Pero nada era suficiente. Y ahora estaba en esa casa. Había salido de la suya a media madrugada desesperado por encontrar algo que lo liberara de los yugos.

Veinte minutos después había llamado a Nathan, necesitaba saber dónde estaba Samantha, dónde buscarla y entonces había ido allí, totalmente rendido.

Después de salir del baño, tomó su teléfono y frunció el ceño, pasaba del mediodía, lo cual significaba que había dormido desde que ella lo había dejado entrar a su departamento en la madrugada. Tenía más de cincuenta llamadas perdidas, ni siquiera quería saber quién lo había llamado, aunque era obvio que más de la mitad debían ser de Ilana. Suspiró de nuevo, se metió el teléfono en el bolsillo, se limpió la gota de sangre con papel higiénico, se lavó los dientes, la cara y salió del cuarto de baño.

Entró a un pasillo un poco estrecho, que hacia la derecha convergía en una puerta; su GPS interno le indicó tomar el camino contrario y así lo hizo. Desembocó en una sala poco amoblada, un sofá marrón y una mesa con una computadora encendida. La máquina se veía de última generación, incluso tenía una especie de mesa de dibujo táctil. Al lado había una maleta abierta.

Escuchó ruidos detrás de una puerta que daba a la sala, caminó hacia ella, la abrió y quedó apoyado en el marco, observando a Samantha quien sonreía a la gata acostada a su lado, mientras le hablaba en voz baja. Era una conversación, de hecho el animal la miraba y movía su cola de vez en cuando, como si la escuchara de verdad. La pelirroja tenía una espátula en su mano y estaba cocinando; sin embargo, por lo que se sintió encantado fue por la forma en cómo se movía, la paz que irradiaba.

De repente la gata del demonio lo vio y se levantó erizando todo su pelaje. Allí subió la mirada para encontrarse con los ojos azules de Samantha brillando de emoción.

—Ya está lista la comida, siéntate. —Le señaló una pequeña mesa destartalada con dos sillas que habían visto mejores días, y aunque él debía irse, contestar las llamadas y trabajar, se encontró sentado y ansioso por el plato de tortillas con pan tostado que le iba a servir.

—Se ve bien —alabó un poco incómodo y la observó sonreír.

Ella se sentó frente a él y por unos minutos se mantuvieron en silencio, solo se escuchaban los ronroneos de la gata, que estaba acostada a los pies de su dueña, y uno que otro chirrido accidental de los tenedores golpeando los platos.

—Creí que lo primero que desembalarías sería un lienzo y el cabestrillo —

comentó. Samantha lo miró por un par de segundos antes de enfocar su atención en el plato.

—Mi bebé es todo lo que necesito para trabajar en mi consultoría de imagen y publicidad —comentó y él la miró con el ceño fruncido, sin terminar de entenderla—. La compré cuando me entregaron mi fideicomiso, es como si complementara mi mente. Yo pienso y ella lo crea.

—No lo entiendo, Samantha. Siempre creí que querías enfocarte en tu arte cuando te graduaras, que exhibirías tus pinturas.

La vio tensarse como si la idea le aterrara, esa acción lo confundió aún más. Cuando la conoció, ya seis años atrás, lo único que hacía era pintar, esa era su vida, ¿cómo ahora solo se encargaba de hacer una marca o promocionar productos por medio de una computadora?

—¿Por qué empezaste a hacer eso? —insistió colocando los codos sobre la mesa y olvidando la comida. Ella rio como si esa fuera una pregunta estúpida, aunque a él no se lo parecía.

—La última vez que chequeé se necesitaba dinero para sobrevivir, Oliver, mi fideicomiso iba a ser liberado cuando cumpliera veinticuatro años, gracias a los mandatos de mis tíos, y el monto mensual por los intereses no era suficiente para todos mis gastos, sabes eso.

—Lo sé —dijo sintiendo que la rabia comenzaba a emerger. La simple idea de que hubiese abandonado sus sueños por falta de recursos causó que casi perdiera el control—. Es por ese motivo que te asigne dinero en el acuerdo del divorcio. —Escuchó que ella tiraba los dos cubiertos en el plato.

—Ese no era mi dinero —dijo con voz conciliadora.

—Sí, lo era —contestó él—. Si el imbécil de Christian hubiese cumplido su deber, no tendrías que haber sacrificado tu sueño para sobrevivir. Le di una condenada orden, y yo era su jefe, no una chiquilla inmadura y malcriada que no sabía una mierda de la vida.

—¡Basta! —le gritó Samantha y se levantó de su asiento—. Nunca fui una chiquilla —apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él para dar énfasis a su discurso. Estaba furiosa—, fuiste tú quien me puso esa etiqueta, y estoy cansada de llevarla, nunca me gustó, jamás, es minimizarme y no soy una niña. Ni tampoco lo era cuando me llevabas a tu cama. Así que no quiero escuchar esas palabras para describirme nunca más.

—Bien —masculló él desviando la mirada. Le parecía absurdo lo excitado que se sentía cada vez que ella le rebatía o defendía su punto de vista de esa manera.

—Tienes que dejar ir ese bendito tema —le exigió ella entonces—. Jamás hubiera aceptado ese dinero, Oliver. Ni Christian ni nadie me habría convencido alguna vez de hacer lo contrario. Yo solo te quería a ti, nada más.

Él parpadeó ante esas palabras y bajó la mirada hacia sus manos, las que había cerrado en puños, tan apretados que sus nudillos se emblanquecieron. Ella se apartó un par de centímetros tensa, quizá esperando que la atacara. Oliver respiró hondo, se levantó del asiento, y salió de la cocina.

Su teléfono volvió a vibrar dentro del bolsillo de sus pantalones, pero lo ignoró para acercarse a la máquina y mover el mouse, la pantalla se activó y vio una maqueta de la revista *Claroscuro*, solo tenía una figura blanca y al lado de ella unos modelos tipográficos de nombres, con distintos colores.

Estaba tan concentrado en ello que tardó un par de segundos en notar que ella había entrado a la habitación. La encaró, aún lo miraba un poco cautelosa, pero le sonreía con sinceridad.

—¿Ya empezaste a diseñar?

—Me picaban las manos.

Él no sonrió, en cambio recordó eso de ella, cómo sus ansias por pintar y crear le hacían experimentar picazón en las palmas de las manos y cómo él siempre sabía cuándo la inspiración la golpeaba.

—Aún es tuyo —comentó, y ella lo miró confundida—. El dinero. Yo te podría ayudar a salir del contrato de *Claroscuro*, ya que soy socio silencioso de esa empresa, y podrías concentrarte en pintar de nuevo. Como siempre quisiste hacer.

Ella volvió a estremecerse y negó con la cabeza.

—No, jamás —rechazó de inmediato—. Me gusta lo que hago, Oliver, además estoy acostumbrada a mantenerme sola, y ahora lo prefiero así. Por Dios, no acepté los ofrecimientos de Christian para irme a vivir con él, mucho menos...

—Por supuesto, si no se lo permites a él, mucho menos a mí —la interrumpió de forma brusca, con los celos carcomiendo todo raciocinio.

Samantha suspiró como resignada a seguir dando explicaciones.

—A lo que me refería, Oliver, es que sin importar los años que han pasado, yo de ti quiero lo mismo que he querido siempre. Nada más.

Él parpadeó y los celos lo abandonaron. Su respiración se agitó y, sin siquiera decidirlo, se acercó a ella, cogió su mandíbula con una mano, provocando que Sam echara su cabeza un poco hacia atrás.

—Siempre has sido un jodido problema, Samantha Heller —gruñó.

Ella sonrió, su mirada caliente, y deslizó sus manos por su cintura, para abrazarlo.

—Soy su karma, señor Lewis.

Él apretó los labios, y confirmó que los instintos y los recuerdos nunca descansaban de atormentarlo. La sonrisa de ella decayó un poco, sus ojos se oscurecieron, movió una de sus manos de su cintura hacia su cara y lo acarició.

Oliver se maldijo en silencio, porque le era condenadamente difícil hablar de sentimientos o de cosas personales.

—Me preocupa cómo viviste durante todos estos años, eras mi responsabilidad.

—No lo era —respondió ella apretando el abrazo desde su espalda—, tú me convertiste en una y allí empezó todo el problema.

—¿Qué? —preguntó confundido—. Te juro que hablar contigo es tan endemoniadamente difícil. Siempre lo fue.

Ella rio y él la miró embobado, ¿cuántas veces la había oído reír con libertad desde que volvió a encontrarla? Esa fue una de las cosas que lo enfurecieron tanto cuando escuchó la conversación con Christian, no solo la intimidad que se reflejaba en su voz, sino la libertad que ella mostraba con él.

—Por fin estamos de acuerdo con algo —respondió encogiéndose de hombros—. Lo mismo digo de ti.

Ambos se sonrieron y la energía cambió en el ambiente, comenzaron a respirar de forma trabajosa. Oliver apretó la mano que aún tenía sobre la mandíbula de Sam y la acercó hacia él otro par de centímetros.

—Si te beso no saldré de aquí —le dijo en un susurro, pegando su ingle a su vientre para que notara su excitación.

—Hazlo. Por favor —le susurró ella emitiendo un suspiro profundo, al tiempo que sus labios rozaban la mejilla de él.

Oliver iba a besarla, pero en ese momento la gata del demonio se le tiró a una pierna y comenzó a arañarlo sobre el pantalón, llegando a su piel.

—¡Jodida gata de mierda! —gritó él mientras la pateaba, para que se alejara.

—¡Lira! —gritó Samantha apartándose de él para tomar a la gata en brazos y acariciarla—. Todo está bien, no me está lastimando, cariño —le aseguró.

—¿Tienes veneno o solo la apaleo?

—¡Oliver, no vas a matar a mi gata! —grito furiosa Samantha. Él frunció el ceño hacia el animal, era como si lo mirara y se burlara de él.

—Me pudo infectar de rabia.

—No te va a dar rabia, está vacunada y completamente sana. —Puso sus ojos en blanco—. No seas tan exagerado, es una gatita que me protege.

—No es un perro —recalcó—, los gatos son ariscos, no protegen a sus dueños.

—Lo sé —aceptó ella con una ligera sonrisa en sus labios—, pero ella está un poco confundida con eso de los correctos roles gatunos. —Se rio y negó con la cabeza—. Es así con todos, no podrías creer lo que le hizo a Christian la primera vez que lo encontró dor... —Se detuvo dejando de sonreír y frunciendo el ceño como si hubiese hecho algo mal.

Oliver entrecerró el ceño por ese gesto y miró hacia la gata.

—Es decir que hasta las gatas tienen el instinto de protegerte —dijo con tono acusador.

—Es que soy adorable —respondió y le sonrió con expresión coqueta.

Y maldita sea, él se sintió vivo y ligero en ese momento. Dio un paso hacia ella para besarla sin importarle que la gata del demonio fuera a partirlo en dos, pero de nuevo sintió el teléfono vibrar en el bolsillo de su pantalón y ya no podía continuar eludiéndolo.

—Debo... —Suspiró y la miró con pesar, de verdad no quería irse, incluso teniendo a una gata asesina entre ellos—. Tengo que irme.

Samantha asintió y bajó los ojos, como si tuviese que ocultarle algo. Él se volteó y caminó hacia la puerta. La abrió pero antes de cruzarla, giró a verla.

—Trataré de regresar esta noche.

—Está bien. Estaré en casa porque tengo que adelantar mucho trabajo atrasado, quiero presentarle a Bianca mis ideas lo antes posible. —Sonrió con suavidad—. Ten un gran día, Oliver.

Él asintió y cerró la puerta a su espalda. No fue hasta que iba llegando a su vehículo, y volvió a vibrar su teléfono, que se dio cuenta de que estuvo sonriendo todo el tiempo. Suspiró y regresó a su estado natural antes de contestar la llamada.

—Estoy bien, Ilana —informó mientras se metía en el carro.

—*¿Dónde demonios estás?* —Escuchó que explotaba en el otro lado del teléfono—. *Me desperté y no estabas en la cama, me han llamado de la oficina. ¡Son las cuatro de la tarde, Oliver!*

Él apartó el auricular de su oreja y después lo puso en la opción de manos libres para arrancar.

—Fui a correr —dijo preguntándose si lo creería, odiaba mentir, pero no estaba preparado para admitir lo que había estado haciendo, mucho menos a Ilana, que desde que fueron a Chicago estaba más insegura que nunca—.

Estaba con Nathan.

—*¡Él tampoco contestaba el teléfono!*

—Es que fuimos al parque nacional y estábamos escalando. Apagamos los celulares —dijo poniendo los ojos en blanco por esa excusa. Ilana se quedó callada por un par de segundos.

—*Me tenías preocupada.*

—Estoy bien. Lo siento —repitió.

—*¿Vienes a casa?* —interrogó. Él suspiró y giró hacia la izquierda. —Tengo una reunión. Me cambiaré en la oficina. Nos vemos en la noche —le dijo y colgó el teléfono, no quería dar más excusas.

Le mandó un mensaje de texto a Nathan en el siguiente semáforo en rojo.

Oliver: Mayday, acabamos de llegar de escalar en el parque. Celulares apagados.

Su amigo lo entendería, se habían cubierto las espaldas cientos de veces.

Capítulo 12

*¿Cuántas veces me dejaras cambiar de opinión y alejarme?
No puedo decidir si te permitiré salvar mi vida o si me ahogaré.
Espero que puedas ver a través de mis muros, espero que
puedas atraparme, porque ya me estoy enamorando. Nunca
dejé que un amor estuviera tan cerca, tú pones tus brazos
alrededor de mí y yo estoy en casa.*

Arms, Christina Perri.

«Cómo desearía ser más valiente», pensó Rachel mientras observaba la fachada blanca, recta y vanguardista del University of Chicago Medical Center; la artista en ella la rechazó de inmediato, era demasiado estructurada y rígida. Quizá su rechazo al edificio tuviera más que ver con que se sentía aterrorizada por estar ahí, que por su diseño; sin embargo eran pocas las cosas en las que se podría concentrar en ese momento, y pensar en la arquitectura de la construcción era una buena opción.

Se pasó la mano derecha por el brazo izquierdo desnudo y sintió un pequeño estremecimiento; deseó culpar al clima, pero el frío era casi inexistente a mediados de julio en Chicago, y sabía a ciencia cierta que los estremecimientos que la recorrían eran producto del terror que le imponía lo que iba a hacer allí.

—Puedes hacerlo —se repitió en silencio y caminó un poco más lento de lo normal hacia su destino.

Entró al edificio y se acercó a la recepcionista que estaba detrás de un mueble fabricado de madera y vidrio.

—Buenos días, quisiera hacerme una prueba de VIH, ¿hacia dónde debo dirigirme? —Apretó sus manos en puños y escuchó a la mujer recitar las instrucciones de modo impersonal, como quien lee en voz alta una cartilla.

Un minuto después se dirigía hacia los ascensores que se encontraban a la izquierda de la recepción y hundió los hombros un poco más.

Su historia sexual había empezado desde muy temprana edad y de la forma más cliché que existía, tanto que una parte de su ella aún se burlaba por eso. Diez años atrás, cuando tenía quince años, había perdido su virginidad en su propia cama, medio borracha, con su padrastro, Jeremiah.

En esos momentos podría decir que fue una perfecta idiota al haber aceptado el alcohol que le ofreció, o por sentarse a ver televisión con él, pero confiaba en ese hombre, se había casado con su madre un año atrás y parecía un buen sujeto. Un par de horas después de la primera bebida, se había despertado desorientada con sus propias manos envolviendo su velluda espalda, mientras él jadeaba encima de ella penetrándola con dureza.

Durante seis meses se encontró acosada, hasta el punto que ceder era la única opción posible. Jeremiah utilizó sus terrores para inmovilizarla, para acallar cualquier denuncia en su contra y, cuando finalmente tomó fuerzas y habló con su madre, ella no le creyó.

Esa fue la primera experiencia que comenzó a formar su teoría acerca del amor como una enfermedad, la que, según ella, volvía ciegas y estúpidas a las personas; había idiotizado a su madre, primero con su propio padre, quien huyó despavorido cuando ella se embarazó como medida extrema para retenerlo; después con cada uno de sus parejas de turno a quienes mantuvo o entregó sus ahorros, y por último, con Jeremiah.

Subió en el ascensor y marcó el quinto piso, respiró y se apoyó en el frío metal de la cabina.

Se pasó la mano derecha por su cara mientras recordaba cómo Esther, su propia madre, se negó a admitir la verdad que ella le había confesado, de hecho torció sus palabras y llegó a plantearle que había malinterpretado los cariños de padre que su pareja, sin tener ninguna obligación, le había entregado. Rachel la miró incrédula y le preguntó: «¿Cómo diablos pude malinterpretar ser penetrada por ese bastardo durante seis meses?». Esas pocas palabras fueron suficientes para que su madre la golpeará, esa fue la última vez que Rachel la aguantó y una hora después, huyó de su casa, de su madre y del abusador.

Tomó refugio en el hogar de su abuela, en Louisiana, quien trabajó para

ayudarla durante la preparatoria, pero no pasó mucho tiempo para que quedara sola de nuevo: el corazón de su abuela estaba demasiado deteriorado y no resistió el infarto. Poco después se presentó para una beca en el Instituto de Arte de Chicago y, cuando se la concedieron, se trasladó sin dudarle a otra ciudad, para empezar de nuevo.

Sin embargo, no permitió nunca que el recuerdo de las manos de Jeremiah o de su pene la paralizaran, todo lo contrario, como bien se lo había hecho notar su mejor amiga, Sam, más de una vez. Rachel no iba a tener amor, no se dejaría encadenar o idiotizar, pero tendría sexo, mucho, mucho sexo con todas las personas que pudiera.

De hecho, después de abandonar la casa de su madre, se acostó con un compañero cualquiera de su clase, deseando eliminar las marcas que Jeremiah había dejado en su cuerpo, y después con otro y otro más. Pero siempre había dejado bien claras las reglas: solo sexo, sin emociones, sin amor.

En los años siguientes, cuando uno de sus amantes empezaba a tratar de forjar un nexo o a profundizar la intimidad, lo alejaba sin pensarlo dos veces. No lo quería ni necesitaba.

Aunque en ese momento cuestionaba varias decisiones. ¿De verdad no lo deseaba? ¿No lo necesitaba? ¿Habría sido más feliz si no hubiese actuado así?

Sam había estado solo con un hombre y lo había arruinado. En esos instantes estaba en otro continente tratando de recuperar al sujeto y aunque no parecía feliz, lucía en paz con su decisión. Rachel envidiaba esa fortaleza y su resolución para correr el riesgo, aunque tuviera mucho que perder, esa característica le hubiese podido ayudar mucho.

El ascensor sonó indicándole que había llegado a su piso, salió y caminó hacia la derecha, en donde le habían indicado estaba el laboratorio clínico. Llegó con la nueva recepcionista, en este caso trigueña, cortada con la misma tijera que la anterior, distante y vaga.

Después de hacerle llenar unas planillas con sus datos y los del número de seguro social, le ordenó sentarse en uno de los pequeños cubículos que estaban en uno de los laterales del área de espera. Una vez adentro, Rachel entrelazó sus manos y las posó sobre su regazo, y comenzó a respirar profundamente para calmarse.

—¿Señorita Lutz? —Ella alzó la mirada y encontró una doctora rubia con cara amable que llevaba en sus manos un tablero de metal. La mujer se sentó frente a ella, atrás del pequeño escritorio y le sonrió—. Soy la doctora Harris, quería hacerle algunas preguntas de rutina antes de tomarle la muestra de sangre. —Rachel asintió y tomó una respiración profunda—. ¿Es la primera vez que se hace este examen?

—Sí. —Se sintió más estúpida que antes, su vida había sido alocada y al extremo, sin embargo siempre había pensado que se las sabía todas y que se cuidaba en todos los sentidos.

—¿Es un examen de rutina porque la envió su ginecólogo tratante o estuvo expuesta a una situación de riesgo? —preguntó políticamente la doctora.

—Hace un año tuve relaciones con un amigo, Tom, el condón se rompió, pero yo utilizo pastillas anticonceptivas así que no pensamos que debíamos preocuparnos. Hace casi una semana me llamó y me dijo que era portador del VIH, que le dieron el diagnóstico pocos días atrás y que llevaba el virus desde hace más de un año. —Con cada última palabra sus manos temblaron con más insistencia y las apretó con fuerza.

La expectativa de haber sido infectada, de no poder hacer todo lo que deseaba la tenía aterrorizada. ¿Había siquiera vivido? Y todo por un polvo con un hombre cualquiera que ni siquiera le había gustado. Se detuvo, y trató de controlarse a duras penas.

—Así que quiere prevenir...

—Tengo dos semanas con malestar; vómitos, cansancio, incluso puedo sentir mis glándulas inflamadas. Pensé que era una gripe o algún virus, pero después que él... Busqué en internet... Dicen que son dos años, pero que si se sienten síntomas... Yo... conozco mi cuerpo y sé que algo va mal — balbuceó y miró a la doctora con miedo.

—Entiendo. —Asintió y miró la información de la tablilla frunciendo el ceño por el contenido de alguna respuesta.

Rachel se burló en silencio imaginando lo que vería, la respuesta sobre cuántos amantes había tenido; ¿escribió más de cincuenta?, cuando pasó de ese número había dejado de contar, no le interesaba.

—Le haremos todos los exámenes de rutina y mañana, después de las diez de la mañana, los puede retirar, pero prefiero que pase a mi consulta para que conversemos —le advirtió. Rachel se mordió el labio para no sacar una

sonrisa socarrona sobre su tono, era su cuerpo y su derecho, nunca le había importado antes. Pero ahora lo hacía y por varios motivos.

ENTRÓ AL MUSEO DE ARTE de Chicago, donde llevaba trabajando tres años, una hora más tarde. Su trabajo había sido un sueño cumplido, le gustaba pintar, pero jamás tendría el talento de Sam, que podría crear y hacer sentir lo que deseara con unas pinceladas; lo suyo era restaurar. Se sentía orgullosa cuando llegaban a sus manos obras arruinadas por el polvo, el aire, el pasar del tiempo y las recuperaba. Era, lo que ella consideraba, una pequeña contribución anónima para embellecer el mundo y, de paso, preservar el alma del pintor, y por qué no decirlo, de la historia de la humanidad.

Suspiró mientras el terror volvía a invadirla.

«Mañana lo sabré con certeza. Solo un día más».

Dejó su cartera dentro de su casillero, caminó hasta su escritorio y en el trayecto lo vio. Desaceleró sus pasos, obligó a su corazón a calmarse y tensó los músculos de sus piernas ya que las sentía flácidas como gelatina. Era injusto, completamente injusto.

No había querido enamorarse, jamás, puso todos sus esfuerzos en ello, sin embargo al conocerlo seis meses atrás se encontró con que ella, que nunca se había sentido tímida con un hombre, balbuceaba cuando le hablaba y ansiaba cada una de sus palabras. Se había deslumbrado por un hombre al igual que su madre.

Theodore Moore le había hecho ver que existía en él un alma mucho más interesante que la típica académica que mostraba a diario como director del Departamento de Restauración; además, era un hombre hermoso, de cabello castaño y alborotado, sus ojos castaños miel y labios finos la habían hecho estremecer más de una vez. Le parecía el hombre más sexy que había conocido, la forma en cómo se movía alrededor y su tono ronco cuando hablaba y gemía.

Desde el día en que lo conoció, Rachel se dio cuenta de que le traería problemas, ya que no podía actuar con naturalidad cuando lo tenía en frente, su cuerpo se revolucionaba y no prestaba atención a las advertencias de su cerebro. Luego él comenzó a atormentarla a diario con problemas laborales que solo él, y su perfeccionismo irracional, veían. Eso, hasta que

casi un mes atrás ambos se habían rendido a la densa tensión sexual que los rodeaba cuando estaban cerca. Ella lo tomó como una compensación a meses de tolerancia por su modo tan quisquilloso de trabajar.

En ese momento Theodore la miró con los ojos entrecerrados, motivado por supuesto por su constante rechazo, y Rachel sintió unos escalofríos que comenzaba a formarse desde su columna vertebral y se forzó a caminar hacia su escritorio. Él era un hombre complejo y un excelente amante, la había vuelto loca desde el principio, tanto que, cuando dos semanas atrás yacía saciada sobre su cama después de varias horas de sexo, Theodore le había acariciado el cuello en una muestra de intimidad manifiesta. Ella no había huido, pero claramente debió haberlo hecho.

Tampoco lo hizo cuando le tomó la mano de camino a un restaurante un par de días después o cuando, fuera de todo precedente, ella misma le había acariciado su cabello después de hacer un chiste en medio de la calle. Se había sentido cómoda con él, eso debió disparar todas sus alarmas. Y ahora... Sintió que el terror volvía a invadirla y cerró los ojos para evitar que la angustia fuera evidente.

Trabajó ese día como una autómatas, incluso se equivocó un par de veces, lo cual nunca sucedía ya que siempre actuaba muy controlada y pendiente de todo. Luego, a media tarde se encontró contando los minutos para irse de allí, pues sabía que había fracasado por completo en su objetivo de «vivir como cualquier otro día».

Se maldijo de nuevo por no haber aceptado la oferta de Sam para irse a Londres con ella, necesitaba su apoyo, ansiaba contarle todo lo que le estaba pasando. Sin embargo, cuando su amiga le preguntó qué pasaba, no tuvo corazón para contarle, menos en ese momento que faltaban minutos para que Sam abordara el avión que la llevaría de vuelta a su nueva vida.

Rachel dio un suspiro y caminó hacia la cocina de empleados. Iba tan abstraída en sus pensamientos que no vio a Theodore frente a ella sino hasta que lo tuvo encima, él abrió la boca para decir algo, pero ella dio la vuelta y aceleró el paso hacia su oficina, no sin antes notar su mirada de irritación y dolor. Rachel imaginó el porqué: antes de acostarse por primera vez, entre besos y abrazos, ella comenzó a recitarle sus reglas: «Nada de sentimientos, nada de intimidad, solo sexo».

Sin embargo, los reglamentos están para romperlos y ella fue la primera en

hacerlo, una acción descuidada que envió señales erróneas a Theodore, quién obviamente pensó que con él, Rachel cedería y todo sería diferente.

Abrió la puerta de su apartamento casi cuatro horas después de haber salido de su trabajo. Para distraerse había caminado por la avenida Michigan hasta el Shake Crack, un restaurante de hamburguesas *gourmet* de las que se había hecho fanática las últimas semanas. Sin embargo, solo logró dar un par de mordisco cuando comenzó a sentirse mareada y nauseabunda, suponía que por la mezcla del nerviosismo o...

«No quiero pensar en eso», se ordenó.

Tiró su cartera encima de la mesa envejecida y se dejó caer sobre el sillón vino tinto, que había comprado junto a Sam muchos años atrás. Se volvió a maldecir porque no podía dejar de pensar, no lograba arrancar las condenadas preguntas filosóficas existenciales de su mente:

«¿He vivido como debería haberlo hecho? ¿He hecho suficiente en esta vida?».

Sabía que podrías vivir por muchos años portando el VIH, pero eso era suficiente para afectar cada parte de su ser; hasta la posibilidad remota de tener hijos que jamás había considerado estaba allí, atormentándola.

Se tapó la cara ansiando dejar en blanco su mente.

Un par de segundos después escuchó sonar el timbre y agradeció a cualquier persona que viniera a interrumpirla, necesitaba despejarse. Caminó hacia la puerta y la abrió con una sonrisa fingida que palideció cuando se encontró frente a Theodore, apoyado contra el marco con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de lana.

—¿Theo? —preguntó con el corazón acelerado y la sensación de anhelo que volvía a llenarla.

—¿Puedo pasar? —dijo con una mirada dura, de esa forma que la hacía sentir pequeña e inexperta, todo lo contrario a como realmente era.

—¿Puedo ayudarte en algo? —interrogó y lo vio poner sus ojos en blanco.

Era evidente que no era una pregunta adecuada, pero tampoco sabía bien cómo actuar, su máscara de seguridad se había resquebrajado, no era ella misma, y no era una sensación buena.

—Quiero saber lo que está sucediendo —anunció sin rodeos. Actuaba como el Theo que había aprendido a conocer, ese que la hizo ceder en cada una de sus creencias y al que le entregó más de lo que había dado alguna

vez.

—Nada está sucediendo, punto —respondió encogiéndose de hombros, en un acto frívolo y fingido—. Dijimos que era solo sexo sin compromisos, que...

—Tú dijiste... —intento interrumpirle.

—Y tú estuviste de acuerdo —le cortó de inmediato.

—¿Qué sucedió, Rachel? —le preguntó con tono burlón—. ¿Demasiada intimidad para ti? ¿Dónde pasé el límite: al acariciarte o al verte lavar los dientes? ¿O fue al decirte que me gustas y creerte lo suficiente madura para aceptarlo?

Rachel desvió la mirada hacia el cuello de la camisa de Theo, ya que sus palabras la habían hecho recordar ese momento tan íntimo experimentado hace nomás una semana. Vino a su mente esa imagen en la que ambos estaban desnudos y enredados en su cama, abrazados; Theo acariciaba su espalda —de nuevo, un acto idiota y reprochable, pero que permitió como tantas otras cosas—; evocó el aliento tibio de él cuando se acercó a su oído, susurró tonterías, besó y mordió delicadamente la piel sensible de su lóbulo, para terminar con una linda sonrisa y una sentencia: «Me gustas, Rachel, eres hermosa, sensual y un completo reto; me encantas, incluso podría...», se detuvo y dirigió sus labios al cuello de Rachel y besó parte de su piel por unos segundos.

Ella, por su parte, había sonreído como una ingenua ilusionada, pero no correspondió a sus palabras, estas no quisieron salir de sus labios. En otra situación, Rachel habría huido, gritado y actuado como una loca insensible, tanto que el hombre nunca se hubiese acercado de nuevo, sin embargo, ese día solo se giró y besó e hizo que la follara de forma dulce, mucho más que las veces anteriores.

En ese entonces, Rachel se sintió emocionada, un sentimiento tan profundo que juró nunca había sentido.

Ya todo eso estaba arruinado. Alzó la mirada y volvió encogerse de hombros.

—Puedes escoger cualquiera de ellas, da lo mismo —respondió sonriéndole—. Fue divertido mientras duró.

—¿Tú decides el principio y el final también? —preguntó y se acercó unos pasos, ella quería moverse, huir. «¡Enfréntalo, dile la verdad!», se gritó, pero no lo hizo, en vez levantó su barbilla y lo miró con indiferencia.

—Solo fue biología, necesidad, nada más, no puedo hacerme cargo de tus sentimientos, tenías claras las reglas, así que no me culpes.

—No me gusta que jueguen conmigo —le informó y Rachel apartó la mirada, si tan solo él hubiese tenido un poco más de paciencia ella sabría la respuesta que le atormentaba, si estaba enferma o no, y hubiera podido decidir cómo enfrentar las consecuencias.

Tal vez, si no hubiese recibido la llamada de su expareja sexual, las cosas serían distintas, pero su cuerpo le estaba diciendo que algo andaba mal, el malestar no se iba... y no podía hacerle eso.

—Creo que estás exagerando un poco —respondió Rachel con las manos sobre el pecho de Theo, en un intento vano de alejarlo. Era delgado y fibroso.

—¿Crees que lo hago? —preguntó de nuevo acercándose más a ella, pasando la mano derecha por su cintura baja. Ella tiró su cabeza hacia atrás para observar sus ojos marrones—. Porque hasta hace menos de una semana todo estaba bien, te tenía en mi cama, incluso parecía que tú cedías por fin. —La miró como si quisiera saber cada uno de sus secretos, como si ansiara traspasar su cabeza y conocer cada uno de sus pensamientos—. Pensé que habíamos avanzado, pero de repente te retrotraes, me ignoras y no permites siquiera que me acerque, ni que te toque. ¿Por qué?

Ella se mordió el interior de su mejilla y apartó la mirada entendiendo que había bajado tanto sus barreras que incluso él se había dado cuenta. ¿Dónde estaba la mujer segura que iba por el mundo sin importarle el amor y esas idioteces? Emitió una especie de suspiro lastimero.

Él acarició su espalda baja y en respuesta se estremeció, la corriente eléctrica serpenteó entre ambos y la dejó sin fuerza ni voluntad.

—Esto no está terminado —le dijo Theodore antes de bajar la cabeza y juntar sus labios.

Él bajó sus manos hasta su trasero y la apretó hacia su cuerpo, a la vez que le abría su boca e introducía su lengua, mientras la acariciaba, Rachel sentía que la quemaba hasta los cimientos más ocultos de su ser.

Por un par de minutos se dejó ir, lo besó con pasión a la vez que lo tocaba e incluso comenzaba a jugar con las solapas de su chaqueta para arrancársela de su cuerpo. ¿Qué le importaba el después? Tenía el ahora, tenía al hombre que deseaba ansioso follarla. No había ninguna razón para

no rendirse a eso, a esas caricias, anhelos y ferocidad con que se tocaban. *Nadie iba a salir dañado.*

A la vez que su mente procesaba esas palabras, se apartó del agarre de su amante y se alejó varios pasos, hasta llegar a golpearse con la pared del otro extremo de la habitación.

Theodore quedó desorientado por un par de segundos.

—Quiero que te vayas —le pidió ella con la respiración forzada y la voz ronca.

—¿Qué?

—Se acabó, no quiero volver a verte —dijo y se quedó con la mirada fija en él, mientras Theo comprendía el significado completo de sus palabras.

Cuando lo vio dar un paso hacia donde ella se encontraba, una angustia que tenía muchos años sin experimentar llenó su pecho, tan distinta y familiar que por un par de segundos la hizo quedar sin aliento.

—¡No te acerques! —le gritó acercándose más a la pared, mientras estiraba su mano para tratar de tomar un jarrón ubicado sobre la mesa de arrime ubicada a su derecha. Theodore se detuvo, consternado—. ¡Lárgate de aquí, maldito bastardo! ¡He dicho que no! —escupió sintiendo la necesidad de correr.

—¿Rachel? —escuchó que le preguntaba cortando su línea de pensamiento y vio que lo tenía más cerca. Ella se apartó hasta pegarse más, casi escalando la pared.

—¡Vete! —le exigió y lo observó fruncir el ceño—. Si das un paso más te juro que te mato. ¡Lo haré! —gritó y cerró los ojos por un par de segundos, recordando otro momento donde dijo unas palabras similares.

Cuando los volvió a abrir, él se había alejado hasta el otro extremo de la habitación, se veía alterado, como si no se explicara ese arranque. La verdad era que ella tampoco lo comprendía muy bien.

Se quedaron en silencio por un par de minutos, solo observándose y su corazón comenzó a calmarse poco a poco. La realidad volvió a imperar y empezó a sentirse horrorizada por cómo había explotado. ¿Acaso eso ya no había sido superado?

—Nunca he estado con mujeres que no deseen estar conmigo, ni jamás he forzado a nadie, tú deberías saberlo, ya has estado en mi cama. Tampoco estoy donde no me quieren así que, sí, he tenido mi respuesta. —Dio un

paso hacia ella, pero después titubeó, como si lo hubiese pensado bien y se dirigió hacia la puerta—. Tal vez debí aceptar desde el principio lo me dijiste, que esto solo iba a ser algo físico; no debí exigir algo más, solo que me gustabas demasiado. —Negó, un poco derrotado, y después suspiró—. Lo que yo quería para nosotros, o por lo menos lo que me había permitido creer en mi cabeza, era algo profundo, y entiendo que estuvieses asustada por ello, yo también lo estaba, Rachel. Eres la primera mujer por la que sentí algo intenso después de... —se detuvo y negó con la cabeza—. Pero eso ya no importa, nada lo hace. Se hará como tú quieras, como siempre. Adiós.

Ella lo vio salir y se dejó caer lentamente al suelo, con el alma quebrada, sin entender cómo habían llegado a ese extremo. Un par de minutos después por fin pudo llorar, lo que no dejó de hacer en toda la noche.

DE NUEVO, VER LA entrada del University of Chicago Medical Center le hizo sentir a Rachel frío y rechazo, aunque ahora estaba un poco desconectada de todo, no había descansado bien, tenía dolor de cabeza y, esa mañana, se levantó de la cama con incluso más malestar que los días anteriores.

Pasó la puerta de vidrio sin siquiera mirarse, no deseaba ver sus ojeras y su semblante cada vez más gris. Subió al ascensor llenándose de valor, por lo menos lo poco que podía recabar en su cuerpo.

Llegó al quinto piso y cruzó a la derecha, al igual que el día anterior, pero de alguna forma le parecía que había transcurrido una vida entera en lugar de unas pocas horas.

Se detuvo en el escritorio de la recepcionista y le dio sus datos preguntando si sus resultados estaban listos. Vio salir caminando a la enfermera y tragó grueso empezando a negociar con Dios.

«Iré a misa... no tendré más sexo en toda mi vida... o un año... No, seis meses... Lo que sea, lo que sea».

En ese momento pensó en las etapas del duelo y le dio risa cuando se dio cuenta de que ya había pasado por dos: negación y negociación.

«Por favor, no permitas que llegue a la aceptación», le rogó a cualquier ser divino que estuviese escuchando y tembló cuando observó a la misma doctora rubia que la atendió la primera vez.

—Señorita Lutz, por favor, acompáñeme —le pidió la doctora.

Se abrazó a sí misma caminando con más lentitud, era peor que si fuera

caminando al paredón, el terror la estaba llenando a cada paso.

«No viví, no lo hice... de verdad que no...», pensaba mientras daba cada paso.

«Debí hacer más, no debí rendirme... yo también quería que me amaran», ese pensamiento la horrorizó aún más, ya que iba en contra de todo lo que había deseado en su vida. Quería ser idiota.

«Pude ser mejor madre que la mía, lo pude ser. Pude ser tantas cosas...».

Se ahogó sintiendo que se clavaba las uñas en sus manos y entró en el consultorio amplio, frío y rígido de la doctora.

—Tome asiento, por favor —le pidió la doctora y ella obedeció sin poder respirar.

«Por favor que él no esté enfermo... por favor, no permitas que yo haya hecho eso», imploró preguntándose cómo viviría consigo misma si eso ocurría. Siempre había usado condón, siempre, era primordial en su estilo de vida. Sin condón no hay sexo. Solo que esa primera noche con Theodore todo fue tan místico que, al igual que todas sus demás reglas de vida, se la había saltado. «¿Pero, por qué justamente él? ¿Por qué con la única persona de quien me enamoré?».

—Sus resultados están listos... —comentó la doctora y ella la escuchaba llena en una bruma de terror absoluto.

«¿Podré vivir una vida normal así? Debería investigarlo, ¡soy tan ignorante!».

—La prueba de VIH salió negativa, sus cuentas blancas están un poco altas, pero al parecer es solo una pequeña infección y... —escuchó lo que la mujer decía y se quedó paralizada.

Su estómago estaba tan revuelto que temió devolver la bilis y la miró asombrada.

—Sin embargo la traje aquí para hablarle sobre educación sexual y sobre sus opciones... —¿Opciones? No estaba enferma, su única opción sería vivir y estar sana. «Estoy sana».

—... Y decidir si quiere mantenerlo o interrumpirlo... —¿De qué habla? —preguntó saliendo de su estupor.

—¿No me ha escuchado? —inquirió la doctora con el ceño fruncido—. Tendrá que hacerse otra prueba cada seis meses por un año, pero por los síntomas, la cuenta de glóbulos blancos y rojos, lo más seguro es que sea

solo por su estado de gestación. —La miró aturdida—. Está embarazada —le reafirmó—. Por los exámenes de sangre calculamos que de tres a cuatro semanas, debe hacerse un ultrasonido con el tocólogo quien le informará cuánto tiempo exacto tiene de gestación. Además de sus opciones...

La mujer siguió hablando, pero Rachel solo puro tocarse su vientre y parpadear asombrada.

«¿Estoy embarazada? ¿De Theo?». Se llevó una mano para la boca y se sintió aliviada y asustada en igual medida. Aliviada porque no estaba enferma y porque no lo había enfermado. Asustada porque había una vida creciendo dentro de ella, una vida del único hombre que la había hecho sentir algo más profundo. Un hombre que había rechazado el día anterior y los anteriores a ello.

«No quiero abortar», pensó haciendo que botara todo el aire de su pecho, ¡cielo santo, iba a seguir adelante! Eso la hizo sentir espantada, su vida iba a cambiar si no lo hacía, pero deseaba a ese bebé. Quizá incluso podría hablar con Theodore, sabía que ella lo había alejado con todo eso de no sentimientos, no emociones, no nada... pero tal vez él...

—¿Me está escuchando, señora Lutz? —le preguntó la doctora de nuevo y ella asintió y balbuceó algo sobre que sabía quién era el padre y que no era la persona infectada. Eso fue lo único que pudo medio oír de todo lo que dijo.

«Yo seré una mejor madre», se dijo a sí misma con más seguridad de la que sentía, percibiendo como sus manos temblaban y algo asombroso a su vez, la sensación de certeza de que podría formar una pequeña familia, solo suya; pero tenía que decírselo a Theodore, sin importar si él aceptaría o no tener alguna responsabilidad. No cometería el mismo error de su madre, no dependería de él ni de nadie. *Sería valiente.*

«Por ti seré valiente», le dijo a su estómago y, mientras se dejaba llevar hacia la ginecóloga de guardia para revisar que todo estuviera bien con su bebé, sintió que al decir esas palabras, el miedo menguó un poco... solo un poco.

Capítulo 13

*Nunca te necesité como lo hago ahora,
nunca te odie como lo hago ahora, porque
todo lo que haces es hacerme (llorar).
Renuncie a ti como veinte veces.
Sentí esos labios decirme veintiún mentiras.
Serás mi muerte.
Un consejo sabio.
Amor, amarte podría hacer llorar a Dios.
Make me (Cry), Noah Cyrus.*

Samantha esperaba a Bianca sentada en una mesa del restorán del Hotel Café Royal. La decoración del siglo XIX le hacía recordar a una vida de antaño, en donde nobles como el príncipe de Gales, Eduardo VIII, y el duque de York, Jorge VI, negociaban títulos y territorios, acompañados de una cena hecha para reyes; así como también, años más tarde, artistas y escritores se reunían a debatir sobre filosofía, arte...Y cómo olvidar al rebelde de Oscar Wilde, cuya humilde fotografía aún se exhibe en las paredes del comedorcafé. Amaba la historia que envuelve cada lugar o arquitectura de Londres, sobre todo si en ella está implicado un artista desolado y bohemio.

Esa mañana —con más de un mes de antelación del cronograma pautado junto a Bianca—, había enviado la primera fase del proyecto *Claroscuro*, lo que impresionó mucho no solo a Bianca Martin, sino que también a Emma, que aún se encontraba fuera de la ciudad promocionando la revista y buscando su expansión.

Bianca y ella quedaron de reunirse en el Hotel Café, para hablar sobre la evaluación de resultados, los planes para la segunda fase y también para distraerla un poco, ya que Sam desde que regresó de Chicago, hace tres semanas, había trabajado sin descanso, hasta el punto que incluso el chico de la correspondencia, que apenas la conocía, le expresó su preocupación, ya que su apariencia gritaba un día completo solo de descanso.

Suspiró y miró a su teléfono, a pesar de saber que no iba a tener ninguna llamada perdida de Oliver. Nunca las había. Y tampoco era como si pudiera invitarlo para que la acompañara, ya que ellos no podían verse en lugares públicos y menos en uno tan representativo y visitado como el Hotel Café Royal, así que solo les quedaba su apartamento. De hecho, esas semanas, no habían salido de su casa; él solía llevar la cena, la cual tendían a comer sentados en el sofá, mientras ella intentaba sonsacarle alguna palabra sobre su vida, y él la esquivaba; o de vez en cuando él intentaba hablar sobre su pintura y que le enseñara algo nuevo que hubiese realizado, y ella lo evadía. A veces solo se quedaban en silencio y, después de terminar la cena, ambos gravitaban hacia el otro, para tocarse y acariciarse, antes de acabar en la cama o en cualquier otra superficie. Al terminar, Sam lo abrazaba y lo veía partir.

Toda esa situación estaba revelando demonios desde su interior que ni siquiera sabía que existían, diablillos que la atormentaban una y otra vez repitiéndole lo mismo: «Pude haberlo tenido. Él podría haber sido mío, él me había querido dar todo. Podría haber sido su familia y yo lo desaproveche al no saber lo que quería».

Recordó cuando lo vio partir la noche anterior, ahí tirada en su cama, no logró evitar las lágrimas, ya que sintió una profunda tristeza. Lloró y deseó tener una máquina del tiempo para regresar a esa mañana en donde arruinó todo, o volver seis años atrás cuando lo conoció en el aeropuerto, y decirse a sí misma que viera lo que tenía en frente, que no derrochara la oportunidad de estar con alguien que la necesitaba y amaba como había deseado toda su vida. Sin embargo, no podía hacerlo. No importaba cuántos anhelos existiesen allí; ni tampoco cuánto rogara, él no era suyo, y se había vuelto una sombra del hombre que había conocido, del que se había enamorado.

Era la frustración que conlleva ese entendimiento lo que la tenía trabajando hasta agotarse, no quería concentrarse en sus pensamientos.

Si bien eran pocas las cosas que él decía que le mostraban algo que la ayudara a entenderlo, aun así, ella lo seguía intentando. En esas tres últimas semanas, solo una vez vio un atisbo del Oliver que tanto amó y eso fue cuando, una semana después de encontrarlo esperando en el pasillo de su departamento, le había comprado una mesa de dibujo, lápices, reglas

técnicas, borrador eléctrico, entre otras cosas, y las instaló en la sala de su departamento. Aún recuerda claro cómo le sonrió al encontrar sus regalos, parecía un niño en la mañana de Navidad; estaba pletórico de alegría, pero cuando notó que ella lo miraba deslumbrada, volvió a ponerse la máscara de dureza y el momento quedó en eso, en un momento.

En ocasiones, Oliver se ponía a dibujar mientras ella leía o trabajaba; aunque para ser exactos, simulaba que leía o trabajaba, porque la verdad era que se quedaba obnubilada mirando todo su proceso de creación: se veía tan sublime, su ceño fruncido por la concentración, la forma en cómo maniobraba la regla y se aislaba del mundo. Era como observar el *Crepúsculo en Venecia*, de Monet, en la pared de un salón oscuro: majestuoso e iridiscente, precioso e impresionante para cualquiera que pueda presenciarlo, pero aislado en su propio espacio, rodeado de gruesos muros que jamás serán derribados. Cada vez que ella intentaba ser cariñosa, él se retraía; y ni hablar de volver a decirle que lo amaba, era por completo imposible, las veces que lo había intentado siempre la detenía con un beso furioso, un roce apasionado o simplemente, se aislaba.

No sabía cómo darle lo que necesitaba.

Pero aun así, había momentos, en la cotidianeidad que compartían, que hacían que todo su esfuerzo y sacrificio merecieran la pena, porque para ella no era sobre el sexo, era sobre darle nuevos recuerdos. Eran los instantes en los que él sonreía o la acariciaba como nunca antes. Era poder compartir el silencio; cómo cambiaba su rostro cuando se relajaba en su regazo mientras ella masajeaba su cabeza; la ansiedad que no podía ocultar, cuando intentaba sorprenderla con algún regalo. Era verlo dibujar y comprobar cuánto significaba eso para él; ver una tonta película y disfrutarla juntos. Eran los cinco minutos o a veces más después del sexo, cuando él se liberaba de su coraza y la veía con sus ojos llenos de ternura, como la tocaba con suavidad, se reía de lo que decía; era el Oliver encerrado bajo miles de barreras de sufrimiento y frustración que se dejaba ver solo en esos momentos.

El repique de su celular la sacó de sus pensamientos, parpadeó y comenzó a buscarlo dentro de la cartera que había dejado sobre su falda. Deseaba que fuese Rachel, aún estaba preocupada por el estado de su amiga, no la había visto bien y el hecho de que no le contestara sus mensajes aumentaba

mucho más sus niveles de ansiedad. No debió dejarla sola en Chicago, sabía que algo iba mal.

Al cuarto día de estar completamente instalada en Londres, recibió un correo electrónico de Rachel, en donde le aseguró que estaba bien, y pidió que la excusara, pero por motivos laborales no iba a viajar a Inglaterra; sin embargo, estaba segura de que eso no era del todo cierto, ya que Rachel evadió escribir sobre cualquier tema relacionado con su estado de salud o anímico; además que, ni una sola vez, contestó las llamadas de Samantha.

Sam contestó el teléfono y suspiro hondo.

—Hola, Susan —siempre los primeros diez segundos de conversación eran un poco incómodos.

—*¿Cómo va el trabajo?* —preguntó Susan.

Sonrió mientras botaba su respiración; era algo idiota, pero aún esperaba que su prima le gritara, y hasta que eso no ocurría no se relajaba.

—Sobre ruedas —le respondió con sinceridad, ya que esa área de su vida era la única que estaba bien en esos momentos.

Le habló de los pormenores de sus contratos y la escuchó cuando Susan le contó de su último curso y de sus alumnos, en especial de uno que la sacaba de quicio ya que siempre le preguntaba todo aunque era claro que tenía más experiencia que ella en su área académica.

—*Es uno de los estudiantes mayores* —le comentó entonces—, *debe tener como cinco años más que yo. Es su segunda carrera, primero estudió biología pura y trabaja en un laboratorio de investigación. Está pasando un año sabático y empezó a cursar unas materias en la universidad para actualizarse porque estaba aburrido. ¿Puedes creerlo?* —le preguntó con tono molesto—. *Me amarga cada clase.*

Sam rio y se acomodó en la silla, para mirar hacia la entrada y verificar si Bianca se acercaba.

—Siempre en todos los cursos hay un sabelotodo —le recordó.

—*Es enervante* —bufó Susan. Sam frunció el ceño.

—Nunca te había visto tan afectada por un simple estudiante, además que para ser un idiota conoces muy bien sus antecedentes. ¿Es guapo? —le preguntó y se arrepintió en ese mismo instante, ya que era una pregunta inocente que podría ser malinterpretada.

Susan se quedó callada por un par de segundos, silencio que a Sam le

pareció una corroboración a su temor sobre la tergiversación de su pregunta «inocente».

—*Es un alumno como todos los demás, siempre hay uno así, y no me intereso más en él que en cualquier otro* —dijo con voz un poco más contenida—. *¡Sebastian...!* —llamó. Sam se mordió el interior de su mejilla con fuerza, esa era una táctica que su prima usaba algunas veces, cuando pasaban por momentos turbulentos ponía a su hijo de escudo—. *¡Es tía Sam!* —escuchó que le decía animada y más atrás se oyó el grito de un niño—. *Te adora* —le comentó después de que se escucharan sonidos de saltos.

—Igual que yo lo adoro a él —respondió y esbozó una sonrisa, la que se ensanchó cuando Susan le pasó el teléfono al niño—. Hola, Sebas, hermoso, ¿cómo está mi sobrino favorito? —lo escuchó reír y ella lo hizo por reflejo.

—*Tita, mami dijo que puede que no estuvieras para Navidad, pero... me prometiste...* —dijo y parecía como si hiciera pucheros.

—Todavía faltan cuatro meses para Navidad, hermoso, y prometo que estaré allí para ver cómo abres tus regalos, incluyendo todos los míos. Y serán muchos, lo prometo.

Lo escuchó gritar y luego se dirigió a su mamá con tono agitado, tan rápido que no podía entenderlo por completo.

Susan rio y Sam lo hizo a su vez pensando desde ya en todas las compras que haría para esa época, y en la posibilidad de estar en casa con su familia por primera vez en años.

—*Y eso que no le he dicho que tu cumpleaños es en quince días* —dijo Susan y escuchó a Sebastian gritar y saltar del otro lado de la línea—. *Oh, demasiado tarde.*

Sam sonrió y sintió la calma que siempre la embargaba cuando hablaba con su prima. Sin embargo, cuando trancó la llamada, la soledad volvió a invadirla. Le resultaba tan extraño, había estado aterrorizada de ella durante años, luchó y sufrió por evitarla, y de alguna forma en los últimos años, la soledad se había vuelto su fiel compañera. No era tan mala como lo imaginó una vez.

Justo allí observó a Bianca acercarse a la mesa, y se levantó para saludarla.

—Disculpa por hacerte esperar, mi última reunión se alargó más de lo deseado —comentó la editora, y ella sonrió antes de negar con la cabeza.

—No hay problema, estuve entretenida hablando con mi prima. —La miró y de nuevo le pareció tan extraño lo cómoda que la hacía sentir aun cuando percibía que ella escondía muchas cosas, también que seguía recordándole a Christian. Ese último pensamiento le hizo sonreír con un gesto triste y Bianca le frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó después de ordenar un par de bebidas al camarero.

—Nada, es que por un momento pensé en mi mejor amigo. Lo extraño muchísimo. —Le frunció el ceño—. Bianca, ¿estás saliendo con alguien? Te juro que eres perfecta para Christian. —La castaña la miró aturrida, sus hombros tensos—. Quizá me estoy sobrepasando, y me disculpo. Pero hay algo en ti que me hace pensar siempre en él, debe ser que ambos tienen una personalidad protectora.

—Emma exagera —contestó Bianca, su respiración un poco acelerada.

—No, no lo hace —indicó Sam de inmediato, en especial al reconocer cuánto la había ayudado Bianca: su apartamento, su contrato. La forma en cómo notó que trataba a sus empleados las veces en las que ha estado en la revista—. Eres una jefa increíble.

Bianca la miró con algo parecido a anhelo y Sam ladeó la cabeza confundida. El camarero dejó sus bebidas en la mesa.

—¿Cómo está él? —preguntó cuándo el mesero se fue y después se apoyó en el respaldo de la silla, como si hubiese hecho algo malo.

Sam dejó de sonreír un poco y dio un sorbo de su bebida.

—Me preocupa —dijo y se encogió de hombros—, disculpa, no debería molestarte con esas cosas, no te interesan.

—¿Por qué te preocupa? —insistió.

Alzó la mirada y la observó, sus lentes dificultaban un poco ver sus ojos, ya que eran un poco empañados, pero si no se equivocaba había visto ansiedad en ellos.

—Él no es feliz, a veces creo que se concentraba en mí para no pensar en sí mismo, en lo que añora y en lo que perdió. Christian amó a una mujer con toda su alma, pero ella no sintió lo mismo por él. Y ahora está solo y sé que me necesita, sé que ansía la fuerza de evasión que yo le daba. Creo que él debería dejar de esperarla, ya que nunca volverá. Yo solo quisiera que pudiera rearmar su vida, que se enamorara, que la olvidara, y también que

quemara ese maldito cuaderno. —Dio un sorbo a su bebida, enojada; le frustraba ver cómo él se atormentaba cuando Genna de seguro no pensaba en él ni lo recordaba. Alzó la mirada a Bianca, y frunció el ceño al encontrarla pálida, casi en estado de shock—. ¿Estás bien? —le preguntó, se acercó y tomó su mano, estaba fría—. ¿Bianca?

La mujer asintió y apartó su mano para dar un sorbo generoso a su copa de vino. Sam la observó un poco complicada, el ambiente se había espesado un poco.

—Estoy bien —dijo Bianca un minuto después—. Creo que es hora de que nos concentremos en lo que nos trajo aquí. A Emma y a mí nos encantó tu propuesta, y consideramos que está lista para la segunda fase, a pesar de que habíamos estimado una demora de dos meses antes de pasar a la siguiente etapa. A este paso, terminarás el contrato mucho antes de lo previsto, y por eso te tengo una propuesta: ¿qué te parece diciembre para el lanzamiento? Por supuesto tendrías la ayuda de todo mi equipo de diseño para desarrollar todo el proyecto.

Sam sonrió, emocionada, y las palabras de Sebastian retumbaron en su pecho. Además de la idea de ver a Susan, Alexa, Lucas, Christian, sus niños y por fin descubrir qué demonios estaba sucediendo con Rachel.

—Me encantaría, porque quiero pasar la Navidad en Chicago con mi familia.

—¡Perfecto! —respondió Bianca, pero su expresión se había entristecido.

Ella asintió, aún confundida, y comenzó a contarle el concepto a la vez que se prometía a sí misma que cuando llegara a casa llamaría a Christian para saber cómo estaba.

Dos horas después ambas se dirigían hacia la salida del hotel, un poco más alegres que antes, se habían tomado tres cocteles y ella se sentía mucho más ligera. La puerta se abrió y nuevos clientes entraron. Sam se detuvo hipnotizada al ver entrar a Oliver y a su hermana, detrás de ellos venían dos personas que tardó un instante en identificar.

La mujer rubia se acercó a él y tomó su antebrazo, lo miró sonriendo y acarició su nuca con tanta naturalidad y confianza que Sam sintió que su pecho se estrujaba con fuerza. Ilana estaba hermosa, mucho más de lo que le hubiera gustado reconocer. Tenía el aspecto de una modelo con su cabello largo y suave, su porte elegante, era mucho más pequeña que él,

su cabeza llegaba a su pecho, y parecía pertenecer allí. Ella era perfecta para él. Oliver sonrió ante algún comentario que ella le susurró y le rodeó los hombros con su brazo, acercándola más a su pecho, antes de besar su frente con cariño.

Si había alguna duda, siquiera diminuta, de que había amado a Michael fue difuminada en ese segundo.

Ver a Susan con Michael le había causado dolor, pero siempre se enfocó en el hecho de que ella no debía sentir eso por el esposo de su prima, pero ver a Oliver junto a su esposa fue como si alguien la hubiera golpeado y dejado sin aire, todo su cuerpo se estremeció, y una descarga cayó a su estómago como si lo hubiesen cogido entre dos manos y apretado milímetro a milímetro hasta exprimir la última gota de sangre, destrozándolo. Pero era más que eso, más que el impacto, parecía como si su alma hubiese dejado su cuerpo en ese mismo momento, para refugiarse en algún lugar lejos del dolor. Y eso solo empezaba a describir lo que sintió en ese momento, porque no existían palabras para detallar cómo la destrozó ver al hombre que ama con otra mujer.

Sintió la mano de Bianca apretar su antebrazo.

—Ven conmigo —escuchó que le decía, pero no pudo moverse, no pudo siquiera parpadear.

No supo quién la vio primero porque sus ojos no se apartaron de él. Tampoco supo si alguien le dijo que estaba allí o si solo percibió su mirada, pero observó cuando él movió su cabeza hacia ella de forma brusca y, al verla, sus ojos se agrandaron; y solo segundos después, puso esa expresión fría y desprovista de sentimientos. No había siquiera un brillo del recuerdo del hombre que estuvo ayer entre sus brazos por un rato.

—Sam —escuchó que la llamaban y parpadeó para girar hacia Joanna, quien la miraba extrañada—, no sabía que estabas en Londres. Tanto tiempo sin verte. ¿Cómo estás?

Ella asintió, no podía hablar, no podía siquiera reaccionar. Se forzó a mirar a Bianca y a abrir los labios.

—Estoy aquí por trabajo —murmuró y giró hacia Oliver, quien volvió a mirarla con su cara plana, como si ella no significara nada para él.

—Debemos irnos —escuchó que Bianca decía, antes de despedirse y casi arrastrarla fuera del hotel.

Sentía sus ojos picándole, pero se forzó para no llorar; no había sido engañada, ni era una santa, sabía que estaba casado. Estaba al tanto de que tenía otra vida. Sin embargo, de alguna manera, saberlo y verlo era tan distinto. Tan distinto.

—Sam —le dijo Bianca, la tomó del antebrazo y la forzó a detenerse. Ella la miró con los ojos tan humedecidos que tuvo que parpadear varias veces para enfocar la visión.

—Estoy bien —dijo y se pasó una mano por el cabello, con una sonrisa forzada.

—No, no lo estás —le replicó.

Era una idiotez, una completa estupidez sentirse triste o vacía por verlo junto a ella. O sentirse herida porque él la miró como si fuera nadie, como si ella no representara nada para él, o como si no hubiera llegado a su apartamento perdido por unas palabras en un *e-mail*.

—Él... —Tragó grueso y negó con la cabeza—. No tengo ningún derecho a sentirme mal, ¿entonces por qué aun así lo hago? —preguntó en un murmullo y bajó la mirada a sus botines y al suelo, había empezado a llover, aunque casi ni sentía las gotas, la frialdad de su interior era superior.

Bianca se quedó callada y Sam se apoyó contra la pared lateral del hotel.

—Me miró como si no existiera. Como si no hubiera estado en mi cama apenas horas atrás. Como si no me reconociera.

Sintió que Bianca acariciaba su cabello, pero no podía moverse. Ni siquiera le importaba que su jefa se enterara de algo tan privado, aunque era extraño, era como si ya lo supiera.

—Yo sabía que ella existía... —continuó—. Yo siempre lo supe, aunque como nunca me habla de ella, o nunca la veo con él, era como si no existiera, pero hoy, ahora, se materializó y me pegó directo en el corazón.

Bianca la abrazó y acarició su espalda en silencio tratando de tranquilizarla. —Y no es como... ¡Ya yo viví esto y me juré que no volvería a hacerlo! —Jadeó y golpeó la pared.

Se había prometido, se lo había jurado, y en cambio allí estaba, de nuevo. Aunque era mucho peor. Porque él sí fue suyo; porque ella pudo tenerlo, se repitió sus anhelos y gimió, ese nuevo golpe casi la había devastado.

—¿Y por qué lo haces, entonces? —le preguntó Bianca y Sam lloró con más fuerza.

—Porque... lo amo... —dijo angustiada y cerró los ojos, se sentía como una tonta—. Esa es la peor excusa, ¿no es así? Aunque él permitió que yo le hiciera daño porque me amaba... ¿Acaso no es mi turno?

—Eso no lo justifica —dijo Bianca. Sam negó con la cabeza y apretó sus manos en puños hasta que sus uñas cortaron la piel—. ¿Qué vas a hacer ahora? Dime cómo puedo ayudarte.

—Creo que iré a casa, es lo mejor, y pensaré. No lo sé —balbuceó, no podía crear un pensamiento coherente. Bianca asintió y apretó su brazo.

—Llámame si me necesitas, no importa la hora que sea.

—Gracias —le respondió y se alejó.

Sam se abrazó a sí misma y sintió la lluvia golpear su cuerpo, pero estaba tan anonadada que no percibía el frío o la humedad. Caminó por mucho tiempo, sin rumbo fijo. Su mente era un revoltijo entre las distintas caras de ese hombre. Él pareció duro y arrogante la noche que emergió en su apartamento; perdido cuando le pidió que fuera a Londres; y miserable cuando lo encontró sentado al lado de su puerta tres semanas atrás; sin embargo, con llana se veía tan feliz, la abrazaba y tocaba, con una confianza que aún no entregaba a Sam cuando acudía a su cama cada noche.

¿Cuál era el hombre verdadero? Y, ¿para qué la buscaría si ya era feliz?

Estaba completamente helada cuando observó que un taxi pasaba vacío y lo llamó. Por un segundo olvidó todo lo que quería hacer allí, los motivos que la llevaron a Londres, su redención y sus deseos de hacerlo feliz, solo quería huir del dolor y del recuerdo de ellos dos juntos.

Sam entró a su casa una hora después y tiró su cartera al suelo, había dado unos pasos hacia la cocina cuando escuchó el primer golpe a la puerta. La observó por encima de su hombro pero la ignoró, no quería ver a nadie.

—¡Samantha, abre la puerta! —escuchó que Oliver gritaba y cerró los ojos. Oyó otro golpe y se apartó un par de pasos.

—¡Por favor, vete! —le rogó, en un tono que vino desde lo más profundo de su alma, esa que esta noche desgarró en dos.

—¡Abre, ahora! —exigió él tocando con más fuerza y ella se giró para mirar hacia la entrada sin poder moverse—. ¡La tiraré! ¡Abre la maldita puerta! —Volvió a gritarle y Sam negó con la cabeza sin decir palabras—.

¡Samantha!

Ella caminó hacia la puerta y puso las palmas sobre ella, entremedio apoyó

su frente en la fría madera, pero no halló la diferencia ya que su piel estaba aún más helada.

—Hoy no... por favor. Te lo ruego. No puedo hacerlo hoy —suplicó en voz baja, en casi un jadeo y sintió como la puerta dejaba de vibrar por sus golpes.

—Ábreme —oyó que él decía y su pecho se contrajo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tengo que... tengo que estar lejos de ti. Hoy no —pidió a la vez que rezaba para que la escuchara, porque no se sentía como siempre, porque necesitaba terminar de analizar lo que había sucedido.

—Por favor, abre la puerta, Sam —escuchó que le decía y ella negó con la cabeza, sin siquiera tener la fuerza para hablar.

La madera comenzó a vibrar con más fuerza y ella se apartó en el momento exacto en que la puerta se abrió del impacto y golpeó la pared.

Él entró a la casa y cerró la puerta, con la cerradura destrozada. Comenzó a avanzar hacia ella, parecía desesperado, descontrolado, pero no tenía ningún motivo para estarlo. No como ella.

Sam se abrazó a sí misma, alejándose un paso atrás a cada paso que él daba hacia ella. En ese momento, Lira salió maullándole y él la tomó y la lanzó a la cocina, después cerró la puerta para dejarla encerrada.

Sam se quedó entumecida observando todos los movimientos de Oliver y se horrorizó al ver cómo la gata había tratado de hacerle daño y él la había tirado como si quisiera herirla a su vez.

—¿Por qué, Oliver? —le preguntó con el corazón latiendo con fuerza, llena de susto y emoción por verlo mirarla de verdad. Reconocerla al fin.

Se alejó otro paso cuando lo vio acercarse a ella, de nuevo quitándole el aliento.

Él la vio por un par de segundos y ella se sintió sobrepasada de sentimientos, de sensaciones, el dolor revoloteando entre ambos, y era casi como si pudiera sentirlo golpeando su pecho.

—Porque te necesito —le dijo aún sin moverse y la voz profunda junto con la intensidad de su mirada la hizo estremecer.

Sam negó con la cabeza y jadeó, por fin liberándose del embotamiento, dando paso al dolor y a la sensación de rechazo, que al mezclarse comenzaron a enfurecerla.

—¿Me necesitas? —repitió, desesperada—. ¿En dónde? ¿En tu maldita cama? ¿Siendo tu puta personal mientras al día siguiente eres feliz con ella? —Sus mejillas estaban mojadas de tanto llorar—. Ya entiendo porque querías más de lo que le di a Michael. ¿Es esto a lo que te referías?

—¡No! —gritó él, que a cada palabra se había acercado más hasta que lo tuvo frente a ella, cogiendo sus antebrazos—. ¡Cállate, maldita sea!

—Ni siquiera me reconociste. Yo era nadie, no existía —repitió, la emoción desbordándola. Una parte de su ser sabía que lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido, la lógica quería entrar, pero la rechazaba, porque el dolor era demasiado para procesar algo más que lo que vio esa noche—. Parecías amarla. Te veías tan contento.

—Sabías que existía, sabías que era mi esposa —argumentó, apretándola a su cuerpo—. ¿Y qué creías que iba a pasar? ¿Qué iba a arruinar mi vida en ese instante, solo porque estabas donde no debías estar?

—Yo lo hice —le susurró y lo miró. Él parecía aún más desesperado, pero el daño y la rabia no le permitían comprender por qué—. Sé que lo sabía, pero igual me hizo daño, ver tus brazos alrededor de ella, observar cómo le sonreías. Sé que no me perteneces y que esto... ni siquiera sé qué diablos es esto, no es nada. Pero igual me dolió y no... no puedo... ¡no puedo continuar!

Trató de zafarse, pero él la sujetó en medio de la huida, y la apretó contra la vieja mesa del comedor, que chirrió por el impacto. Sam apretó sus puños contra su pecho, empujándolo, sin ningún éxito.

—¡No! —le gritó él.

—Déjame ir —le rogó—. ¡Basta! —Él se acercó aún más y pegó sus labios a su oreja, haciéndola temblar por el golpe de su aire cálido contra su piel helada.

—Nada debe terminar, Samantha. ¡Para con esto!

—¿Qué estoy haciendo aquí, Oliver? ¿Qué te estoy haciendo?

—Con solo verte mi cuerpo vive, Samantha, solo contigo dejo de tener frío —la interrumpió susurrando contra su oído, y ella se detuvo, sus puños quedaron contra su pecho y sus ojos se cerraron—. Ella no es nada, nunca lo ha sido. Nada de lo que viste es real, solo esto lo es. No quiero hacerte daño, pero ya no puedo evitarlo. No puedo dejarte ir. —La apretó hasta pegarla a su cuerpo, y la inclinó contra la mesa—. Y no sabes cuánto me maldigo cada

día por ello.

—No te entiendo —le respondió confundida.

Él era tan extraño, ella nunca sabía qué esperar, algunos días estaba avasallante, ansiándolo todo, otros solo huía; y en todo este tiempo Sam solo se encontraba perdida, sin comprender qué hacer o cómo actuar.

—No sabes cuánto me cuesta estar aquí y saber que hay una parte de mí que aún controlas, que aún respira si tú lo haces. Que aún te desea más que cualquier otra cosa en el planeta.

—Que me ama, como yo te amo —le dijo y lo miró, pero su expresión se había cerrado, como siempre hacía cuando ella se lo decía, allí lo entendió por fin—. Todas las veces que te lo he dicho, aún no me crees, ¿verdad? ¿Qué más quieres que haga, Oliver? ¿Qué más necesito hacer para demostrártelo? —preguntó angustiada—. Estoy aquí solo por ti, ¡por ti! Te amo. Lo siento, lamento tanto haberme dado cuenta demasiado tarde, ¿no lo ves? Por favor, ¿alguna vez me perdonarás? Si te demuestro que puedes confiar en mí. Si te hago feliz, ¿alguna vez podría tenerte de nuevo? Pensarías en dejarla y...

Él la detuvo de su forma favorita, la besó, empujándola contra la mesa hasta que quedó acostada sobre esta, y comenzó a desnudarla, quitando toda su ropa mojada. Ella estaba descorazonada y dolida, y ni siquiera podía dejar de llorar. Todos los pensamientos se agolpaban en su interior, todos los anhelos y deseos que había meditado horas atrás regresaban, aunque con la certeza de que jamás serían cumplidos.

Oliver rompió el beso y comenzó a besar su cuello y Sam sintió que las sensaciones la invadían, pero el nudo en su pecho era lo bastante grande para ahogarla.

—Por favor —le rogó cuando él comenzó a besar su cuello y Oliver la miró a los ojos. Sam quedó paralizada, había visto tantas tonalidades en sus ojos, pero esa era la primera vez que el marrón y el verde se mezclaban, como el mar en medio de un huracán.

—Para de llorar, Sam —le rogó en un tono tan atormentado como sus ojos—. Yo nunca he valido la pena para que sufras así.

—Claro que sí, tú lo vales todo, no ves que yo te... —No pudo continuar porque él la detuvo, luego renegó y la pegó a la madera, sus manos a cada lado de su cabeza.

—La forma en que yo te amé —le gruñó él, desesperado. Ella lo miró aturdida, ahogada—, fue absoluta, incontenible, delirante. No había nada que no hubiese hecho por ti, nada que no hubiese entregado: mi vida, mi futuro. Eras mi maldito hogar, Samantha. El único que me permití formar como un idiota y lo destrozaste todo en un instante. ¿De verdad crees que podría arriesgarme de nuevo?

—¿Entonces qué estoy haciendo aquí? —le susurró, con voz rota.

—Tú eras mi hogar, Sam —le repitió y ella parpadeó, el hilo de lágrimas que caían por sus mejillas seguían el trayecto por sobre sus manos, las que mantenía sujetas en su cara. Allí se dio cuenta de que, por primera vez desde que volvieron a verse, él la había llamado como antes, eso la desarmó aún más.

—No me hagas esto, Oliver —le rogó, sin vergüenza, control o amor propio—. No podré soportarlo. Me destruirás.

Él la besó de nuevo, más brusco, casi haciéndole daño

—Entonces nos destruiremos juntos, ¿no es eso lo que hacemos? —Sam cerró sus ojos con fuerza y trató de alejarse, pero él la volvió a besar—. No me rechaces —suplicó Oliver, apartando por fin sus manos de su cara. Ella estaba desnuda, se dio cuenta en ese instante, cuando sintió que él se acomodaba entre sus piernas, también desnudo de la cintura para abajo—. Lo siento, pero no puedo dejarte, no puedo hacerlo —le confesó y percibió como besaba su cuello, y acariciaba su mejilla—. No huyas, no vuelvas a hacerlo.

No te atrevas a dejarme. Te necesito entera, Sam.

Ella jamás volvería a estar entera aunque Oliver no lo notara, comprendió en ese instante, no lo había estado desde que él se fue de su casa. Lo observó quitarse su propia ropa, desaforado, su chaqueta, su corbata, su camisa.

Sam dejó de luchar y se rindió por completo. Incluso subió las manos para que la abrazara, y cuando volvió a pegarse a su cuerpo acarició su cuello, buscando que la besara, abrió sus piernas para acomodarlo mejor, después lo tomó de su mano y lo guió para que entrara en ella, allí mismo, sobre la mesa del comedor. Necesitaba algún tipo de conexión, así fuera física y efímera, porque esa noche entendió que jamás volvería a tener su corazón. Lo abrazó todo el tiempo, con sus brazos y piernas.

Ambos estaban desesperados, ansiosos, y desgarrados. Ella no llegó al orgasmo, ni siquiera intentó buscarlo, en lo único que se concentró fue en tenerlo allí y nunca soltarlo.

Después, cuando Oliver terminó, la llevó en brazos hasta su cuarto, la sentó sobre la cama, abrió las cubiertas y la acostó debajo de ellas, segundos después, él hizo lo mismo. La habitación estaba a oscuras a excepción de la tenue luz que entraba por la ventana, ninguno hizo alusión alguna a querer encender una lámpara. Sam se sentía débil, idiota, y necesitada, y aunque entendía que debía rogarle que se fuera, o quizá apartarse de él, lo único que hizo fue arrimarse a su lado, hasta quedar casi pegados, frente a frente. Levantó la vista y lo miró, luego tomó una de sus manos entre las suyas. Ni siquiera podía conciliar un pensamiento entero, su instinto de supervivencia solo la impulsaba a tocarlo.

—Nunca voy a dejar a Ilana —le confesó él en la oscuridad y ella sintió que el pecho se le hundía, aunque no lo liberó—. Hacerlo, significaría perder todo lo que he conseguido, no he llegado tan lejos en mi trabajo para arruinarlo al romper lo pactado con ella. —Ella apretó la sujeción de su mano, y él debió tomarlo como una pregunta—. Mi abuelo quería una fusión y al final la obtuvo. Uno de los avales fue mi matrimonio con Ilana; iba a ser el de Joanna y Harold, pero eso fue mucha presión para ellos. A mí no me interesaba. Así que nos casamos, y no va a haber divorcio. Nunca.

Sam bajó su mirada a la sombra de sus cuerpos, y a sus manos sujetas, frunció el ceño. Por dentro, se llenó de recriminaciones, quiso decirle que nunca debió buscarla, debió dejarla tranquila en Chicago. Por un momento, también quiso ser cruel y endosarle una culpa de todos sus males, después acusarlo de traerla a Londres solo para torturarla, quizá de una forma retorcida vengarse por el daño que le hizo. Sam se llenó de ansiedad porque sentía la urgente necesidad de recordarle de nuevo que él no fue el único que sufrió o perdió en esta relación, e incluso torturarlo al confesarle la razón de por qué no podía pintar, porque sabía que Oliver era la única persona que entendería cómo era para ella pintar, los sentimientos que dejaba en cada uno de sus cuadros, y por supuesto, cómo terminaba después de finalizar cada lienzo. Sin embargo, se quedó callada, porque ella también lo necesitaba, y no tenía ninguna fuerza o voluntad para dejarlo.

No podía irse.

Allí comprendió cuánto se había engañado al venir a ese lugar, creyó que había sido por él, para salvarlo, para amarlo y demostrarle cuánto lo amaba. Pero todo era falso, no fue para nada un acto altruista, o tal vez sí, pero la verdad era que ella lo necesitaba tanto como él a ella. No le había mentado a Christian cuando le dijo que sin Oliver solo sobrevivía, pero era más que eso; estando a su lado en ese momento, sentía más dolor y miseria de la que jamás experimentó en el pasado, pero nunca se sintió más viva. Jamás.

—Tú también eras mi hogar —le confesó y la mano de él tembló, y su cuerpo se tensó—. He estado tan perdida sin ti, Oliver. En el limbo. —Él intentó girar para quedar de espalda y dejar de verla, pero ella lo sujetó más fuerte, con brazos y piernas, se enredó en él—. ¿Podrías hacerme un favor? —rogó—. Abrázame como si no tuvieses ninguna otra parte donde ir, como si no hubiese prisa y no existiera nadie más que nosotros. Como antes, cuando eras solo mío. Haz eso por mí esta noche —le rogó con voz ahogada y él lo cumplió, envolviendo su espalda y besando el tope de su cabello con dulzura—. Miénteme.

Él suspiró y bajó la cabeza para besarla con el mismo arretrato de siempre. Cuando se separó la volvió a abrazar.

—No voy a ir a ninguna parte —le dijo.

Ella asintió y se forzó a relajarse, acompasó su respiración y cerró los ojos. Fingió estar dormida mientras lo sentía acariciar su espalda desnuda, aunque la verdad rogaba por dormirse en serio, se sentía muy insegura y sabía que si lo veía vestirse para irse a los brazos de su esposa, a donde realmente pertenecía, ella se desintegraría.

Sin embargo, no lo hizo. Siguió en una pieza, incluso cuando la soltó, o lo escuchó salir de la habitación, ni siquiera se desarmó cuando oyó la puerta principal cerrarse. No obstante, en ese momento, dejó de fingir. Se levantó de la cama, salió del cuarto y puso una silla contra la manilla de la puerta para mantenerla cerrada y segura, ya que a esa hora era imposible conseguir un cerrajero. Después, dejó salir a Lira, que al verla se le pegó a sus piernas y no se separó de ella, y ambas se dirigieron a la habitación en donde la estaba esperando un lienzo...y comenzó a pintar.

Capítulo 14

Tú me elevas y después me derribas, nunca estoy segura de cómo sentirme cuando estás alrededor. Yo digo lo que está en mi corazón, pero no sé por qué, ya que nunca dices de verdad lo que está en tu mente. Es como si yo caminara sobre vidrios rotos, quiero saber pero no quiero preguntar. Así que di que me amas, o di que me necesitas, no dejes que el silencio hable por ti.

The Silence, Alexandra Burke.

Quince días después del encuentro con Oliver e Ilana, Sam se despertó sobresaltada por el sonido de su celular y estiró su mano sin moverse para buscarlo.

Lo encontró en el suelo.

—Mmmm —respondió sin mover sus labios, cerró los ojos y volvió a caer en la inconsciencia por un par de segundos.

—¡Feliz cumpleaños, hermosa!

Ella abrió los ojos al escuchar la voz de Christian y miró el reloj para encontrarse que era la 1:00 de la madrugada del 14 de agosto, su cumpleaños.

—Oh, por todos los cielos, Chris, ¡me quedé dormida en el sillón de la sala!
—le gritó y sintió que Lira se removía sobre su regazo, despabilándose también. Lo escuchó reírse.

—¡Es la edad, cariño, ya pareces una abuelita!

—Te estás metiendo en aguas pantanosas, y si vamos a hablar de edad te recuerdo que me llevas unos cuantos —le respondió un poco molesta.

—Adoro tu humor de perros cuando te despiertan —se burló y ella gruñó, después suspiró y se calmó un poco.

—Claro, como allá son las ocho de la mañana —satirizó.

—Yo solo quería ser el primero en saludarte y también soy el encargado de

pedirte que te conectes por Skype, te tenemos una pequeña sorpresa.

—¿Qué? ¿No puede ser más tarde? Quizá cuando sea de día, después de una noche de descanso —le rogó y al escuchar su carcajada negó con la cabeza—. Son unos bastardos miserables que no respetan el sueño de nadie.

—Pero igual nos quieres.

—En este momento no apostaría sobre eso —murmuró fingiendo haber sido insultada, aunque en realidad estaba divertida.

—Bueno, entonces recuerda que nosotros sí te queremos mucho —le replicó y ella se desarmó por completo.

—Ya me conecto.

Unos minutos después se encontraba frente al computador, vestida con su dormilona amarilla arrugada, un café humeante en sus manos y sonriendo toda adormilada al ver en el otro lado de la pantalla una habitación decorada de globos, un pastel en el medio de la mesa con un grabado que parecía decir algo como: «Para la ausente Samantha Heller en sus 26 años», y a su familia vestida para celebrar, un poco extraño para esas horas, con una copa en la mano izquierda gritando por su atención.

—¡Tita... tía Sam! —Saltaba Nella de un lado a otro de la cámara enseñándole un dibujo de algo parecido a un avión—. Le pediré a Santa que me regale uno de estos para irte a visitar. Mamá me dijo que no puede ser porque es demasiado caro y cuando le dije que para él no lo sería, porque los fabricaba y no los compraba, me dijo que ella solo se subía a un Airbus, porque es el único avión seguro que hay y que le pidiera otra cosa. ¡Pero quiero verte aquí pronto, tita!

Sam sintió que sus ojos se humedecían y rio, porque temía que su voz se quebrara si intentaba hablar.

—¡Tita! —gritó Jared golpeando la pantalla de la computadora, aunque creía que la habían conectado al LCD de la sala. Ella miró asombrada hacia Alexandra, que era quien lo estaba cargando.

—¿Ya habla? —les preguntó apretando con fuerza la taza.

—¡Desde hace un mes! —gritó orgulloso Lucas, desde otra esquina de la habitación—. Su primera palabra fue «papá».

—Por favor, déjalo ir, Lucas, la primera palabra de Nella fue «mamá» y yo no pasé un año jactándome —le reclamó Alexandra, que ya se mostraba un

poco su embarazo, ya tenía cuatro meses al fin y al cabo.

—En realidad sí lo hiciste —le recordó Sam y la risotada de Lucas y Christian debió haberse escuchado en todo el edificio.

—Este será el desempate —se burló Alexa acariciando su estómago y Sam rio divertida y se sobresaltó cuando sintió que Lira le acariciaba un pie con su pelaje.

—Recuerden que yo seré la madrina, tal vez los sorprenda su primera palabra —se jugó y esta vez fue Alexa la que rio.

—Lucas es capaz de regalártelo para que yo no gane la apuesta —le indicó Alexa.

—¡Claro que no! —Escuchó que decía Lucas—. Porque yo seré quien gane.

Sam rio y vio como Alexa miraba hacia un lado de la habitación y le pedía a Lucas que abriera la puerta.

—¿Es Rachel? —preguntó ansiosa—. Desde que volví a Londres no he hablado con ella, no me contesta las llamadas y solo me da una respuesta escueta en los correos.

—Nosotros tampoco —contó Christian y Sam se preocupó aún más—, ni siquiera pudimos lograr contactarla para tu cumpleaños.

—¿Podrías buscarla? —le pidió asustada—. En su trabajo o en su casa, me preocupa no saber de ella.

—Lo haré —le prometió y Sam suspiró más tranquila. Aunque volvió a emocionarse cuando observó a Sebas correr hacia la cámara y escuchó la voz de Susan.

—¡Susan! —gritó Sam y se levantó del asiento para observar mejor cómo su prima se acercaba a la cámara, mientras la saludaba con una gran sonrisa.

—Feliz cumpleaños, prima —dijo con voz emocionada—. Es una lástima que en tu primer cumpleaños después de reconciliarnos estés en otro país, pero estoy segura de que no será el último y vine porque me invitaron a una ¿fiesta matutina en ausencia?

Sam se carcajeó y vio como ella levantaba a Sebas que sonreía emocionado, pero después frunció el ceño.

—¿Y la tía? —preguntó desilusionado.

—Allí está —le señaló Susan, imaginaba que a la pantalla.

Sebastian bajó la cabeza como si estuviera triste y Sam sintió que se le partía el corazón.

—Sebas —llamó y él miró hacia donde su madre le indicaba—, recuerda que no he olvidado mi promesa, en Navidad estaré en casa.

El niño pareció más emocionado por ello y, después que Susan lo bajó, salió corriendo hacia alguna parte. Escuchó algo parecido a gritos entre Nella y él, así que imaginó que estaban jugando.

Pasaron conversando un rato más, y a Sam se le volvieron a humedecer los ojos cuando comenzaron a cantarle el cumpleaños. Aunque casi de inmediato rio cuando Lucas y Alexa cambiaron la letra e hicieron su versión extendida hasta que los niños empezaron a quejarse de que querían comer pastel.

—Tu pedazo de pastel lo guardaremos para cuando regreses, cariño —le dijo Christian enseñándoselo y ella gimió cuando vio que era su sabor favorito, un chocolate oscuro, de una pequeña tienda que descubrió hace tres años.

—Eres injusto al enseñarme eso —le acusó y él la miró con nostalgia.

—No hablemos de justicia —le dijo y ella dejó de sonreír, mientras lo miraba con pesar. Tenía claro que la extrañaba, y ella lo hacía hasta lo indecible. En especial porque había conseguido mantenerlo alejado con historias endulzadas de su vida en Londres y sobre todo omitiendo muchas cosas, como hacía en ese momento con su gran sonrisa. Porque estaba segura de que si Christian la observara, si en verdad llegara a percibir lo que estaba sucediendo con ella, tomaría el siguiente vuelo a Inglaterra, y si por algún milagro de la naturaleza no se la llevaba cargada al hombro a Chicago, la sola idea de tener que lidiar con él y con Oliver al mismo tiempo la aterrizzaba.

Sam vio cómo Christian entrecerró los ojos, con la cara fija en la cámara, y eso la hizo parpadear para salir de su ensimismamiento, luego le sonrió con mayor exageración.

—Me encantó mi fiesta de cumpleaños en ausencia —le dijo y lo vio sonreír, la nostalgia casi desaparecida.

—Eso era lo que queríamos —dijo y después de verlos comer torta, y ella imitarlo con los restos de un dulce que había comprado días atrás, hablaron un poco de cómo estaban todos y de sus planes navideños. Después, se despidió y trancó la llamada, suspirando, parecía como si hubiese corrido un maratón y se dejó caer sobre el asiento, antes de huir hacia la cama, aunque

no pudo volver a dormirse.

La mañana de ese día pasó rápida y sin muchas complicaciones, volvió a celebrar su cumpleaños, junto a sus compañeros de *Claroescuro*, pasó todo el día en la revista, la segunda fase del proyecto era la más compleja y un poco tediosa, necesitaba que sus ideas se convirtieran en algo tangible, tenía que ser precisa, utilizar los colores perfectos, los tamaños y ver si de verdad el resultado se veía bien. Se sentía un poco embobada porque esta era la etapa favorita, en todos sus proyectos ha sido igual.

Bianca dispuso para ella su departamento de impresión, sus técnicos y todos sus contactos; sin embargo requería mucho esfuerzo conseguir que lo hicieran como ella quería porque estaba acostumbrada a trabajar sola.

Cuando llegó a su casa, encontró en la puerta una caja envuelta en papel de regalo y una nota firmada por Nathan Baggio, aunque la letra era de Oliver.

Dos semanas atrás, a pesar de su revuelo emocional, ella había tomado una determinación, buena o mala, lo había hecho, y ahora iba adelante con esa decisión, en una aparente normalidad; frágil, pero normal después de todo. El problema de esa noche fue que hubo mucha presión: la idea de verlos juntos; la intimidad que reflejaron, sacó sus demonios internos a flor de piel. Se había sentido desolada, sin fuerzas para sobrellevar la situación. A veces aún se sentía así, pero ya no había vuelta atrás. Nunca la hubo en realidad, no después de que él llegara a su puerta.

Cuando abrió el paquete sonrió; primero por el contenido del regalo, un conjunto de lencería de color morado con liguero y medias de mallas, incluía unos lazos negros que, quien lo luciera, la harían ver como un regalo listo para desenvolver; y en segundo lugar por la tarjeta que traía un simple «Feliz cumpleaños, Samantha».

Dejó el regalo en su caja y lo puso sobre la mesa, luego siguió el trayecto a su habitación, se había propuesto descansar un rato, ya que en la noche, Emma le daría un *tour* por los mejores sitios para bailar, y para cerrar la noche irían a el bar de Nathan, donde se encontraría con Oliver, a quien no veía desde hace un par de días, porque tuvo que viajar a Francia por negocios.

Escogió un vestido lila, de la misma tonalidad de su conjunto de lencería y que se ataba al cuello, lo que ayudaba a disimular el corte del *brassier* y

resaltaba su pecho exuberante, que Oliver tanto adoraba; le llegaba a medio muslo y mostraba sus mallas. Era el vestido ideal y la hacía sentir sexy.

Cuando sacó el conjunto de lencería de la caja una pequeña bolsa de terciopelo cayó sobre sus pies. Sam frunció el ceño y se acuclilló a buscarla, la abrió y se quedó paralizada por un par de segundos, adentro se encontraba una gargantilla muy fina de diamantes amarillos y un par de zarcillos del mismo material. Tomó el collar entre sus manos, lo llevó a su pecho y sonrió.

No significa que ella fuese una mujer que gustara de ostentosos regalos, ni una chica material, más bien se conmovió porque adoró el hecho de que Oliver aún recordara que ella odiaba los diamantes blancos, lo sintió como otra pequeña muestra de ese hombre que la amó con todo su corazón. Se sentó sobre la cama y frunció el ceño al recordar su cumpleaños número 21 y la pulsera de plata que recibió ese año, era del mismo material que la gargantilla y los aros. Salió corriendo hacia el clóset y buscó en los bolsillos de su maleta el brazalete, para usarlo también esa noche.

Escogió unos tacones cerrados y creó hondas en su cabello rojo para que cayera sobre su espalda, además de arreglar su maquillaje.

Cuando estuvo lista fue a la cocina a servirse una copa de vino y puso la música a todo volumen, ese día bailarían, reirían, beberían y lucharían por ser feliz, sin importar nada más. Escuchó el timbre, caminó hacia la puerta y le abrió a Emma con una gran sonrisa. Su amiga estaba hermosa con su vestido negro corto y ajustado, junto con su cabello que una semana atrás había teñido de anaranjado. Emma se sorprendió al verla tan animada, le tomó la cintura y comenzó a bailar con ella, justo en el portal, luego le quitó la copa de vino y se la tomó de un trago.

—¡Hoy vamos a divertirnos! —le gritó, Sam asintió con una carcajada.

Le había pedido a Bianca que la acompañara, pero al parecer a la mujer no le gustaban mucho los bares y se escudó en el trabajo.

Escuchó su teléfono sonar y corrió hacia la cocina donde lo había dejado. Sonrió al ver quién la llamaba.

—Hola, Oliver, aún no hemos salido de casa —respondió de inmediato.

—*Y yo aún no he podido salir de Francia* —le informó con voz contenida.

—Pensé que te liberarías temprano, que hoy solo firmarían los papeles del acuerdo.

—*Se complicó todo, porque luego de cerrar el acuerdo se les antojó celebrar con una cena. No sé si podré llegar a tiempo a Londres, temo perder el vuelo.*

Ella bajó la cabeza por un par de segundos antes de negar con su cabeza.

—Quería verte hoy —le dijo y se mordió el interior de su mejilla.

—*Lo sé, yo también. Maldición, solo imaginarte usando lo que te compré...*

Él siguió hablando, pero en ese momento entró Emma a la cocina y frunció el ceño al verla.

—¿Qué sucede? —La tomó del antebrazo para que Sam volteara a verla.

—*¿Samantha, me estás escuchando?* —le preguntó Oliver y ella puso sus ojos en blanco.

—Sí, no vas a poder venir, lo entiendo —dijo con voz firme.

—*Haré todo lo posible por llegar y estar por lo menos un rato contigo* — siguió él.

—No te preocupes, si llegas llámame, si no... te veré otro día.

Apretó el teléfono para controlarse. Dos semanas atrás se había prometido que no rogaría o exigiría más de lo que él le daba, por el tiempo que estuvieran juntos. Ya había arrastrado su amor propio lo suficiente por una vida. Ya no actuaría como la idiota que mendigaba por un amor que él se negaba a entregar.

Emma ladeó la cabeza y Sam le hizo un gesto con la mano para que esperara, después sin que pudiera evitarlo, su amiga le arrebató el teléfono de las manos.

—Oliver. Hola, sí, es Emma. Bien, gracias —dijo y Sam la miró consternada, Emma le devolvió una sonrisa maliciosa que le hizo fruncir el ceño—. No te preocupes por Sam que me voy a asegurar de que la pase fenomenal —lo provocó—. Me la llevo de fiesta, es más, vamos retrasadas, mañana sigues hablando con ella. —Sam lo escuchó gritar al otro lado de la línea—. Bueno, secuestré su celular para que no tenga ninguna distracción y pueda bailar con todos los hombres guapos e interesantes de Londres.

Lástima que no seas uno de ellos, otra vez será. Adiós.

Emma trancó la llamada, feliz por su maldad y Sam la miró asombrada. Casi de inmediato el teléfono comenzó a repicar. Lo observó por un par de segundos y después a su amiga.

—¿Empezamos a celebrar tu cumpleaños? —dijo Emma, mientras agitaba

el móvil frente a su cara. Sam respiró hondo y asintió—. Entonces es hora de divertirnos —concluyo apagando el aparato para que dejara de sonar.

SAM SE SENTÍA BIEN, muy bien en realidad. Había bailado, bebido y después de pasear por cinco bares distintos terminaron en el de Nathan, a pesar de saber que Oliver no estaría allí. Solo esperaba que el hombre no la viera, o que si lo hiciera la ignorara, ya que no necesitaba su mirada prejuiciosa y sus palabras recriminatorias.

Emma estaba parada a su lado bailando y ella hizo lo mismo antes de tomarse de un trago el tequila que había ordenado. Se sentía achispada, aunque aún no borracha, pero se aseguraría que al final de la noche lo estuviera. Dio una vuelta alrededor de la mesa con Emma detrás, en el movimiento tiraron una silla contra el suelo. Ambas se carcajearon mientras se abrazaban por ello.

—Oh, maldición, van a destrozar mi bar y lo peor es que no me invitan.

Se giró hacia Nathan, quien las veía sonriendo con un deje coqueto. Aún seguía siendo demasiado guapo, y su cabello negro parecía brillar con las luces de lugar. Miró su brazo y se estremeció, antes de volver a preguntarse dónde terminaría ese tatuaje.

—Feliz cumpleaños, Gatita, ¿recibiste mi regalo? —preguntó en su oído con voz burlona. Sam tiró su cabeza hacia atrás y se rio, aturdida porque desapareció toda la animadversión que había sentido de Nathan.

—Muy bonito, muy bonito —dijo y acarició su gargantilla de diamantes. Él siguió el movimiento, alzó sus cejas y rio.

—Joder, gaste mucho en ti, ¿no?

—Siempre —agregó y su sonrisa fue más triste.

Giró hacia Emma, quien había dejado de bailar y los miraba con los ojos un poco entrecerrados.

—Nathan, Emma está aquí. Habla con ella —dijo y lo empujó con un hombro. El movimiento fue demasiado idiota hasta para ella y Nathan se rio en respuesta.

—¿Cuánto han bebido?

—No lo suficiente —coqueteó Emma, luego dio otro trago a su tequila.

—Emma-sensual —dijo él mientras se acercaba hacia donde se encontraba

su amiga—. Te he extrañado.

—Estoy segura de eso —contestó y posó una mano sobre su pecho—, ¿qué es lo que más extrañaste de mí?

—¿Sabes qué? Esa boca atrevida, a veces fantaseo sobre todo lo que es capaz de hacer por mí —flirteó. En respuesta Emma sonrió, bajando sus pestañas.

—Tal vez no estés preparado para ello, Nathan, puedo ser muy habilidosa.

Él tarareó, luego la acercó más a su cuerpo y, bajó una mano hacia su trasero, para pegarla contra él. Sam los observaba maravillada por ese intercambio, era bastante ilógico que esos dos no hubiesen terminado ya sobre una cama. Emma amplió sus ojos, como si no se hubiese esperado esa reacción.

—Hay días en que mi autocontrol peligra por romperse, Emma, así que es mejor que vayas con cuidado hoy, puede que no te gusten las consecuencias; o que te gusten demasiado —declaró a la vez que le preguntaba con la mirada cuál prefería.

—¿Nathan Baggio perdiendo el control solo por mí? —Sonrió y se arqueó causando que todo su cuerpo se pegara al suyo—. Una mujer solo puede soñar.

Él entrecerró los ojos y la liberó para girarse hacia Sam. Ella vio a Emma caminar hacia otro grupo de personas, imaginaba conocidos de la empresaria, y se concentró en Nathan, todas las burlas y aire fiestero abandonado.

—Tu mesa está lista, hermosa, camina conmigo.

Lo miró con el ceño fruncido, pero cuando sintió la mano de Nathan en su espalda, comenzó a caminar hacia donde él la guiaba. Se quedó sorprendida cuando la llevó a una mesa estratégicamente escondida y aunque ellos veían a todo el bar, tenía que prestar mucha atención para encontrarlos, incluso la música era más baja allí. Se sentó en la silla que él le indicó, después llamó a un mesero e hizo que ella ordenara su trago.

—¿Cómo lo estás llevando? —le preguntó Nathan.

Ella parpadeó sorprendida, y comenzó a frotar sus manos, aunque él seguía impassible viéndola fijo. Se sintió incómoda por la pregunta y se removió sobre su asiento.

—Sé cómo lo está llevando él, como la mismísima mierda. Le dije que se

divorciara y se quedara contigo, pero es la persona más terca que conozco.

Sam sonrió un poco afectada, y en ese momento el mesero puso frente a ella la cerveza que había pedido y luego le pasó a Nathan un whisky escocés.

—¿Ya no soy tóxica, entonces? —le cuestionó cuando estuvieron de nuevo solos. Nathan se recostó en el asiento.

—Tal vez estaba un poco cabreado cuando lo dije —contestó un par de segundos después—, Oliver estaba jodido y pensaba que era por tu culpa, ahora sé la verdad.

Sam dio un sorbo de su bebida y suspiró por esas palabras.

—Gran parte lo es.

—No. Y sabes qué más, si no fuera porque aprecio mis pelotas te ayudaría a buscar otro hombre, eso jodería a ese cabrón y te ayudaría a no sufrir, hasta me ofrecería yo mismo, nos la pasaríamos en grande, pero no me gusta la idea de ser un eunuco.

Sam sonrió con suavidad y lo miró.

—Sabes Nathan, eso no ayudaría, no tendría el menor sentido. Estoy aquí por él. —Se acercó para apoyar los codos sobre la mesa—. Todo tiene que ver con las oportunidades, uno a veces piensa que la vida te dará algo bueno una y otra vez sin importar cuán idiota seas y cómo las desperdiciaste. Pero no es cierto. A veces la vida te da algo y, si no lo aprovechas, ya no te hay más opciones. Tienes que reinventarte. Puede que esto sea una idiotez, que termine mucho más herida de cuando nos separamos, además, él mismo me ha dicho que haga lo que haga, nunca va a ser distinto, pero... prefiero esto a estar en el sofá de mi casa, pensando en él todo el tiempo, en cuánto lo herí y cuánto pude haber hecho distinto.

Él la miró por todo un minuto y ella empezó a respirar aceleradamente y decidió decirlo todo.

—Y sabes de lo que hablo, tienes una gran oportunidad con una chica de cabello naranja que te tiene loco, así no quieras aceptarlo. Toma mi consejo, no la desaproveches, en especial porque creo que ella también está loca por ti.

Nathan se removió de la silla y le sonrió divertido, aunque ella notó de inmediato que era un escudo, una forma de aislarse.

—Demonios, ya entiendo por qué él no tiene escapatoria contigo y por qué desde que volviste se ha descontrolado.

Lo miró confundida y Nathan le devolvió una mirada socarrona, antes de acercarse hasta que quedaron a centímetros de distancia.

—Oliver es un jodido idiota. No puedes estar muy cerca porque te aparta, tiene que salvarte pero no permite que nadie lo ayude, y está su abuelo, que lo ha jodido toda la vida. Cada maldito día él estaba allí, como una sombra, una puta voz que lo convenció de que no era merecedor de nada bueno, y que solo debía luchar por lo poco que meritaba.

Sam jadeó y se apartó un poco, sabía que ese hombre era detestable, Oliver le había contado un poco de su abuelo y los tratos que le daba con la excusa absurda de la sangre, pero ella no insistió en más detalles, porque se dio cuenta de que a él no le gustaba hablar sobre su crianza. Aunque sin duda alguna ella presencié de primera mano su crueldad, cuando por primera vez vino a Londres como la esposa de Oliver, ya hace muchos años, y todo el episodio cuando la botó de la ciudad.

—Su madre nunca fue un apoyo —siguió Nathan—, lo echó como a un perro, lo dejó solo en las garras de ese bastardo y se fue a vivir su vida, sin pensar en Oliver cuando el viejo lo golpeaba o cualquier otra mierda que le hacía.

—¿Cómo sabes esto?

—Soy observador y sé escuchar, él es mi amigo, y tal vez soy el único a quien no ha aislado de su vida; porque es lo que hace, te aparta, excepto cuando lo necesitas, allí aparece y hace lo que sea para solucionarlo, después se aleja de nuevo, porque es la forma en que está tranquilo consigo mismo, es su forma de compensar los afectos, ya que no puede dar nada más. Quizá esa es la obra maestra de Aldrich-Millicent, Oliver hará lo que sea por conseguir aceptación, lo que le negaron, y te aseguro que destruirá a todos por lograrlo, incluso a sí mismo.

Su corazón latía acelerado mientras escuchaba esa descripción.

—Creo que lo único que pidió para sí, además de ganar el puesto que es suyo por derecho, fuiste tú. Lo sacaste de su eje y lo asustaste como la muerte porque empezó a desear más y algo distinto a lo que su abuelo le había impuesto subliminalmente. —Sam lo miró sin terminar de entenderlo—. Por eso te resentí tanto, pero en este momento comprendo que ese final no hubiese sido distinto, Gatita, porque él no puede sentirse débil. Te pidió algo, pero a la vez huyó en la primera oportunidad que se presentó, porque

no podía soportar necesitarlo tanto.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó por fin.

—¿Con honestidad, cariño? No creo que puedas, eso está más allá de tus manos o de las mías. Es algo que solo él puede hacer —concluyó y sonrió, esta vez una de verdad. Después negó con la cabeza—. Mierda, estos temas son muy profundos, en especial para ti que ya estás bastante borracha. ¿Qué quiere la cumpleañera?

—Solo olvidar todo, cantar y divertirme.

—Hecho —dijo él, antes de apretarle la mano, y salir rumbo a la barra—.

Déjame arreglarlo todo.

Sam asintió y lo vio dar órdenes a unos empleados.

—Ten cuidado con Nathan, es un picaflor —le advirtió Emma y ella giró a verla, estaba muy seria, parada a su lado.

—Nadie es perfecto y al final, Emma, hay que arriesgar para ganar o por lo menos decir que lo intentaste. No desperdicies la oportunidad de ser feliz, incluso si es con alguien distinto a lo que esperabas encontrar para ti.

—Todo listo, Gatita —dijo Nathan. Sam parpadeó al notar que la música se había detenido, y se carcajeó al entender que había organizado un karaoke —.

¿Quién comienza?

—Tú —dijo Sam.

—No, yo no canto —él estaba serio, más de lo que lo había visto nunca—.

Jamás.

Ella asintió, pero antes que pudiera decir algo más, Emma había ido al podio improvisado y empezó a cantar. ¡Y vaya que cantaba mal! Nathan y ella estuvieron riéndose toda su presentación.

—¿Dónde está Oliver? —le preguntó Nathan un par de minutos después.

—En Francia —contestó y se encogió de hombros.

Él empezó a refunfuñar en voz baja, pero en ese momento Emma llamó a Sam y ella se levantó del asiento y, deseosa por distraerse, comenzó a cantar una canción vieja de forma bastante desentonada. Cuando terminaron el DJ comenzó a tocar de nuevo.

Capítulo 15

*Si te prometiera no pelear, por lo menos esta noche,
¿te quedarías hasta mañana?*

*Si usara ese vestido pequeño, ese que te gusta tanto
¿aprobarías mi prueba?*

¿Te quedarías... te quedarías conmigo?

Si te sirviera otro trago, ¿qué pensarías sobre quedarte?

*Si fuera sincera y susurrara mis miedos, ¿todavía
estarías aquí?*

Stay, Michelle Featherstone.

Un par de horas más tarde, Sam bebía unos cortos en la barra y no paraba de reír por un chiste bastante fuera de tono de Nathan, de repente Emma brincó de su asiento y la jaló para que se pusiera de pie.

—¡Esta es mi canción favorita!

Creyó que la llevaría a la pista, pero en vez de eso se montó en el banquillo y se subió sobre la barra, incitándola para que hiciera lo mismo. Ella se rio y la siguió, ambas comenzaron a contonearse como si estuviesen poseídas, las

faldas revoloteando y para darle más espectacularidad al número, se sostenían de la base de metal del techo.

—Demonios, ¿en verdad se van a divertir y no me llevan con ustedes? — escuchó que Nathan gritaba antes de montarse en la barra a su vez y un segundo después tenía a otro hombre que no conocía rodeándolas y bailando.

—¡Sam! —gritaba Emma animándola cuando se removía hasta bajar al suelo y volvía a su posición original, con movimientos que iban al ritmo de la canción y después Samantha la imitaba pegándose a Nathan.

El cantinero cantaba con ellas, todos daban sorbos a la botella, mientras reían y seguían bailando.

Poco después, un grupo de personas estaban amontonadas alrededor de la barra, moviéndose y gritando con ellos. En un momento Nathan se bajó de la barra, pero Sam se acercó más a Emma y siguieron bailando hasta que escuchó una voz conocida.

Cuando giró su cabeza se encontró a Oliver parado frente a la barra, mientras Nathan lo sujetaba de un hombro, como si eso fuera suficiente obstáculo para que él no lograra llegar a la barra para luego incendiarla. Ella se giró para darle la espalda y removió su trasero para que el vestido se alzara y pudiera ver su regalo. Juró que lo escuchó gruñir por encima de la música y el bullicio de la gente.

Él dio otro paso hacia ella mientras Nathan le hablaba sobre algo, gesticulando de forma exagerada, sin embargo Oliver se soltó de su agarre y caminó hacia donde ella estaba. Se paró frente a Sam, quedó a medio cuerpo por la altura de la barra. Ella se acuclilló bailando y recordando un paso que vio en la televisión una vez, abrió las piernas y las cerró para mostrarle por completo el regalo que le había enviado a casa con Nathan, antes de levantarse sin dejar de contonear sus caderas.

Oliver entrecerró sus ojos, pero antes de que ella pudiera reaccionar, tomó sus caderas y la cargó lejos de la barra y la gente, con su cuerpo pegado al de ella, la deslizó hasta acomodarla sobre su hombro. Todo en un solo movimiento o por lo menos le pareció así. La multitud aplaudió, algunos gimieron, y de alguna forma, tres empleados del bar los rodearon para que él la sacara de allí.

Sam emitió un grito asombrado cuando lo vio dirigirse detrás del bar, y la

bajó justo entre la puerta de entrada del *loft* y la del pequeño depósito donde una vez tuvieron sexo.

Emma seguía sobre la barra y Nathan había empujado al hombre que estaba bailado con ella para tomar su lugar.

—¡Lo lograste! —le gritó Sam emocionada mientras lo abrazaba con fuerza. Él la apartó y pegó a la pared, su expresión era furiosa y el ceño fruncido—. Pensé que no...

No pudo continuar porque él se pegó a su cuerpo y tomó sus labios en un beso posesivo y salvaje. Ella gritó dentro de sus labios y arañó con fuerza su cuero cabelludo por la intensidad del roce. Oliver metió su mano para acariciar la base del ligero mientras la presionaba más contra la pared fría, su boca y lengua exigían mayor respuesta.

Un par de minutos después la liberó y ella sintió que iba a caerse, todo su cuerpo parecía gelatina. Sam apoyó la cabeza en la pared mientras trataba de calmar su respiración.

—¿Qué mierda hacías bailando en una jodida barra con un condenado extraño? —preguntó él apretando las manos con fuerza en sus caderas y pegándola a su cuerpo, estaba furioso, además de excitado.

—¿Te gustó? —le preguntó coqueta y lo escuchó gruñir.

—¡No que bailaras con otro maldito hombre! —le gritó él. Sam sonrió mientras acariciaba su cabello, excitada a su vez, y emocionada porque él estuviera allí.

—Me estaba divirtiendo —le dijo antes de besar su cuello—. Baila conmigo.

—Samantha...

—Amo esta canción —rogó ella contorneándose—. Y hace años que no bailas conmigo. Es mi cumpleaños.

Él gruñó ya que el movimiento lo había rozado y volvió a tomar sus labios antes de comenzar a bailar, aunque más parecía como si estuviese penetrándola contra la pared.

Sam deslizó sus manos por su cabello, desordenándolo, y se movía al ritmo de la música, en el pequeño espacio que le había permitido. Durante todo el tiempo lo besaba en sus labios, su mejilla, su cuello. Donde fuera que llegara.

Un par de minutos después él se apartó y vio que Nathan estaba detrás de

ambos. Se sonrojó un poco por la situación en que los habían encontrado, aunque más por la sonrisa socarrona del hombre.

—Hermano, búscate una habitación —satirizó y guiñándole un ojo a Sam se llevó aparte a Oliver—. Pero yo también necesito el *loft*... —Ella dejó de escucharlo, solo luchó por calmarse, cerró los ojos para pausar su acelerado corazón. Se sentía un poco mareada y no sabía si era el alcohol u Oliver. Él siempre tenía ese efecto en ella, pero parecía multiplicarse cuando el licor estaba involucrado.

—Vámonos —escuchó que él le decía mientras la jalaba hacia la salida trasera. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Pero aún no hemos terminado de bailar —murmuró, aunque igual se dejó llevar viendo a Nathan y Emma salir detrás de ellos.

Observó el auto de Oliver estacionado al lado de la escalera que daba al *loft*, y se acercó hasta donde él estaba y besó su cuello.

—¡Mierda, Nathan! —gritó Oliver, gruñendo un poco por el contacto.

—Nada, lo perdiste sin trampa, llévate a tu mujer a su casa que yo me llevaré a la mía al *loft* —le respondió él.

Sam miró a Emma confundida, pero esta solo reía y se dejaba guiar por Nathan hacia las escaleras.

Oliver la detuvo al lado de la puerta de copiloto, pero antes de que pudiera hablarle la había arrinconado contra el Aston y vuelto a besar con mayor intensidad, posesión y rudeza que antes, mientras la acariciaba, hacía movimientos circulares para rozarla con su erección. Cuando ella lo soltó, lo escuchó gemir contra sus labios.

—Vas a acabar conmigo, Samantha. Vamos a llevarte a casa —le dijo él antes de besarla de nuevo y meterla en el vehículo.

La aseguró con el cinturón de seguridad y un minuto después arrancó el vehículo. Al principio ella estaba bien, pero luego cerró los ojos y sintió cómo todo su ánimo fiestero se iba esfumando.

—¿Oliver, crees que la gente como nosotros tiene alguna posibilidad de ser feliz? —preguntó mirando a un punto del tablero del vehículo—. Tal vez lo único que nos permitimos sentir es el dolor, quizá lo prefiramos a la felicidad.

Es lo que siempre hemos conocido.

Él la miró por un segundo y después negó con la cabeza.

—Es el alcohol hablando, Samantha. Solo cierra los ojos y relájate — respondió y ella vio que apretaba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvían blancos.

—Todos dicen que el sufrimiento es lo que inspira al artista. Es lo que te da infusión, incluso a Van Gogh. ¿Recuerdas cuando me llamabas Van Gogh? — Él tarareó sin reconocerle, ella movió su cabeza, sintiéndose cada vez más mareada—. El sufrimiento es lo que nos da energía para crear —repitió y sonrió, sin ningún tipo de alegría—. Tal vez Christian siempre estuvo equivocado. Él decía que eras tú quien iba a destrozarme, pero no es verdad. Soy yo, Oliver. Yo soy quien busca ser miserable, ¿pero dónde está mi inspiración? Si vieras lo que creo ahora...

—¿Qué es lo que creas? —le preguntó, su voz plana, pero el interés era absoluto—. ¿Por qué no pintas para vivir, Samantha? ¿Dónde están tus cuadros?

Ella sonrió y cerró los ojos, luchando contra las náuseas. Sabía que no podía contestar a esa pregunta. Cada persona que había visto sus cuadros identificaba un sentimiento propio y lo reflejaban en su pintura, no solo sentían melancolía, sino que, basados en su experiencia, reconocían sus propias emociones, como es lo lógico al momento de observar una obra. Oliver siempre la vio a ella, nunca supo por qué, solo que lo hacía. Y si él alguna vez estuviera frente a sus pinturas, lo sabría, y lo desgarraría.

—Tú has sido la única persona que solo me vio a mí, ¿verdad? —dijo ignorando sus preguntas—. Incluso en mis obras.

—Estás tan jodidamente borracha, Samantha —gruñó en vez de contestarle.

Sam suspiró hondo y negó con la cabeza, después lo miró con mayor anhelo.

—Hoy hace cinco años, ¿lo recuerdas, Oliver? —interrogó, luego se acercó y acarició su mejilla—. En una noche como esta fui tuya por primera vez, ¿aún lo...?

—Sí —le interrumpió y apretó la mandíbula con fuerza. Ella sonrió porque era irónico que la melancolía la invadiera, ahora cuando tenía al objeto de su amor, sentado a su lado.

—Fuiste tan rudo esa noche —le susurró y lo sintió estremecer con violencia.

—Lo sé —respondió por fin.

—Aunque siempre eres así —analizó ella sin soltarlo—. ¿Has sido suave alguna vez?

—Lo intenté una vez y no lo quisiste —le respondió mirándola, entonces, porque habían quedado frente a un semáforo.

Ella hundió sus hombros.

—Tonta de mí —susurró y lo miró a los ojos, no podía diferenciar el color en la oscuridad, y eso la hizo sentir angustiada—. ¿Has hecho el amor alguna vez? ¿Con ella? No... mejor no me lo digas.

—No —respondió él de inmediato—. No lo he hecho nunca.

—¿No? —preguntó ella parpadeando porque sus ojos se humedecieron—. Hubiese querido que me dijeras cómo se sentía. ¿Hay alguna diferencia?

Ambos se quedaron callados y Sam acarició su cuello con un dedo.

—Samantha, detente —ordenó.

—No voy a soportar esto por siempre, Oliver —balbuceó con el pecho constreñido—. No tengo la fuerza suficiente, pero tampoco quiero irme, porque yo pertenezco a tu lado. Si tan solo lo entendieras...

Él suspiró y arrancó el vehículo. Ambos se quedaron callados por otro rato.

—Te pinte, ¿sabes? —comentó ella de la nada, parecía que no podía quedarse callada.

—Lo sé —gruñó él y ella negó con la cabeza.

—No, no lo sabes —Acarició su cuello de nuevo—. Quiero que lo veas, es tuyo. Es tan hermoso —fantaseó, después sonrió—. Como tú; eres tan hermoso, Oliver.

Él gruñó y negó con la cabeza.

—¿Otra vez vas a empezar con lo mismo?

Ella asintió y cerró los ojos.

—Aún lo recuerdo, ¿sabes? Cuando solías mirarme como si yo fuera lo más precioso y deseable del planeta —le susurró sin dejar de tocarlo y lo escuchó suspirar, lo vio cerrar los ojos mientras apoyaba la cabeza en el reposa asiento. Después él abrió los ojos, de un tono casi aguamarina, y la observó. Ella sonrió, sus ojos se humedecieron de nuevo, sin ningún motivo aparente—. Así, justo así —le dijo con añoranza.

—Es que lo eres, Sam. Lo más precioso del planeta.

Ella sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla y él la tomó con su

dedo, antes de acariciarla.

—Eres tan hermosa —le confesó él, repitiendo sus palabras y haciéndola sonreír.

En ese momento se dio cuenta de que habían llegado a su edificio y él había aparcado el vehículo en el estacionamiento del fondo, escondido de todos, donde siempre lo detenía cuando iba a visitarla. Oliver se bajó del auto sin otra palabra y la llevó en brazos ya que Sam se había quedado sin fuerzas.

Él trató de abrir la puerta del apartamento, pero era una tarea imposible con una mujer dormida en brazos, trató de despertarla y ella rezongó en respuesta. Luego la dejó sobre sus pies, y recostó su cuerpo sobre su hombro y con dificultad abrió la puerta, con chapa reforzada que, por recomendación del cerrajero, Samantha compró después de que él la reventara a patadas. Volvió a levantarla en sus brazos, cruzó el umbral y cerró la puerta con un pie, caminó hasta el dormitorio y la recostó sobre su cama con suavidad. Ella abrió y volvió a cerrar los ojos por un par de segundos, o así lo sintió, y los abrió de nuevo cuando escuchó a su gata maullar.

—¡Deja a Oliver en paz, Lira! ¡Deja a Lira en paz, Oliver! —No sabía a quién regañar ya que ambos eran igual de bruscos con el otro.

—La encerré en la cocina —escuchó que él le decía y asintió mientras lo veía con un vaso lleno de un líquido oscuro—. Toma esto, te ayudará a no amanecer con resaca. Vamos. —Ella lo probó y se apartó; sabía asqueroso, amargo y un poco grasoso, pero él insistió—. Sé que sabe mal, pero ayuda. Hazlo.

Cuando terminó el contenido del vaso, él lo dejó sobre la mesita de noche.

—Me puse tu regalo —le dijo ella y lo vio asentir.

Él sonrió ligeramente y comenzó a desvestirla, primero los zapatos, después el vestido y cuando llegó a la ropa interior vio que sus ojos y todo él irradiaba deseo. Acarició la malla hasta llegar al borde del ligero con la mandíbula apretada y comenzó a desatarlo. Entonces se dio cuenta que la estaba desnudando sin ninguna intención sexual.

—¿Oliver?

—Necesitas dormir, Samantha —le dijo antes de buscar una dormilona en una de sus gavetas para vestirla.

Él acarició su cuerpo entero, aunque con un toque más suave, casi dulce, y después se desnudó frente a ella, dejó toda su ropa encima de una silla al lado de la cama y su teléfono celular en la mesita de noche, como hacía cada vez que se quedaba con ella. E igual que siempre, se acostó a su lado y pasó una mano por su cintura mientras Sam se colocaba de medio lado.

—Duerme —le susurró sobre su oído—, que mañana estaré aquí.

SAM ABRIÓ LOS OJOS y agradeció que no le doliera tanto la cabeza como sabía que debía hacerlo, todo estaba lleno de bruma y sus recuerdos se encontraban un poco difusos. Sabía que había bebido, eso estaba claro, y sabía que había llegado a su casa porque estaba acostada en su cama y, aunque tenía retazos, no recordaba con claridad cómo lo había hecho. Aún estaba oscuro y la penumbra rodeaba la habitación.

Se removió ansiosa de sentir a su gata, pero se quedó paralizada cuando percibió otro cuerpo a su lado, pegado a su trasero y que contaba con una imponente erección. Giró su cabeza y su corazón se detuvo cuando vio las facciones de Oliver, su cabello alborotado, sus ojos cerrados y todo su ser relajado por el sueño.

Él había dormido en su cama, se había quedado con ella. Miró a su alrededor tratando de dilucidar si esto era un sueño o no, después subió la mano para acariciar su mejilla.

Justo en el instante que su mano tocó su mejilla él saltó y se posó sobre su cuerpo, paralizándola. Su respiración se agitó cuando él empezó a besar su cuello.

—¿Oliver? —preguntó con voz rasposa del sueño.

—Shhh —dijo él besando su mejilla y llevando una mano a su cuello—. No digas nada. Déjame hacer esto —le pidió y después la besó en sus labios un segundo antes de bajar de nuevo a su cuello y llevar sus manos hacia el dobladillo de su camisola, para quitarla de su cuerpo, ella se arqueó para hacérselo más fácil. Cuando finalmente estuvieron desnudos, él se colocó sobre ella, y Sam lo abrazó y acarició su cabello.

Oliver iba despacio, besó la columna de su cuello, sus pechos y los tocaba y rozaba con suavidad mientras, con su mano, acariciaba su intimidad. Y ella sentía todo de forma mucho más intenso, porque él así lo quería. Por ello, Sam lo imitó, lo tocaba con mayor lentitud, besaba su cuello con reverencia

y lo acariciaba donde fuera que llegara, se abrazada a él casi con desesperación.

Cuando se introdujo en su interior Sam cerró los ojos y se agarró de su espalda, porque lo hacía tan lento que la hacía estremecer con cada movimiento, tortuoso y divino.

—Mírame —le exigió él. Ella abrió los ojos con esfuerzo por la intensidad del momento y de lo que sentía en su pecho—. No dejes de hacerlo, quiero que veas lo que te hago y quiero saber que te gusta, que solo yo te hago sentir así. —Él gimió cuando ella giró sus caderas—. Quiero que veas lo que me haces y que sepas que solo tú lo consigues. Solo tú, Samantha.

Frunció el ceño sin saber a qué se refería, pero él comenzó a impulsarse; lento, suave, profundo, mientras la acariciaba. Sam lo abrazó por los hombros y envolvió sus piernas sobre sus caderas, tocándolo a su vez.

Con cada embiste tenía que morderse más y más sus labios ya que si hablaba, si hacía algo más que gritar o gemir, le repetiría una y otra vez que lo amaba, y le rogaría que la amara de nuevo.

Él llevó una mano a su cadera para paralizarla un poco y Sam comenzó a morder su hombro para soportar la intensidad de sus sentimientos y la forma en cómo la estaba guiando.

Unos minutos después Oliver la tomó desde su trasero y la levantó para sentarla sobre sus muslos mientras él se arrodillaba y se acomodaba sobre sus talones para impulsarse. Luego puso una mano sobre su cuello y la besó mientras seguía entrando y saliendo de su cuerpo, la abrazó, acarició su espalda, y besó donde consiguiera sitio a la vez que ella hacía lo mismo. No había palabras, no eran necesarias, ya que con sus cuerpos lo estaban diciendo todo. Cada roce que Sam hacía en su cuello, le decía «te amo»; cada vez que besaba su mejilla, le repetía «te extraño» y, con sus ojos, le prometía que nunca lo dejaría, y jamás lo olvidaría. Y Oliver se estremecía en cada gesto, porque lo comprendía, jadeó, mientras sus movimientos seguían igual de lentos, delirantes.

Cuando Sam sintió que el orgasmo se acercaba se mordió el labio hasta sentir el sabor metalizado de la sangre y siguió haciéndolo sin importarle el dolor, ya que no lo sentía, no podía percibir nada más que a Oliver y la intensidad del placer que le estaba generando y el que ella le otorgaba de regreso. Él sujetó su mandíbula con su mano derecha y la forzó a mirarlo de

nuevo, liberando su labio inferior y deteniendo todo movimiento.

—Dímelo —le pidió, con su voz ronca. Ella no lo entendió por unos segundos, ni la petición ni la intensidad con que la miraba, o por qué había parado. Cuando lo hizo, fue como si su alma se electrizará y quisiera salir de su cuerpo.

—Te amo —susurró, y él volvió a la vida. La acostó de nuevo sobre la cama, y sus movimientos se acrecentaron. Ella abrió su boca para repetirlo, pero él buscó sus labios, desesperado, y ambos explotaron al mismo tiempo, compenetrados.

Lo abrazó con fuerza, con sus brazos y piernas mientras trataba de calmar su respiración y su alma, ya que era algo más que desvanecimiento post sexo, la verdad nunca había experimentado algo así antes. Oliver la rodeaba con sus brazos, también temblaba, incluso más que antes. Era tanta la mezcla de sus emociones que comenzó a llorar sin relajar su agarre, mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas.

Él acarició su espalda para tranquilizarla y la besó con ternura.

—Ahora ambos sabemos lo que se siente —le susurro él y ella asintió sin poder controlar sus lágrimas.

Lo abrazó aún más, era como si estuviesen en un sueño, en una de sus fantasías idiotas que aún no había podido borrar de su cabeza, donde él era suyo, aún la amaba como antes y nada los había separado, eso solo se reafirmó cuando Oliver la abrazó de regreso con la misma desesperación.

Un par de minutos después escuchó un sonido ahogado que venía de su mesita de noche y lo sintió tensarse.

—Maldita sea, no apagué el... Mierda.

Él se removió y ella lo liberó de inmediato, mirándolo mientras se levantaba desnudo, tomaba el teléfono y refunfuñaba al ver quién era el que llamaba. Un par de segundos después, entró al baño y desapareció de su visión, pero aún podía escucharlo ya que no había terminado de cerrar la puerta.

—*Hola, Ilana. Estoy ya en el aeropuerto, voy bajando del avión en estos momentos. Sí, jodidos retrasos de las aerolíneas. Ya voy camino a casa.*

Sam bajó la mirada y sus manos picaron, tomó la sábana y se cubrió, antes de verlo salir del baño y caminar hacia la silla donde había dejado su ropa.

—Debo irme —dijo él y ella se forzó a asentir, sin decir palabra.

Sam lo vio vestirse sin poder moverse, a pesar de repetir que no tenía que hacerlo, que podría resguardarse en el baño o en la cocina para no presenciar cómo se arreglaba para irse a otros brazos. Pero no conseguía obtener la fuerza para huir, solo podía quedarse allí, su pecho constreñido, aunque no sentía dolor, era como si estuviera embotada.

Después de haberse puesto toda su ropa, menos la corbata y la chaqueta, Oliver se acercó a la cama y puso una mano en su nuca para acercarla y la besó. Ella no respondió.

—Lo siento —le susurró contra sus labios como si de alguna forma supiera lo que ella estaba sintiendo—. Vendré en la noche —dijo y se apartó hacia la puerta.

Sam lo observó salir de su habitación rumbo a su verdadera vida. Cuando escuchó la puerta de entrada cerrarse, se levantó, se vistió con su bata, fue a la cocina a liberar a Lira y volvió a dirigirse a la segunda habitación, a pintar.

Capítulo 16

Caroline, Caroline, solía actuar como el más fuerte pero solo estaba aterrorizado, aterrorizado, lo siento en mi estómago, llámalo mariposas, mariposas, pero hay algo en el aire esta noche, desaparecieron, desaparecieron, desaparecieron. Las estrellas en el cielo son las mismas constelaciones de siempre, pero sabes que tengo el presentimiento que esta noche se verán distintas.

Constellations, Tom Odell.

Nathan trancó la puerta del *loft*, se giró para observar a Emma contonear sus caderas debajo de ese diminuto vestido negro, y se puso más duro, si era posible. Ella volteó para observarlo, un poco nerviosa, mientras su pequeña lengua rosada salía de sus labios y rozaba su labio inferior. Maldición. Emma ni siquiera era la fémina más hermosa que haya visto; era muy delgada, tenía el pecho pequeño, caderas redondeadas, y su culo... No, mejor no pensaba en eso, ya que de esa parte de su anatomía no tenía ninguna queja. Sin embargo, nada de eso importaba, porque era su mujer, ese fue el apodo que le puso desde el día en que la conoció, y se ha intensificado en las últimas semanas. —Aquí estamos. ¿Qué haremos ahora? Pregunta estúpida —murmuró Emma, parecía nerviosa—. Esto es raro, ¿no te parece?

—Estás pensando demasiado —respondió. La vio asentir y cuando él se acercó unos pasos, ella pareció asustarse.

—Es que nos conocemos desde hace ocho años, Nathan, ¡y nunca fuimos más allá de un coqueteo!

—¿No te parece que te estás engañando, Emma? Creo que entre nosotros siempre hubo más que flirteo —respondió con voz seductora.

La observó estremecerse de una forma tan adorable que le hizo sonreír. Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Bien. Lo que sea. ¿Cómo hacemos esto? —preguntó moviendo la cabeza hacia los lados.

Nathan se detuvo frente a ella y pasó una mano por su cintura. Y la cosa más ilógica del planeta sucedió. Ella empezó a reír. No una risita nerviosa, divertida, o sarcástica; sino una completa carcajada, que le impedía hasta respirar con facilidad.

—Lo siento. Lo siento —repitió una y otra vez, forzando a detenerse—. Vamos a besarnos, estoy lista.

—Estás loca, ¿lo sabías? —le dijo y sonrió un poco cuando ella se carcajeó de nuevo.

Emma le pasó las manos por su cuello y respiró hondo varias veces para calmarse.

—Bésame, Nathan Baggio, no puedo aguantar otro momento sin que lo hagas.

Él se acercó un par de centímetros al notar la voz sugerente, pero se

apartó de inmediato porque esas palabras le sonaron muy extrañas.

—¿Cuántas condenadas veces ensayaste esa frase? —le preguntó. Emma lo miró horrorizada, después rio de nuevo, como una niña que había sido descubierta de una travesura.

—¿Me creerías si te digo que surgió debido a lo erótico del momento?

—Ni por un segundo, cariño, se sintió como si lo hubieses estudiado de un libreto. ¡Confiesa! —exigió. Ella se removió incómoda.

—Practiqué con varias, pero al final me quedé con esa.

—Ardo en deseos de conocer el resto de las opciones.

—Nathan, saberlo solo haría que tu ego llegara a las nubes, la Reina sabe que no podemos permitir eso.

—Oh, Emma, ya está todo lo levantado que puede estar —informó y se pegó a su cuerpo para que lo notara.

Ella respiró brusco y lo miró coqueta. Jugar. Eso sí lo sabía manejar, ya que era algo que habían perfeccionado con los años.

—Señor Baggio, está siendo un hombre muy, muy malo —dijo con los ojos llenos de horror fingido a la vez que acariciaba su cabello.

Él se rio de nuevo, una risotada que salió desde el fondo de su estómago, después la sujetó por la nuca. Le encantaba seducir, ir despacio, Nathan sabía que para desinhibir todas las barreras que levantaban las mujeres, las debería ir conociendo, ser perceptivo e identificar a cada toque su respuesta. Una vez hecho eso, ellas eran capaces no solo de dar y hacer de todo, sino que también de disfrutarlo.

Así que la besó utilizando toda su artillería de seducción, pasando primero su lengua para contornear formas de sus labios, jugando con ella, y en vez de profundizar el beso en su boca, besó sus mejillas y la acarició con su nariz. Tanteando, jugueteando, hasta que un par de minutos después, Emma emitió un gruñido de frustración —nada femenino— y sujetó su cara entre sus manos, para besarla con pasión.

Él disfrutó la conquista con un sabor dulce, una mezcla de licor y una mujer que se retorció en sus labios. La abrazó por la cintura baja y la elevó hasta encima de su cabeza. Deseaba que fuera un beso mojado y sexy.

Emma se apartó casi de inmediato, parecía aturdida.

—Necesito ir al baño —dijo.

Él frunció el ceño y se preguntó en qué momento entraron a la dimensión

desconocida. Porque ese beso garantizaba que las mujeres se le desnudaran o le hicieran una felación. Siempre.

—Oh —susurró Emma, al mirar su cara—. No, no voy a vomitar ni nada, tu beso no me pareció repulsivo, estuvo bastante agradable. Solo...

—No tienes que explicar... —le interrumpió.

—Mucho alcohol... —culminó.

—Emma, ve al baño. Ya —le ordenó liberándola.

La vio partir y se sentó en el sofá de cuero. Exhaló y se pasó una mano por la cara, ya que en realidad esa era Emma, desde que la había conocido ella actuaba de esa manera; tan vivaz, juguetona e ilógica. Además que estaba fuera de lo que ansiaba en ese momento, ella tenía marcada en toda su frente: «chica buena en busca de marido». Nathan comenzó a dudar de acostarse con ella, y culpó de nuevo a ese día y a las palabras de Sam.

Un par de minutos más tarde, la vio salir del baño, estaba un poco sonrojada y tensa.

—Yo... lo siento —empezó a balbucear.

—Si tenías que ir, tenías que ir —dijo con los hombros encogidos, relajado sobre su asiento.

—Es que esto no debería ser tan difícil —gruñó y frunció el ceño en un gesto lleno de frustración—. ¿Te había pasado antes?

—No —dijo él, y la miró con expresión burlona—, pero porque no eras tú. Tú eres la que te estás enrollando, todo aquí es natural.

Emma se lamió de nuevo su labio y él se removió sobre su asiento.

—Bien, natural, lo has hecho mil veces, así que la culpa es tuya.

—¿Mía? —Se burló él, demasiado divertido para moverse.

—Claro, debes tener tácticas para conseguir lo que quieres, ¿no?

Él entrecerró los ojos, ya que en ese momento se dio cuenta de que no había usado ninguna táctica exclusiva para cazar mujeres, salvo la del beso. La cara de Emma se iluminó como si hubiese encontrado un regalo de Navidad en pleno agosto. Él bufó y la señaló con un dedo.

—Ven aquí.

Sus ojos se dilataron por la orden y se mordió el dedo índice antes de empezar a caminar hacia donde estaba. Cuando la vio tratando de sentarse a su lado le indicó que se acomodara sobre su regazo. Ella lo hizo conteniendo las ganas de reír y puso sus manos sobre sus hombros.

—Bien, señor Baggio, me tiene a su merced.

Nathan se sintió poderoso al escuchar esas palabras. Bajó una mano y la acarició desde sus caderas, pasando por todo su muslo hasta llegar a su rodilla sin dejar de mirarla a los ojos y boca, no quería perderse la forma en cómo se oscurecían y cómo se separaban sus labios cuando se le acelerara la respiración. Bajó su mano hasta la rodilla y la rodeó hasta posicionarla en el hueco poplíteo, comenzó a acariciarla en pequeños círculos, con la presión justa, a la vez que se acercaba a su cara.

En ese punto, ella abrió los ojos como platos y empezó a reírse de nuevo sobre su regazo. Nathan se quedó petrificado por un par de segundos hasta que ella empezó a empujarlo, en esa acción, ambos perdieron el equilibrio y cayeron al piso.

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡No las aguanto! —gritó Emma una y otra vez.

Él se acostó sobre su espalda sin poder entender lo que acababa de pasar. Cuando ella se calmó, apoyó su cabeza sobre el estómago de él.

—No puedo creer esto —murmuró él con el orgullo herido y la frustración hirviendo.

Ella subió una mano a su pecho y él, un poco hipnotizado, la entrelazó con la suya, rozando los dedos.

Por varios minutos estuvieron en silencio, de vez en cuando Emma se reía, y después de la quinta vez, él se carcajeó también; se sentía avergonzado y a la vez liberado, ya que por unos minutos olvidó la verdadera razón por la que estaban en esa situación. Si Oliver se llegara a enterar en la posición en la que —él y su pareja— se encontraban en estos momentos, lo destrozaría a golpes, ya que Nate, a través de trampas infantiles, le había ganado el juego en el que el triunfador se quedaría con el *loft*, al menos por esa noche: «Qué desperdicio de mierda», diría Oliver en su tono de viejo amargado. —¿Ayudaría a relajarnos si te contara algo más bochornoso que este patético intento de seducción? —preguntó Emma antes de ponerse de pie y caminar hacia el pequeño refrigerador, para sacar un par de cervezas.

Nathan se levantó del suelo, pateó sus zapatos, y se acostó en la cama. Emma lo siguió y le entregó una de las botellas, antes de acostarse a su lado, y apoyar la cabeza sobre el respaldo de la cama.

—Cuando tenía trece años, había logrado escabullirme en una fiesta de fin de curso. Estaba pasando la etapa de transformaciones, ya sabes, la de

patito feo. Esa en que ya no eres niña, pero tampoco una mujer. —Se tocó los senos para enfatizar el significado de sus palabras—. Bueno, esa parte de mi anatomía no ha cambiado mucho.

Nathan rio y puso su mano sobre el pecho de Emma para acariciarla.

—¡Manos quietas! —le gritó Emma. Nathan puso los ojos en blanco, pero no apartó la mano y ella no volvió a tratar de apartarlo—. Mi amiga me había convencido de usar papel higiénico para aumentar mis atributos. Lo hice, quería verme mayor, una rubia delgada, pero con unas grandes tetas. —Lo miró y ambos sonrieron—. Entonces el hombre más bello del instituto, Tristán, de último año, me miró y me sacó a bailar. Fue un momento de película, de esos donde el tiempo se detiene, cinco chicas del último año me miraron con envidia y una parecía desear tener sangre de cerdo en su cartera. —Nathan apretó los labios para no reír —, y cuando estábamos en medio del baile —negó apesadumbrada—, Tristán, mi hombre perfecto, metió sus hermosas manos en mi escote y comenzó a sacar papel frente a todos, allí en la pista, ¡fue horrible! Los años siguientes fui conocida como: Emma, la plancha empapelada. No fue bonito.

Él no pudo controlarse más y se rio con tanta fuerza hizo temblar la cama y tuvieron que haberlo escuchado hasta en el bar.

—Puede que ese sobrenombre todavía siga vigente —dijo él, cuando logró calmarse.

—¡Nathan! —gritó y lo golpeó en el estómago causando que perdiera aire, pero él no pudo dejar de burlarse, más bien tuvo que morderse la lengua para no decir otra cosa peor—. Ahora tú.

—¿Qué? ¡No! —Negó y se removió—. Nada tan jodidamente bochornoso me ha pasado en mi vida.

—¡Eh! Yo me humillo y tú te humillas. He compartido un secreto contigo, ¡nadie más lo sabe! Me debes uno.

Nathan dejó de reírse y ella bebió un trago de su cerveza, con la mirada fija en él, pero sin insistir más; eso era algo que le gustaba de Emma, era parlanchina, pero sabía cuándo mantener su boca callada.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi madre —confesó y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Qué? —preguntó asombrada, y se sentó en la cama para encararlo—. Lo siento.

—No tienes por qué. Lo cierto es que no importa.

—¿Cómo no va a importar? —susurró, su voz aturdida.

—Llevaba años sin verla. Ella era cantante. Nos abandonó a mi padre y a mí cuando tenía dos años, no le gustaba vivir en los suburbios o la vida normal que le ofrecía un abogado fiscal, quería más, quería cantar, estar de gira y toda esa mierda. La veía una vez al año, hasta que cumplí quince años, y me cansé de frecuentar esa vida de gitano. —Ella lo miró con compasión. Él puso sus ojos en blanco, no sabía por qué había abierto la boca—. No lo hagas, no tengo problemas de abandono, ni nada de esas pendejadas.

—Nathan —musitó posando una mano sobre su antebrazo. Él se sentó, apartándola—, está bien si te duele.

—No lo hace. Tuve a mi padre, y a mi madrastra con la que se casó cuando yo tenía cuatro años. Ella me cuidó como si fuera mi madre. Tuve una casa normal, una vida aburrida en un suburbio, así que no sentí ninguna falta.

Y era cierto, nunca la había sentido, su padre era un buen hombre, su madrastra, Kim, lo quería y él también a ella, nunca lo dejaron de lado, ni siquiera cuando tuvieron otros hijos; además, su padre tenía tanta familia que jamás se sintió solo, más bien la mayoría del tiempo estaba sobreacompañado, en especial con sus más de treinta primos.

Emma lo miró con el ceño fruncido y asintió con suavidad, como si entendiera algo, aunque no sabía qué era.

—¿Hace cuánto murió? —lo interrogó con tono preocupado.

—Seis años —dijo aunque sonó más como una pregunta.

Lo había llamado el agente de su madre para decirle que había muerto de una sobredosis. A Nathan no lo sorprendió, su madre siempre fue una adicta, aunque trataba de controlarse cuando él iba a visitarla, en la medida que él fue creciendo, también fue cayendo la venda de los ojos y comenzó a entender todas las cosas raras que presencié en esas estadías.

—¡Nathan Baggio! —gritó ella—. Hace seis años nos conocíamos, ¿por qué no me lo dijiste?

—¡Porque no era tu jodido problema! Ella ya no formaba parte mi vida. Maldita sea, ¡no sé por qué demonios hablé de ello!

—¿Y cómo era? —preguntó Emma arrodillada sobre la cama.

—Hermosa, tú sabes, clínicamente realizado.

Emma sonrió y puso sus ojos en blanco.

—Sé serio, Nathan, eres un hombre muy atractivo y he visto a tu padre. Créeme, tu belleza y forma de ser no las heredaste de él.

—No, no lo hice. Nunca fui como él, no quise ser abogado, no quiero un suburbio, ni una buena chica, o algo normal. Cuando Oliver me ofreció la posibilidad de abrir un bar lo hice, porque ocuparme de algo disminuía mi ansiedad y mi necesidad de entretener.

—Pero no cantas —comprendió Emma.

—No.

Nate sabía que tenía buena voz, pero nunca le había gustado, no era fanático de esa vida y mucho menos desde que la conoció de primera fuente y con su madre, Dios sabía que había tenido excesos, lo habían emocionado al principio, pero ya era etapa superada y en el bar no lo permitía.

—No eres tu madre, Nathan.

—Maldita sea, Emma, no me analices, te dije que no necesitaba esa mierda. Sé que no soy mi madre, sé que saqué de ella la necesidad de no estar atrapado, pero nada más. Crecí con mi padre y él me apoyó y me enseñó; por supuesto, es un aburrido de mierda, pero lo hizo bien, así que no, cariño, no tengo problemas graves que no me permiten comprometerme, solo que no me gusta lo rutinario, ni lo normal. No soy un buen chico y no quiero una buena chica —le repitió mirándola con intención. La observó palidecer y después negar con la cabeza.

—Wow... eso no lo vi venir —dijo mientras se sentaba sobre sus talones.

—Tal vez fue mejor que todo esto saliera tan mal. Nunca seré bueno para ti, ni lo que quieres, Emma, búscate a otro que quiera toda la mierda de «felices por siempre». Yo no soy ese —dijo y se encogió de hombros ante la idea de que eso sucediera.

—¡Oh, jódete, Nathan! —le dijo furiosa mientras se bajaba de la cama y buscaba sus zapatos—. Maldito bastardo —refunfuñó sin mirarlo—, ¿crees que yo quería esto, imbécil? Yo estaba bien con la idiotez que tenemos, tú fuiste quién decidió traerme a este jodido apartamento, yo no quería entrar al grupo de «te vi, te follé y me fui».

Nathan la miró confundido y después rio por esa expresión, porque era algo adorable que solo ella diría.

—Y sabes algo más, idiota, yo sé quién eres y para tu información, no tengo ninguna intención de meterme con un maldito contador, en una casa

con cerca blanca, en un jodido vecindario idéntico, a solo tener niños y preocuparme por una vida plástica. Si no te has dado cuenta yo viajo y mi trabajo me absorbe, estoy muy ocupada para siquiera pensar en una relación, y no soy una niña, Nathan, tengo veintiocho años, por Dios bendito, no estoy necesitada ni te quitaré tu libertad. —Le dio la espalda y caminó hacia la puerta calzándose, en el último segundo se detuvo, se giró y negó con la cabeza—. Y estás tan lleno de mierda, la verdad es que sí tienes miedo al compromiso, a ser como tu madre y abandonarme cuando te necesite. ¡Eres un cobarde! No tienes ni siquiera los malditos cojones de aceptar que me adoras, que te mueres por mis huesos. Yo lo sé, y lo hago desde mucho tiempo atrás, imbécil, porque en el fondo, no eres tan buen actor.

Él la miró boquiabierto y todo fue en cámara lenta, cada palabra, insulto, y declaración de ella. Era una mujer ilógica, siempre salía con lo que menos imaginaba. Observó que tomaba su sobre y llegaba a la puerta del *loft*. Comenzó a tratar de abrirla, pero sin éxito, porque él la había trabado.

Nathan se levantó de la cama y caminó hacia ella que no paraba de patear la puerta y jalar la manilla con sus dos manos con todas sus fuerzas para poder abrirla. Él gruñó ya que estaba seguro de que Emma no lo dejaría vivir después de esto, pasaría una década recordándole sus palabras. Llegó hasta donde estaba, le pasó un brazo por la cintura y dejó descansar la mano en su vientre bajo, luego apretó y la pegó a su cuerpo. Ella se estremeció y lo empujó con fuerza.

—¡Suéltame, imbécil!

—Por años me preguntaste por qué todas las mujeres que conocía tenían un apodo y tú no, por qué siempre te llamaba Emma-Sensual, ¿lo recuerdas? Si sigues intentando irte no te lo diré, y esta es una oportunidad de una vez en la vida.

La escuchó bufar antes de detenerse por completo.

—Te refieres a cómo llamas a Sam «Gatita», a Claudia «Jalapeño» y a cada una de tus conquistas de una forma distinta y a mí de esa forma ridícula que no tiene ningún significado. —Volvió a empujarlo y Nate siseó por la fricción—. ¡Pobre de mí! Después de esta noche tendrás mi sobrenombre, Emma-Frígida o Emma-Plana empapelada, ninguna de las dos son agradables. ¡Maldita mi suerte!

—¡No! —refutó y la acarició para que se callara—, ese no es tu nombre.

Ella se removió cuando sintió que la mano de él bajaba un par de centímetros, casi rozando su sexo. Él sabía que estaba batallando para no preguntar, Emma siempre había sido curiosa, ese era de uno de sus grandes defectos.

—¿Cuál es? —preguntó moviendo su mano hasta donde estaba la de él para detenerlo, pero sin ningún éxito porque no había fuerza que lo alejara de allí.

Él acercó sus labios a su oído y mordió el lóbulo con suavidad—. ¡Nathan!

—«Mi mujer» —contestó y la sintió paralizarse por completo, después jadear y removerse con mayor entusiasmo, así que la soltó, pero en vez de huir lo que hizo fue girar y comenzar a golpearlo en su pecho.

—¡Imbécil, idiota!

La calló besándola sin los juegos anteriores, solo pegándola a la puerta, acariciando su cabello y gimiendo cuando ella se montó sobre su cuerpo, enrollando sus piernas por sus caderas y clavando sus tacones en su trasero.

Nathan le dobló la cabeza a la vez que insistía más en el beso, aunque no sabía quién de los dos estaba más ansioso, o besaba con más ferocidad.

Cuando se apartó para mordisquear su cuello, la escuchó jadear con fuerza.

—Ese sí fue un beso —le susurró. Él sopló contra su cuello provocando un zumbido y a Emma le produjo cosquillas.

Nathan asintió en silencio mientras la dejaba sobre la cama, en donde aprovechó para acariciar sus piernas y subir su vestido hasta sus caderas, y vio su pequeño juego de lencería transparente.

Tuvo que apretar la mandíbula por un momento mientras bajaba sus manos por sus piernas hasta acariciar sus pies y zapatos. Emma se arqueó y después frunció el ceño.

—Quítate la camisa. Adoro ver ese tatuaje.

Él se apartó para sacar la camisa por su cabeza, y sonrió cuando la escuchó jadear por el tatuaje. Era su obra de arte, y cada año agregaba algo nuevo, empezó con su antebrazo y ya había crecido hasta envolver la mitad de su pecho, y de sus omoplatos. Ella colocó una mano sobre su pecho, justo en el borde del tatuaje y sonrió.

—Tengo más años de los que quisiera admitir fantaseando por tener un lugar en él.

Nathan parpadeó sin responder, pocas personas sabían que él era quien lo había diseñado, mucho menos qué significaba cada dibujo, era algo que no era de la incumbencia de nadie más que de sí mismo. Quizá Oliver fuera el único que conocía la historia de más de uno. Y aun así, ella lo había descubierto, más que todo porque lo conocía, él se empezó a preguntar si lo conocía más que cualquier otra persona.

—Ya lo estás —le confesó y la vio abrir los ojos como platos, antes de sonreír orgullosa.

—Muéstrame —le rogó.

—Después. Primero quiero saber si eres tan habilidosa como presumes.

Ella asintió y sonrió un poco más comedida, antes de arrodillarse en la cama y comenzar a besarlo y tocarlo. Empezó delineando el tatuaje con su lengua, después bajó a su estómago, le sacó sus pantalones, calzoncillos y medias. Él dejó de respirar cuando ella deslizó su vestido por la cabeza y quedó usando su conjunto de lencería. Después se arrodilló entre sus muslos.

—Creo que tengo un poco de hambre... y al parecer no estabas fanfarroneando, no hay nada pequeño en ti —susurró con voz sensual. Y a pesar de que era otra de sus frases absurdas y de seguro fingida, él jadeó y empujó su pelvis hacia ella, excitado.

La forma en que ella lo tomó en sus manos, y su lengua se movía alrededor de su glándula lo estaba desquiciando, ella iba tan despacio que debía ser alguna especie de broma, lo chupaba, succionaba, y después pasaba su lengua, antes de volver a empezar y abarcar un poco más en su boca, para luego repetir el mismo procedimiento. Hasta para hacer felación era juguetona.

Gruñó cuando una pequeña porción de sus dientes hizo aparición haciéndolo temblar por la sensación. Colocó una mano sobre su cabeza y acarició su cabello naranja. Comenzó a impulsar sus caderas para follarla por su boca, pensó que iba a encontrar resistencia, pero la mujer relajó su garganta hasta que entró por completo. Demonios, no era la primera vez que alguien le hacía una garganta profunda, pero esa era su Emma, lo cual le parecía casi irreal.

Siguió impulsándose en unas cuantas embestidas más, pero se separó en el último momento, no quería correrse en su boca, quería hacerlo dentro de

ella, y deseaba que llegaran juntos al orgasmo.

Ella dejó salir un sonido de frustración cuando se apartó, tenía los ojos húmedos y los labios rojos e hinchados.

—¿Por qué te apartaste? —susurró ella, su expresión era confundida—.

Quiero probarte. Prometo que no me apartaré.

Él gimió y la tumbó sobre la cama, para besarla desahogado. Después pasó a su cuello y senos, quitándole el sujetador. Sus aureolas tenían un color marrón oscuro, casi chocolate, las acarició, besó y tocó maravillado, nunca había visto un color así. Le quitó las bragas y se empalmó aún más al darse cuenta de que estaba depilada.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Emma alzándose sobre sus codos.

De nuevo, lo confundía el deje de inocencia cuando la mujer le había hecho una garganta profunda unos minutos atrás.

—Es obvio —replicó cuando puso una mano sobre su sexo y comenzó a separar sus labios interiores—. Te voy a devolver el favor, cariño.

—No... no es necesario —susurró y lo tomó del cuello para que se colocara sobre su cuerpo.

Nathan frunció el ceño al ver su expresión ansiosa, sus ojos miel estaban turbios, ya sin un ápice de excitación. Sin embargo, su polla estaba más dura que nunca, y cuando ella lo tomó entre sus manos para guiarlo a su interior, dejó de pensar o preguntarse qué iba mal.

Lo ayudó a ponerse el condón y después se acercó a ella, tomó sus pies aún con tacones y los acarició de nuevo antes de acomodar ambas piernas sobre sus hombros. Ella se arqueó un poco más, y él la acarició para probar si estaba lista, sonrió como un depredador al encontrarla húmeda y caliente. La observó cerrar los ojos justo cuando la penetró. Emma gritó y él gruñó ya que ella era mucho más estrecha de lo que esperaba, tan apretada que por un momento pensó que podía ser virgen, sino fuera porque le acababa de realizar una garganta profunda y tenía veintiocho años.

Comenzó a moverse, pero cada vez la sentía tensarse aún más, y apretaba sus ojos cerrados.

—¿Emma? —Trató de concentrar su expresión—. Dime que no eras virgen —rogó, a los santos, dioses, a lo que fuera que estuviera escuchándolo, porque si ella le decía que sí, él se mataría con hilo dental en el baño.

—¡No! —respondió horrorizada.

Ella abrió los ojos y la ansiedad que vio allí, lo hizo detenerse, por completo.

—Continua, por Dios, no te quedes allí.

Gruñó y volvió a salir de ella lentamente, hizo que ella lo envolviera con sus piernas, y la penetró de nuevo al tiempo que la acariciaba y besaba para que se relajara. Así hizo por unos cuantos minutos sin ningún resultado, más bien cada vez parecía un poco más tensa.

—¿Nathan? —preguntó en un jadeo que causó que él se paralizara—.

¿Recuerdas tu última pregunta?

Él apretó las manos en el cobertor a cada lado de su cabeza.

—Emma, maldita sea.

—¡No era virgen! —gritó ella colocando una mano sobre su pecho—. Es solo que las únicas tres veces que lo he hecho han sido horribles.

—¡Maldición! —gritó, se salió de su interior y se sentó sobre sus talones—.

¿Tres veces? —preguntó horrorizado—. ¡Tres veces!

—¡Bien, no grites! —le pidió exaltada. Se alejó hasta un extremo de la cama, subió sus piernas hasta que quedaran dobladas y las abrazó con sus manos—. ¿Recuerdas lo de patito feo?

—¡Nunca has sido un pato feo de mierda, Emma! Te conozco desde hace ocho años y siempre has sido hermosa.

—¿Siempre te parecí hermosa? —preguntó. Él se pasó una mano por el cabello.

—¡Concéntrate! ¡Tres jodidas veces!

—Claro —respondió insegura—. Solo digo que quería disfrutar que a mis veinte años, más plana que ahora y mucho más delgada te hubiese parecido hermosa.

—¡Emma!

—No estaba bromeando, ¿bien? —dijo con tono molesto y sonrojada. Humillada. Nathan la miró confundido y para relajarla le acarició la rodilla. Ella pareció calmarse con su toque y suspiró—. Sobre lo de ser frígida —murmuró.

—Nunca —dijo aturdido.

—No —declaró.

—¿Ni tú misma?

—No —repitió. Nathan frunció el ceño y apartó la mirada.

—Pero... ¿cómo...? Digo... —balbuceó un poco.

—Porque tengo una boca habilidosa, te lo dije —confesó. Nathan se sintió aún más perdido—. Por lo general funciono oralmente, los hombres se quedan tranquilos con ello y todos somos felices. Pero tú te apartaste y yo...

—Para un momento —exigió, tenía que entenderlo—. Le haces sexo oral a los hombres y...

—Los agoto, es un don. Lo juro, siempre se duermen después.

Nathan la miró por un par de segundos y aunque sabía que no debía, Dios, lo controló todo lo que pudo, acabó carcajeándose por esa última declaración.

Ella lo miró horrorizada, se acercó hasta donde estaba y lo golpeó en la cara; y él se llevó la palma a su mejilla con los ojos humedecidos, una mezcla de diversión y dolor, ya que le había dado un golpe fuerte. Nate sabía que estaba siendo un idiota, pero no podía dejar de reír, así que en una maniobra que había aprendido cuando entrenaba lucha libre, giró su cuerpo, le subió las manos sobre la cabeza y se le colocó encima. Emma se detuvo y lo miró con furia.

—¡No te burles de mí, imbécil!

—No, juro que no lo hago —dijo, pero se seguía riendo, no podía controlarse. Aunque eso le duró hasta que vio correr una lágrima por su mejilla, entonces se detuvo y la besó en los labios—. Perdóname. —Ella asintió y lo miró un poco triste—. Las tres veces, ¿hace cuánto tiempo?

—Mucho...

—¿Cuánto? —insistió.

—Más de nueve años —dijo. Nathan maldijo por lo bajo y suspiró.

—¡Eres virgen! —gritó aturdido.

—¡Qué no soy virgen!

—Eso sería discutible, algo de semántica —dijo y sonrió divertido por su chiste. Emma lo miró amenazante y él puso los ojos en blanco—. ¡Fue gracioso! —le refutó—. Esos maravillosos hombres con los que estuviste, ¿te prepararon? —preguntó con tono irónico.

—Sí, soy yo, por Dios, también he tratado con mis dedos, con un puto consolador, es inútil, ¡soy asexual!

—Oh, nena, no eres asexual.

—No me hagas sentir bien, Nathan —le dijo Emma con tono frustrada,

removiéndose y haciendo que él gimiera porque la fricción hizo que golpeará su aún erecto pene y le doliera por lo sensibilizado de su estado—. Lo siento, no había pensado... ¿Puedes, sabes? —le dijo con voz tímida.

—¿Qué puedo? —preguntó acariciando su mejilla.

—Tú sabes —Abrió los ojos y Nathan sonrió al entender el porqué de la timidez y la audacia, era obvio que sabía manejar los juegos, pero lo demás no podía controlarlo—. No me importaría —continuó—, igual no tengo chance de tener yo uno, no te lo negaría, puedes penetrarme, yo aguantaría, o podrías dejar que te hiciera sexo oral, puede que no lo creas, pero de verdad tengo un don.

—Claro que lo tienes, pero no, gracias —negó y luego la miró horrorizado porque notó que Emma en serio creía que era su culpa—. No eres frígida, Emma. Te humedeces cuando te toco, respondes a mis caricias. Esos niños a los que te tiraste no sabían cómo hacerlo bien. Te aseguro que no te prepararon, no hubo sexo oral. Basta ver tu reacción cuando traté de besarte debajo de tu estómago para saber que nunca lo hiciste antes.

—Pero yo también... —trató de interrumpirle.

—Tampoco sabías qué buscar.

Se acercó y la besó con fiereza para relajarla.

Si lo hubiera sabido antes se la habría follado desde que la conoció, hubiese pasado horas y horas preparándola si era necesario, ninguna mujer dejaba su cama insatisfecha; bueno, solo una vez, pero tenía catorce años y era su primera vez. Después tuvo a Amelia, una vecina viuda y lo enseñó, educó y folló hasta que él se fue a la universidad. Ella también había muerto un par de años atrás, le resultaba irónico que le había dolido más su muerte que la de su propia madre.

Cuando la tuvo relajada, comenzó a besar su cuello, detrás de su oreja, cada una de sus zonas erógenas; jugó con sus senos por mucho tiempo, mordió, succionó y tocó. Cuando llegó a su estómago, ya ella estaba temblando y jadeando.

Allí abrió aún más sus piernas, pasó la punta de su lengua por ese punto y la escuchó gritar.

«¡Frígida, una mierda!», se burló antes de comenzar a tocar con un dedo sus labios interiores. Alguien idiota que no supiera qué hacer, solo se hubiese preocupado por ir a su clítoris he insistido a ver si llegaba a alguna

parte. Pero él conocía todos los nervios que rodeaban sus labios inferiores, y que la volverían loca antes de siquiera volver a acariciar su clítoris o penetrarla con la lengua y sus dedos. Así que lo hizo, después cuando por fin estaba penetrándola con los dedos, y sintió que empezaba a tensarse, ralentizó su toque, quería que su primer orgasmo fuera explosivo, eran veintiocho años sin uno.

—Nathan, por favor... por favor... quiero saber cómo se siente. ¡Apura esa mierda de dedo!

Él sonrió mientras la veía removerse, tuvo que colocar una mano en su cintura para detenerla. Ella gemía, sus ojos estaban oscurecidos, llenos de deseo y su piel brillaba de sudor por el exceso; aceleró el movimiento de sus dedos y tomó su clítoris entre sus labios, succionando mientras la miraba.

Emma se arqueó y se tensó, la simple idea de que presionara su polla de la misma manera en que lo hacía con sus dedos, casi lo hizo correrse. Ella gritó y susurró su nombre. Jamás le había parecido más hermosa que en ese momento.

Él se limpió y se acostó a su lado. Aún seguía excitado, pero de alguna forma se sintió satisfecho solo por verla obtener su placer. Nunca le había sucedido eso, aunque imaginaba que era porque la quería.

Emma lucía asombrada y sus ojos se humedecieron. La acercó a su cuerpo rodeándola con sus brazos. Unos minutos después ella seguía temblando mientras volvía de lo alto.

—¿Estás bien? —le preguntó acariciando su cabello cuando la sintió relajarse. Ella asintió y después subió su cabeza para mirarlo.

—No lo puedo creer, no soy frígida, yo... —Lo miró aturdida—. Me has dado el mejor el regalo, Nathan. El mejor.

Él la besó con ternura mientras pensaba que nunca se había sentido tan libre con una mujer como siempre lo hacía cuando Emma estaba cerca, y por todos los cielos, en ese momento estuvo seguro de que no la dejaría ir, aunque ella le exigiera vivir en una casa rodeada por una cerca blanca.

Capítulo 17

Debe ser amor en el cerebro lo que hace que me sienta de esta manera, que me golpea hasta dejarme moretones, pero me jode tan bien y no puedo saciarme. Debe ser amor en el cerebro, sí y sigue maldiciéndome (maldiciéndome) sin importar lo que haga, no estoy bien sin ti Love on the brain, Rihanna.

—Juro que si hubiera sabido que esto sería así, no habría atrasado mi viaje a París por esta cena —se quejó Emma, mientras Sam reía divertida sentada a su lado, y veía a Oliver y a Nathan luchar a muerte por ser el campeón de un videojuego de carreras de auto, que había traído Nate.

—¿Por cuánto tiempo te vas? —preguntó Sam sin mirarla, ya que seguía fascinada con Oliver y sus movimientos involuntarios, que seguían el ritmo de los saltos del vehículo del juego. En ocasiones lo oía maldecir, como un camionero, a su amigo y al mundo en general, a pesar de que siempre terminaba ganando. Ninguno de los dos era en absoluto bueno en el juego, pero era la primera vez que lo veía tan libre haciendo algo tan mundano como jugar un videojuego, al menos desde que volvió a su vida.

—¡Dos jodidas semanas! —escuchó que Nathan gritaba, antes de tirar el

control al suelo y girar hacia Oliver—. No sé cómo demonios hiciste, pero fue trampa. ¡Exijo un árbitro!

—El árbitro no vio nada malo —susurró Sam, antes de que el pandemonio explotará. Nathan se levantó del suelo para gritarle a Oliver por haber comprado al árbitro, y a exigirle a Emma que lo defendiera. Mientras Oliver se quejaba y lo llamaba con diminutivos por no aceptar que él era el mejor.

—¡Demando un recuento! —exigió Nathan antes de que Emma se riera y se acercara a abrazarlo.

—Acepta que eres malo, Nate —le aconsejó Emma—. Todos sabemos cuáles son tus puntos fuertes, y las consolas en definitivas no lo son. Sam se rio con ganas por ello, en especial por la cara de ofendido de Nathan, y la forma en que golpeó su trasero en castigo.

—Más respeto, maldita sea —gruñó el hombre antes de girar a Sam—. Eres una vendida.

Ella parpadeó y se dejó atraer por Oliver que se había sentado a su lado.

—Oliver es el mejor—le repitió y lo vio gruñir antes que Oliver se carcajeada y besara su cuello.

—Acepta que jamás regresaré a tu casa —dijo él antes de acercarse a despedir con un abrazo y una gran sonrisa. Lo cual contradecía todo su show anterior. Toda la cena había transcurrido entre falsas peleas e insultos que no sentían de verdad, era la forma de relacionarse que Nathan y Oliver habían adoptado desde que se hicieron amigos. De hecho, Sam no comprendió lo unidos que eran hasta que hoy los observó interactuar en una reunión tan cotidiana. Se adoraban aunque nunca lo aceptarían en público.

Oliver se despidió de Emma, y Sam siguió a la pareja hasta la puerta, besó y agradeció a cada uno de ellos por la visita, cerró el portón y suspiró exhausta pero complacida. Oliver y ella habían creado un pequeño santuario en esa casa, y se sentía estúpidamente feliz por el hecho de haber realizado esa cena y sobre todo de que él no se hubiese opuesto a ella, al contrario, la disfrutó y ella sintió, al menos por ese rato, que eran una pareja normal en una especie de doble cita. Esa sensación le daba una libertad que sabía que en verdad no existía.

Cerró la doble chapa de la puerta y se giró hacia él, que seguía sentado en el sofá y la miraba con la misma intensidad que tenía destruyéndola en esos

últimos dos meses. Se apoyó contra la pared antes de sonreírle. La vida daba y quitaba a la vez, aceptó en silencio. En los cuatro meses que llevaba viviendo en Londres, le habían quitado las autoafirmaciones que usaba para engañarse, le arrebató la esperanza, y si las pinturas que guardaba celosamente en la segunda habitación era algún indicio de ello, también había perdido un poco de su sanidad mental. Sin embargo, le dio a ese hombre, y a la relación que aún no sabía cómo definir, pero que se había vuelto maravillosa desde su cumpleaños, ya dos meses atrás.

—Por fin se fueron —se quejó Oliver poniendo sus ojos en blanco, y ella se tambaleó y casi se derritió.

—Se ven tan bien juntos. —dijo Sam una vez recuperada—. Me alegra haber sido su celestina. Parecen felices.

—Sí, hasta que alguno de los dos lo arruine —aseguró—, hasta allí llegará la felicidad.

Ella sonrió un poco más afectada, entendió el texto entrelíneas de esas palabras, pero se esforzó por mantener el mismo ánimo que llevaban meses cosechando. Por fin sentía que habían avanzado y que él no estaba en guardia todo el tiempo, lo cual agradecía.

—¿Cómo conociste a Nathan? —le preguntó interesada a la vez que intentaba cambiar el tema a asuntos más ligeros, antes de caminar hacia la mesa de caoba del comedor que había comprado hace un mes, y recoger los platos y restos de la cena.

—Por Alexa —contestó Oliver, estirándose sobre el sofá—. ¿Dónde está la gata del demonio? —se interrumpió curioso.

—La dejé en el baño, no quería que salieras lastimado —dijo en tono sarcástico.

—¡Bien! Esa gata me odia, en ocasiones temo por mi vida —expresó serio, a lo que Sam sonrió y le sacó la lengua antes de volver a sus quehaceres. Oliver sonrió y continuó—. Como te decía, lo conocí por Alexa, y Nathan ni siquiera estudiaba en la misma universidad, iba a Waltham, estaba haciendo varios cursos sobre negocios y contabilidad; aun así, los tres fuimos el azote en Bartlett; fiestas, borracheras, ligues de una noche. Después, cuando nos graduamos, él compró el bar destartado en el que siempre malgastábamos el tiempo. Yo le ayudé con el capital —se encogió de hombros—, el banco nunca le habría otorgado un préstamo, no tenía dónde caerse muerto.

Sam se giró a verlo, aturdida.

—¿El bar es tuyo?

—No, es de Nathan, yo solo soy un socio silencioso.

—Vaya —susurró y se acercó hacia donde estaba sentado, él abrió espacio entre sus piernas y ella se acomodó entre ambas, deslizando sus manos por su cabello para acariciarlo—. Eres asombroso.

Él se removió incómodo, pero no se apartó de su caricia, en cambio puso su frente entre sus pechos, y suspiró.

—No fue nada, es solo dinero, en ese entonces yo tenía ahorrada casi toda la paga por trabajar en la empresa y había hecho unas cuantas inversiones, así que poseía liquidez —informó como si fuera lo más natural del mundo.

—Te aseguro que lo fue todo para él. Y sé por Emma que la revista de Bianca no existiría sin ti y eso significó el mundo para ambas. —Lo miró confundida, tomando un puñado de su cabello y lo jaló para que la viera—. ¿Qué te hizo invertir en eso en primer lugar? Jamás lo he entendido.

Ahora Oliver sí se movió, la atrajo hasta sentarla sobre su regazo y acarició su cuello con sus labios; Sam se estremeció en respuesta.

—Con ello quise pagar una deuda —respondió, sus ojos se enfriaban, el marrón desaparecía—, pero ahora creo que servirá para desquitarme. Y lo disfrutaré mucho.

Sam frunció el ceño y enarcó una ceja.

—¿De qué estás hablando?

Oliver se encogió de hombros y tomó su nuca para mirarla a los ojos, ella perdió el hilo de la conversación

—¿Ya estás caliente y mojada? —le preguntó, con tono seductor, a la vez que introducía su mano por el vestido color cian y debajo de sus bragas—. Más de lo que imaginaba. Bésame, Samantha —le ordenó.

Ella giró su cara y sus labios se encontraron. Lo besó con sentimiento, con todo el anhelo y el amor que tenía meses expresándole, desde que él le permitió hacerlo. Rosó su lengua e intentó jugar un poco, pero él se lo hacía difícil por el movimiento de sus dedos en su clítoris, ya que la incitaba a enloquecer.

—Eres tan perfecto —susurró entre sus labios antes de empezar a besar su cuello.

Oliver le quitó la ropa interior y la tomó de su cintura para elevarla y

dejarla a horcajadas sobre sus piernas.

—Quiero que te quites ese vestido y que me cabalgues —dijo él y ella tembló por el tono y por su mirada—. Quiero tener tus pechos en mi cara, Samantha y ahogarme en ellos.

Ella gimió y cumplió su orden, era imperativo hacerlo. Lo ayudo a desabrocharse el pantalón y después se sacó el vestido por la cabeza. Cuando se quitó el *brassier*, lo escuchó ronronear.

Sam elevó la mirada y quedó paralizada, su respiración agitada, sin poder bloquear su expresión o emoción al escuchar ese sonido que tenía tantos años anhelando. Él no advirtió su estado, lo cual agradeció, ya que estaba más concentrado en cumplir su fantasía. Oliver la penetró y la hizo jadear, y rodearlo con su calor, así que solo lo abrazó y se dejó llevar. Puede que para él todo fuera igual, pero para ella no lo era. Cada vez que estaban juntos se daba entera, le hacía el amor, porque ahora que sabía cuál era la diferencia comprendió que en su alma, y por respeto a Oliver, siempre lo había hecho de esa manera, siempre le había entregado más que su cuerpo.

Cuando terminaron, ella quedó sobre él, tirados en el suelo, y acariciaba su cuello y pecho, mientras notaba sus manos rozar su espalda, en una caricia delicada.

—Siempre supe que ibas a ser así —escuchó que le susurraba. Sam se elevó hasta doblar sus brazos sobre su pecho, y acomodó su barbilla sobre sus manos. Lo miró confundida—. Cuando estábamos en nuestra casa, lo llenabas todo. Nos cuidabas a todos, eras una anfitriona y tenías un aura maternal, nos anteponías ante lo demás, con la comida y los detalles. Recuerdo que Alexa se quejaba de ello al mismo tiempo que te elogiaba, porque le encantaba que la mimaras.

—Todavía lo hace —comentó Sam divertida—. Al menos una vez a la semana llegaba de improviso a mi casa y nunca dudaba de que iba a tener comida para ella y sus niños. La verdad siempre lo sabía antes y cocinaba sus platos favoritos. —Sonrió con nostalgia, Nella y Jared fueron sus amores desde que los tuvo en brazos por primera vez—. Ella dice que seré una excelente madre porque ya soy una maravillosa tía. —Lo cual siempre la hacía sentir mejor, ya que Alexa entendía cuánto anhelaba a Sebas.

—Lo serás —prometió él, y ella al oírlo volvió a concentrarse en el presente—. A diferencia de mí.

—¿De qué estás hablando? —preguntó aturdida—. Serás un padre increíble —le susurró y él le frunció el ceño, por un momento creyó que le gritaría por declarar algo tan personal; sin embargo se quedó allí, mirándola a los ojos.

—¿Lo crees? —preguntó por fin y ella asintió.

—Lo protegerías de todo y lo amarías siempre. Y ese bebé sería afortunado al tenerte.

—Afortunado de ser el hijo de un bastardo —murmuró mirando al techo.

Sam le tapó la boca, odiaba que se expresara de esa manera de sí mismo.

—Escúchame bien, cualquier niño estaría bendecido de tenerte como padre. —Sonrió con tristeza—. Mis hijos serán hijos de una artista loca e idiota, que piensa que su computadora tiene alma propia y que es dueña de una gata con dudosos comportamientos sociales.

Oliver se carcajeó ya que ambos sabían que lo último era muy cierto, Lira cada vez estaba peor con él, tenían una especie de guerra y no sabía cómo arreglarlo. Lo peor es que eran ambos, ella lo odiaba, le siseaba y mordía cada vez que tenía la oportunidad, y él la atacaba a su vez, incluso una vez la había pateado contra la pared. Sam se había indignado hasta el extremo de informarle que si volvía a maltratar a su gata de esa manera jamás dejaría que le hiciera el amor de nuevo. Hasta ese momento había funcionado.

Él se levantó del suelo y la llevó hacia su habitación, lo cual significaba que pronto se iría, pero se forzó a evitar que le afectara. Lo tenía por un rato y era suficiente. Tenía que serlo.

—¿Cuántos hijos quieres tener? —le preguntó él antes de acostarla en su cama.

—¿Cinco? —preguntó Sam a la vez que se reía.

—Vaya, pobre padre —dijo aunque de inmediato dejó de sonreír, ambos se miraron a los ojos, sabiendo que eso significaría que ya no estarían juntos—. Será un hombre afortunado —susurró y ella sintió que su pecho se hundía un poco.

—Es solo un sueño, es muy posible que no tenga ninguno —dijo y se mordió el interior de su mejilla con fuerza, esa idea le dolió con la misma intensidad que el saber que el padre sería alguien distinto a él.

Oliver asintió y lo vio salir de la habitación. No supo cuánto tiempo transcurrió, ya que fue como si hubiera entrado en una dimensión

atemporal, donde sus pensamientos transitaban muy despacio o rápido. Lo siguiente que percibió fue la lengua rasposa de Lira, que lamía su mano. Parpadeó y miró a su gata, le sonrió y la acarició, sabiendo que el hecho que ella estuviera allí significaba que él se había ido.

Horas después, Oliver aún no decidía si irse o volver a los brazos de Sam. Eran las tres y media de la mañana y se sentía agotado, no era un cansancio físico, era mental. Honestamente estaba harto de esa vida, pero sabía que si no se iba pronto, su esposa lo volvería loco con mensajes de texto y llamadas.

Percibió la presencia de Samantha a su espalda, y sabía que si giraba la encontraría mirándolo, siempre que estaba frente a la mesa de dibujo trabajando, ella paraba de hacer lo que fuera que estuviera haciendo para observarlo. Era enervante y adorable.

Giró para encontrarla en la entrada del pasillo, su mirada fija en él, vestía pijamas y su cabello estaba desordenado, resultaba evidente que había dormido por un rato.

—Pensé que te habías ido —dijo ella en un susurro.

—Lo intenté —respondió Oliver en un tono que para Sam sonó como «no hagas más preguntas»—. ¿Quieres ver en lo que estoy trabajando? —le ofreció para cambiar el tema, luego se alejó un poco de la mesa, para que ella se acomodara entre sus piernas.

Samantha pareció brillar frente a él, antes de correr a su lado. Era como si ambos orbitaran alrededor del otro, al menos desde su cumpleaños.

—Es maravilloso —escuchó que ella declaraba, y lo hizo salir de sus pensamientos sin sentido—. Me gusta la forma en que diseñas, Oliver, eres vanguardista, pero conservador, cada uno de tus dibujos tienen más de una lectura, solo debes descubrirlo.

—Tengo años sin crear nada, y esto de seguro quedará en la basura —declaró y puso su mano derecha sobre el papel vegetal, para romperlo.

Samantha se lo impidió.

—No lo hagas —le rogó—, es hermoso.

Oliver se detuvo y volvió a apoyar su espalda en el asiento. La vio tomar un

lapicero y dibujar en los bordes del diseño. No era el mejor que había hecho, no había mentido cuando dijo que tenía años sin crear nada, la dirección de la empresa, junto con los pequeños problemas que explotaban cada día, evitaban que volviera a tocar siquiera un calibrador. Sin embargo, se encargaba de supervisar y guiar cada obra, y al menos algo de lo que creaban tenía su marca personal, era su forma de mantener vivo a su arquitecto interior.

Se fijó en Samantha y la vio sonreír mientras modificaba algunos pilares del edificio, y creaba un chapitel ovalado, juguetón y decorativo, que podía funcionar muy bien como una especie de mirador. Volvió a concentrarse en ella y parpadeó sorprendido, tenía tiempo sin verla sonreír así, con esa expresión de concentración y maravilla que conocía muy bien, la que siempre la rodeaba cuando estaba pintando algo nuevo.

—Listo. Ya está perfecto —comentó y lo miró, sus ojos brillantes—. Ahora no puedes destruirlo, es algo tuyo y mío.

Se quedaron con la mirada fija en el otro por un rato, Oliver no quería moverse o siquiera hablar. Un momento después recordó lo que tenía guardado en su maletín y de mala gana estiró la mano para cogerlo del lado de la silla de la mesa de dibujo. Sacó el paquete forrado de papel y se lo ofreció.

Samantha lo miró confundida, su ceño fruncido, pero sonrió y lo tomó.

—Un buen invitado siempre debe traer un regalo a su anfitriona. La cena estuvo grandiosa —dijo él y le dio un pequeño beso mariposa en los labios.

Se alejó un poco y él no pudo evitar admirar su cuerpo que se traslucía bajo su camisola, mientras ella abría el paquete. Cuando vio el contenido, quedó aturdida, paralizada.

—¿Qué? —jadeó ella. Oliver incómodo, se levantó de la silla, para comenzar a caminar en círculos, justo como hacía Lira cuando estaba ansiosa —. No puedo creer que hiciste esto.

—No es el mismo. Pero te lo debía —respondió sin mirarla.

—Ni siquiera sabía que lo tomaste.

Él asintió y se arregló la camisa como un gesto nervioso. Había estado bastante borracho ese día en Chicago, pero no lo suficiente para olvidar que había destrozado algo invaluable para ella. Al día siguiente, mientras Samantha se alistaba para venirse a Londres junto a él, Oliver cogió los

restos del jarrón de su madre y lo guardó en su propia maleta. No era igual, hizo que crearan un nuevo desde los restos, y el resultado fue hermoso, un jarrón de cerámica cristalizada, se veían las líneas de la reconstrucción del original, había pedazos diminutos que faltaban, pero fue lo máximo que pudieron hacer, y al menos pudo rescatar la mayor parte de este.

Samantha miró el jarrón por un largo rato, después, lo vio a él, antes de poner su mano izquierda sobre sus ojos y comenzar a llorar a lágrima viva. Oliver, anonadado, no supo qué hacer, solo se acercó a ella y la atrajo a su cuerpo, para consolarla.

—Creí que lo había perdido para siempre —susurró Samantha, su voz un poco ronca por el llanto—. Antes de tener este jarrón nunca tuve una conexión real con mi mamá. Los perdí muy joven, eran pocas las cosas que recordaba. La visión de mi padre peinando mi cabello y repitiendo que era hermoso. El recuerdo de un parque. La canción que escuché una vez, cuando tenía doce años, que activó mi cerebro y me hizo escuchar su voz, y saber que me confortaba cuando me sentía triste. Veía fotografías de eventos que no recordaba, y tenía sus nombres, más el anhelo de saber que fueron mis padres, pero nada más.

Oliver acarició su mejilla, y ella alzó la cara y le sonrió.

—Cuando Nella nació, yo entendí que ya no tenía a nadie que pudiera alguna vez decirme: «Viste como chupa su dedo, recuerdo cuando tú solías chupar el tuyo después de llorar». No tenía familia o alguien que conociera mis mañas de niña, sentí que me pusieron en este mundo y borraron todo mi pasado, como si no existiera o alguien alguna vez me reconociera. Es por lo que viaje a mi ciudad natal en Oregón y quise visitar mi antigua casa y ver sus tumbas, porque ellos lo sabían, me conocían. Así que fui y los encontré.

Samantha tomó el jarrón y se levantó, quedó frente a él. Oliver tomó un mechón de su cabello y lo colgó detrás de su oreja, antes de acariciar su mejilla.

—Mi mamá esculpía, y trabajaba con cerámica. Era una artista, como yo —susurró con voz rota—. Y al ver este jarrón, nos recordé a ambas en el garaje de nuestra antigua casa, ella creando algo nuevo, y yo dando volteretas a su lado, feliz.

—Debe estar más orgullosa, entonces, de que seguiste sus pasos. —Sam bajó la mirada y sonrió, triste, antes de encogerse de hombros—. Lamento

que no quedará perfecto.

Ella lo miró y sus ojos volvieron a brillar.

—Es más que perfecto, ¿no lo ves? Es una parte ella, es una parte tuya. Y es la prueba de que podemos recuperar lo que destrozamos. Y que incluso, puede ser más bello que antes.

Oliver, confundido, solo pudo asentir y abrazarla cuando ella se echó en sus brazos y cuando finalmente comprendió sus palabras, parpadeó sorprendido y se alejó un poco para verla a la cara. Los ojos azules de Sam se oscurecieron, por el rechazo instintivo, pero no pudo evitarlo, así como tampoco pudo evitar alejarse unos cuantos pasos de la mesa de dibujo.

—Oliver —escuchó que le susurraba. Él respiró con brusquedad un par de veces, miró la puerta principal del apartamento, e incluso caminó hacia ella, queriendo huir—, por favor...

Él apretó sus manos en puños, sintiendo el tirón de la fuerza que lo hacía orbitar a su alrededor desde su cumpleaños. Dio la vuelta, se acercó a ella y la tomó de la nuca para besarla casi con violencia. Sam lo aceptó gustosa, y se pegó a su cuerpo.

—Debo irme —le susurró él cuando se apartó. Ella asintió, estirando sus labios en una ligera sonrisa. Oliver tomó su maletín y caminó hacia la salida, cada paso más difícil que el anterior.

Capítulo 18

*Dentro de mi cabeza, mis sueños batallan
contra las máquinas como adversarios, ven y
lucha hasta liberarme, libre de la guerra.*

*Tu corazón sirve como la llave para la
cerradura en la pared. La giró, la giró,
pero no puedo escapar. Te amé, te
amé, y te perdí y duele como nunca.*

Hurts like hell, Fleurie.

Oliver se pasó la mano por su cabeza y suspiró agotado. Cada día que pasaba se le hacía más difícil salir de sus brazos, salir de esa vida. Tomó la mano de Samantha para apartarla de su pecho y frunció el ceño al ver las líneas negras en sus uñas. Eso significaba que estaba pintando a pesar de haberle dicho que no había creado nada nuevo. Aunque quizá fuera la tinta de su proyecto de la revista y se estaba imaginando cosas. Se levantó de la cama y la arrojó con las mantas. La miró dormir mientras se vestía, mareado por los sentimientos que lo abrumaban y se forzó a alejarse, a pesar de saber que estaría allí a primera hora del día siguiente, para invitarla a desayunar, como venía haciendo desde la cena con Nathan y Emma, ya un mes atrás.

En esos días se encontraba concentrado en ella y en el trabajo, en ese orden.

Y empezaba a desear las cosas más absurdas; como sacarla un día a cenar a su restaurante favorito, o conseguir alguna manera de desaparecer a llana del mapa y venir a vivir con ella, para no alejarse cada condenada noche de sus brazos. Incluso aceptaría vivir en esa inmundicia de apartamento, en ese barrio de mala muerte, con esos muebles destartados, porque eso significaba que estaría a su lado y que no la dejaría escaparse.

De hecho, la noche anterior, fantaseó con la idea de ser el padre de los hijos que ella tanto deseaba, a pesar de que no quería tenerlos y que eso nunca pasaría. No obstante, en esos días, lo único que hacía es meditar sobre planes imposibles y creer que de alguna manera los volvería realidad.

Ni siquiera sabía cuándo empezó a cambiar, aunque si tuviera que adivinar, diría que fue cuando le hizo el amor. Se había justificado de muchas formas distintas; era su cumpleaños, que era su forma de resarcir — lo que aún tantos años después seguía persiguiéndolos— la acusación de que pudo haber sido un poco más tierno cuando la tomó por primera vez; pero lo cierto es que fue una necesidad que no pudo contener. Desde ese día las cosas habían cambiado, cada vez que tenían sexo —si era que aún

podría llamarlo así—, todo era mucho más relajado y calmado entre ellos, y estaba acabando con él.

Ella había creado un espacio para Oliver en que se sentía como en casa, en paz. Como antes. Ponía a su disposición un escenario que lo transportaba a la vida que hubiera elegido si su historia hubiese sido diferente. Y lo ansiaba, cada día más. Quizá podría ser posible, tal vez si le explicaba a Liana lo que estaba sucediendo, ella lo dejaría en libertad, y la tendría de nuevo por completo.

Salió del cuarto y se dirigió hacia la cocina, ya faltaba media hora para la media noche y debía llegar a casa. Abrió la puerta y dejó salir a Lira, esa gata debía estar poseída, era la única explicación posible.

La observó salir corriendo hacia el cuarto de Samantha, como hacía cada noche después de que la liberaba antes de irse, era como si la felina tuviera que verificar que no le hubiese hecho daño.

Cuando se acercó a la puerta principal, encontró a la gata frente a él, mirándolo erizada. Estaba preparada para atacarlo, como hacía algunas noches, debería haberla dejado encerrada, pero no quería que Sam despertara sola.

—No me voy a ir a ninguna parte, acéptalo de una vez —le escupió a la gata y, aunque pareciera absurdo, la vio entrecerrar los ojos. Al parecer estaba igual de loco que Samantha—. Y no le hice ningún daño. Debería enviarte al maldito infierno y hacerle un favor al mundo.

La gata le mostró los dientes y dio un paso hacia Oliver. Él se alejó, porque esos arañazos dolían cómo la mierda. Bufó molesto y movió su pie en un gesto de amenaza, como si quisiera arrojarla contra la pared, lo había hecho en una oportunidad, un auténtico acto de defensa propia.

La gata ni siquiera parpadeó por la amenaza.

—Eres tan valiente —le dijo y la escuchó chillar de nuevo con su vello erizado. Lista para el ataque—, y no eres la única que se preocupa por ella —continuó y se maldijo por estar hablando con el animal.

Culpaba a Samantha de ello, tal vez la había visto hacerlo tantas veces que lo había contagiado. Caminó hacia la puerta rodeando a la gata que parecía burlarse de él, aunque sabía que eso solo era su conciencia hablando, esa perra lo atacaba con regularidad.

Se odiaba por cómo estaba actuando, por tomarla cada noche, y solo tener

unas horas a su lado y porque sabía que la acusación de su gata era cierta. Le estaba haciendo daño; pero igual no podía detenerse, no podía dejarla ir.

Tal vez su abuelo siempre estuvo en lo cierto: él era un Lewis y toda la escoria que pasaba por sus venas lo hacía actuar igual a su padre y a Michael. Se detuvo y negó con la cabeza en un gesto terco. No, no era como ellos, nunca le había dicho una mentira, embellecido la realidad o manipulado para que lo aceptara. Siempre había sido sincero con Samantha, no había futuro para ellos. No que eso importara, ya que no deseaba nada más que volver a esa cama y acostarse a su lado, seguir sintiendo la paz, la tormenta que experimentaba a su lado y el descontrol que conllevaba, pero en lugar de hacerlo salió de ese sitio sin mirar atrás. Como hacía cada noche.

Entró a su apartamento media hora más tarde, se quitó la chaqueta y la dejó tirada sobre una silla mientras se dirigía a su despacho. Ese sitio cada día le parecía más frío, tétrico y sin alma; sobre todo después de pasar un par de horas en casa de Samantha, había algo allí que le hacía ansiar quedarse, una tranquilidad y calidez que no había disfrutado en su piso ningún día en los casi tres años que llevaba viviendo allí.

Cuando dio un paso dentro del despacho se detuvo, su mano paralizada en el interruptor de luz a punto de encenderla. Sentada en uno de los sillones de su despacho se veía la sombra de llana con una copa de vino tinto en sus manos y mirando hacia la chimenea encendida, la única iluminación que había en la habitación.

—¿Ocurrió algo? —preguntó sin moverse de su sitio.

—¿Podrías entrar y cerrar la puerta? —Le pidió sin moverse de su sitio ni dejar de observar la llama de la chimenea—. No enciendas la luz —ordenó un segundo después, tal vez viendo con el rabillo del ojo que él iba a hacerlo.

—Como quieras —contestó cumpliendo lo pedido.

Se acercó a donde estaba y se sentó en el sillón gemelo, quedando frente a llana, quien no se había girado en ningún momento.

—¿De qué va esto? —preguntó y posó los brazos sobre sus rodillas antes de impulsarse un poco hacia delante.

—¿Debería preocuparme, Oliver? —preguntó ella y después emitió una risa un poco sarcástica—. Vaya, nunca he dicho nada más ilógico en toda mi vida. Esa pregunta hubiese sido válida algunos meses atrás, cuando te veía

entrar a casa todas las noches borracho; pero pensé que estabas pasando por algún tipo de crisis existencial o frustración residual después de haber visto en Chicago a tu ex...

—Ilana —trató de interrumpirla.

—No sabes cuánto me arrepiento de haberte obligado a ir a la boda de tu hermano. Si hubiese sabido... —Apretó el vaso con fuerza y cerró los ojos aunque no lo miraba—. Si me hubiese siquiera imaginado cómo mi vida se destrozaría por eso nunca lo habría propuesto, te hubiera encerrado aquí para jamás dejarte salir. —Negó con la cabeza—. Pensé que ver cómo se casaba con tu hermano te liberaría, actué como una esposa lo haría, porque eso es lo que somos, Oliver: esposos, para las buenas y las malas. Para la visión de todo el mundo tú me debes fidelidad y respeto. Eso es lo que acordamos.

Ella se levantó y caminó hacia el bar, llenó la copa, se quedó en ese sitio y bajó un poco la cabeza, con la bebida aún sobre la mesa de madera.

—En cambio volvemos de Chicago y tú estás un poco más desquiciado, cada día que pasaba veía que te desbaratabas un poco más y me repetía que debía darte tiempo. Incluso me engañé cuando nos la encontramos en el restaurante, no quise aceptar que vino por ti, sino que preferí repetirme que fue por el dichoso trabajo que mencionó esa vez, y ¡con Bianca de todas las personas! Porque habías vuelto a ser tú mismo; pero, después cambiaste de nuevo. Ahora dejaste de beber hasta la inconsciencia, solo que ya no estás aquí, según tu secretaria, te vas a las siete de la noche de la oficina o menos, pero no pisas nuestra casa hasta pasada la media noche y en ocasiones solo no llegas. El servicio está murmurando, tus empleados lo saben, no va a pasar demasiado tiempo hasta que esto se filtre y ni siquiera ese maldito amigo tuyo te va a poder salvar otra vez. Todo lo que acordamos cuando nos casamos lo has destrozado en cinco meses. ¡Maldita sea, Oliver! Ni siquiera me tocas, ¿cómo crees que eso me hace sentir?

Él miró a su espalda aturdido, que Ilana gritara había sucedido y lo esperaba en esa situación, ya que era cierto, había estado tan desquiciado que no le había importado nada. Pero que Ilana maldijera, eso era casi un sacrilegio. Nunca creyó que lo vería en su vida. Suspiró hondo y se pasó una mano por el cabello.

—Acordamos que para el mundo seríamos un matrimonio real y que tus

indiscreciones serían solo eso: indiscreciones. No entiendo cómo diantres piensas que llegar a mi casa casi todas las noches de madrugada e irte tan temprano es aceptable, así que te repito: ¿debería preocuparme?

Él se quedó quieto por unos segundos, casi paralizado, y se colocó una mano sobre sus labios mirando la espalda de Ilana.

—Deberías preocuparte —respondió y se sintió liberado. Ilana no tenía el poder para detenerlo, pero sí podía hacerle las cosas bastante difíciles—. No quiero seguir con esto. Estoy condenadamente cansado. Esto fue una buena idea, para ambos, pero ahora...

—¿No has aprendido nada? —le interrumpió con un jadeo, y giró para mirarlo a los ojos.

—¿De qué mierda estás hablando? —Oliver, se levantó del asiento y dio un paso hacia ella.

—¿No has tenido suficiente? Hace cinco años ella te arruinó y ahora volvió a terminar el trabajo, ¿y tú se lo vas a dar en bandeja de plata?

—No entiendes... —trató de explicar.

—¿Qué es lo que no entiendo? —preguntó dando dos pasos hacia él y mirándolo con furia—. ¿Qué ha cambiado? Cuéntamelo porque muero por saberlo ¿No te jodió la vida, como tú mismo bien lo expresaste? ¿No te engañó, humilló, ofendió y jugó contigo? ¿No fue eso lo que sucedió, Oliver? ¿O es que eres tan idiota que quieres que lo haga de nuevo?

—¡Cállate! —le gritó acercándose y golpeando con un puño el escritorio.

—¿Que me calle? ¿Por qué? ¿No soportas la verdad? ¿Quieres vivir engañado con esa puta rompe-hogares? Primero acabó con el matrimonio de su prima y ahora quiere destrozarme el mío.

—¡No la llames así! —exigió él llegando a su lado y tomó su antebrazo—. No te permito...

—¡¿Qué cosa no me vas a permitir?! —le gritó retorciéndose para escapar de su agarre—. ¿Vas a defenderla? ¡A ella sobre mí! —Lo empujó y negó con la cabeza—. ¿Qué crees que va a ocurrir si lo haces, Oliver? ¿Cómo piensas que acabará esto? ¿De verdad sueñas ser feliz con ella cuando lo hayas perdido todo? ¿O imaginabas que yo sería tan estúpida que cedería sin luchar?

Él dio un paso hacia atrás, quería alejarse de ella para calmarse, porque, por todos los cielos, esas palabras lo estaban afectando más de lo que

deberían.

—Ahora lo tenemos todo, no lo vamos a perder por alguien como ella —recalcó Ilana—. Recuerdo cada una de tus palabras; recuerdo cómo estabas y cómo quedaste después de toda esa experiencia. ¿Y quieres repetirlo? ¿Para qué estás haciendo todo esto? —preguntó y acarició su mejilla, él se apartó del roce—. ¿Le vas a dar la razón a tu abuelo? ¿No era esto contra lo que tanto luchamos, Oliver? Yo no le daría la razón a mi madre sobre que soy un fracaso y tú no actuarías jamás como...

—Detente —le interrumpió. La furia y el dolor entrelazándose hasta casi destrozarlo.

—Ella no es como nosotros, nunca le podrás tener la confianza que me tienes a mí, ¿podrías tener fe en que el día de mañana no te volverá a hacer lo mismo? ¿Dejarte por cualquier hombre? Hay cosas para las que se nace, Oliver, ella no va a abandonar su patética patología de arruina-hogares... —

Eso no va a ocurrir —espetó, más furioso aún.

—¿Por qué no? —preguntó ella volviendo a acariciar su mejilla. Esa vez él no la detuvo—. ¿No ves lo que te hace? Es como si cuando estuviera contigo te hiciera olvidar todo lo demás: tu trabajo, tu vida, yo. ¿Qué sucederá cuando todo acabe? Porque lo hará, cuando vuelva a hacerte daño, ¿qué vas a hacer? Te convertirás de nuevo en el mismo idiota humillado que lo entregó todo sin recibir nada a cambio. Sin empresa, sin nada por lo que luchaste. Todos te rechazaran y te quedarás solo. ¿Qué crees que dirá tu abuelo sobre eso? ¿Acaso ella vale todo este sacrificio?

Ella se acercó a donde él estaba y le dio un beso en su mejilla.

—Sabes, Oliver, siempre me has importado y me preocupo por ti, de verdad lo hago. Siento decirte esto, pero de verdad yo temo por ti. Me da miedo que al estar con ella lo único que busques es querer destruirte, sufrir sin motivo solo porque disfrutas hacerlo, pero si es lo que quieres hacer con tu vida, jugar a la ruleta rusa con esa mujer que solo te hirió y aplastó en el pasado, espero que sepas que no jugarás con la mía. No te permitiré que lo hagas.

—No te estoy pidiendo el divorcio —refutó mirándola asqueado por esa conversación y por todas sus jodidas emociones.

Ella le sonrió con suavidad, como si supiera que esas palabras fueran a ser pronunciadas.

—Lo sé, cariño —susurró llana—, lo sé. Y sé que serás más discreto a partir de ahora, porque siempre me protegerás como yo lo hago contigo. —Se apartó después de acariciar su pecho—. Te espero en la cama.

Oliver se quedó allí en medio del despacho, invadido por un miedo tan avasallador que lo dejó sin respiración. Sabía que llana lo estaba manipulando, él no era idiota ni ella tan buena como creía, en especial porque cuando lo hacía tenía que imitar a su madre y eso le iba bastante mal. Pero lo importante es que sus palabras le hicieron despertar de las fantasías que tenía meses cultivando, esas mismas que le hicieron creer años atrás que tenía un hogar, y que estaba en el cuerpo de Samantha.

Él no entendía qué tenía esa mujer que lo hacía desear acabar con toda su existencia. Oliver había perdido el control de la situación cuando se permitió creer que lo amaba, y que podía regresar a esa paz que Sam representaba, cuando años atrás había sido exiliado de allí por sus propias decisiones.

Tenía que recuperar el control, tenía que terminar con todo, alejarse antes de perder aquello por lo que había luchado durante años, porque la manipulación pudo ser falsa, pero la amenaza fue muy cierta. Tenía que controlarse. Tenía que parar.

Capítulo 19

*Es como si no pudiera respirar,
Es como si eres tú lo único que puedo ver.
Soy adicta a ti.*

*Es como si no pudiera pensar sin
que tú interrumpas:
En mis pensamientos
En mis sueños.
Te has apoderado de mí.
Es como si yo no fuera yo.
Addicted, Kelly Clarkson.*

Samantha lo vio terminar de vestirse y apretó el nudo de su bata, estaba confundida y no entendía qué había cambiado. Parecía que esos meses maravillosos fueron solo un sueño. Creyó que estaban avanzando, que él estaba cediendo, que cada día se quedaba más tiempo a su lado porque le era imposible apartarse; y que cada mañana iba a buscarla porque al igual que ella, se empezaba a sentir ansioso y experimentaba un vacío en su pecho cuando no estaban juntos.

Parecía que había entrado nuevamente en una pesadilla, peor que cualquier otra que hubiese vivido. Apenas veía a Oliver una vez a la semana, a veces más que eso, y cuando lo hacía él llegaba a su cama desesperado, agitado, y frustrado, al parecer con él mismo por estar allí, aunque no creía que nadie pudiera entenderlo, ya ella se había rendido a intentarlo. Lo único que sabía es que dolía.

Se levantó de la cama y caminó hacia la cocina para dejar salir a Lira, quien la rodeó con sus piernas casi de inmediato.

Lo vio salir de su cuarto con la chaqueta y la corbata en las manos, parecía tan ansioso de irse como lo estaba de permitirse estar con ella, al menos durante los treinta minutos o más que le dedicaba cuando por fin llegaba a su casa. Sin pensarlo, Sam le obstaculizó el paso, parándose frente a la puerta.

—¿Qué está sucediendo, Oliver? Por favor, habla conmigo —le rogó. Él se detuvo en medio de la sala, y la miró por un segundo antes de desviar sus ojos. El marrón y el verde convergían en su mirada, quizá se lo imaginara, pero parecían tan angustiados como debían estar los suyos.

—Déjame ir, Samantha —ordenó y ella sintió que su corazón se constreñía. ¿Estaba hablando de ese instante o para siempre? Abrió la boca para preguntarle, pero no pudo, ya que estaba aterrorizada de la respuesta. Estaba asustada todo el tiempo, al menos desde un mes y medio atrás, cuando todo esto comenzó.

—¿Qué fue lo que cambió? —preguntó, su desesperación parecía mayor que su terror, al menos en ese momento, cuando la oscuridad los cernía y el ahogo los invadía.

Lira escogió ese momento para comenzar a sisearle y atacar su pantorrilla, y ella se acuclilló frente a él para coger a su gata, y abrazarla contra su pecho.

Oliver aprovechó ese movimiento para llegar a la puerta y abrirla.

Sam se giró y lo miró, de repente se sintió pequeña y desamparada.

Él se detuvo en el portal, dándole la espalda, y lo escuchó suspirar.

—Suerte esta noche. Sé que el diseño será un éxito, Bianca me envió una copia y es precioso. No necesitas un pincel para hacer obras de arte, Samantha. —Ella sintió una lágrima correr por su mejilla, pero no pudo moverse, sus brazos estaban sujetando a su gata con un agarre casi mortal —.

Lamento no poder estar allí.

—No, no lo haces —le susurró pero ya se había ido, la puerta cerrada entre ambos.

Sintió la nariz fría de Lira rozar su cuello y la acarició por un rato, antes de liberarla.

Una parte de ella estaba herida porque Oliver no iba a estar a su lado esa noche, esos meses maravillosos le hicieron creer y fantasear que la acompañaría, orgulloso y satisfecho. La otra parte, la racional, agradecía que se hubiera inventado ese dichoso viaje de negocios, porque no tenía la fuerza para verlo llegar con su mujer, manifestando frente al mundo una intimidad que ella deseaba más que a nada.

Se dirigió al baño, ya que la forma en cómo ahora la trataba, sin palabras, confesiones o complicidad, le hacía sentir vacía y usada. Su cabeza estaba llena de pensamientos oscuros y miedo. No quería perderlo, a pesar de nunca tenerlo. Aun así, no podía vivir sin él. Le era imposible.

Sam se miró en el espejo del baño y no se reconoció. Era su misma cara,

sus mismos ojos azules, cabello rojo y piel lechosa, pero no sabía quién era ella. Era como si la mujer fuerte en la que invirtió tantos años, sudor y lágrimas, hubiese desaparecido, en cambio lo que quedaba era un despojo de ser humano, que se había autoexiliado de todo lo que amaba en búsqueda del hombre que, hasta hoy, solo la ha hecho sufrir; de hecho, ni los momentos de felicidad compensaban el daño que reflejaba la imagen frente a ella.

«¿Por qué siempre busco denigrarme?», meditó y negó con la cabeza, en un intento de rechazar ese pensamiento tan cruel. «Un poco más, solo un poco más», se prometió en silencio, antes de entrar a la ducha. Después, se dirigió a la habitación que usaba de estudio, con Lira a su lado, y la destrancó. La recibieron varios lienzos, la mayoría apoyados contra la pared, y encendió la música, levantó un lienzo, lo puso sobre el caballete, y comenzó a arreglar todo para pintar.

Christian entró al edificio donde vivía Sam, y suspiró con cansancio. Odiaba los aviones, aunque jamás lo diría en voz alta, era un miedo irracional y su lógica le repetía que era más probable morir de un accidente automovilístico que en el cielo, al menos eso decían las estadísticas. Sin embargo, siempre tenía una pequeña tara en su cabeza que le repetía que había más coches que aviones, y en comparación, los accidentes aéreos le resultaban más catastróficos.

Tocó la puerta del apartamento de Sam un poco exaltado. Por su Bambi sería capaz de tomar cincuenta aviones seguidos, cruzar el atlántico nadando o incluso caminar brasas de fuego para llegar a Londres. Se sentía feliz por verla, y además quería confirmar cómo estaba.

La puerta de abrió y como en un nubarrón rojo, ella saltó sobre él y, colgada como un koala, lo abrazó fuerte con brazos y piernas.

—¡Chris!

Él la sujetó con la misma fuerza para no caer al piso. La había extrañado más de lo que creía posible. Ella se había vuelto más que su amiga, era una parte integral de lo que él, en su poca experiencia, llamaba familia.

—Te voy a dar lumbago, cariño —escuchó que Sam le decía varios minutos

después. Ni siquiera se había dado cuenta de que seguían en la misma posición, tan emocionado que estaba por sujetarla de nuevo. La soltó y acarició su mejilla—. ¿Qué haces aquí? —preguntó aturdida.

Él frunció el ceño, estaba ojerosa, más delgada de lo que recordaba, y sus ojos... Tenía años sin ver esa mirada turbia que siempre le arrugaba el corazón.

«Maldita sea».

—¿Bromeas, verdad? —preguntó en cambio, para evitar abrumarla con consejos paternales. Entró a la habitación y miró alrededor, rogó que no estuviera Oliver ahí, porque no sabía si podría controlarse—. He estado en cada uno de tus pequeños triunfos, Bambi, desde el contrato con Lucas hasta cuando mostraron tu primera valla publicitaria. Aún me estremezco al recordar el sabor de la cerveza rancia, y cómo le rogamos al portero para que nos dejara ir a la azotea frente a la valla para apreciarla bien, y los gritos que Lucas, Alexa y Rachel le dieron al conserje al no querer dejarlos pasar.

Giró a verla de nuevo y vio que le sonreía, sus ojos brillantes. Tembló por la imagen.

—¿De verdad creías que no estaría aquí cuando presentaran tu primer diseño internacional? No me lo perdería por nada del mundo.

Se acercó a ella y sintió que le apoyaba las manos en su pecho, agradecida. Christian tomó una de sus manos para besarla, pero se tensó al mirar los manchones de pintura. Era fresca. Sus dudas se volvieron certeza.

—¿Es la única? —indagó, angustiado.

—No —respondió en un susurro roto.

—¿Te deshiciste de ellas? —preguntó, pero no esperó respuesta, comenzó a caminar dentro del apartamento y entró a la segunda habitación como un rayo, siguiendo su instinto, ya que sabía que Sam no se había deshecho de las pinturas, le encantaba sentarse a verlas y torturarse, era él quien se encargaba de botarlas.

Cuando entró a la habitación se dio cuenta de que era peor de lo que creía. Contra la pared, había más de veinte pinturas, unas ocultas de otras, esas las vería más tarde. Su enfoque estaba en la obra central, que aún seguía en el caballete y que resultaba evidente era la que había estado pintando en el momento en el que él llegó a su puerta, quizá pasó toda la noche en ella.

Era hermosa y aterradora. Era lo mejor y peor que ella había pintado en su

vida. Se acercó hipnotizado, con miedo, dolor y ahogo. Y el amor que a veces rechazaba seguir experimentando se revolvió en su interior y lo dejó sin aliento. Justo allí todos sus demonios internos explotaron, vio a Genna una y otra vez, y tuvo la certeza de que jamás la encontraría, que nunca la volvería a tener frente a él. La perdió para siempre. Estaba muerta.

Christian cerró los ojos y dio varias bocanadas de aire para calmarse, y sin poder evitarlo, botó un par de lágrimas. Las limpió con brusquedad, trató de controlarse y se juró que sacaría a Sam de ese lugar en el que estaba inmersa, lo logró una vez y lo haría de nuevo. Y a su vez se la llevaría de Londres, no sabía cómo lo haría, pero lo conseguiría, así tuviera que matar a Oliver. Vivir una vida en prisión valdría la pena, todo con tal de no perder a Samantha,

Ya más controlado, Christian salió de la habitación y la encontró en el mismo sitio donde la dejó, la puerta principal seguía abierta, y ella parecía avergonzada de su debilidad. Él lo estaba a su vez, pero por haberse dejado engañar, había estado seguro que algo estaba pasando, su voz endulzada en el teléfono, la forma en cómo parecía exaltada un momento y hundida en el siguiente, ¿Cómo no lo vio antes?

Sam sonrió con tristeza, había personas que utilizaban un espejo para evaluarse física o emocionalmente, en el caso de ellos, uno era el espejo del otro, y le resultaba gracioso que ambos fueran hundidos por el mismo sentimiento

Se vieron por unos minutos sin decir palabras, paralizados en cada extremo de la habitación, ella separó los labios para hablar, pero en ese momento Lira entró en la habitación y al notar a Christian, maulló y saltó sobre él a modo de bienvenida.

—Te ha extrañado —comentó Sam.

—Yo también lo he hecho —respondió y suspiró mientras se agachaba para acariciar a la felina—. Me quedaré por el resto de la semana —informó sin mirarla—. Te escoltaré a casa... para pasar la Navidad. —Era la excusa perfecta.

—No tienes que hacer eso.

Bufó indignado, aunque no permitió que lo notara, más bien se concentró en darle amor a la gata.

—Yo pienso lo contrario, soy tu familia, ¿no es así? —Levantó su cara y le

sonrió—. Para lo bueno y lo malo. Y estoy muy seguro de que ayudarte a empacar será algo bien malo.

Ella sonrió, como era su intención, y se le volvieron a humedecer los ojos, y le agradeció con la mirada que no dijera nada más.

—¿Sabes qué otra cosa será bastante mala? —le preguntó Sam con tono juguetón. Él alzó sus cejas, interrogantes—: Ser mi pareja en la fiesta de hoy.

—Él la miró con pesar por un momento, y se forzó a sonreírle.

—Eso no es algo malo, eso es un condenado honor, señorita Heller.

—Mi héroe —susurró y en un acto dramático, tiró la cabeza hacia atrás con el dorso de su mano en la frente.

Él se carcajeó y finalmente se relajaron para volver a ser ellos, sin sombras ni tensiones.

—Oh, cariño, lo siento, qué insensible de mi parte, duerme un rato mientras yo termino de organizar los detalles de la fiesta, te despertaré cuando llegue.

—Es mejor que me vaya a un hotel, no queremos que mañana salga un titular en el *London Daily* sobre el asesinato del empresario de una constructora. Es bastante difícil hacer un auto defensa y los abogados penales londinenses juegan demasiado limpio para mi gusto, son unos blandengues pomposos.

Sam rio, aunque él no sonrió de vuelta. No era una broma.

—No tienes por qué irte. —Se removió incómoda—. Puedes quedarte unos días. Oliver está de viaje.

—¿No irá hoy? —preguntó con tono de censura. Otro golpe de su espejo.

—No. —Se removió de nuevo incómoda. Él se acercó y acarició su mejilla.

—Entonces me quedo, pero prométeme que volverás a casa para dormir un rato, estoy seguro de que pasaste toda la noche pintando. —Negó con la cabeza—. Este es un gran día para ti, Bambi, y no quiero que lo recuerdes por algo que no lo merece.

Ella cerró los ojos y asintió, Christian aprovechó el momento para besar su frente con cariño.

—Bien, si quieres poner celoso a O. —dijo una voz femenina que no conocía. Cuando elevó su mirada se encontró con una chica de cabello naranja, que los miraba con un brillo perverso en su mirada—, lo primero que debes hacer es estar frente a él; no te confundas, cielo, puede que

ambos seamos empresarios, pero somos de distintos géneros. Creo.

—¡Emma! —le gritó Sam horrorizada, y se apartó de Christian para acercarse a la chica.

—Yo solo digo que puede ser hermafrodita, nunca lo he visto desnudo —le confió a Christian como si fuera un gran secreto—, y al parecer, según lo que tengo entendido, eso es un gran milagro. —Él se rio y Sam negó con su cabeza—. Tal vez lo que tengamos que hacer es que este sexy hombre te abrace más fuerte y baje un poco más sus manos para acariciar tu trasero, movimientos circulares, esos siempre funcionan.

—¡Emma! —volvió a gritar y ella levantó sus manos en señal de rendición.

—Yo solo digo, si este hombre es parecido al hombre que deje en mi cama, pues...

—¡Demasiada información! —le interrumpió y la tomó de su mano a fin de que dejara de hablar—. Él es Christian. Christian, ella es Emma.

—¡Christian! —saludó, aunque de inmediato se acercó a darle un fuerte abrazo. Sam la miró confundida—. ¿Qué? Pensé que los estaba repartiendo —informó con voz burlona.

—Le voy a contar a Nathan —advirtió Sam y a Emma se le iluminaron los ojos.

—¿Podría estar presente? —preguntó con tono juguetón—. Él y yo tenemos una apuesta, aunque es un poco implícita, el primero que se muestre celoso, pierde. —Sam enarcó una ceja.

—¿Y qué ganarías?

—El derecho de burlarse del otro por toda la eternidad —dijo con voz soñadora. Christian sonrió y negó con la cabeza.

—No tengo problemas en ser tu cómplice encubierto —le informó.

—Oh, ya te amo —le confesó Emma. Sam puso sus ojos en blanco.

—Nada de eso —interrumpió—, Christian conocerá a Bianca.

—Sí, la famosa Bianca —dijo él sin ningún tipo de entusiasmo, mucho menos después de tener todos sus sentimientos revueltos al ver la pintura de Samantha. Sin embargo, se preguntó si eso era lo que necesitaba, conocer a alguien nuevo, dejar ir toda la historia con Genna que entendía nunca llegaría a nada.

Parpadeó y miró hacia Sam. ¿Esos eran sus sentimientos o los de su Bambi?

—¿Bianca? —preguntó Emma con voz aturdida—. ¿Quieres emparejar a Christian con Bianca? ¿Mi Bianca?

—Sí. ¿Hay algún problema? —preguntó con el ceño fruncido. Christian sonrió al verla tomar una pose amenazadora.

—Está bien. No te alteres —dijo Emma, un poco incómoda—. Estoy segura de que Christian es un buen hombre. Pero conozco a Bianca desde hace años y nunca, «jamás», ha salido con un hombre. Por un tiempo pensé que le gustaban las mujeres, pero no, le gustan los hombres, me lo confesó un día cuando fui lo bastante impertinente como para plantearle una cita con una amiga; es solo que no sale con ellos.

Se sintió aliviado por ese giro de acontecimientos, y volvió a mirar a Sam, intrigado.

—Estaré lista en diez minutos —escuchó que decía Sam y la vio caminar hacia su habitación.

Él giró hacia Emma y se concentró en tener una pequeña charla, desesperado porque se fueran, quería descansar un poco para, con mente fría, examinar cada uno de los cuadros que había pintado Samantha en esos meses.

CHRISTIAN ENTRÓ AL salón de fiesta con Sam del brazo, estaba usando un vestido azul marino, con un escote profundo y su espalda descubierta. Su orgullo opacó por completo el desgaste emocional remanente por las pinturas. La miró y sonrió admirado, podría aterrorizarle lo que le costaba hacer una pintura, pero era tan talentosa que le maravillaba. Si hubiese decidido mostrar su arte, no tenía duda de que habría sido exitosa y admirada por la crítica especializada, una artista de renombre, ¿pero a qué costo?

—Increíble —escuchó que Sam le susurraba y observó la decoración. El salón era una mezcla de rojo, gris y dorado. Las mesas estaban alineadas; había una pista para bailar después de la presentación de la revista, y los meseros caminaban alrededor, coordinados como las manecillas de un reloj.

—Hiciste un maravilloso trabajo —escuchó a alguien decir y se giró hacia la mujer.

Christian sintió como si un rayo lo hubiese golpeado y derribado al suelo. El impacto fue tan grande que aún no comprendía cómo seguía de pie.

Ahora su cabello era chocolate, y lo llevaba corto, destacaba todo su cuello, y utilizaba unos lentes gigantes que tapaban la mitad de su cara, quizá había aumentado unas cuantas libras, pero era ella. Y estaba aún más hermosa de lo que recordaba.

—Te ves hermosa —escuchó decir a Sam, repitiendo sus pensamientos—, y esto lo hicimos todas, es un triunfo conjunto, o lo será, después de que el lanzamiento haya terminado. Nunca he estado tan estresada en mi vida.

La vio sonreír con entendimiento.

—Lo sé, yo estoy al borde del colapso. —Ambas rieron y Emma se acercó a ellos.

—Todo está listo, ya los periodistas están ubicados, y los invitados se encuentran en sus puestos. Es el momento. —Sonrió emocionada y se giró hacia su tormento personal—. Puedes hacerlo, estaré a tu lado todo el tiempo, ¿bien?

Christian por fin reaccionó y se acercó a donde estaban, ni siquiera se había dado cuenta de que quedó rezagado unos cuantos pasos. Tocó la espalda de Sam, al mismo tiempo que no apartaba la mirada de las otras dos mujeres.

—Bianca —escuchó que su Bambi decía, y ella volteó a verla—, te presento a un amigo, Christian. Chris, ella es mi jefa: Bianca.

La mujer palideció y Christian la miró sin poder emitir palabra. Sam frunció el ceño, y miró hacia Emma que tenía una expresión parecida.

—¿Chris? —preguntó preocupada. Bianca la interrumpió y le tomó la mano por un segundo.

—Mucho gusto, soy Bianca. Ya es hora, la chica de protocolo nos están llamando. Vamos. —Se retiró y Emma los dejó solos, después de emitir una escueta disculpa.

—¿Chris? ¿Chris? —Llamó, y lo jaló un poco, para que la mirara—. ¿Qué sucede? ¿Cariño?

En ese momento la chica de protocolo se acercó a Sam.

—Ya vamos a empezar, señorita Heller.

Sam asintió aunque sin dejar de mirar a Christian, quien no había despegado la mirada de... ¿Bianca?

—¿Señorita Heller? —insistió la chica. Sintió los brazos de Sam rodearlo.

—Lo siento —le susurró en su oído—. Estoy aquí, ya vuelvo, ¿está bien?

—Él asintió, aunque no pudo verla.

Christian pasó toda la presentación sin poder escuchar una palabra de lo que decían, y ni siquiera le importó. El único momento en que apartó la mirada de Bianca fue cuando revelaron el nuevo formato de la revista; en su versión de papel y digital.

El nuevo formato era hermoso, y tenía el sello de Sam por todos lados. Incluso el logo de *Claroescuro*, la forma en cómo dibujo la C, era enrevesada y casi le hacía recordar a un signo que ella tatuó en una camiseta, para el cumpleaños de Oliver, cuando fueron al estadio de béisbol. Los colores eran osados, y el rojo resaltaba, pero tenía una marca oscura que no había notado antes, y que imaginó jugaba con el nombre de la revista.

Era una pequeña obra de arte, como todo lo que Samantha creaba.

Al terminar la presentación, él no pudo evitar moverse, aprovechó que los encargados de protocolo ya lo habían identificado como pareja de Sam para caminar sin ser detenido hacia detrás de los bastidores. Se detuvo en una esquina, oculto de todos, para ver salir a la jefa de Sam.

Quizá ella lo estaba esperando, o planeaba hacer lo mismo, porque cuando bajó del pequeño escenario, miró hacia su dirección y le hizo una señal para que la siguiera. Christian lo hizo sin dudarlo. Salieron del salón y ella lo guio por un camino con tantos recovecos que parecía un laberinto, llegaron a una puerta de dos alas y entraron a la habitación, que parecía un salón de fiesta, pero más íntimo y cerrado al público, de hecho todas las sillas doradas estaban montadas sobre las mesas.

—Por favor, no me descubras —escuchó que le rogaba, girando a verlo, su expresión aterrorizada y Christian la miró aturdido.

—¿Crees que alguna vez sería capaz de hacer algo así? —preguntó, ultrajado.

Ella lo miró por un segundo, antes de bajar la mirada, avergonzada.

—¿Cómo? No lo entiendo. No entiendo nada —balbuceó él, pasando su mano por su cara.

—Eso no importa —respondió ella y su expresión se cerró. La seguridad que vio minutos atrás regresó, una vez que se aseguró de que Christian no revelaría su verdadera identidad—. Solo quería traerte aquí para aclarar las cosas. Esa parte de mi vida está acabada, murió cuando me monté en ese avión para escapar de Chicago. Tengo mi vida aquí, una buena vida,

Christian, y no quiero renunciar a ella. —Lo miró con ruego—. No sé si aún sigues en contacto con mi madre...

—¡No! —gritó él, enfurecido por lo que iba a sugerir. Se acercó un par de pasos hacia ella, y la vio apartarse la misma distancia, asustada de repente. Ver su reacción, lo hizo recular y controlarse—. Yo fui el motivo por el que no te encontrara cuando huiste, Genna...

—Soy Bianca —le interrumpió desesperada—. No quiero oír ese nombre nunca más, ¡ahora soy Bianca!

Él cerró los ojos por un par de segundos, disfrutando de esa voz que tenía tantos años sin oír.

—Bianca —repitió—, tu madre te buscó por mucho tiempo, pero yo siempre luché para borrar cualquier rastro. No temas, no voy a quitarte tu vida. Esto —señaló hacia donde se encontraba el salón de fiesta— es lo que siempre quise para ti. ¿Eres feliz?

Ella lo miró y sus ojos se volvieron brillosos. La vio asentir.

—Gracias.

—Creí que habías muerto —le susurró él, y sabía que era una declaración estúpida, pero no pudo pararla.

—No lo estoy. Estoy bien. Y tú también lo estás. Y es bueno habernos visto, darnos un cierre, quizá. Pero no puedo volver a hacer esto. —La vio suspirar y bajar la mirada—. Tenías razón, Genna murió esa noche, tú ayudaste a ello. Y no quiero tener ningún otro lazo con ella. Por favor, entiéndelo. Regresa a tu país, a tu mundo, y déjame en el mío.

Él parpadeó y abrió los labios, quería preguntarle si lo había extrañado como él la extrañó, o si aún lo quería, pero se detuvo. En cambio, la volvió a dejar ir de su vida, y se quedó allí, repitiendo sus palabras y toda su historia.

Una hora más tarde, Christian regresó al salón de fiesta, aún seguía aturdido, no podía terminar de conciliar lo que había sucedido, y necesitaba encontrar a Sam, era su acompañante de esa noche, y no le fallaría a la otra mujer de su vida. La encontró frente a la pista de baile, hablando con confianza con un hombre alto de cabello negro hasta los hombros, que le resultaba familiar, pero no lograba descifrar cuándo lo había visto.

—¿Quieres bailar, Tigresa? —escuchó que le preguntaba.

—¿Tigresa? ¿Evolucioné?

—Por supuesto, antes creía que tenías uñas, pero sé que tienes garras, y

eres demasiada mujer para ese terco imbécil.

La vio sonreír justo cuando estaba a medio metro de distancia.

—Por más que me guste mi nuevo apodo, no creo que eso sea buena idea.

—¿Por qué? —preguntó con mirada maliciosa—. Sabes, el día de tu cumpleaños vi cierta incomodidad con Emma cuando me acercaba a ti.

—No me usarás para que se ponga celosa, Nathan —dijo soltando una risilla.

—¿Ves? Tigresa —respondió con tono juguetón, justo cuando Emma llegaba a su lado, y atraía al hombre que estaba hablando con Sam hacia la pista.

Christian llegó a su lado. Sam se giró y abrió la boca para reprenderle por dejarla sola, pero al mirarlo, la preocupación cambió su expresión.

—¿Qué sucede? —le preguntó y puso una mano en su pecho para incentivarlo a hablar. Él la miró por un par de segundos e hizo un asemejo de sonrisa—. ¿Christian? —insistió.

—Tu noche, ¿recuerdas?

—Deja la idiotez, ¿quieres?, ¿qué demonios está pasando? —exigió, ya mucho más preocupada.

—Baila conmigo —le pidió y ella abrió su boca para protestar, pero él la jaló hacia la pista.

Él envolvió su cintura y ella puso las manos alrededor de su cuello. La abrazó más fuerte, ya que no sabía cómo, pero estaba temblando.

—¿Chris? —le preguntó acariciando su cabello y él la pegó más a su cuerpo, necesitaba su calor.

Dieron varias vueltas en la pista, aunque sin ningún tipo de ritmo o algo parecido. Ella lo abrazaba con más fuerza y acariciaba sus hombros.

—Por favor, habla conmigo —le rogó ella con la voz rota.

—Debería sentirme aliviado —le susurró entonces—, pero no es así.

Ella se apartó y colocó sus manos en cada lado de su cara.

—Háblame.

—Genna —susurró. Sam lo miró con los ojos desorbitados—. Después de tantos años preocupándome por ella, pensando que estaba muerta, o infeliz o peor. No lo estaba. Está bien, mucho más que eso en realidad, y estoy feliz por ella, de verdad, ha conseguido todo lo que alguna vez deseó y más...

—¿Dónde está? —lo interrumpió, con esa expresión furiosa que conocía

tan bien—. Quiero hacerle daño. —Se apartó para mirar alrededor, quizá descubrirla, y lo hizo reír.

—Claro, tú sí puedes agredirla a ella, pero yo no puedo tocar al pendejo que te hizo dibujar ese lienzo.

Sam lo miró con vergüenza, aunque solo por un instante, antes de regresar a su pose de protección.

—No es igual. Te has torturado por años, culpándote de una supuesta muerte y la verdad es que ella siempre ha estado bien. ¿Quién hace eso? — Él sonrió y besó su frente. Amaba a su Bambi y su inocencia.

—Sé que es tu día, y esto no es justo para ti, y demonios, fui yo quien dijo que tenía que ser todo sobre ti, pero...

—¿Quieres irte? —le preguntó. Él asintió.

Ella acarició su mejilla y cumplió su petición. Solo tardaron unos minutos, lo justo para despedirse de Emma, y del hombre que descubrió se llamaba Nathan, y por fin unió los cabos, era el primo de Alexa. No volvió a ver a Bianca, lo cual no supo si agradeció o solo le entristeció más.

Cuando llegaron al departamento de Sam, ella intentó hacer que hablara, pero él no podía decir palabra, tenía que analizar lo que había sucedido para llegar a un resultado, era su forma de resolver un problema.

Al final, Sam se rindió, lo tomó de la mano y ambos se acostaron en su cama, donde la abrazó hasta que la sintió dormirse, aunque él no pudo acompañarla en toda la noche.

Capítulo 20

*Cuando los días son fríos, y las
cartas están marcadas, y los
santos que vemos están todos
hechos de oro. Cuando todos*

*tus sueños fallan, y aquellos
que aclamamos son los peores
de todos, y la sangre se ha
secado, quiero esconder la
verdad, quiero protegerte.»*
Demons, Imagine Dragons.

Samantha abrió sus ojos al sentir el hocico mojado de Lira en su mejilla y en ese momento escuchó el sonido incesante del timbre de su puerta. Se sentó y miró su celular, alzó sus cejas cuando descubrió que apenas eran las nueve de la mañana, había querido dormir todo el día, incluso se lo pidió a Chris la noche anterior antes de arrastrarlo a su cama.

Giró su cabeza aunque sabía que no estaría allí, hace unas horas lo había sentido despedirse de ella con un beso en la frente. Christian le había pedido tiempo para poner sus emociones en orden antes de poder hablar y, por más que le costara, se lo concedería.

Escuchó un golpe mucho más fuerte en la puerta principal y se levantó de la cama, tropezó en su camino porque Lira se enredaba entre sus piernas.

—¡Déjame, Lira! —le gritó mientras llegaba a la sala, todo estaba un poco desastroso, sus tacones y abrigo estaban tirados en el suelo, la chaqueta de Christian reposaba sobre el sofá—. ¿Olvidaste la llave, cari...? —Jadeó al enfocar su mirada en la entrada—. Señor Aldrich-Millicent —susurró incómoda. Él la miró de pies a cabeza, reparando en su atuendo, la noche anterior había hecho frío y decidió usar su enterizo favorito de gato, la parte de su estómago era rosada, simulaba la panza del animal e incluso tenía una capucha con orejas gatunas.

Él no pidió permiso para entrar, solo la hizo a un lado y caminó hacia la sala, con una expresión de desagrado, sus labios apretados y esa mirada de superioridad tan falsa y típica de personas como él. Luego lo vio enfocado en la chaqueta de Christian que estaba en el sillón.

Sam pasó la mano izquierda por su cabello mientras se preguntaba qué hacer, la mano derecha aún sostenía el dintel de la puerta abierta.

—Podría ofrecerle algo de tomar pero no creo que esta sea una visita social —declaró alzando su barbilla, tratando de actuar lo más digna posible; lo más que podría conseguir con el cabello despeinado, y vestida con pijama que imitaba a un gato.

—Veo que los años no han pasado en vano, ha adquirido un mínimo de inteligencia, aunque lo cierto es que sus actos hablan por usted —dijo con su voz gruesa y desagradable.

Era asombroso ver al hombre parado frente a ella, no había cambiado, su cabello tenía un poco más de canas, pero su esencia mantenía la misma fuerza poderosa que la había asustado hasta el punto de casi orinarse cuando la sacó de Londres casi cinco años atrás. Sam frunció el ceño y se enderezó de nuevo.

—¿Qué es lo que desea, señor Aldrich-Millicent? ¿Qué hace aquí? —preguntó seria y lo más firme que podía.

—La pregunta es, ¿qué quiere usted, señora Heller? —interrogó y dio un paso hacia donde ella estaba parada—. Según este periódico —tiró sobre la mesa del comedor el *London Daily*—, es la encargada de algún tipo de rediseño de una revista. Aunque usted y yo sabemos que busca algo más, ¿no es así? —La miró con burla.

—¿Perdone?

—Cinco años atrás la boté de mi país y le ordené nunca más regresar.

—¿Su país? —Sonrió mordaz—. Creo que la Reina tendría algo que decir sobre eso.

—No sea impertinente, niña —escupió con furia, y por fin se descubrió a sí mismo.

—No he empezado a serlo, señor —dijo aunque la última palabra sonó de sus labios en forma extraña, tipo zumbido—. Impertinente sería aparecerse en una casa ajena sin invitación, pasar sin el consentimiento de su dueña y exigir respuestas sobre algo que no es de su incumbencia.

Su respiración empezó a agitarse y se acercó a él para encararlo, deseando haber hecho lo mismo tantos años atrás. El hombre sonrió, aunque no fue un gesto divertido, era cruel, y causó que su corazón se detuviera por un instante, porque ella se dio cuenta que en más de una ocasión vio esa misma mueca en Oliver.

—¿De verdad lo harás más complicado, niña? Vine aquí a darte la

oportunidad de tomar tus cosas y largarte por tus propios medios, no me hagas volver a sacarte a rastras.

Ella sonrió y negó con terquedad.

—No puedo creer que hubiese cedido ante usted en esa oportunidad — confesó—. ¿Sabe? Lo cierto es que resulta bastante patético en su personaje del amo del control. Le aseguro que me da lástima, ¿cómo puede soportar desperdiciar su vida de semejante manera...?

Una estruendosa carcajada la detuvo de seguir hablando, no porque fuese desagradable, que lo era, sino porque también le sonó amarga y triste.

Sam lo miró confundida cuando lo vio acercarse hasta la chaqueta de Christian y golpearla con desdén.

—Está casado y no contigo, ¿lo sabías? —le preguntó. Ella lo miró complicada, su pecho subiendo y bajando con violencia—. Por supuesto que lo sabes, por lo menos mi maldito nieto no lo arruinó hasta tal extremo, pero no importa si te lo dijo o no, porque así son los Lewis, así son la mierda de sangre americana, la que Oliver trajo para infectar a mi familia. —Negó con la cabeza—. Se lo repetí tantas malditas veces, pero nunca aprendió.

—¿Cómo puede hablar de su nieto así? —dijo con los dientes apretados, llena de terror y dolor.

—¿Mi nieto? —Se mofó y la miró con furia—. Él siempre fue un problema. Desde que nació, y he sido yo quien ha tenido arreglar todo; quien pagó una suma no despreciable al maldito de Lewis para que reconociera al bastardo de Oliver, y así fuera aceptado por la sociedad; fui yo, quien tuvo que aguantar los llantos de su abuela cuando me rogó que no lo dejara en un albergue, como tenía planeado, antes de dejar América y, por último, fui yo quien tuvo que encargarse de hacer de él un buen hombre, lo cual era un acto infructuoso ya que no tenía la materia prima con la que trabajar. ¡Fui yo quien lo crio!

¡Lo corrigió! ¡Le enseñó!

Sam procesó esas palabras y se estremeció con la sola idea de imaginar a Oliver de niño, solo, en un albergue de mala muerte. No, rechazó seguir en ese trayecto de pensamiento, no iba a atormentarse con algo que, gracias al cielo, no sucedió. En cambio, sintió furia y la expresó con lágrimas que se agolparon en la carúncula de sus ojos, para que ella solo las dejara salir libremente. Las palabras que Nathan le confió el día de su cumpleaños, por

fin le hicieron sentido. Así como las ansias de Oliver de obtener su empresa, aunque ahora ese objetivo tenía un nuevo matiz en su cabeza:

—¡Solo tenía que amarlo y aceptarlo! ¿No lo ve? Es lo que siempre ha querido, por lo que se ha matado cada día...

—¿Cómo alguien podría amar a un problema? —interrumpió el anciano, otra vez, mirándola con asco.

Sam no aguantó más y comenzó a llorar, sus lágrimas silenciosas caían por las mejillas.

—No —susurró y negó con la cabeza de forma brusca—. Él no... ¿Cómo puede referirse a él de esa forma?

—¡Siempre ha sido un problema! —gruñó y golpeó con fuerza el respaldo del sofá, y la chaqueta cayó al suelo—. Todo lo que él siempre hizo fue desafiarme; ir a América a conocer a su padre, así como casarse contigo. ¿No podía elegir a alguien más denigrante? Una huérfana americana, artista e impertinente. Patético.

Sam abrió los ojos como platos, aturdida por sus palabras.

—Aún, después de tantos años, me obliga a seguir ocupándome de él y sus con-tra-tiem-pos —deletreó cada sílaba para enfatizar el sarcasmo—. Tengo que volver a alejarlo de su puta particular. No podía buscar a una mujer cualquiera y ya; no, tenía que conseguir a una americana dañada que no concibe las reglas o mejor dicho... —La miró con burla cruel; de nuevo, un gesto que había visto en su Oliver—. Que las entiende muy bien. ¿Ya te embarazó? O más bien, ¿ya te embarazaste? Te aseguro que Ethan disfrutó mucho los beneficios que consiguió al preñar a mi hija, y aún lo sigue haciendo. El muy bastardo. Aún me maldigo por no haberme dado cuenta del embarazo desde el inicio, de haberlo hecho la hubiese obligado a abortar de inmediato.

Ella jadeó y dio un paso atrás.

—En vez de eso, mi hija tuvo a un bastardo que va en búsqueda de crear nuevos bastardos, porque eso es lo que hace, para lo que sirve. —La miró desafiante—. Entonces, ¿estás embarazada? Espero que no.

—¿Por qué? Quiere cumplir sus antiguos deseos y hacerme abortar —susurró, y en ese momento, entre toda su verborrea, ella comprendió muchas cosas de las que estaba segura él jamás se había percatado—. Debió estar aterrorizado —lo desafió, luego se acercó hacia él, porque nunca más

permitiría que la doblegara, mucho menos cuando lo que estaba en juego era Oliver. El hombre le frunció el ceño y Sam se dio valor—. Usted estaba criando a Oliver a su imagen y semejanza, como el Dios que se cree que es, y cuando él le pidió viajar a Chicago para conocer a su padre, que lo hizo porque imagino ya no podía soportar la falta de afecto y respeto; usted, patético hombre, debió estar tan asustado de que su nieto —bastardo o no — se acostumbrara a ser tratado como un ser humano. Debió estar aterrado de qué Oliver encontrara un lugar en esa familia y lo abandonara para siempre.

¿Qué le hubiese quedado a usted si eso sucedía?

—¿De qué demonios...?

—¿Se sintió satisfecho al verlo regresar miserable? —le insistió Sam, con la voz elevada, ya totalmente alterada. Él había hablado, era el turno de ella—. Cuando ese niño, esa alma pura a quien usted buscó controlar, aterrar, y ponerle parámetros imposibles para conseguir algo inexistente, volvió desilusionado. Y años después, el mismo niño ahora como hombre, se reveló de nuevo, como usted muy bien lo dijo: al casarse conmigo. Conmigo. —Su voz se le quebró ya que deseó haberlo entendido en ese entonces, lo que Oliver le había dado, todo lo que le había costado estar a su lado, pero jamás lo comprendió, no hasta este instante. Se preguntó si habría cambiado algo, pero era una inquietud que jamás podría responderse, ya que para su pesar, las máquinas del tiempo no existían—. Ya entiendo por qué me insultó cuando me conoció en la cena de Navidad que celebró en su casa: estaba aterrado de nuevo, temía perderlo, ¿Y cómo no espantarse? Si Oliver es lo único que en verdad usted posee.

—¡Muchacha estúpida! ¿Tienes idea de con quién hablas? Soy Oliver Aldrich-Millicent, yo tengo más de lo que tú poseerás en toda una vida.

—Es cierto —lo interrumpió, con indolencia, quería hacerle daño, quería torturarlo, quería hacerle sentir tan diminuto como él acostumbraba a hacer con ella, cada vez que la veía—. Tiene dinero, propiedades, empresas, pero nadie a quien dejárselo. ¿Quién manejaría sus empresas si su único nieto no existiera? ¿Quién sería su legado si su hija hubiera abortado? Por lo que yo sé no hay nadie más, porque Joanna no cumple con sus requisitos machistas, ¿verdad? Usted necesita más a Oliver de lo que él jamás lo necesitó a usted, señor, y ambos lo sabemos. Así como también, ambos

sabemos que sin usted, él habría sido mucho más grandioso y feliz. Sobre todo feliz.

—¡Niña impertinente e irrespetuosa! —gritó temblando, la furia hizo que sus mejillas se volvieran rojas—. Me lo debe, ¡el maldito bastardo me lo debe!

—¡Oliver no le debe nada y usted lo sabe! Lo ha manipulado y usado a su antojo toda su vida, pero sabe qué, gran señor Aldrich-Millicent, tengo la esperanza de que lo internen por demencia senil muy pronto y deje de hacerle daño. —Se paró muy recta y lo miró con rabia—. Lárguese de mi casa y no vuelva —le exigió y se giró hacia la puerta principal.

Él se acercó hacia ella y la tomó de su antebrazo derecho con fuerza, y comenzó a zarandearla.

—¿Nadie te enseñó modales, niña estúpida? —preguntó, aún sacudiéndola con ímpetu—. ¿O tendré que hacer el trabajo yo mismo?

Ella jadeó y trató de liberar su brazo, pero él se lo impidió.

—Antes muerta que permitirle enseñarme algo —lanzó a la vez que se retorció para que la liberara—. Cómo deseo que Oliver se canse de usted y se dé cuenta de quién es su abuelo. Y sabe otra cosa, debería darle gracias al cielo porque no lo ha hecho aún, porque él es el único que mantiene su maldita fantasía de poder seguir en pie. Sin Oliver usted no es nada. ¡Nada!

El hombre la empujó con fuerza, Sam perdió el equilibrio y se golpeó la cara contra el filo de la puerta. Gimió de dolor y en un acto reflejo subió su mano izquierda y la posó en la mejilla que recibió el golpe. Luego con las piernas y con la mano derecha que él aún tenía sujeta, inmovilizándola desde el antebrazo, intentó quitarse al hombre de encima aunque sin mucho éxito.

—¡¿Cómo te atreves?! ¿Cómo se te ocurre hablarme así? A cuestionar mis acciones y a ofenderme. No soy un maldito viejo sin poder, ¿Oliver mejor que yo? ¿Más fuerte? ¡Mujer idiota! Te haré tragar tus palabras.

El anciano estaba totalmente descontrolado, apretó más el agarre y Sam gritó ya que sentía como si le fuera a romper su brazo. Un segundo después escuchó un chillido y el hombre gritó, y la empujó, por fin liberándola, pero en cambio vio cómo tomaba a Lira y la aventaba contra la pared detrás de ellos, una y otra vez.

Sam, cuando reaccionó, se puso entre el hombre y su gata, pero este le dio

un codazo tan fuerte que la lanzó contra uno de los muebles que estaba al costado de la puerta causando que cayera al piso, con todo el peso de su cuerpo contra su hombro izquierdo, el que crujió como ramas secas. Ella jadeó, porque el dolor que causó el costalazo la hizo perder todo el aire de sus pulmones. Luego bajó la mirada y vio a Lira de nuevo, que en esos momentos estaba atacando los pies del hombre, arañándolo, y él contraatacó con una patada tan fuerte, que nuevamente la aventó contra la pared, y Lira chilló, pero al desplomarse en piso, dejó de moverse. Sam ignoró el tirón que sintió al tratar de acercarse a su gata, se puso de pie con dificultad, llorando en serio.

—¡Déjela, animal! ¡Lárguese de... mi casa! —le gritó ahogada por las lágrimas y la falta de respiración. Él comenzó a caminar hacia ella con su cara distorsionaba por la rabia, y Sam sintió terror.

Antes de siquiera tocarla, vio cómo lo apartaban de su lado y gritó de nuevo al ver a Christian cómo golpeaba al viejo en su estómago hasta hacerlo doblarse.

—¡Christian, no! —rogó, y comenzó a moverse con dificultad hasta llegar a su lado e impedir que siguiera golpeando al anciano.

Justo cuando puso una de sus manos en la espalda de Christian, él se estaba impulsando hacia atrás para golpearlo de nuevo por lo que su codo impactó contra el estómago de ella. Sam gimió y del impactó volvió a caer al suelo.

Gritó, ya que parecía como si le hubiesen clavado un cuchillo en su costado.

—¡Sam! —Escuchó a Christian y después lo sintió a su lado posando una mano temblorosa en su cara—. ¿Estás bien? Por Dios, ¿qué está sucediendo?

Ella comenzó a ahogarse por los sollozos y el esfuerzo. Alzó la mirada hacia Oliver Aldrich-Millicent, estaba tan descompuesto como ella, aunque se veía más controlado y racional, sus ojos la miraban avergonzado.

—Váyase de inmediato si no quiere que lo denuncie por asalto de morada y agresión —declaró Christian.

Él la miró y abrió la boca, pero después giró y, como un último acto de desprecio hacia Sam y su hogar, salió de la casa sin cerrar la puerta.

Christian acarició su mejilla con un pañuelo y vio que su amigo estaba limpiando una de sus heridas, había sangre, por tanto se había roto la piel,

aunque ella ni siquiera la había sentido. Él trato de moverla, pero el mínimo esfuerzo se sintió como si pequeños cuchillos se clavaran con más ahínco contra el costado bajo de sus costillas, por lo se le escapó un gemido de dolor.

La cara de Christian se distorsionó de la rabia.

—¡Acabaré con él! —gritó, desesperado—. Le haré mil veces el daño que te causó —prometió, aunque sus palabras salieron distorsionadas. Cuando lo vio levantarse y correr hacia la puerta para perseguirlo, Sam empezó a llorar a lágrima viva.

—¡Chris, por favor! —rogó entre sollozos—. Lira... Lira... Ella... atacó... y... —No pudo decir nada más, el dolor y las lágrimas no se lo permitieron.

Christian se acercó hasta el cuerpo inmóvil de la gata y la tomó con cuidado. Lira chilló cuando la depositó en el regazo de Sam.

—Lo siento tanto... lo siento... —repitió una y otra vez mientras acariciaba a la gata con la mano derecha, la que aún podía mover; la pobre se veía muy lastimada. Vio a Christian acariciarla a la vez.

—¿Qué le sucedió? —preguntó mirándolas a ambas angustiada.

—Trató de defenderme —susurró. Intentó calmar su llanto, ya que cada vez que inspiraba el dolor era más fuerte.

—Hay que llevarla al veterinario y a ti al hospital —informó y notó que seguía temblando de furia.

—A Lira. No puedo ir al hospital. Es su abuelo. Van a hacer preguntas. — ¡Maldita sea, Sam! ¿Qué hubiese pasado si no hubiera llegado a tiempo? ¿Qué? No, no quiero ni pensarlo. —Acarició su mejilla golpeada con suavidad, antes de maldecir entre dientes—. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a hacer algo así?

—Lo enfurecí —atinó a decirle. Él la miró como si estuviera loca.

—¿A quién puedo llamar para que nos ayude? —le preguntó en un intento de organizar el caos.

—Cualquiera de ellos tardará en llegar —le contestó en un susurro—. Además, no quiero que sepan... que se enteren... —Jadeó para respirar—. Chris... Yo... no sé... —Sentía que perdía las luces de repente.

—¿Qué sucede? —preguntó, elevando su barbilla con cuidado—. ¿Dónde más te golpeó?

Ella acarició a su gata, y lo miró asustada.

—Lira está demasiado quieta... y me siento un poco mareada —le contestó en un susurro.

—Vamos al hospital —lo escuchó gruñir. Sam arrugó su cara, lo cual le causó gran dolor.

—Lira... primero, Lira.

—Maldita sea, iras conmigo al hospital, revisaran tus heridas y veremos si todo está bien, porque te juro por Dios, si necesitas pasar una sola hora internada lo mataré, a él y a su desgraciado nieto.

Ella lo miró horrorizada e iba a contestarle, pero entonces su cabeza se fue hacia atrás.

—¡Demonios! —lo escuchó gritar, y otros ruidos a su alrededor. Antes de perder por completo el conocimiento, lo escuchó de nuevo—: ¡Genna! ¡Genna! ¡Necesito tu ayuda! Es Sam.

Cuando Sam abrió los ojos, estaba en los brazos de Christian, en un coche en movimiento.

—Vas a estar bien, Sam, lo estarás —escuchó que le repetía, todo el cuerpo debajo de ella temblaba, y le gritó al conductor un par de veces para que se apresurara. Sam parpadeó y abrió sus labios, en un esfuerzo descomunal.

—Lira... —le susurró y gimió ya que el esfuerzo le había dolido. Respirar le dolía. Moverse le punzaba. Todo le hacía daño, pero necesitaba saber que su gata iba a estar bien.

—Ge... Bianca me dijo que estaría en casa en unos minutos y la llevaría al veterinario —le respondió de inmediato.

—¿Llegará pronto? No quiero que le pase algo, debe tener miedo por haberla dejado sola. Debimos esperar a Bianca... —Sintió que la desesperación la invadía y comenzó a jadear porque al acelerar su respiración, el dolor aumentó.

—¡Apúrese! —exigió Christian golpeando el separador de plástico. Allí se dio cuenta de que estaban en un taxi.

Cuando llegaron al hospital la sacó en brazos pidiendo a gritos que la atendieran y no se detuvo hasta conseguir una camilla que la trasladara.

La internaron y colocaron en el área de emergencia, lo cual no ayudaba a opacar el instinto asesino de Christian. Mucho menos cuando la hicieron gritar en agonía al colocarle en su lugar el hombro izquierdo, que se había

dislocado por la caída.

—Lo destruiré —escuchó que mascullaba una y otra vez después que la sacaron del área de rayos X.

Ya la habían hecho hablar con un psicólogo del hospital, al parecer era una política del lugar cuando había sospechas de maltrato. Ella había evitado cualquier ayuda y también se había negado a decir el nombre del agresor, solo rechazó de forma enfática que había sido Christian, cuando le hicieron abandonar el área de emergencia, por considerarlo una amenaza.

Una hora después ella estaba más tranquila, su hombro había dejado de doler casi por completo, al igual que el área de sus costillas, imaginaba que por los analgésicos que le habían suministrado.

—Lo tienes que denunciar —la intimó Christian—, en unos momentos vendrá la policía.

—No, no lo haré —le respondió—. Es su abuelo.

—Pues te aseguro que él también pediría su cabeza si estuviera en mis zapatos. —Cerró sus ojos con rudeza—. O por lo menos quiero creer que eso es lo que haría.

—La mayoría de los golpes me los hice yo misma... —trató de explicarle.

—No, mierda, no me estás diciendo eso —le interrumpió—. Si sales con algo como «yo lo provoqué» o «fue mi puñetera culpa», iré a buscar al psiquiatra. No hay excusa que justifique esto.

—Él me tomó del brazo con fuerza —dijo señalándole esa extremidad paralizada que ya estaba empezando a mostrar un hematoma de forma de una mano gigante—. Y yo lo seguí provocando. Fue algo absurdo, solo ansiaba defender a Oliver, tenía que mostrarle que su nieto no era una basura o un problema. Perdí el control y...

—Un morado y corte en tu cara, el hombro dislocado, tal vez la ruptura de costillas, eso fue consecuencia del agarre de su brazo y de la forma en que te empujó, no de tus ansias de proteger a lo que amas —la interrumpió de nuevo, tratando de hacerla entender.

—Sí —aceptó—, tienes razón, pero igual no puedo denunciarlo, no cuando sé cuánto dañaría eso a Oliver. No cuando sé cuánto afectaría a su trabajo. No puedo arruinar su vida de nuevo. Esa empresa es lo único que ha querido en su vida.

—¿Te estás escuchando? —le preguntó y acarició su mejilla con suavidad.

Ella se estremeció por un acto reflejo, aunque el golpe estuviera del otro lado —. Tú mereces ser tratada como lo primero en la vida de quien te ama, no de segunda o último lugar. Mereces que alguien te entregue el doble de lo que das; en cambio de él, solo recibes migajas —dijo, aunque se arrepintió de inmediato, no quería ser cruel, menos en la situación en la que estaba su amiga—. Mereces amar sin miedo, y saber que estás protegida. Él no te ha dado nada de eso, y jamás lo hará. Despierta de una vez, porque yo no puedo perderte, ¿entiendes? —La miró con sus ojos humedecidos, la mano que aún la acariciaba, comenzó a temblar—. Cuando te vi caer desmayada, por un instante creí que habías muerto. Nunca más quiero experimentar algo así.

Jamás.

Ella asintió y parpadeó, las lágrimas cayeron con libertad por sus mejillas.

—Te necesito entera, y te necesito en casa, Sam. Regresa a casa. Por favor, te lo imploró.

—¿Cómo está Lira? —preguntó. Necesitaba cambiar de tema. No quería hablar más de ello o escucharle rogar que regresara a Chicago, mucho menos en ese momento, que se sentía más débil y derrotada que nunca.

—Genna está con ella, acaba de llamarme.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Genna? ¿No era Bianca? —Empezó a agitarse de nuevo, sin importarle el dolor. Christian suspiró y pasó una mano por su cara, un poco agotado.

—Bianca es Genna —confesó. Sam se quedó completamente estática—. Tantos años estuve buscándola y siempre estuvo ahí, frente a todo el mundo, publicando una editorial en una revista londinense, en síntesis, reconstruyendo su vida con éxito.

—No puede ser Genna —le respondió palideciendo—. Yo trabajé con ella por meses, Chris. No puede ser, yo la conocí, sabía cómo lucía. Ella no puede ser Genna.

—Bambi, ella se escondió de la mejor forma posible —le respondió, en un intento de calmarla—. No había forma de que la reconocieras.

—Debí darme cuenta, debí haberlo sabido y avisarte. Lo siento tanto —susurró decepcionada, ella había confiado en esa mujer, tanto así que le había permitido ayudarla en un momento oscuro de toda su historia con Oliver, creyó que había sido su amiga y todo el tiempo la estuvo engañando.

—Está bien —le dijo y acarició su cabello—. No tienes que disculparte, no lo sabías, y yo tampoco lo hubiera sabido si no hubiese venido a Londres, o mejor, si tú no fueras tan terca y me hubieses hecho caso cuando te rogué que no aceptaras el trabajo. Tú me guiaste a ella después de todo.

Sam bajó la cabeza, se sentía muy confundida.

—¿Están juntos? —preguntó y bloqueó la desilusión y la rabia, una parte de ella quería herirla por haberlo hecho sufrir y por usarla como a una idiota; ya que recordó que siempre le preguntaba por Christian, de forma indirecta claro, se escudaba en la excusa de querer saber de la vida de su nueva empleada y su entorno, y Sam había respondido sus preguntas, le permitió utilizarla sin tener idea de quién era en realidad.

La otra parte de ella le gritaba que viera el brillo en los ojos de Christian, era como si hubiese vuelto a vivir, y lo quería feliz. Además, no podía ser tan hipócrita en no darle lo que ella tanto le pidió sobre todo el asunto de Oliver: comprensión. Y la mujer estaba acompañando a su gata, eso al menos le hacía ganar un punto.

—No —respondió él haciendo que ella se alejara de sus pensamientos—, hemos hablado, pero me dijo que ahora era feliz. Que todo de su vieja vida le causaba malos recuerdos y no quería nada de vuelta.

Sam tomó su mano y la apretó.

—No creo que tú estés en ese lote. Siempre me preguntaba por ti —le confesó y lo vio asentir. Después hizo un gesto con su mano libre como si descartara la conversación.

—Están operando de emergencia a Lira, Bambi, tiene algunas costillas rotas y es delicado, pero me prometieron que están haciendo todo lo posible para que salga del peligro.

Ella tembló al imaginar a su gata sola, aterrorizada y luchando por su vida.

—Si algo le pasa... Ella solo quería protegerme —susurró y comenzó a llorar sin importar que cada sorbo fuera como un cuchillo que le clavaban en el costado.

—Señora Heller. —Elevó la mirada hacia el doctor—, si no se tranquiliza tendremos que darle unos calmantes, no puede forzar los daños. —Asintió y apretó la mano de Christian—. Tiene fisuras en dos costillas flotantes, es bueno que no hubiera ruptura o que no fuera en alguna que comprometiera un órgano vital. Pero igual tiene que mantenerse relajada, cumplir con el

tratamiento y le aplicaremos un vendaje alrededor de esa área, además del cabestrillo para mantener inmovilizado el hombro izquierdo por seis semanas.

Sam asintió, cerró los ojos y respiró para tratar de relajarse sobre la camilla.

—Todos los exámenes de rutina salieron negativos. —El hombre miró a Christian por un par de segundos—. Afuera hay un par de personas que quieren hablar con usted.

Vio a las dos policías y asintió. Cuando el doctor se alejó, giró hacia Christian.

—No voy a denunciarlo y tú no dirás nada.

—Bambi...

—Christian, por favor, promételo.

Ambos se miraron a los ojos y cuando entró la policía, ella suspiró hondo, gimiendo de dolor y contestó cada pregunta sin decir quién la había golpeado.

Christian parecía que quería explotar, pero no dijo nada. Lo cual agradeció.

Después de terminar la entrevista, logró relajarse luego de constatar que Lira había salido bien de la operación y que estaba en el área de observación. Le hizo prometer a Christian que la llevaría apenas la dieran de alta a la clínica veterinaria, sin importar el reposo médico.

Varias horas después abrió los ojos y se encontró con su amigo sentado a un lado de su cama, la miraba con los ojos humedecidos, casi asustado.

—¿Chris? —preguntó ella en un sonido ronco mientras subía su mano libre. Él cerró los ojos y ella vio una lágrima caer de su mejilla—. ¿Chris? —inquirió más desesperada. Se sentó sin cuidado sobre la camilla, y de inmediato gritó de dolor.

—Lira... —empezó y ella abrió los labios sin poder emitir sonido. No tenía que decirlo, ya lo sabía. Tembló y comenzó a jadear con fuerza.

—No —rogó.

—Lo siento Bambi, las costillas quebradas perforaron sus pulmones y se llenaron de líquido. Bianca me acaba de llamar, Lira no logró salir adelante, está muerta.

—No —repitió desesperada.

—Lo siento tanto, Sam.

Sam gritó con fuerza mientras sentía que el dolor la desgarraba, trató de soltarse del agarre de Chris, y dio otro alarido porque el movimiento volvió a desencajar su hombro.

Un segundo después, el personal del hospital, entró a la habitación y le inyectaron calmantes. Después cayó en la inconsciencia.

Capítulo 21

Di algo, me estoy rindiendo contigo.

Yo empezaré, si así lo quieres:

Yo te habría seguido a cualquier lugar.

Di algo, me estoy rindiendo contigo. Y yo, me estoy sintiendo tan insignificante, esto era más de lo que yo podía soportar, no he aprendido nada.

Say something, A Great Big World, ft. Christina Aguilera.

— **B**ambi, Bianca está aquí, quiere hablar contigo —escuchó la voz de Christian desde el otro lado de la puerta, y se hundió un poco más en su pequeño espacio de la cama, un cabestrillo gris cubría su brazo izquierdo y una venda mantenía firme su adolorida cintura. Pero no podía moverse.

Sintió otra lagrima correr por su mejilla y se la quitó enojada, sentía como si le hubiesen arrebatado el único ser que le había entregado un amor puro, un animalito inocente que la amó de forma incondicional desde el día en que entró a su vida, cuando intempestivamente pasó por su puerta y se instaló en un sillón, como si siempre hubiese pertenecido ahí y a ella.

Ni siquiera pudo verla por última vez o tocar su pata para decirle adiós antes de entrar al crematorio. Cuando Christian le contó que Lira había muerto, Sam tuvo una crisis nerviosa y el doctor la había sedado y la mantuvo internada en observación por las horas que restaban del día y hasta la noche siguiente.

Bianca y Christian habían decidido cremar el cuerpo de Lira y a Sam solo le quedó un ánfora de bronce con la forma de gatito y un certificado de sanidad que garantizaba que, efectivamente, eran las cenizas de su gata las que descansaban en la vasija de metal. Se aferró al recipiente e intentó no volver a llorar. La había perdido para siempre, y eso la hacía sentir vacía, porque ella fue su familia y había sido herida hasta la muerte, por su culpa.

Escuchó la voz de Bianca que la llamaba con suavidad, y se mordió el

interior de su mejilla. «Genna, su verdadero nombre es Genna», se repitió.

Y luego, en un acto impulsivo, se levantó y buscó su teléfono celular. No sabía qué iba a hacer con Oliver, si le diría de su abuelo o no; también temía que la viera de esa forma con el brazo paralizado, el morado y el corte en su cara. De hecho, ese día, intencionalmente se había vestido con una camisa de mangas largas para que nadie descubriera la marca que dejó la furia del anciano en su brazo; pero, por otro lado, solo ansiaba hablar con Oliver, escuchar su voz, necesitaba una prueba o acción que la ayudara a encontrar sentido a todo lo que le había sucedido y lo más importante, lo necesitaba a él, ese anhelo se había vuelto tan intenso que le dolía aún más que el malestar de sus costillas o su hombro.

Marcó su número y maldijo al escuchar la contestadora. Ella sabía que Oliver estaba a muchos kilómetros de distancia, él le había contado —la última noche que estuvieron juntos, antes del lanzamiento del nuevo formato de *Claroescuro*—, que tenía que ir a Japón para cerrar un negocio sobre la restauración de la parte antigua de Sendai, una ciudad afectada por el último terremoto. Entendía que el cambio de horario no le permitiría acceder a él, tenían más de dieciocho horas de diferencia. Pero lo necesitaba.

—*Oliver* —dijo cuando escuchó el pito que indicaba que podía hablar—, *sé que estoy violando algún tipo de regla no dicha entre nosotros, que esto no tiene sentido en realidad, pero por Dios, te necesito aquí a mi lado. ¿Podrías volver? ¿Podrías...?* —Un sollozo evitó que pudiera terminar la frase. Se tragó la angustia y lo intentó de nuevo—. *Necesito que me abracés. Necesito...*

Escuchó la puerta abrirse y trancó la llamada para encontrarse a Bianca «Genna», parada frente al portal.

—Sam —la llamó y un par de segundos después la tenía a su lado. Era la única, además de Christian, que sabía lo que en verdad había pasado.

—Estoy bien —le susurró.

—¿Podríamos hablar un momento? —le pidió. Sam la encaró, mirándola con frustración y desilusión.

—¿De qué quieres hablar, Genna? —preguntó y enarcó una ceja a la expresión de dolor en los ojos de la mujer—. ¿De cómo me engañaste? Pensé que eras mi amiga además de mi jefa, pero me usaste y me tomaste

por idiota, yo confiaba en que eras quien decías ser y al mismo tiempo me sacabas información sobre Christian, quien tenía años sufriendo por ti.

—Lo siento. Me disculpo por lo que hice —ofreció y se acercó otro paso—. Sé que estuvo mal, quiero que sepas que jamás fue mi intención usarte o hacerte sentir de esta manera. Yo sentí terror cuando te reconocí como aquella chica que estaba con Oliver el único día en que fui medianamente feliz en mi antigua vida. Fue un mecanismo de defensa, no quería volver a sentirme como antes, perdida, dolida, y sin esperanzas.

—Christian jamás haría eso, ni yo tampoco.

—Lo sé. Oliver me dijo lo mismo también, pero no tenía nada que ver con él, el problema era yo. Necesitaba apartarme de todo lo que me hizo daño. Christian fue lo único bueno en una vida que no le desearía ni a mi peor enemigo. —Se quitó los lentes gigantes y le sonrió con tristeza—. Lo cierto es que siempre creí que él había continuado con su vida, que estaría casado, con hijos y feliz con otra mujer.

Sam la miró por unos instantes y otra de sus interrogantes fue respondida. Ya entendía por qué Oliver había invertido en esa revista, no tenía nada que ver con que le interesara la moda, era sobre Genna. Él siempre supo quién era, y jamás se lo había dicho a nadie, a pesar de saber que Christian la estaba buscando.

—¿Por qué Oliver nunca se lo dijo? —preguntó, aunque más para sí misma.

—Yo no se lo permití. Él lo intentó, me pidió de muchas formas distintas que me comunicara con Christian, pero nunca quise. No le veía sentido, Christian solo sintió responsabilidad e ilusión por mí, Sam, un sueño de una mujer que nunca existió en realidad. Yo nunca fui lo que él necesitaba.

—Eso no es cierto —le refutó de inmediato—, créelo de alguien que ha tenido su cuota de amores ilusorios: Chris nunca ha sentido solo eso por ti. Y si se lo permitieras, él haría lo imposible para estar a tu lado y hacerte feliz. No deberías desaprovechar a alguien que te ama y que te ha estado esperando por años.

Bianca la miró con duda, pero cuando extendió su mano, Sam la tomó sin dudarla. Fuera de la sensación de traición que aún sentía hacia ella, su amigo merecía que se tragara sus propios sentimientos solo para verlo feliz, y Sam haría todo lo que estuviera en sus manos para conseguirlo. En ese

instante, Christian entró a la habitación, con un vaso de agua para ella, e imaginaba que otro calmante.

—No quiero que se enteren de lo que sucedió —susurró Sam, aferrándose a las cenizas de Lira. Bianca frunció el ceño.

—¿Oliver?

—No, no estoy hablando de él —replicó, Sam—, sino de todos los demás, Emma o Nathan. Prométemelo. —Bianca asintió y Christian apretó los labios sin decir palabra.

Momentos después, volvió a recostarse y dejó en la mesa de luz la réplica de bronce en donde descansaban las cenizas de su gata, allí se dio cuenta de que tenía grabada una inscripción, volvió a tomarla y la acercó para leer: «Lira: Diosa y Protectora». Samantha sonrió con tristeza, giró hacia Christian y le agradeció con la mirada. Él asintió con una pequeña sonrisa.

—Fue una buena gata —dijo Christian y sonrió de nuevo—, tenía un alma protectora, a veces como perro, otras como humana. Me costó mucho tiempo ganarme su confianza, en serio Sam, tuve que sobornarla muchas veces sin que te dieras cuenta, sobre todo con palomitas de maíz —se burló. Ella lo miró asombrada y comenzó a llorar, ya entendía por qué había amado tanto a Chris. Segundos después, sintió su mano sobre la cabeza de la réplica de metal, que ella aún mantenía en su falda—. Gracias por protegerla, no sé qué habría pasado si tú no hubieses estado allí.

Sam gimió y él se acostó a su lado y la abrazó. Ella se aferró a la camisa de Chris para conseguir apoyo y apenas soportando el dolor, se sentó en la cama y acarició la urna de su gatita por un largo tiempo, cuando por fin elevó la mirada, descubrió que Chris se había levantado de la cama y salido de la habitación junto a Bianca, para darle privacidad.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —preguntó, entonces—. ¿Quién me va a acompañar cuando pinte y va a escuchar cada uno de mis pensamientos ilógicos? —le preguntó sintiendo que las lágrimas corrían por sus mejillas—. Perdóname. Lamento no haber sido más valiente, sino hacer que tú me defendieras. Te prometo que seré fuerte y valerosa, Lira, no tienes que preocuparte por mí. Estaré bien, y sé que tú también. Dicen que las nubes son más acolchadas que cientos de almohadas de plumas. Estoy segura de que te sentirás como en casa.

Abrió la boca para prometerle que la pintaría entre las nubes, pero se

contuvo. No sabía cuál sería el resultado de ese lienzo si volviera a tomar un pincel.

Estuvo recostada junto a las cenizas de Lira por casi una hora, pero al final tuvo que llamar a Christian para que la ayudara a estirarse por completo en la cama, el dolor por la posición se volvió insoportable, así como la desgana y la tristeza.

Mientras Christian la ayudaba, Bianca entró a la habitación para despedirse, le dio un beso a Sam y luego estiró su mano derecha hacia Christian y él la tomó de forma delicada. Los vio mirarse con añoranza; le resultaba absurdo que, después de tanto tiempo, ninguno de los dos luchara por lo que quería, pero qué sabía ella si ya se parecía al Quijote de la Mancha, luchando por años contra gigantes imaginarios para llegar al corazón de su amante.

Pasó el resto de ese día acostada, con el celular a su lado, sin ningún tipo de respuesta de parte de Oliver. Christian la mimó más de lo que creía posible. Y cuando despertó al día siguiente, se sentía un poco mejor, al menos físicamente.

—Volveré pronto —prometió Chris y ella asintió mientras se recostaba en el sillón de la sala—, iré a comprar el desayuno y pasaré por la farmacia a buscar el resto de los medicamentos que te recetó el traumatólogo. —Se detuvo titubeante y la miró preocupado—. Tal vez debería llamar a Bianca.

—Vete, no necesito a una niñera. Estaré bien —enfaticó lo último y él pareció dudar antes de irse, Sam imaginó el porqué, después de todo, aunque no lo reconociera, Chris se sentía culpable por no haber estado presente cuando el abuelo de Oliver entró a su casa—. Anda, cariño. Me recostaré un rato mientras te espero.

—Bien —masculló y se acercó a darle un beso en la frente.

Cuando Chris salió por la puerta, Sam recostó su cabeza contra el respaldo del sofá, y comenzó a sentir otra vez que la pesadez y la tristeza la llenaban. Todo un día y Oliver no había dado ningún tipo de señal de vida. Sabía que era imposible que regresara solo porque ella lo necesitaba, estaba ocupado con sus negocios, con su vida, pero había esperado que por lo menos la llamara; había llorado en ese mensaje. Le había rogado. ¿Eso no valía para nada? ¿Es que acaso ella no importaba en absoluto?

Creía haber tenido clara las reglas cuando aceptó entrar en esa historia,

pero jamás imaginó que eso significara dar todo sin siquiera una pequeña consideración de su parte. El Oliver que recordaba, el hombre del que se había enamorado tantos años atrás, no habría dudado en contactarla, pero este Oliver...

La puerta se abrió de golpe y ella parpadeó hacia allí esperando ver a Christian que regresaba a buscar su billetera, tendía a olvidarla cuando estaba preocupado.

—¿Oliver? —susurró. Él entró a la casa y cerró la puerta, aún sin mirarla.

—Samantha, ¿por qué esa llamada? ¿Qué...? —Lo escuchó jadear y lo vio acercarse a ella—. ¿Qué demonios? ¡¿Qué te paso?! —preguntó con tono desesperado, mirándola de arriba abajo, paralizado y horrorizado.

Sam comenzó a llorar y supo que no podía mentirle, que aunque lo destruyera tendría que decirle que fue su abuelo quien le hizo daño.

—Oliver...

—¿Qué demonios sucedió? ¿Por esto me llamaste? ¿Por qué no me dijiste que algo sucedió? Habría comprado el condenado aeropuerto para llegar a ti más rápido, si lo hubiera sabido. ¡Samantha, contesta! —le exigió, acuclillado a su lado, trataba de tocarla pero sin conseguir hacerlo, por temor de hacerle daño.

Ella se sentía aturdida por la mezcla de sentimientos; alivio porque estaba allí y dolor por lo que iba a hacer y decir. Recordó cada uno de los eventos que sucedieron tres días atrás y miró hacia la pared donde su abuelo había tirado a Lira.

—Lira... —susurró angustiada, queriendo explicarle que sus golpes no importaban, que había perdido algo mucho más importante.

—¡Lira! —gritó Oliver con expresión furiosa— ¿Dónde está esa maldita gata? ¡La mataré! ¿Y cómo mierda hizo esto? ¿Te tropezó y caíste? No entiendo cómo ocurrió. —Sam jadeó y llevó su mano libre a la cintura porque el movimiento le causó dolor. Oliver la miró aterrorizado—. ¿Fuiste al médico? ¿Qué te dijo? ¿Cómo se llama? Si no es el mejor, hay que buscar una segunda opinión. ¡Tengo que llevarte al mejor medico! —demandó.

—Ya lo hice. No lo entiendes, por favor, déjame hablar —trató de explicarle pero él estaba enloquecido, no la escuchaba.

—¿Te hicieron radiografías? ¿Exámenes? —le preguntó tocando con suavidad su cara amoratada y gruñendo de la rabia.

—Ya hicieron todo eso, y estoy bien. Estoy bien —intentó reafirmarle—. Oliver, sé que lo que diré no te gustará, yo... no quiero ser la que te haga esto...

—No estás bien, no te veo nada bien —le interrumpió y se pasó la mano por el cabello, alborotándolo—. Tienes un corte y un golpe en la cara, un brazo envuelto en un cabestrillo y estás encorvada, como si no pudieras respirar. ¡Eso no es estar bien! —espetó, frenético—. ¿Dónde está esa maldita gata? —preguntó elevándose sobre sus pies, y comenzó a caminar por la sala —. ¿Qué te dijeron los médicos? ¿Te evaluaron? —insistió.

—Sí, y eso no importa, no fue esto el motivo de mi llamada. Escúchame por favor, el día después del evento en *Claroscuro*, cuando desperté...

—¿Qué dijeron las pruebas? —le interrumpió. La miraba preocupado y se acercó de nuevo al sofá, volviéndose a acucillar a su lado.

—¡Oliver, por favor, escúchame! —gritó ella, y después jadeó por el dolor—. Me hicieron todo tipo de pruebas, incluso la de embarazo. —Se detuvo ya que lo vio palidecer hasta volverse casi cenizo y se levantó de golpe. En ese momento entendió dos cosas que sacudieron su cerebro como un electroshock.

Esa iba a ser su vida. Él iba a llegar allí por un rato, sin compartir nada más que algunos momentos robados, imponiéndose en cada uno de los aspectos posibles, sin siquiera tener en cuenta lo que ella pudiera querer o necesitar. Nada sería cercano a normal, su conversación de tiempo atrás de niños quedó en algo nunca dicho. Sin embargo, debía aceptar que había estado dispuesta a matar cada uno de sus anhelos; familia, hijos, hogar, solo por él. Lo había aceptado y era el precio que estaba dispuesta a pagar por tenerlo por un rato.

Y también comprendió que le estaba haciendo daño. Los insultos de su abuelo, el trasfondo de esas palabras por fin golpearon en ella, y por todos los cielos, dolieron mucho más que las heridas que recibió durante esa enseñanza. Ella había presenciado, cuando vivió con Oliver, su temor a convertirse en su padre; su odio a Michael por cómo había actuado con ella, y aun así, no entendía cómo no había unido el rompecabezas. Cómo no había visto que las consecuencias de lo que estaban haciendo lo atormentaría más que todo el resultado de su historia cinco años atrás. Un hijo lo volvería como su padre, un hombre que no le importaba crear vidas

fuera de las promesas que hizo, reafirmaría las palabras de Oliver I, que sin duda alguna le había repetido a él durante toda su vida: «un bastardo creador de bastardos».

Bastardo. También dedujo por qué él se llamaba a sí mismo de esa forma, y lo recalca cuando quería hacerse daño.

—¿Estás embarazada? —le preguntó él, su voz tensa, contenida, casi pequeña. Aterrada en el fondo. Sam negó con la cabeza.

—No —respondió. Oliver suspiró, sin duda aliviado.

Sam se quedó en el sillón sin poder moverse, y por una vez en esos tres días, sin sentir ningún tipo de molestia física, en cambio estaba fría. Él comenzó a balbucear sobre llevarla a un médico, algo sobre el método más poderoso de anticoncepción. Pero ella solo pudo observarlo, espeluznada a su vez, por el daño que casi le hizo cuando su única intención al seguirlo allí, había sido hacerlo feliz.

—Nunca te hice ningún bien, ¿verdad? En cambio lo empeoré todo. No entiendo cómo creí, que yo de todas las personas, podría alguna vez ayudarte.

Oliver la miró confundido, el alivio causó que todo su frenetismo anterior fuera olvidado.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó él, entonces—. ¿Por qué me dejaste ese mensaje?

Ella escuchó la pregunta y por un instante consideró en confesarle la verdad, ya que por fin podía, pero lo descartó de inmediato pues no tenía sentido.

—Lira murió —respondió sin más. Lo observó palidecer de nuevo, y casi de inmediato se sonrojó, de seguro recordando su amenaza anterior.

—Lo siento —contestó.

Ella asintió, sin moverse del sofá. Le resultaba tan absurdo, pero cuando lo había llamado, su principal motivo fue porque quería sentir sus brazos rodearla y experimentar la seguridad y paz que vivía con él. Era obvio que no lo conseguiría.

Sí fuera sincera consigo misma, tenía que aceptar que él tenía más de un mes sin poder tocarla, solo cuando estaba en la cama se permitía hacerlo, el resto ni la miraba. Por enésima vez se preguntó qué había cambiado, a pesar de saber que ya no tenía sentido. Fuera en esos meses en los que se

permitió ser feliz, o en los que parecieron una pesadilla, el resultado era el mismo, porque en ese instante no necesitaba sexo, necesitaba al hombre, un apoyo. Y eso no lo tendría nunca más. Porque jamás fue suyo.

—¿Que soy yo para ti, Oliver? —le preguntó en voz baja y sin mirarlo a los ojos—. Por una vez responde, necesito saberlo —le rogó.

Él se pasó la mano por la cara, y duraron segundos callados, tantos que creyó que la ignoraría y no le contestaría nada.

—Tú eres una necesidad —le dijo—, yo te ansío, te deseo, ¿estás feliz? ¿Eso es lo que quieres escuchar? Cómo una parte idiota de mí aún sigue tan pegado a ti como años atrás, ya deberías tenerlo claro, por algo regreso a tus jodidos brazos a pesar de saber que debo parar, y todo lo que arriesgo por venir aquí. Me haces sentir y ansiar cosas que nunca tendré, y eso es un maldito problema. Tú eres como un condenado problema que nunca desaparece.

A ella se le humedecieron los ojos y comenzó a respirar de forma agitada, ya que recordó las palabras de su abuelo «¿cómo alguien podría amar a un problema?», y después recordó que no era la primera que él la llamaba así. Justo allí, una parte de su ser murió.

—¿Y cómo alguien podría amar a un problema? —repitió.

Sam se levantó del asiento con dificultad y negó con la cabeza.

—¿Qué mierda tiene eso que ver? Samantha...

—Me voy a pasar las navidades en Chicago —le interrumpió—. Christian está en Londres y me va a escoltar de regreso a casa.

—Por supuesto —respondió con tono despectivo. Ella quiso reír sardónicamente, pero requería mucho esfuerzo. Lo vio suspirar—. Mejor así. Yo tengo muchos compromisos laborales y familiares, y no podré venir, no quisiera que estuvieras sola —agregó acercándose un paso—. ¿Cuándo regresas?

—No lo haré —respondió después de observarlo por un par de segundos.

Las palabras se escaparon de su boca sin considerarlas, pero después que salieron, se sintió aliviada. Un paliativo a su dolor, rendición, tristeza, furia, derrota, tantas emociones que la dejaron sin respiración. Él se balanceó como si lo hubiese golpeado y frunció el ceño.

—Tu contrato con *Claroescuro*... —Ya lo terminé —le informó.

Él pareció más confundido que antes, pero solo duró unos segundos. Y ella se preparó porque sabía lo que vendría en ese momento, había visto esa expresión antes, la forma en cómo sus ojos se endurecían y su barbilla se elevaba. De hecho, la última vez que lo vio fue apenas tres días atrás. Le sorprendió de nuevo que ese hombre llamara a Oliver un bastardo, ambos eran tan parecidos.

—Por supuesto —contestó y sonrió con expresión cruel. Sam tembló perceptiblemente—. Ya terminaste tu trabajo aquí, felicitaciones.

Ella se apartó de su lado, ansiando conseguir la mayor distancia que pudiera entre ambos.

—Oliver... —le llamó.

—¿Qué? —le interrumpió. Empuñó las manos a sus lados, cada vez parecía más furioso y duro—. Samantha, ambos sabíamos que esto era transitorio y que se iba a acabar. Lo cierto es que siempre creí que huirías mucho antes. O quizá lo que sucedió es que yo no me cansé de follarte lo bastante rápido.

Sam recibió las palabras como si hubiesen sido un golpe en su estómago, se encogió un poco hacia adelante.

—Imagino que Bianca pagó muy bien por tus servicios. Así le ordené que lo hiciera.

—Por favor, detente —le rogó en un susurro que de seguro él ni escuchó.

—Yo solo quiero saber si eso te parece suficiente, o si te tengo que dar algo más, por los que me ofreciste a mí.

Sam elevó su barbilla, la fuerza que le prometió tener a su gata el día anterior, latía por sus venas. A pesar de que eso lo terminó de destrozar todo. No lloró, no le daría la satisfacción de saber que le había hecho el daño que pretendía al pronunciar esas palabras.

—¡Qué suerte la tuya! —dijo con un tono que no parecía el suyo, moviendo su mano libre hasta golpear su pecho con suavidad, ya que sentía que se estaba ahogando—. Llegar a adquirir a la única... —Su garganta se cerró por esas palabras así que al final las escupió— ramera que se ha acostado solo con un hombre en toda su vida. Felicitaciones.

Él arrugó la cara como si lo hubiese dañado y sus ojos, que hasta entonces eran de un tono verde, duros y fríos, se llenaron de marrón, parecido a la miel opaca. No permitió que su dolor le importara.

—Samantha, yo...

—No —le interrumpió y se acercó un paso—. No quiero nada más, porque no me debes ni un céntimo, Oliver; mis caricias, mis palabras y mi amor jamás tuvieron un precio, yo te las entregué con libertad. Puede que en tu vida hayas tenido que pagar por todo lo que tienes, pero yo siempre fui la excepción.

Él arrugó la cara de nuevo y dio un paso para atrás. Ella sintió otro golpe en su vientre, ya que parecía que si le hacía daño se lo estuviese haciendo a sí misma.

—Sabías desde el principio como sería todo —le replicó él—, nunca te mentí.

—Sí —concordó y se acercó hasta quedar frente a él, a pesar de sus esfuerzos su vista estaba nublada por las lágrimas y tuvo que parpadear varias veces para poder verlo con claridad—. Pero saber la verdad no significa que no duela, Oliver. Ni que estar contigo de esa forma no hubiera sido más trágico que estar vacía.

Él se apartó de ella y negó con la cabeza, se giró para irse, pero cuando dio un paso hacia la puerta ella lo tomó de un brazo y lo detuvo, luego lo rodeó para que la observara.

—Te amé, Oliver. Y te lo digo, porque estoy segura que cuando salgas de este apartamento empezarás a negarlo. Quiero que lo sepas, que lo entiendas. —Él trató de apartarse, pero ella apretó la sujeción para que no lo hiciera, y al parecer hubo algo en su roce que hizo que se quedara quieto y la mirara—. Más que eso, te ruego que dejes de pensar en los demás o en lo que tienes que dar para que te acepten: acéptate tú, eso es lo importante. Deja de pensar en lo que yo quiero, lo que tu abuelo quiere, o en lo que tu esposa quiere. ¿Qué quieres tú? Si es la empresa, el sueño que siempre has anhelado, lucha por él, si es otra cosa ve a por ello. Yo siempre he querido que seas feliz, por eso fue que vine a Londres contigo.

—No, no fue por ese motivo. Solo llegas a mi vida para mostrarme lo que podría tener y después me lo quitas —le dijo y se apartó de su agarre, mirándola con furia y frustración—. Desde el momento en que aceptaste venir, supe que no podía ceder de nuevo, Samantha, porque lo arruinarías todo. Por un momento lo olvidé, pero agradezco haberlo recordado, porque así podré verte partir sin más. Lárgate, y sigue creyendo que eres tan digna, y también llévate esa excusa de amor que dices sentir por mí. Nunca lo

necesité.

Sam sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas y por unos segundos quedó paralizada por esas palabras, por la fuerza en que fueron dadas y por el dolor que reflejaba cada una de ellas. Él creía que estaba siendo tan fuerte en pronunciarlas, pero en verdad no lo era en absoluto. Así como ella no era lo que él necesitaba, le costó sudor y sangre entenderlo. Sin embargo, ya que lo amaba como lo hacía, se acercó otro paso hacia él, cediendo una vez más.

—No me lo estoy llevando, Oliver, ¿lo quieres? Aquí lo tengo, aquí estoy. No tengo que irme a ninguna parte. ¿No deseas que me vaya? No lo haré, pero no puedo seguir así, no puedo vivir con tu incertidumbre, luchando contra ti y rogando por un instante de calma. No soy tan fuerte como creía. Si quieres que me quede lo haré, y seré tan tuya como lo he sido siempre, y te amaré igual. Pero no puedo continuar batallando sin oportunidad, tirar mi amor contra un muro. Las paredes matan, y vidas se han perdido por ellas, ¿no lo ves? Yo no quiero morir y solo deseo ser sostenida, ser abrazada y amada. Me estoy ofreciendo a ti entera, ¿me aceptarás?

Él se apartó otro paso y Sam bajó la mirada, entendiendo su respuesta instintiva. Se tragó el dolor porque aunque sabía que era improbable que la aceptara, la parte de su corazón que lo deseaba quedó devastada.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —inquirió y él la miró atormentado, la miel opaca quemándose en sus pupilas. Ella le sonrió con tristeza, ya que sabía que aunque había conflicto en su interior, jamás renunciaría a nada para estar con ella—. Que ese hombre que me dejó cinco años atrás fue el gran amor de mi vida, fue el único que me sostuvo y abrazó cuando lo necesité y yo... yo hubiese dado mi alma por ese hombre, Oliver. No. —Se calló y parpadeó las lágrimas, y las apartó con un gesto que se vio rudo—. Lo di todo. Cambie mi vida y mi ser por ti, traté de ser la persona que deseabas, transformándome. —Frunció el ceño ante esa declaración, ya que por fin entendió que no era la primera vez que lo hacía—. ¿Cómo pude equivocarme tanto? —susurró para sí misma. Lo miró con tristeza—. En cambio, tú, eres solo la versión egoísta y cruel de ese hombre.

—No. Soy lo que tú creaste —le respondió entre dientes y apretó sus manos con fuerza, como si estuviera controlándose para no tocarla.

Sam negó con la cabeza y limpió sus lágrimas.

—No, no fui yo quien lo hizo —aceptó—. Adiós, Oliver —le susurró y él iba a hablarle pero en ese momento abrieron la puerta y entró Christian.

Él los miró y luego fijó la mirada cargada de odio en Oliver. Sam supo que se había acabado toda la esperanza, hasta ese instante creyó ver indecisión en su expresión, algo que lo estaba forzando a recapacitar, pero cuando la miró de nuevo, su expresión era resuelta.

—Adiós, Samantha —dijo y salió por la puerta abierta.

Miró a Christian y comenzó a jadear por aire, aunque no lloró, no se lo permitió.

—¿Bambi? —llamó Christian acercándose. La abrazó por largo rato sin decir palabra ni moverse.

—Quiero irme a casa —musitó cuando pudo calmarse.

Capítulo 22

*Pasaré hambre, pasaré todas las penurias,
recorreré las calles de rodillas. No hay
nada que yo no hiciera para hacerte sentir
mi amor.*

Make you feel my love, Adele.

Christian observó a Sam y respiró hondo para tratar de sosegar de alguna forma la preocupación que sentía ante la idea de dejarla viajar sola y herida como se encontraba. Su conciencia le gritaba que se subiera al avión, que la acompañara a Chicago, que la dejara instalada, que la protegiera como había prometido que haría.

—Por favor, recapacita —le rogó.

—No —declaró, terca. Se giró a verlo. Los cardenales habían desaparecido un poco en la semana que había transcurrido, y tenía mayor movilidad ya que las costillas estaban sanando aunque aún le dolían cuando hacía movimientos bruscos, sin embargo, estaba aterrado por dejarla sola—. No insistas más. Tu lugar está aquí, puedes quedarte en mi apartamento, hasta te di la excusa perfecta para buscarla, le dejé la llave esta mañana cuando me despedí de ella —lo miró con malicia y después sonrió, dándole ánimo—. Después de todo lo que sufriste buscándola, no te permitiré que lo arruines por mi causa.

—No puedo dejarte sola, no seas testaruda. Después volveré, ya sé dónde está, y ella no irá a ningún lado.

Sam le tapó sus labios con dos dedos, para callarlo.

—Chris, te adoro pero creo que estoy a punto de golpearte —le dijo—. Tú creaste luz cuando todo en mí era oscuridad. Me enseñaste muchas cosas; cómo sonreír aunque no tuviera una buena razón para ello, cómo respirar un día más, pero sobre todo me enseñaste a valerme por mí misma. Confía en lo que aprendí y permíteme volar sola. Así como yo te estoy permitiendo hacerlo. Es hora de dejarnos ir.

Él parpadeó y tomó su mejilla, aturdido y aterrado.

—Sam. —Su Bambi lo miró, el azul turbio como nunca, pero con un brillo de fuerza que siempre le asombraba—. Quiero que entiendas algo. Tienes razón, puede que necesite quedarme e intentarlo con ella, y quizá lo consiga, y ella se convierta en mi corazón y mi aire, pero eso no cambiaría nada, tú eres parte de mi alma. Siempre lo serás.

Ella asintió con los ojos brillantes, luego sonrió para demostrarle que era reciproco. Se acercó y lo besó en los labios por un par de segundos, era un beso casto, cariñoso para confortarlos a ambos. Él movió sus manos hasta su espalda baja y la besó a su vez, más insistente, ya que se sentía angustiado por ella.

—Te adoro, Chris —le dijo como despedida, ya estaban llamando a su vuelo. Él había solicitado el sistema de asistencia para ella, y en la puerta la estaba esperando un chico con una silla de rueda.

—Llámame cuando estés en casa —le rogó y ella ratificó con un guiño, antes de caminar hacia el empleado.

La vio partir y después suspiró. Aún estaba furioso con el mundo y necesitaba hacer pagar a los responsables. Odiaba que ella no le hubiera permitido atacar a Aldrich-Millicent, y con respecto a Oliver, aunque lo detestaba con fuerza desmedida, después de volver a encontrar a Genna, un pensamiento comenzó a atormentarlo.

«¿Oliver y yo actuamos tan distinto al final?». A pesar que ambos fueron muy parecidos en la manera cruel que abandonaron a sus mujeres, creyó que al tomar a Sam en su fuero, para protegerla, estaba demostrando que era mejor. Sin embargo, ya no estaba tan seguro de eso, porque si era sincero, ambos eran egoístas. Y la verdadera razón por la que lo había rechazado, y había estado en contra de toda esa historia, es porque lo entendía.

¿No había hecho algo similar con Genna? ¿No la había destrozado y después pedido más hasta que ella le entregó todo lo que tenía para dar y huyó? La diferencia entre ambos solo radicaba en una cosa: él se autoevaluó y comprendió la verdad. Oliver estaba muy lejos de ello, el odio y la necesidad de control lo consumían vivo, convirtiéndolo en una máquina de lastimar.

Sintió bullir la rabia dentro de su pecho. Toda su vida había sido capaz de

tomar los dos lados de una situación, pero jamás había entendido tanto la posición de una víctima como lo hacía con Sam.

Pensó en su Bambi, y la idea de que llegara a Chicago sola, con heridas en su hombro, cara y costillas lo atosigó hasta que sacó su celular de su bolsillo, no le importaba incumplir la promesa de no decirle a nadie. Pensó primero en llamar a Alexa, pero lo reconsideró de inmediato, ella ya estaba en su octavo mes de embarazo y Sam necesitaba atención constante, ellos no podrían atenderla; además esa mujer era un poco exagerada y al final la pelirroja lo mataría por haberla enviado con alguien tan hormonal y explosivo.

Marcó el número de Rachel y de nuevo salió desconectado, eso lo tenía preocupado, incluso había pasado por su casa y no había encontrado a nadie; fue a verla a su trabajo y su jefe, Theodore Moore, había actuado de forma grosera cuando le preguntó por ella. Lo había mirado desafiante durante toda la entrevista, se negó a darle alguna información y al final de la conversación había mascullado algo sobre capullos que no cuidaban a sus mujeres y a sus hijos. No lo había entendido en absoluto.

Al trancar la llamada, solo se le ocurrió otra persona a quien llamar, y sonrió antes de hacerlo, ya que siendo sincero, jamás creyó que marcaría ese número.

CHRISTIAN ENTRÓ a la oficina de Genna y se atiborró de ella mientras la esperaba. Caminó por el espacio observando cada pequeño detalle, el escritorio de vidrio templado, las orquídeas moradas, que parecían reales, y reposaban frente a la ventana. Incluso se acercó a las fotografías que adornaban una repisa, para conocer cada parte de su mundo. Frunció el ceño, confundido, cuando vio a Oliver en una de ellas.

—¿Christian? —escuchó la voz de Genna y giró hacia ella. Su cabello chocolate estaba engominado y peinado hacia la nuca, la ropa era muy oscura y holgada para su gusto, pero estaba preciosa, así ella quisiera evitarlo—. Creí que regresarías con Sam a Chicago. No sabía que tenías planeado quedarte más tiempo. Ella me envió un mensaje avisándome de que quizá te quedarías en su apartamento por los dos meses que faltan para terminar el contrato de arriendo, y por supuesto que puedes hacerlo; de hecho, aquí está la llave.

Él sonrió, ya que parecía nerviosa, y habló rápido, de seguro deseando que

tomara la llave y se fuera de allí.

—Sam no me dejó montarme en el avión —le respondió con sinceridad, el cariño por su Bambi evidente en sus palabras y expresión—. Algo sobre que si te dejaba ir sin saber bien qué podría suceder entre ambos, sería el hombre más imbécil del mundo.

Genna bajó la mirada y torció sus labios, de seguro desconfiada de lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo llegaste a ser la dueña de esta revista? —preguntó para desviarla de temas que la incomodaban y para que así bajara la guardia.

—Comencé a viajar por Europa; visite Florencia, Italia, Francia, Berlín. Trabajé de mesera, cajera, anfitriona, en lo que sea que me ofrecieran. El idioma fue un reto así que decidí venir a Londres y hace tres años, me encontré a Oliver.

—¿Oliver?! —gruñó y una oleada de rabia lo invadió—. ¡Maldito bastardo! Él sabía cuánto te busqué, lo que sentía por ti. ¿Por qué demonios no me llamó?

Iba a matarlo, ahora sí era definitivo. Caminó hacia la puerta, pero antes de llegar Genna lo detuvo.

—No, él me salvó, ¿no lo ves? —le imploró.

—¡No! ¡No lo hizo! Lo que quería era controlarme, ¿no lo ves tú? Al tenerte a ti poseía poder sobre mí, maldito egoísta...

—¡Christian! —le gritó ella con tono horrorizado y acarició su mejilla para que se calmara—. Él me reconoció de inmediato, pensé que iba a juzgarme, pero no lo hizo, en cambio me sacó del bar de mala muerte en el que estaba trabajando y me llevó a comer, tenía dos días sin hacerlo.

—¡Debió llamarme! —insistió él.

—Y casi lo hace —le confesó—, yo le imploré que no lo hiciera, no quería verte, ¿no lo entiendes? De hecho lo intentó por todo un año, cada vez que nos veíamos me pedía que te llamara, me describía cuán devastado te había visto. Él se preocupaba por ti.

—Claro —masculló sin creerlo ni por un segundo.

—Esa noche que me encontró me llevo al bar de Nathan, en la parte de arriba hay un *loft* y me quedé unos meses allí, atendiendo la barra y ahorrando la mayoría de mi paga. En ese sitio conocí a Emma, y una noche, él me preguntó si había algo en el mundo que siempre hubiese querido

hacer, pensé que era una broma y le dije que mi sueño era hacer la editorial de una revista. Él asintió y poco después me dio el dinero para comenzar a crearla. De inmediato le propuse a Emma que fuera mi socia. La noche que salimos a celebrar con el primer ejemplar en mano, le pregunté por qué lo había hecho, no tenía ninguna obligación conmigo, y él me respondió que en el caso contrario tú hubieses hecho lo mismo. Y creo que lo hiciste. Con Sam.

Christian se pasó una mano por su cara antes de mirarla sin parpadear. Desde hace una semana, lo había atormentado la idea de que ambos eran muy parecidos y le resultaba irónico que el destino se lo hubiera demostrado de esa manera. La vio sonreír, confiada y feliz, satisfecha por cumplir sus sueños y escribir como tanto lo deseó desde niña, y se dio cuenta de que Oliver había triunfado donde él había fallado. Genna brillaba donde Sam se escondía; y él, lo único que había hecho para salvarla, era renegar de su arte y destruirlo para que no lo viera.

El recuerdo de la petición de Sam de quemar todos los cuadros que estaban en el apartamento, regresó en ese momento para atormentarlo.

—Por eso es que creo que hay que contarle a Oliver lo que sucedió con Sam —concluyó Genna, y Chris volvió al presente.

—No.

—Sam no pudo contarle lo que sucedió, ella me lo confesó antes de irse —insistió Genna—. Oliver tiene derecho a saberlo.

—Oliver tiene el derecho a caerse muerto, si dependiera de mí. Lo quiero a millones de kilómetros de distancia de Sam. Millones. Ya hizo suficiente.

Ella sonrió con expresión triste y negó con la cabeza.

—Admiro la fuerza con que la proteges, pero Oliver no es un mal hombre.

—Opino muy distinto —le refutó.

—Yo lo conozco más que tú. Y lo entiendo. Es casi imposible demostrar algo que no conoces, en especial si lo recibes de alguien que ofrece el amor con tanta libertad. A veces es más fácil internarse en nuestro pequeño mundo oscuro que aceptar la luz, solo porque es a lo que estamos acostumbrados.

Él negó con la cabeza, rechazando esa idea y esas palabras. Christian también entendía ese mundo oscuro, había sido visitante continuo desde muy temprana edad. Pero no por eso dejaría que la persona que ama se destrozara por él.

Miró a Genna, y era como si alguien arriba estuviera burlándose de él.

—¿Quieres mucho a Sam, verdad? —le preguntó ella entonces. Él asintió—. Habría sido tan maravilloso sentir ese tipo de protección alguna vez. En el hospital vi cómo eres con ella, o cuando la abrazaste y tomaste en brazos para acomodarla en su cama una vez que soltó la urna de Lira. Eres devoto a ella.

Entiendo que quieras cuidarla de todo.

En su voz no había celos, ni dolor, tal vez un poco de anhelo y él apretó las manos en puños a su lado.

—Uno de los principales motivos por lo que estoy aquí es porque quiero pedirte perdón, Bianca.

—¿Por qué?

—Por hacerte daño.

—No. —Él subió una de sus manos para tomar su barbilla y hacer que lo mirara.

—Puedes decirlo, sé que lo hice —espetó. Ella lo miró por todo un minuto, antes de asentir, y mirarlo con tristeza.

—Creo que en ese entonces quería que me trataras como eres ahora con Sam. Con esa devoción delirante. Días después que te fuiste la primera vez, cuando aún creía que regresarías, fantaseaba que eras como Richard Gere en la película *Mujer bonita*. Mi propio sueño llevado al cine, hombre rico y elegante se enamora, protege y salva a una simple prostituta, la valora, la cuida y respeta su opinión. Sé que fue una niñería, pero que no lo cumplieras me hizo daño.

—Debí de haberlo hecho. Cuando leí tu diario. —Ella lo miró avergonzada—. Cuando vi lo que te hice, lo que me esperaste, cómo rompí todos tus sueños por mi idiotez, quise hacerme tanto daño, Bianca, porque por imbécil no te protegí como debí haberlo hecho, te ofrecí todo y ni siquiera me permití pasar la primera prueba. Lo arruiné.

Era tan extraño, estaban tan cerca que parecía como si hubiese una fuerza magnética retumbando entre ambos, bajó la mirada hasta los dedos finos y menudos de Bianca, sus uñas cortas y pintadas de coral, sin pensarlo deslizó su mano y rozó el dedo meñique con el suyo.

Ella dio un brinquito por el contacto, pero tardó un par de segundos en apartarse, y ante de hacerlo movió su dedo para acariciarlo.

—Eres más hermosa ahora que cinco años atrás.

—¿Podrías parar de una vez? —le inquirió.

—¿Parar qué? ¿De decirte hermosa? ¿De mirarte? ¿De hacerte sentir nerviosa? —le cuestionó. Era absurdo, pero en esos instantes se sentía como un adolescente, no como el hombre que era.

—¡Dios, Christian! —le gritó viéndose desesperada—. No puedo soportarlo, no de nuevo, por favor.

—¿De qué hablas? —preguntó confundido.

—No puedo volver al pasado, me mataste cuando me idealizaste, no me conocías, creíste que me amabas y no era cierto. Nunca lo fue. —Negó con la cabeza y se alejó un par de pasos—. Eres un soñador, puede que la mujer en que me haya convertido no sea de tu agrado, ¿has pensado en eso?

—Lo he hecho. Y por eso acepté quedarme en Londres, a pesar de que mi instinto me gritaba regresar a Chicago y cuidar a Sam. Estoy aquí no por el pasado, sino porque a pesar de este, aún quiero conocerte en el presente. Solo pido una oportunidad, Genna. ¿No nos merecemos eso? Somos libres, y estamos tan prendados del otro como siempre. Siento que podría amarte como antes.

—Bianca, mi nombre es Bianca —le reprendió y luego continuó—. ¿Cómo podías amarme si no sabías quién era? —Christian abrió los labios para dejarle claro que estaba equivocada, pero ella se le adelantó—: Yo estaba perdida, ¿quieres saber por qué odio ese nombre? Porque representa todo lo que fui, simboliza esa persona para la que fui criada, nada más. Por eso te abandoné esa noche, por eso aprecié el regalo que me diste, pero nada más, porque no tenía sentido. Mi vida no me pertenecía, tenía sueños, pero tenía la certeza de que no los podría cumplir, no en realidad. Cómo podría tomar lo que me ofrecías cuando no tenía nada que darte de regreso, excepto humillación y vergüenza.

—Nunca hubiese... —comenzó, pero ella volvió a interrumpirlo.

—Claro que sí, al principio hubieses sido valeroso, golpeado unas cuantas narices; pero al final te hubiera apartado de tu mundo y me hubieses odiado por eso, por ser lo que era.

—Nada de eso fue tu culpa.

—Yo lo permití —le refutó.

—Tu madre...

—Al principio, quizá. Pero pude haber escapado antes. Pude haber dicho que no. Estoy segura de que lo pensarías tarde o temprano. —Él negó con la cabeza, pero ella sonrió, porque sabía que mentía—. Me habrías odiado y yo te detestaría en respuesta, ¿no lo ves? Te aborrecería porque me habrías forzado a mantenerme en la oscuridad, porque nunca hubiésemos sido iguales.

—¿Por eso me abandonaste?

—Yo no te merecía, no había nada bueno en mí y no podía... —Suspiró hondo—. Aunque suene egoísta, no podía sacrificar lo que me regalaste esa noche al quedarme a tu lado. No lo entiendes, abriste la puerta de la jaula en la que estaba atrapada, así que me fui, me diste la fuerza para alejarme, un vistazo de algo que solo había imaginado, así que cuando lo tuve en realidad, lo tomé. Nada más que eso. Salí del país y conseguí una buena vida.

—Cena conmigo esta noche —le pidió y ella lo miró con un poco de renuencia.

—Christian... —balbuceó y negó con la cabeza. Antes de que pudiera evitarlo él la había acorralado entre sus brazos.

Él pasó sus labios por su frente, un simple roce, y bajó una de sus manos para entrelazarla con una de las suyas, las subió y rozó sus labios contra los nudillos finos de su mujer.

—¿Sabes qué recuerdo? Cuando te tuve cerca por primera vez en el cuarto de novias —le susurró y ella bajó su mirada—, solo deseaba ir despacio contigo; acariciar tu mano, robarte un beso a escondidas, decirte al oído cosas hermosas: cortejarte, Bianca. Años atrás no pude hacerlo, ahora sí tengo la oportunidad. ¿No crees que ya sea nuestro momento?

Ella dejó caer su cabeza hacia atrás y lo miró. Él le quitó sus anteojos, necesitaba detallar sus ojos negros sin ninguna barrera.

—Nunca dejé que otro hombre me tocara después de ti —susurró—. No podía renunciar o borrar lo que me regalaste esa noche.

—Sal conmigo esta noche —le rogó de nuevo y la vio asentir, tensa, como si al hacerlo estuviese corriendo algún riesgo.

—Será mi primera cita —le confesó bajito, haciéndole sonreír.

—Entonces tendré que hacerla memorable —le aseguró él.

Ella sonrió y él besó su frente antes de que se estremecieran al escuchar el

repique de su teléfono. Se apartó y tomó la llave del apartamento, se despidió y salió de allí sonriendo, ya que había ganado una pequeña batalla.

—Señora, ya aterrizamos. —Sam escuchó al asistente que la atendió durante todo el viaje le susurraba mientras daba golpecitos en su antebrazo para despertarla. Una vez despabilada, le permitió ayudarla a ponerse de pie, para luego sentarse en la silla de ruedas.

Gracias a los efectos del analgésico y los calmantes, había pasado todo el viaje dormida, lo cual agradeció.

Llegaron al área de espera y giró su cabeza para mirar el entorno. «Hogar, dulce hogar», pensó por fin desterrando de su mente el síndrome de Ulises, que, aunque no le prestó atención porque tenía problemas más serios, la había afectado en toda su estadía en Londres. Ya en casa, se dio cuenta de cuánto había extrañado Chicago. Todo era tan familiar: los olores, el escenario, la gente; sin embargo, ella ya no lo era.

El hombre que la estaba ayudando se detuvo y Sam levantó la cabeza para enfocar su mirada en él.

—¿Quiere esperar aquí mientras recojo su equipaje de la cinta? —le preguntó—. Va a estar más tranquila y tiene el servicio cerca si lo necesita.

Asintió y el empleado se alejó. Miró donde la había dejado y sonrió al mismo tiempo que sus ojos se empaparon de espesas lágrimas que se negó a dejar salir libremente. Se levantó de la silla de rueda y caminó trémula hacia las sillas frente al baño de mujeres. Se sentó en una de ellas y el peso de todo lo que había pasado la hizo a temblar. Limpió las lágrimas antes que cayeran por sus mejillas y se permitió recordar tanto tiempo atrás, cuando había llorado justo en ese sitio, sin control y sin importarle quién la observara. Por un momento efímero, deseó que Oliver se acercara de nuevo a su lado, a consolarla. Se burló de sí misma, había sido tan niña e ilusa, pero lo había creído tan real. Su amor por Michael, la tentación y el hecho de destrozar la vida de su prima; en toda esa crisis, eso último fue lo único real.

Y sin embargo, en ese instante, con su corazón en verdad roto, le parecía tan irreal.

—Condenados Lewis —dijo y subió su mano para tapar sus ojos, para no

llorar—. Esta silla debe ser un trono irónico, que viene cada siete años para avergonzarme en público.

Justo cuando se sintió en casa, la invadió una soledad muy distinta, una que no podría llenarse con los amigos que había rechazado que fueran a su lado, era una sensación que no podría borrar otra persona, algo más íntimo y desgarrador. Y estuvo segura de que Oliver también lo estaba experimentando, pero a diferencia de ella, lo haría completamente solo.

Fue esa idea lo que le hizo ponerse de pie, y acercarse a un teléfono público. Marcó los números y esperó que contestaran.

—*Buenas tardes* —respondió. Ella sonrió al escuchar su tono de negocios.

—Hola, Nathan, estoy llamando para despedirme. —La recibió el silencio por unos instantes.

—*Por tu código de área veo que ya es un poco tarde para eso* —comentó por fin y ella asintió, con tristeza.

—Despídeme de Emma, dile que hubiese querido verla una vez más, pero no sabía cuándo regresaba de su viaje y no podía esperarla.

—*Por supuesto* —dijo con voz queda.

—Fue gran cosa conocerlos. —Se tragó el nudo de su garganta y jadeó, respirar hondo aun le traía dolor—. Yo... —*No volverás, ¿verdad?*

—No tengo razones para hacerlo —le respondió y lo escuchó botar todo el aire.

—*¿Él lo sabe? Maldición, Sam, no me digas que te fuiste sin avisarle.* — Sam advirtió que por fin la llamó por su nombre, y eso, sin ningún motivo aparente, la puso más triste.

—Lo sabe —le respondió en voz baja.

—*Imagino que no lo tomó muy bien, aunque no ha venido por aquí* — comentó, pero lo último parecía más para sí mismo que para ella.

—No, no lo hizo.

—*¿Cómo estás tú?*—le preguntó preocupado.

—Haciéndome a la idea. Los últimos días, vi y comprendí cosas que ni siquiera hubiese imaginado en un millón de años. Entre esas, que al estar allá solo le hacía daño.

Nathan suspiró hondo.

—*No creo eso, Sam. Al contrario, lo hacías feliz. Tenía años sin verlo así.* — De seguro estaba hablando sobre su doble cita, de ninguna manera lo vio en

el mes y medio siguiente, donde todo era angustia y temor.

—Cuídalo, ¿puedes? No lo dejes solo, Nathan. Oliver siempre ha creído que puede superar todo sin decir nada, que por esa razón es fuerte, pero eso es imposible. Nadie es una isla —dijo, lo último parafraseando a John Donne.

—*Lo haré.* —Lo escuchó suspirar—. *¿No hay vuelta atrás? ¿No hay forma de que regreses?*

—No. No la hay. Es como me dijiste una vez, solo él puede cambiar su situación. Y sabes, Nathan, estoy cansada de destrozarme. Creo que es hora de empezar a pensar en mí, en nadie más. —El ruido de la última moneda al caer la puso en alerta—. Adiós, esto se cortara en cualquier momento. Besos a Emma —le susurró y trancó la llamada, angustiada.

Volvió a la silla y pasó su mano por su cara deseando que, entre todo ese desastre, Oliver al menos haya rescatado algo bueno, un buen recuerdo. «Basta», se repitió en silencio, era suficiente, no iba a caer en estado catatónico, o a regodearse con su sufrimiento. Iba a superar esto, costara lo que costara.

—¿Sam? —Ella abrió los ojos, su nombre pronunciado por una voz conocida y observó la expresión horrorizada y preocupada de Susan—. ¿Qué...? ¿Qué te sucedió, cariño? ¡Dios mío!

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz entrecortada.

—Christian me llamó muy temprano diciéndome que ibas a llegar a casa y que te buscara, que tal vez no querrías, pero que me necesitabas. ¿Qué pasó? —preguntó con la voz que se parecía mucho a «estoy a punto de sufrir una crisis nerviosa». Sin embargo, al verla allí, el amor que sentía por su prima se multiplicó, y comprendió cuánto la había necesitado, más de lo que había creído en el pasado.

—Yo... —Ella miró a su prima y la abrazó con su brazo libre. Al tenerla allí pudo por fin dejarse ir, ya no tenía que ser fuerte por Christian, o por Lira, ahora estaba a salvo—. Me equivoqué, prima. Me equivoqué.

Susan la abrazó y Sam gimió de dolor, por lo que su prima la soltó asustada.

—Vamos a casa, ven conmigo, ya. Tengo que cuidarte. ¿Te vio un médico? Mi hermosa, lo siento tanto. —Su prima lloró de la desesperación y estaba segura, también, por la impotencia.

Sam asintió y permitió que la ayudara a ponerse de pie, en ese instante el asistente se acercó con su equipaje en una mano y, en la otra, una caja con el ánfora de su gata; Susan la miró confundida, luego entendió, acarició el ataúd de su gata y volvió a llorar, tomó el equipaje y sobre él puso la caja, luego ambas se alejaron del aeropuerto, dejando atrás la silla, su pasado, su amor y a Oliver.

Capítulo 23

*No puedo decirte cómo es realmente solo
puedo decirte cómo se siente, y en este
momento es como si hubiera una navaja en
mi tráquea. No puedo respirar, pero sigo
peleando mientras puedo hacerlo, mientras
lo equivocado se sienta bien, es como si
estuviera volando más allá del amor,
borracho con mi odio, es como si estuviese
inhaland pintura, y mientras más sufro
más lo amo.*

Love the way you lie, Eminem, ft. Rhianna.

Oliver se sentía entumecido. Estaba sentado en un sofá en completa oscuridad. Lo prefería así. Enfocó su mirada hacia el balcón, donde logró divisar el reflejo de la luna caer sobre una parte del Arco del Triunfo.

Recordó una Navidad, casi una eternidad atrás, cuando había estado con Samantha, en un hotel parecido. En aquel entonces se había sentido feliz y esperanzado por la idea de un futuro que nunca se materializó. Ese recuerdo, disipó la furia palpitante que, desde hace una semana y media, había estado lista para expandirse a la más mínima provocación, y dio paso a la angustia.

Se sentía más cansado que nunca. Reposó su cuerpo contra el respaldo de su asiento y dejó que el pesar lo invadiera, estaba asqueado. Ni siquiera tenía ganas de evitarlo, estaba consumido y no quería luchar para ocultar su debilidad, aquel dolor que, de una u otra manera, siempre tuvo nombre.

Tenía meses intentando acabar con toda esa locura, quiso alejarse y no había podido, siempre regresaba a ella. Ahora que debía agradecerle, en cambio estaba amargado y triste. Sin embargo una parte de él, esa parte que siempre terminaba odiando a Sam, estaba tomando fuerzas, porque

para su mente, ella lo había vuelto a abandonar. Esa parte ilógica dominada por los celos, lo hacía sentir un idiota por haber bajado la guardia, y ahora estaba arruinado, otra vez.

Lo más ridículo fue que al oír el mensaje de voz sintió terror, dejó de lado todas sus responsabilidades para correr a su lado. Incluso casi perdió el negocio que tenía más de seis meses intentando cerrar; no le había importado, porque así de frenético estaba por llegar a su lado, para comprobar con sus propios ojos que Samantha estaba bien.

Fue por el miedo de verla tan mal, que perdió sus inhibiciones y dejó salir al Oliver de hace cinco años, al que él en muchas ocasiones llamaba «el estúpido». No obstante, lo dejó ser, libre. Cuando finalmente llegó a esa casa, estaba furioso, quería matar a cualquiera que se hubiese atrevido a herirla. Y cuando la vio, quedó paralizado. Ahí estaba ella, tan vulnerable, con sus hermosos ojos azules, contaminados por la tristeza. Fue entonces en que decidió renunciar a toda su vida.

«No puedo dejarla de nuevo. Tengo que quedarme a su lado», fue lo primero que pensó.

Pensamiento que explotó con las diez palabras que ella le había lanzado, tan poderosas que colisionaron en su mundo con más fuerza que una bomba atómica. «Me hicieron todo tipo de pruebas, incluso la de embarazo». ¿Podía haber creado un nuevo bastardo, como él mismo? Y con Samantha de todas las personas.

Después vino la estocada final, ni siquiera se lo esperaba, había estado tan distraído observando su cuerpo herido y en la noticia de las pruebas de embarazo, que casi no había entendido cuando ella le dijo que no estaba embarazada y lo más importante, que se iba.

Se iba. Típico de Samantha.

En todo caso, se sentía satisfecho. No había cedido, no se había permitido estar en una posición de desventaja ante ella; sin embargo, su última conversación se repetía en su cabeza una y otra vez. Sus promesas de amor, su ofrecimiento de migajas, y cómo le dijo que si él quería, ella se quedaría en Londres, como si le estuviese haciendo un favor. Le daba repulsión comprender que había sido tan débil, que ella se dio cuenta y quiso apaciguarlo como si fuera un pobre miserable, mendigando por amor.

Lo peor fue que casi lo acepta, que tuvo que escupir palabras hirientes

para alejarla ya que por un instante quiso rendirse y rogarle. Que aún después de que ella volviera a traicionarlo al decirle que se iba, él tuvo que exigirse a salir del apartamento y dejar el edificio. Casi reculó sus pasos mil veces. Por eso se fue de Londres, porque la tentación de pedirle que no se fuera era demasiado para soportarla.

Mientras más kilómetros de distancia se sumaban entre ella y él, más se endurecía y rechazaba la idea de volver a ser el estúpido de Samantha. La había poseído hasta cansarse, este era el momento para volver a ser el hombre que era antes de iniciar la clandestina relación, por llamarle de alguna manera. El vínculo entre ellos, este pacto de convivencia siempre fue provisional. Él no la necesitaba para existir; de hecho, Sam era la razón por la que siempre encontraba obstáculos en su camino para convertirse en la persona que estaba destinado a ser.

—Para, maldita sea —murmuró y se levantó del sofá sintiéndose atrapado, como si fuera un animal preso en una jaula.

Observó un movimiento en la cama y se metió en el baño, se desnudó y abrió toda el agua caliente. Entró en la ducha y permitió que el rocío cayera sobre su cuerpo, lavó sus brazos y cuerpo restregándose con fuerza, se sentía sucio, su piel estaba roja, quemaba, pero seguía frotando como si quisiera arrancarla de su cuerpo.

Gruñó cuando la percepción de quemarse vivo fue demasiada y giró la manilla para el agua fría, jadeo al sentir chuchillos en cada rincón donde caía el líquido frío.

Golpeó la pared con sus puños en repetidas oportunidades, maldiciendo. Gimió cuando sus nudillos comenzaron a dormirse por el dolor para después punzarle como nuevas incisiones. Se sentó en el piso pasando las manos por su cabello y apartó el agua congelada de sus ojos rojos.

—¿Oliver? —escuchó la voz de llana detrás de la puerta de la ducha y cerró los ojos con más fuerza. Maldita fuera él y toda su ascendencia.

«¿Por qué la traje conmigo?», se preguntó y golpeó la pared con su cabeza cuando se respondió: «Porque es lo que escogiste y necesitaste reafirmarlo para no flaquear».

Vio que abría la puerta de la regadera y entraba, mojando su conjunto de lencería gris.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó ella, a la vez que se estremecía por

el agua fría.

Cerró la llave y lo dejó solo, aunque volvió casi al instante con unas toallas del hotel y se tiró en el suelo entre sus piernas, envolviéndolo con varias de ellas.

Él la miró sin hablar. Esa había sido la peor semana de su vida, ni siquiera aquella vez, cuando tenía siete años y su abuelo lo encerró en ese condenado armario por todo un día sin comida, había sido tan malo, incluso aunque había dormido de pie y despertado cada cinco minutos cuando su cabeza se ladeaba para no apoyarse en una de las paredes. Su abuelo le había prohibido moverse y, si lo hubiese hecho, él lo habría sabido. No entendía cómo, pero su abuelo siempre se enteraba de todo.

Sin embargo, la tortura de ese viaje, primero a Japón para terminar las negociaciones y después a París, fue peor, no por llana y sus ojos brillantes, llenos de lástima; ni siquiera porque sabía que en otro país, Samantha lo estaba abandonando; sino porque ni siquiera había podido tocar a su esposa, porque sentía que estaba quebrantando una regla divina. Por primera vez en años parecía que estuviera siendo infiel, lo cual resultaba absurdo.

—Lo siento —escuchó que ella decía y él asintió apretando sus labios con fuerza, notó que ella tocaba con suavidad su piel roja. Arrugó la cara con aversión por el dolor y el rechazo que experimentó por ese roce—. Jamás quise que te volviera a hacer daño, Oliver —le dijo y se levantó del suelo para ayudarlo a hacer lo mismo. Lo llevó a la cama y después se alejó.

Oliver se dejó caer sobre las sábanas, apretó los dientes y cerró los ojos. Un par de minutos después la escuchó volver a la habitación y abrió los ojos para encontrarla usando un albornoz y con una crema en sus manos. Se arrodilló a su lado.

—Voltéate —le pidió. Él lo hizo sin importarle nada.

Ella comenzó a poner crema sobre su espalda con cuidado. Pasaron varios minutos en silencio.

—Peter —escuchó que decía y giró su cabeza para tratar de mirarla—. Lo conocí cuando tenía dieciocho años, y fue algo mágico. Fue la primera y única vez que desafié a mi mamá, él no era adecuado, no porque fuera pobre, no hubo nada novelesco en ello, él solo era el hijo del jefe del departamento de Contabilidad, un chico normal. Lo conocí en una fiesta de

la empresa. Era hermoso, maravilloso, salvaje, apasionado. Estuvimos juntos unos meses, perdí mi virginidad con él y también mi recién descubierta valentía.

—¿Qué sucedió?

—Mi madre se enteró y lo destrozó —confesó—. En las novelas, el malo le entrega dinero al bueno y él se niega a aceptarlo para demostrar su amor y lucha por la pobre niña rica. —Río con un toque de amargura—. En la realidad, el malo destroza a la familia del hombre al hacerlos incontratables con una simple llamada telefónica. Voltéate —le pidió y cuando lo hizo, la encontró sonriéndole con tristeza—. Fue la única vez que me enfrenté a ella. Me fui de casa, y lo busqué para rogarle por asilo. —Río de nuevo, un sonido más cínico—. Pero sus padres me detestaban, su hermana también, y él resultó ser lo que mi madre tanto me había dicho: una idiotez adolescente producto de mi mente poco privilegiada.

—No digas esa mierda —le dijo con furia—, sabes que no me gusta que te expreses así de ti misma.

Ilana asintió masajeadando sus antebrazos y pecho.

—¿Crees que no me dolió abrirte los ojos esa noche? ¿O que haya tenido razón? —dijo sin rodeos, ni historias de infancia para adornar lo que, desde un principio, había querido decirle—. Pero sucedió, y es hora de que actúes como un hombre y la dejes atrás. Yo aparté a Peter de mi corazón, lo endurecí y aprendí a vivir la vida que me tocó, es hora de que tú hagas lo mismo. Los dos nos parecemos más de lo que crees, por eso fue que acepté casarme contigo, ambos tuvimos un sueño de encontrar algo fuera de este mundo, y no se hizo realidad. —Él frunció el ceño y la observó sintiendo que la tristeza volvía a invadirlo—. Esto es más que suficiente, ya lo verás.

Él la miró levantarse de la cama sin siquiera moverse. De nuevo, las palabras de Samantha entraron en su cabeza en el peor momento posible, ya que al abandonarlo se había llevado hasta la falsa satisfacción que sentía por ese mundo y nada, jamás, volvería a ser lo mismo. Y era ese pensamiento el que lo aterrorizaba hasta el infinito y que sin importar lo que hiciera, no podía oprimir.

OLIVER NO SABÍA bien qué hacía allí. Debía estar en la oficina, o quizá alistándose para la fiesta de Navidad en casa de su abuelo, pero en cambio

se encontraba frente al apartamento de Samantha, a pesar de saber que estaría vacío. Pero no pudo controlarse, giró el cerrojo con su llave y abrió la puerta, no sabía qué quería encontrar, quizá reafirmarse que ella estaba en Chicago y poder por fin pasar la página, a pesar de saber que era imposible.

Entró a la casa y cerró la puerta a su espalda. El sitio estaba igual que siempre, aunque su computadora se había ido, al igual que la pequeña cama en forma de nubes de la gata. Frunció el ceño y caminó por la sala, siguiendo el pasillo hasta su habitación. Se detuvo en medio de este, ya que por primera vez la segunda puerta estaba abierta. Entró sin dudarlo y quedó paralizado. La segunda habitación estaba llena de lienzos, algunos estaban en el suelo, otros apoyados contra las paredes, se acercó a ellos, para voltear los que le daban la espalda.

«Es Samantha. Todos son de Samantha», pensó con un retumbe en su pecho. Su corazón estaba acelerado y cayó de rodillas entre los lienzos, mirando cada uno de ellos, llenándose de ella. Años atrás, cuando vivían juntos, cada vez que veía una de sus pinturas había algo que le susurraba lo que ella sentía. Ahora, estaba hiperventilando, porque lo que oía no eran susurros sino gritos.

Cerró los ojos y jadeó, al concentrarse en uno de ellos: «Ese lo pintó el día en que le hice el amor por primera vez», se dijo a sí mismo, lo tomó entre sus manos, sus ojos picaron y apretó el borde de madera, sintiendo como cada uno de sus emociones resonaban en esa mezcla de negro, púrpura, rojo y azul. Había una figura escondida en todo lo indefinido de las líneas, y una puerta semiabierta, pero lo peor era el paisaje, tanta turbulencia, y terror; anhelo y pasión. Y el amor que retumbó entre ambos, que él se negó a dar nombre, volvió a atormentarle como la noche en la que tuvo que salir corriendo a su casa, porque solo había querido seguir abrazándola.

Estudió cada pintura y, sin saber cómo, podía identificar el momento exacto en que fue pintada. Repasó todos esos meses juntos en sus cuadros, la vio a ella, se vio a él. Y cada uno de sus sentimientos resonaron en sí mismo, incluso había allí cosas que solo su subconsciente gritaba y que creyó haber escondido bien: el anhelo, junto a la desesperación, terror, amor, deseo, todo mezclado en unas pinceladas.

Y llegó al último cuadro. De nuevo, fue el último que pintó, aunque si alguien se lo preguntara, jamás sabría cómo lo supo.

—Esa es tu mejor obra —susurró para sí mismo. Era lo más hermoso y terrorífico que hubiese visto en su vida.

Se sintió como la peor escoria humana.

Era algo completamente negro, no tenía forma definida, una que otra parte gris que lo hacía ver como una especie de figura marina, con mil cabezas, girando desesperado, como si cada cabeza estuviera agonizante, ahorcadas con cintas invisibles.

Pudo sentir la tristeza, desesperación, ahogo, sueños rotos, tantas cosas que no sabía cómo conseguía respirar aún después de esa visión. Lo peor era que en el fondo de la imagen aún se notaba el amor, un sentimiento roto y agonizante, demostrado en la forma de sobrevivir del dibujo, como si este también jadeara por aire, luchara por sobrevivir. Junto con una rendición que presencié cuando le ofreció quedarse —según su propia obstinación—, por lástima.

De alguna forma, su mente fue al inicio de toda esa historia, cuando la encontró en un parque, pintando un bosque luminoso y para luego, con un carboncillo negro, volverlo tenebroso. Había tanta promesa en ese entonces, y ahora estaba olvidada.

Samantha podía crear eso, esa cosa monstruosa, maravillosa, oscura y pavorosa que hablaba sobre ella misma. Todo el temor que alguna vez sintió por sí mismo, por sentirse débil, por ser menos que ella, fue olvidado por un instante, ya que el terror de la pérdida era superior a todo, el amor que ella tanto profesó tenerle y que él se negó a creer una y otra vez.

Esa sólida perfección, estaba escondida en un cuarto, y si las otras eran un ejemplo, jamás verían la luz. Porque entendió, justo en ese instante, que a ella también le aterraba que lo vieran y que entendieran su quiebre. Y su vacío. Él lo vio con claridad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —escuchó que le preguntaban y Oliver parpadeó, aturdido. Había estado tan concentrado en las pinturas que no se dio cuenta que ya no estaba solo. Giró hacia la mirada inquisidora de Christian, pero no hubo ninguna reacción por su parte, su mente seguía fija en las pinturas.

—¿Dónde está Samantha? —preguntó, embotado.

—Lejos de ti —respondió el hombre de inmediato—. Espero que para siempre.

Oliver no tenía las fuerzas ni las ganas de contradecirlo, volvió a mirar hacia el lienzo y recordó el día de su cumpleaños, cuando ella le dijo que era ella quien buscaba sentirse miserable. Y si algo le decían esos cuadros, toda esa historia, era que él también lo hacía, ¿y para qué?

El agotamiento que lo llevó a ella volvió a emerger, con nueva resolución. Había luchado tantos años por esa vida, y ahora lo único que escuchaba era la voz de Samantha repitiéndole que se aceptara a sí mismo y buscara lo que le hiciera feliz. Si era sincero, él ni siquiera sabía lo que era ser feliz.

—Creí que te irías con ella.

—No me lo permitió. Y es bueno encontrarte aquí, tengo que cumplir una promesa a Bianca —escuchó que Christian decía—, aunque estoy seguro de que no cambiara nada.

Escuchó los pasos del abogado cuando se dirigía hacia los lienzos. Él no pudo moverse, solo lo miró con animadversión, el embotamiento por fin comenzaba a dejar su cuerpo.

—Veo que encontraste a Genna. Si deseabas agradecerme por cuidar de tu mujer una carta hubiese sido más que suficiente, o una jodida disculpa por mentirme, robarme mi dinero y esconder a mi mujer por años.

Christian bufó y se pasó la mano por la cabeza.

—Su nombre es Bianca, y deberías cerrar tu condenada boca, ya que a pesar de querer cumplir sus deseos, no estoy seguro de que mi pretensión de complacerla sea suficiente para aguantarme tu porquería. Estoy haciéndote un maldito favor, y créeme, es lo más difícil que he hecho en toda mi vida, ya que para mí no vales nada.

—Estoy conmovido por tus palabras —le dijo mordaz, poniéndose de pie.

Christian se acercó un paso como para golpearlo y Oliver se fue hacia adelante, para enfrentarlo. El abogado negó con la cabeza y respiró hondo, en un intento por controlarse.

—Deberías, Oliver, porque a diferencia de los demás, yo sé quién eres, puedes haber engañado a todo el mundo, puedes haber conquistado a Sam, a Bianca, o al mismo Nathan, que hasta el día de hoy se negó a decirme nada de ti, e insistía en defenderte. Imagino que le pagaste de alguna forma. Otro supuesto acto altruista, le diste el dinero que necesitaba y tú te volviste el bueno. Pero no, esa no es la realidad. No es el amor, la caridad o el deseo de ayudar lo que te mueve, es la necesidad y ansias de poder, es las ganas de

controlar a los demás.

—Cállate la maldita boca —le escupió e iba a saltar contra él, pero Nathan, quien salió de la nada, se interpuso y él lo miró confundido.

—¿Por qué, te duelen mis palabras? —replicó el abogado, esquivando a Nathan para encontrarse con la mirada de Oliver—. Compras a la gente, ellos están a tu lado, soportan tu pendeja forma de ser, que los escupas y humilles, ¿no es así? Tal vez es la única forma en que te aguantan o es solo un acto malcriado del pequeño niño rico.

—Jódete —escupió Oliver.

—¡Contrólate! —le gritó Nathan—. Y tú di la mierda que tienes que decir o cállate la maldita boca, porque estoy a un paso de romperte la mandíbula.

Christian sonrió y asintió lentamente.

—Como tengo razón, Oliver, lo que te diré no tendrá sentido, no te importará, seguirás con tu vida, con tu empresa y con tu señora esposa que tanto amas y respetas. —Negó con la cabeza y volvió a mirar a los cuadros, perdiendo el hilo de sus pensamientos—. Aún después de tantos años, me aterrorizo cada vez que veo a mi Sam con un pincel. ¿Ahora lo entiendes?

Él parpadeó y giró hacia los lienzos. Escuchó a Nathan contener el aire, quizá hipnotizado por la obra.

—¿Alguna vez te contó como ella y yo nos hicimos amigos? —Oliver se quedó paralizado y Christian negó con la cabeza, condenándolo con la mirada—. Por supuesto que no, imagino que no te importaba siquiera hablar con ella, solo tenías un fin al estar aquí. —Se detuvo y empuñó sus manos—. La encontré el día en que firmó el divorcio en su diminuto y destartalado apartamento, tirada en el suelo, ida por completo, con lágrimas en sus mejillas, temblando y mirando fijamente su último cuadro. ¿Alguna vez te preguntaste por qué Sam dejó de pintar?

Oliver se tensó, una parte de su ser quería alejarse, pero la otra no lo dejaba, ni siquiera podía respirar con facilidad. Lo vio salir de su habitación y se giró hacia Nathan, quien aún observaba los cuadros, pálido.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó a Nathan, entonces.

—Emma y Bianca me convencieron para verlo y hablar con él. ¿Qué carajos está pasando?

Abrió la boca, pero antes de emitir una palabra, Christian volvió a entrar a la habitación, con otro cuadro en sus manos. Oliver sintió como si lo

hubiesen electrocutado, todo su cuerpo se estremeció.

—Este cuadro era para ti, lo sé porque ella me lo dijo cuándo logré que hablara de nuevo, y date por enterado que tardé bastante tiempo en lograr que lo hiciera, incluso se lo trajo desde Chicago para entregártelo, no sé por qué no lo hizo al final.

Oliver sintió que todo su cuerpo y su alma se hundían. Dio unos pasos hacia adelante hasta quedar frente al cuadro y movió su mano para tocarlo, pero en el último momento, se retractó.

—No. No —susurró y trató de alejarse. No podía ser.

Tembló mientras las emociones lo invadían con una fuerza descomunal. La imagen que tenía al frente era más elocuente que todas las demás porque estaba diseñada como si fuera solo para él, y parecía que ella estuviera allí, abriéndose por completo ante su mirada. Conoció sus miedos, su amor por Michael, su amor por Susan y sobre todo, por él.

«De verdad te amaba», le susurró su subconsciente y él negó con la cabeza, ansiando que se equivocara, aunque en el fondo sabía que no podía seguir rechazado la verdad, el sentimiento que veía en ese cuadro, muy parecido al que había visto en el retrato que ella le había dibujado años atrás, gritaban amor. El lienzo estaba hecho para golpearlo con sinceridad hasta agujerearle el estómago.

Cuando él salió de su vida, cansado de rogar ser amado por primera vez, lo había sido: ella lo había amado. Volvió a mirar la evidencia de ese sentimiento en el cuadro, y sintió tanta furia y dolor que apretó sus manos contra sus costados y cuadró la mandíbula. La odió por eso.

—Desde ese día algo en su forma de pintar cambió —continuó Christian—, tú la arruinaste, en más de un sentido. —Sonrió sin humor y negó con la cabeza—. Pasé años tratando de alejarla de tu maldición, de ese amor que sentía y la culpa por haberte hecho daño.

Oliver seguía mirando el cuadro sin prestarle mucha atención, la imagen cada vez mostraba un poco más, una pincelada que no había notado, un color nuevo. Lo tenía hipnotizado.

—Ella fue la que me dejó. Si me amaba tanto, ¿por qué me abandonó? —afirmó por fin Oliver.

Christian parpadeó y un brillo pasó por su mirada.

—Hace un momento te dije que esa era tu mejor obra —expresó

apuntando el cuadro que Oliver estaba observando cuando el abogado llegó a la habitación—. Pero me equivoqué. Tu mejor obra es esta. —concluyó, mientras metía su mano derecha en el bolsillo del pantalón para sacar su billetera, la abrió y luego le ofreció lo que parecía unos papeles.

Oliver los tomó sin pensarlo. Eran unas fotografías, y parpadeó cuando vio en ellas a Samantha más joven y mucho más delgada. Parecía enferma, como una paciente con algún tipo de enfermedad terminal.

—Esa imagen siempre ha estado en mi cartera, me recuerda lo que no quería que volviera a pasar. Fue tomada dos semanas después de su divorcio y en verdad estaba mejor en comparación a como la encontré en su apartamento, pegada a tu cuadro —le informó Christian y él frunció el ceño sin poder apartar sus ojos de esa visión. ¿Cómo la mujer que conocía había sido eso?—. Mira las demás, Oliver —le pidió.

Hubo algo en su tono de voz que causó que obedeciera sin dudar. Se estremeció con fuerza al principio, todas eran imágenes de Sam: ella en una cama de hospital, con un corte en su mejilla y estaba hinchada, tenía los ojos cerrados como si estuviese durmiendo. Abrió sus labios para preguntarle qué había sucedido, pero eso fue hasta que vio la siguiente captura. La imagen mostraba otro plano del cuerpo de Sam en la cama, tenía el brazo paralizado, pero en su antebrazo se divisaba un morado con la forma de largos y gruesos dedos: una mano humana. Oliver alzó la mirada hacia Christian.

—Ese fue el resultado de estar contigo —le escupió y Oliver saltó para agarrarlo y tirarlo con fuerza contra una pared.

—¿La agrediste? ¿Te atreviste a tocarla? ¡Te mataré!

Nathan trató de alejarlo, pero su rabia era tanta que no podían sujetarlo, le dio un puñetazo y cuando iba por el segundo, su amigo lo tomó de los hombros.

Oliver se giró y golpeó a Nathan en el estómago para regresar hacia Christian y volver a atacarlo. Quería asesinarlo. Christian le dio un derechazo en la mandíbula tan fuerte que lo tiró al suelo y lo hizo ver estrellas del dolor.

—No fui yo, maldito imbécil, ¡nunca la hubiese tocado! ¡Fue tu condenado abuelo!

Oliver quedó estático en el suelo.

—Fui yo quien evitó que siguiera agrediéndola. Quien llegó cuando tu familia la tenía arrinconada contra una pared, mientras ella lloraba y gritaba que la soltara, ¿y todo por qué? Porque tenía que defenderte, porque tu abuelo repetía la basura que eras y los problema que causabas y ella se lo refutaba. Porque ella siempre ha luchado por cosas que no valían la pena. Incluso después, no permitió que alguien supiera quién la había agredido, lo ocultó en el hospital solo para que no te afectara, porque creía si esto se hubiera llegado a saber traería consecuencias irreparablemente a la reputación de tu empresa.

Oliver no podía creerlo. Su abuelo, ¿su abuelo se había atrevido a tocarla? Recordó que ella había querido explicarle por qué estaba herida; y él, en su desesperación, no se lo permitió. Pasó una mano por su cabello, tratando de unir un pensamiento con el otro. Su abuelo no pudo hacer eso. ¿Cómo se atrevió? Nunca debió tocarla, era su mujer, era una mujer, ¿cómo pudo tocarla?

—¡Lo mataré! —escupió y observó a Nathan que veía las fotografías pálido y con los ojos llenos de furia.

—¿Por qué?—preguntó Christian y Oliver lo miró como si estuviera loco—. Tu abuelo solo marcó su piel —agregó, aunque en su voz sonaba condenatoria, ni medio justificativa como la que quería mostrar—. ¿Qué le hiciste tú, Oliver?

Oliver lo miró por un segundo antes de girar a los cuadros y a las fotografías que aún seguían en las manos de Nathan, perdió toda la fuerza. De nuevo giró hacia los cuadros y la recordó cuando le rogó que no la destrozara, sin embargo, lo había hecho. Una y otra vez.

Se llevó una mano a la boca y giró hacia Christian, y en ese momento entendió otra cosa, cuando lo escuchó por primera vez no lo captó, estaba demasiado lleno de ira para hacerlo, además tampoco le había importado, pero ahora era muy distinto.

—¿Cómo murió Lira? —preguntó recuperando la voz.

—¿Cómo crees, Oliver? —Escuchó la voz de Christian un poco más triste en esta oportunidad—. Tu abuelo la lanzó contra una pared repetidas veces.

—Las paredes matan —susurró, repitiendo algo que ella le dijo ese día—. La estaba defendiendo. —Analizó con voz insegura pensando en todas las veces que la maldita gata hizo lo mismo con él y recordando, también, las

oportunidades en que ella protegió a su mascota porque la consideraba parte de su familia.

Giró de nuevo hacia su cuadro y su mundo explotó, todo lo que tenía sentido dejó de tenerlo, desapareció y se destrozó, estaba vacío.

La última conversación entre ellos resonó en su interior, y tomó por fin sentido.

Percibió que Nathan tiraba las fotos en su regazo antes de irse de la habitación y miró hacia la obra de su abuelo. Sí, él lo había hecho, ¿pero había actuado el propio Oliver tan distinto? No la había marcado concretamente, pero la había humillado, ofendido, insultado y forzado en todo momento.

Justo como el hombre que la había agredido físicamente.

—Oliver, conozco esa expresión —escuchó la voz de Christian—, eso es sentirse como una completa e inmundada mierda.

Después de esas palabras escuchó la puerta cerrarse.

Estaba por completo perdido, la imagen de Samantha golpeada, la idea de que su propia sangre, la que tanto había admirado, seguido y luchado para demostrar su valía, le hubiera hecho eso; los recuerdos de las sensaciones de los cuadros acompañados con sus palabras terminaron con él.

Pareció que pasaron siglos desde que Christian y Nathan se fueron, pero él no se había movido del suelo. Aun miraba el cuadro que era suyo. Por su cabeza pasaban una y otra vez cada escenario desde que la encontró en Chicago, por momentos se concentraba en alguna de las pinturas, en ese momento todos sus pensamientos se diluían y quedaba viendo la imagen y sintiendo el vacío, hasta que se forzaba a apartar la mirada.

Su teléfono volvió a vibrar y lo ignoró, de nuevo. Tenía horas así, incluso podía notar por una de las ventanas que comenzaba a amanecer, pero aun así no conseguía moverse.

—Vamos ambos —escuchó que Nathan seguía parloteando, como tenía haciendo desde que volvió a entrar a la habitación—, yo lo sostengo y tú lo golpeas.

Oliver subió la cabeza y la apoyó en una pared, mostrando con ese único gesto que lo estaba escuchando, aunque sin mirarlo ni indicarle que le interesaba. Quería hacer lo mismo, lo deseaba más que respirar, pararse del suelo, ir a casa de su abuelo y acabar con él por haberla tocado. Pero estaba

tan frío como la nieve, incrédulo aún de que su abuelo se hubiera atrevido a tanto, comenzó a atragantarse de culpa, porque fue él quien causó eso.

—Bien, si no te paras de esa mierda iré solo y acabaré con él, no será tan difícil, es un maldito viejo, si no le tuvieses tanto miedo podrías con el trabajo solo.

Oliver se tensó aún sin moverse y lo vio por el rabillo del ojo caminar de un lado hacia el otro, como si estuviese luchando por el control.

—¡Eres un cobarde, eso es lo que sucede! —escupió luego se acercó a él y le pateó un pie, para que reaccionara—. Claro, pobre niño rico que no puede tocar a la maldita gallina de los huevos de oro, ¿esa es la razón por la que no haces nada? La jodida empresa es tu manera de aún estar en las faldas de tu mierda de abuelo, ¿te gusta estar allí? ¿Disfrutas tu papel de niño malcriado y mojigato?

Después se hincó a su lado, tomó su cara y lo forzó a que lo mirara, había un deje de desesperación y furia en su mirada.

—El hombre que salió de aquí estuvo con ella todo el tiempo —le informó.

Oliver se tensó aún más, y Nathan lo miró, aliviado.

—Christian estuvo con ella cuando tú no lo estuviste. ¿Viste la fotografía de como la dejaste, Oliver?

Sí, la había visto, había comprobado que ella nunca había mentado, ni siquiera cuando le dijo que él no fue el único que sufrió en esta historia.

—¡Jódete, Nathan! —le escupió antes de pasar una mano por su cabello, en un gesto desesperado—. ¡Desaparece de mi maldita vista, imbécil! —ordenó hablando por primera vez en casi doce horas.

—¡Era maldita hora que reaccionaras! —indicó con tono desahogado, como si toda su quejadera hubiese sido con ese objetivo.

Oliver parpadeó mientras el dolor de nuevo lo embargaba al igual que el asco contra sí mismo.

—Christian tiene razón, ¿lo sabes, verdad? —le preguntó y empuñó las manos que estaban sobre sus rodillas.

—Lo sé, el muy bastardo trajo hasta pruebas. Abogado tenía que ser, le quité su tarjeta, ya sé que si decido cometer un asesinato me defenderá y saldré libre —comentó con tono burlón, tratando de reconfortarlo y hacerlo reír. Fracasó por completo.

—No. Me refiero a cuando dijo que compro a la gente —escupió y sintió

que el aire se tensaba a su alrededor—, y tú me saliste barato, Nathan, una simple inversión para tu negocio fue suficiente. —Arrugó la cara y golpeó su muslo con fuerza—. Estás liberado, ya pagaste tu deuda. Ahora déjame solo.

No lo miró, no quería ver cuando Nathan comprendiera que era una mierda de ser humano y se fuera. De todas maneras, no lo quería en su vida, sabía en lo que se había convertido, y también tenía la certeza de que lo único que aspiraría, de ahora en adelante, sería destruir a cada persona que estuviera a su alrededor y quería demasiado a Nathan para lastimarlo de esa manera.

—Estás tan lleno de mierda —escuchó que refunfuñaba, se levantó de su lado y comenzó a caminar alrededor nuevamente, solo que ahora más estresado.

Oliver puso las manos sobre su cara. Siempre había sabido qué hacer, no debería estar tirado en el suelo de un apartamento que no le pertenecía, lamentándose; más bien, debería estar a punto de ir a quemar el mundo, dañar a su abuelo por lo que hizo, incluso matar a Michael. Si él no hubiese existido; o si ella lo hubiera conocido primero; si... Negó con la cabeza. Lo cierto es que eso no hubiese cambiado nada en esta historia.

—Estoy tan cansado de luchar, Nathan —le confesó—. No vale la pena, haga lo que haga nada merece la pena. —Parpadeó ya que por primera vez en muchos años, sintió que un líquido viscoso llenaba sus ojos—. ¿Soy tan distinto a ellos? Es gracias a la maldita suerte que no engendré un bastardo, nada más. Ethan y Michael... son una porquería, pero ninguno de los dos ha destrozado lo que aman como yo lo hice. He pasado mi vida rechazando a mi abuelo y creyendo que era mejor que él, pero no lo soy. Trabaje y viví para que él se tragara todas sus malditos insultos, ¿y qué gane? Todo lo que él dijo que yo era resultó ser verdad. Todo. Tal vez lo que tengo que hacer es dejar de luchar contra mi naturaleza, aceptar que mi abuelo...

—¿Tu abuelo? ¿El pomposo engreído que agredió a tu mujer? ¿Él es superior a ti? No me hagas reír o golpearte —le interrumpió. Oliver se pasó una mano por su cabello jalándolo un poco, otra vez se sintió desesperado.

—No soy distinto a él —le confesó a Nathan y lo vio templar—. No, nunca la golpeé —añadió de inmediato, aunque se tragó la bilis que quería escaparse de su estómago—, pero si la forcé todo el tiempo, desde la primera vez, y cuando no hacía lo que quería o lo que ansiaba, la ofendía. Y

ni una vez me arrepentí de ello. ¿Sabes lo que hice cuando me dijo que se iba? Le ofrecí pagarle por sus servicios. Ella recibió golpes por mí, y me protegió cuando lo que realmente debió haber hecho fue meter preso al desgraciado de mi abuelo, y yo... la volví a llamar ramera, solo porque no aceptó quedarse, solo porque no quiso más las migajas que yo le ofrecía.

Nathan respiró hondo y se arrimó para sentarse a su lado.

—Y después de eso, ella solo me pidió que dejará de buscar lo que querían los demás, y buscará lo que me hiciera feliz. Como si me lo mereciera.

—¿Y qué es eso?

—He intentado toda mi vida...

—Ser alguien más —le cortó Nathan—. Eso es lo único que has hecho, has pasado tu vida tratando de cumplir con las exigencias de alguien que francamente es un psicópata.

—Era lo que se esperaba de mí.

—¿Y es eso lo que quieres para ti? —Oliver abrió la boca y la cerró con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—Toda mi vida creí que si obtenía la presidencia, que si le hacía tragarse sus palabras, estaría satisfecho. Me sentiría feliz, como si la vida me hubiese puesto esas metas y me hubiese hecho creer que sólo consiguiéndolas podría tener satisfacción. Pero no es cierto, ya que nunca me he sentido más miserable que en este momento.

—Entonces para de hacerlo, pórtate como un hombre por fin, pateas a tu abuelo, salte de esa maldita empresa, deja a llana y acepta que aún amas a Sam. Solo te pido que me dejes estar presente en el primer objetivo, prometo solo mirar. —Murmuró entre dientes—. Bien, es malditamente mentira, pero haz como si me creyeras.

—¿Cuándo te volviste tan resuelto? —le preguntó y Nathan sonrió.

—Puede que la gente madure, imbécil, deberías intentarlo alguna vez.

—¿Tan sencillo como eso?

—Imagino que no, sobre todo si eres tú, Dios sabe que no estás muy dotado de inteligencia y eres tan manipulable como la mierda, pero podemos esperar un milagro. —Lo miró con expresión burlona y después suspiró—. Deberías buscarla. Ella merece saber que lo sabes, que por fin no eres el cabezota con el que tiene meses tratando, también merece que te disculpes. Me agrada Sam —le dijo en voz baja—, es una chica con un tipo

de inocencia que no he visto en mucho tiempo, Oliver, y la verdad es que no deseo que vuelva a convertirse en lo que Christian nos enseñó esta noche.

—Yo tampoco —agregó Oliver parpadeando de nuevo con más fuerza.

—Y eso es lo que te diferencia de tu abuelo, algún día lo entenderás —le prometió.

—Lo dudo. —Bajó la mirada y después suspiró—. Me miró a los ojos y me dijo que yo era la versión cruel y egoísta del hombre que una vez amó. — Ambos se quedaron en silencio por unos minutos, meditando sobre esa afirmación—. Y lo cierto es que tenía razón.

Oliver sacó su teléfono en un acto improvisado. Marcó su número, pero salió desconectado.

—Maldita sea, no tengo su número de Chicago.

—Mejor, esa mierda no se habla por teléfono, cobarde, pon tu culo en un avión y te vas a Chicago.

Oliver cuadró la mandíbula pensando en Ilana, sus obligaciones, la fiesta que se perdió por completo. La carga de responsabilidad quiso imponerse, pero en el último momento la rechazó, tenía que buscarla, su pecho estaba apretado, ansiaba tocarla y comprobar que estaba bien, deseaba decirle algo, aunque no sabía bien qué aún. Después, cuando hiciera todo eso, se enfrentaría a su abuelo.

—Iré a Chicago

Capítulo 24

*Hice lo mejor que pude, y no fue suficiente,
no pude sentir, así que trate de tocar.
Dije la verdad, no intenté engañarte. Y
aunque todo salió mal, me pararé
frente al Dios de la canción Y solo diré
aleluya»*

Hallelujah, Leonard Cohen.

Samantha caminó sin hacer ruido por el pasillo de su apartamento mirando hacia sus lados. La furia la invadió, era una mujer de veintiséis años, no tenía que caminar a hurtadillas por la casa que ella misma pagaba. Sin embargo, cuando escuchó un ruido proveniente del baño aceleró su paso, causando que gimiera con suavidad por el tirón a su costilla resentida.

Ignoró el dolor y siguió su trayecto hasta que llegó donde estaba Sebas, parado al final del pasillo, lucía ansioso. Adoraba a ese niño, y sería capaz de hacer lo que fuera por él, siempre. En esas dos semanas se habían vuelto más que aliados, orbitaban hacia el otro. Los primeros días —después de Londres —, había estado tan triste que casi no podía soportar moverse, y él la había acompañado: se acostaba a su lado, y solo con ese gesto la confortaba, ni siquiera hablaban, solo permitía que ella acariciara su espalda o su cabello, y él la abrazaba de forma espontánea, cuando percibía que ella se estaba dejando vencer por la angustia.

Además se reflejaba en él, sobre todo cuando lo veía tan entusiasmado por dibujar. Veía en él un poco de la niña que el tiempo y el dolor durmió, esa que creía que lo único que necesitaría para ser feliz era papel y un carboncillo.

—Gracias, cariño —le susurró cuando él le entregó sus llaves, que Susan había confiscado, «por su propio bien» hace un par de días. Creyó que, al exigirle a su prima que se quedaría en su propia casa, la calmaría un poco, pero al contario, parecía más ansiosa y estaba encima de Sam todo el día.

Le brillaron los ojos de emoción cuando Sebastian se sonrojó y sonrió con picardía. Le acarició el cabello, antes de prometerse que al regresar, se lo comería a besos. Casi corrió hacia la puerta principal y salió de su cautiverio.

Se dirigió hacia el ascensor con la espalda tiesa y de vez en cuando, miraba hacia atrás, en dirección a la puerta del departamento para verificar que nadie la estaba siguiendo, una vez confirmado que estaba sola, presionó el botón de llamada del elevador de forma incesante. Sonrió porque toda la situación la hizo sentir como si fuese la extra de una película de terror de bajo presupuesto. Sintió un ruido y volvió a girar su cabeza.

—Por favor, no dejes que me atrape y descuartice como esas películas frikis —dijo entre dientes y respiró aliviada cuando el ascensor por fin abrió sus puertas para permitirle escapar. Ya el taxi la estaba esperando en la entrada.

Respiró aliviada cuando vio por la ventana que el vehículo en el que iba dejó atrás el conjunto residencial en donde, mitad en broma, estaba presa. Su prima la iba a volver loca. Entendía que estuviese preocupada por su salud, porque los primeros días después de haber dejado Londres se había sentido tan miserable que pasó mucho tiempo sola analizando todo lo que vivió allá, además de juntar fuerzas para cortar los hilos que aún la mantenían atada a Oliver; aunque por otro lado, eso no justificaba que estuviera todo el día controlando sus movimientos. Pero así era Susan, esa parte de su personalidad nunca cambió.

Por supuesto, sabía que podía mandarla a su casa a que se tranquilizara y con ello parar toda esa situación, pero incluso en los peores momentos de Susan, Sam no conseguía decir esas palabras. Parte de ella se sentía feliz por la protección que le brindaba su prima, fueron muchos años sin tenerla a su lado; sin embargo, la parte que tenía años cuidando de sí misma empezaba a resentir la sobreprotección.

Se relajó en el asiento y volvió a llamar a Rachel, de nuevo sin conseguir ninguna respuesta. Cuando estuvo en Londres se había sentido preocupada por ella, tanto que envió a Christian a saber de ella, pero él tampoco tuvo éxito. Al menos en ese entonces aún le contestaba los correos electrónicos, pero ya ni eso, y de verdad temía que le hubiera pasado algo malo. Sus hipótesis cada vez eran más catastróficas.

Había intentado ir a buscarla ya dos veces desde que regresó a Chicago,

pero Susan se lo había impedido cada vez, con la excusa de que si salía de la casa se podría exponer a cualquier virus y podía empeorar su condición, e iban a tener que hospitalizarla. Es por ello que había tenido que salir a hurtadilla, usando a Sebas como su cómplice.

Llegó al apartamento de Rachel media hora más tarde y, como se lo imaginó, no recibió ninguna respuesta cuando llamó a la puerta. Luego de esperar unos minutos, decidió ir al Museo de Arte de Chicago, porque a pesar de ser víspera de Navidad y saber que el museo siempre daba esos días de asueto al personal administrativo, tenía la esperanza de encontrarla ahí.

Al llegar al museo, saludó al vigilante vespertino: Jimmy, era un señor adorable al que, siempre que venía a visitar a Rachel, le traía galletas o algún tipo de regalo.

—¡Sam, felices fiestas! —la saludó el hombre y se acercó a abrazarla sobre la manta que usó como abrigo—. ¡Tanto tiempo sin verla!

—Sí, estuve en Londres trabajando en un proyecto —dijo y sonrió, aunque salió un poco triste. Le parecía tan trivial llamar al viaje que significó tanto para ella un simple contrato de trabajo—. ¿Está mi chica allí? Tengo muchas ganas de verla.

—Rachel no está aquí —respondió el hombre, extrañado. Sam frunció el ceño.

—¿Sabes si viajó por las festividades?

—Tengo meses sin verla. —Su rostro parecía apenado—. No sé qué le habrá pasado, ella siempre ha sido muy amable con nosotros.

Sam lo miró aterrorizada. Rachel amaba su trabajo, jamás lo dejaría a buen grado. Algo grave tenía que haber pasado.

—¿No hay nadie con quien pueda hablar? —le preguntó con tono ansioso. Jimmy la miró pensativo.

—Creo que el único que está allí es su jefe, déjame llamar para anunciarla.

Sam asintió y esperó mientras el hombre hacía la llamada, después lo siguió dentro del museo.

La guio hasta el departamento de curaduría y de allí a la oficina del director, agradeció al guardia, dio unos golpes a la puerta y esperó a que le respondieran. Como no recibió respuesta decidió entrar y encontró a un hombre concentrado en unos libros, que supone, eran de arte. Tenía el

cabello castaño, estaba segura de que lo había visto antes en alguna de sus visitas, solo que no parecía el mismo sujeto.

Sus facciones eran interesantes, fuertes, atractivas, aunque no era guapo de verdad, pero tenía ligeras ojeras y cuando la vio sus ojos avellana estaban oscurecidos, con una combinación de tristeza y algo más. ¿Alguien le habría roto el corazón? No era que fuera evidente, era que ella había visto esa mirada en sí misma cada mañana en el espejo.

—Señora Heller —saludó el hombre con una voz ligeramente ronca y bastante masculina—, soy Theodore Moore, Jimmy me comentó que estaba buscando a la señorita Rachel Lutz.

Sam asintió y se acercó otros pasos hacia el escritorio.

—Sí. Tuve que ir a Londres por una temporada y no he logrado comunicarme con ella desde entonces; apenas pisé Chicago quise localizarla, pero no está en su casa y Jimmy me ha dicho que no ha vuelto a trabajar, quería saber si usted sabía algo sobre ella.

—La señorita Lutz fue trasladada por comisión al National Gallery de Australia, por seis meses. —Samantha abrió los ojos como platos—. Aunque no sé si en su estado volverá antes o después, quizá prefiera tenerlo allá y regresar, tal vez ya haya dado a luz.

—¿Qué? —preguntó ella y todo su cuerpo se entumeció, tanto que percibió un tirón en su costilla, pero lo ignoró.

—Ella estaba embarazada cuando la envié de comisión, imagino que ya debe de haber tenido a su bebé.

—¿Embarazada? —repitió, aturdida—. ¿Y usted la envió a una comisión a otro continente? ¿Está loco? —le inquirió y lo observó palidecer, como si eso fuera un pensamiento que hubiese tenido más de una vez, con una expresión llena de culpa.

—¿La verdad? No lo sabía cuándo hice la transferencia. Yo... —suspiró y se pasó una mano por la cara, agotado—. Ella no tenía que haber aceptado.

—Rachel ama su trabajo, obvio que iba a aceptar, ¿Cómo iba a mantener a su bebé sin un trabajo? —le respondió y lo vio palidecer aún más, lo cual la confundió y comenzó a hiperventilar, debió haber insistido aún más, sabía que algo no estaba bien. Cuando Christian le comentó que no la había encontrado, ella debió haber hecho algo más en vez de decidir buscarla cuando fuera a Chicago para Navidad. ¿Cómo pudo permitir que una Rachel

embarazada viajara a otro continente, sola? Debió haberlo sabido.

Pero claro, estaba tan concentrada en su vida, en Oliver y en sus problemas personales que dejó a Rachel cuando de seguro más la necesitaba.

—¿Tiene algún número del museo donde pueda localizarla o su número allí? ¿Su dirección? —le pidió al salir de sus pensamientos. Lo vio asentir y anotar algo en un trozo de papel. Cuando se acercó a tomarlo él le sostuvo su mano.

—Solo tengo el número del museo, y... ¿podría ver que esté bien? —le rogó, ansioso. Sam parpadeó, parecía incluso más preocupado y demacrado que ella, su mano temblaba un poco—. Rachel no ha querido hablar conmigo desde que se fue, las veces que he llamado al museo para saber cómo le estaba yendo, me ha evitado, con suerte habla sobre las obras que está restaurando.

Lo miró y entendió por fin, era tan obvio, cómo no lo vio antes: Ellos tuvieron una relación. Apartó su mano con violencia, sin importar el jalón que sintió en su costilla por el movimiento, ya que si su suposición era cierta, ese traslado tenía una dimensión totalmente distinta.

—Usted es solo su jefe, ¿qué más podría decirle? —preguntó fingiendo inocencia. Lo vio bajar de inmediato la mirada.

—Es cierto, soy solo su jefe, nada más —respondió de inmediato—. Buenas tardes, señora Heller.

—Adiós, señor Moore —le susurró y salió de allí con el número, desesperada por llamar al museo.

Lo hizo de inmediato, aunque no consiguió ninguna respuesta. Si sus cálculos eran correctos, en Australia ya era Navidad, así que era improbable que estuvieran laborando.

Volvió a su apartamento casi una hora más tarde, y estaba tan preocupada pensando en Rachel que cuando abrió la puerta no recordó que Susan la habría descubierto para ese entonces.

—¡¿Se puede saber dónde estabas?! —escuchó que le gritaban. Alzó la mirada y la encontró con los brazos entrecruzados debajo de sus senos, su pie derecho tenía un tic nervioso que le hacía pisar varias veces en el suelo y la miraba con el ceño fruncido. Hubiese sido bastante gracioso, si la ira no estuviera dirigida a ella.

—Susan... —intentó apaciguarla.

—¡No! —explotó—. ¿Cómo se te ocurre salir cuando aún estás mal? Te dije que te quedaras en casa, no puedo cuidarte de esa forma, ¿y si te hubiese pasado algo? ¡No puedo alejarte de mí vista ni un segundo!

—¡Susan, no soy una niña! —le detuvo, para ese entonces muy furiosa—. Tengo veintiséis años, por Dios...

—¡Pero sigues haciendo estupideces! —la interrumpió con alaridos—. ¿Cómo puedo considerarte una mujer si sigues actuando como una niña? No me dices adónde vas y no cumples con lo que te ordeno.

—¡Porque no tienes derecho a ordenarme nada! —espetó. Caminó a su lado y comenzó a respirar de forma ruda, sin importar la incomodidad que eso le causaba—. No tengo que obedecerte como si fuera un bebé, si no te has dado cuenta, no soy la misma chiquilla que era cuando me apartaste de tu vida años atrás. He sobrevivido durante años sin ti, Susan, y lo hice muy bien. No puedes pretender llegar a mi vida y volver a tratarme como un infante tembloroso e idiota. ¡Basta ya! Si sigues así es mejor que te largues a tu casa y me dejes en paz.

La cara de Susan palideció y Sam jadeó al entender lo que había dicho. Vio un movimiento al final de la habitación y encontró a Sebastian asustado, con lágrimas en los ojos, había presenciado toda la escena. Se maldijo por su reacción.

—Susan, perdón —rogó. Alzó su brazo bueno y vio los ojos de su prima humedecidos.

—No, yo... lo siento —comentó, temblando—. Tienes razón, por supuesto. No sé por qué creí algo distinto. No tengo ningún derecho. Sebastian, vámonos, ya.

—Prima, no, escúchame. No lo quise decir así —le dijo y comenzó a seguirla alrededor.

—No, está bien —le dijo, tomó a su hijo de una mano, y caminó hacia la puerta, sin molestarse en empacar nada—. Tienes razón, Sam, las cosas no son igual que antes y yo me excedí, sé que tú ya no eres la misma persona, merecía que me lo recordaras. Di adiós, Sebastian —le pidió al niño y todo el avance que había visto en él desapareció, estaba chupando su dedo y estaba detrás de las piernas de su mamá.

Sam se acuclilló sin importarle el dolor y acarició su cabello.

—Lo siento, Sebastian. Nos veremos más tarde, ¿vale? Mañana es Navidad, y tengo una promesa que cumplir —le susurró, y miró a su prima, rogando por una respuesta. Vio a Susan asentir justo antes de salir del apartamento.

Al verse sola, ignoró el dolor y se dejó caer al suelo. Miró su sala con otros ojos, se sentía vacío a pesar de estar por completo amoblado. Sus ojos se desviaron hacia el castillo que servía de cama de Lira y sus ojos se humedecieron. De alguna manera se había encargado de ignorar ese espacio desde que regresó a Chicago. Se levantó con dificultad y caminó hacia la cocina, cogió una caja y comenzó a empacar todas las cosas de su gata, llorando durante todo el tiempo.

SAMANTHA OBSERVÓ LA casa de su prima, desde la ventanilla del Uber, mientras el chofer se estacionaba frente a la entrada. Arrugó la cara al sentir el golpe de todos los recuerdos acumulándose en su mente, los buenos y los malos. De inmediato se volvió de nuevo una niña. La pequeña que se la pasaba alrededor de Susan, la que huía de sus tíos y la que se encerraba en el sótano para disfrutar en tranquilidad de su pintura.

Se preguntó si Christian habría botado todos sus lienzos, y rogó que lo hubiera hecho, aunque le dolía que Oliver nunca hubiese recibido su obra. *Oda a Oliver*. Esa fue la última vez que para ella pintar tuvo algún sentido, y quizá, la última vez que no se ahogaba en la melancolía para crear. Que aún mantenía un balance. Ahora, le aterrorizaba pensar qué crearía si volviera a coger un pincel.

Volvió a mirar a la casa mientras abría la puerta del vehículo, y ahora los recuerdos tristes la invadieron. Fue ahí en donde cometió el peor error de su vida y perdió a Oliver, también comprendió que, pudo haberse engañado por un rato, seguirlo a Londres y vivir en la fantasía, pero lo cierto es que nunca tuvo oportunidad, porque cinco años atrás, cuando permitió que Michael la besara para estar segura de algo que debió sentir en cada poro de su piel, mató todo lo hermoso que pudo haber tenido con Oliver. Para siempre.

Salió del taxi con la bolsa de regalos para Susan y Sebastian, colgada en su mano derecha. Caminó hacia la entrada de la casa y se preguntó cómo tocaría el timbre, pero antes de llegar a la puerta Sebastian la había abierto

y la miraba con una sonrisa en sus labios y sus ojos brillosos de emoción.

—Hola, cariño, aquí estoy. Como lo prometí —le dijo y el niño brincó hasta donde se encontraba y abrazó sus piernas, causando que se tambaleara.

—Sebastian, ¿por qué abriste la puerta? —Susan se detuvo, su ceño fruncido.

Sam suspiró y la miró con arrepentimiento.

—Lo siento —comenzó—, no quería decir las cosas que dije... —Se detuvo y negó con la cabeza—. Mentira, sí quería, pero no de esa forma.

Jamás fue mi intención hacerte daño.

—Sé cómo puedo ser —respondió, aún sin moverse—, tenías todo el derecho en reprocharme si te estaba asfixiando.

—Te quiero, y te agradezco todo lo que has hecho por mí, comenzando con mi crianza y terminando con esta nueva oportunidad que nos estás brindando, pero... —Sebastian la abrazó con más fuerza, Sam sonrió y acarició su cabello—. Quiero que entiendas que ya crecí, no necesito una mamá, por lo menos no la versión obsesiva en que te conviertes cuando te vuelves la mezcla de «mamá osa y Elvira en modo destructora». —Ambas sonrieron por el mal chiste—. Pero si te necesito a ti. Siempre.

—Yo también.

—Y seamos sinceras, yo soy un deseo de Navidad de tu hijo, es bueno que me hayas aceptado de regreso a tu vida antes de que le destrozaras la vida a Sebastian. No puedo ni imaginar...

Susan la miró horrorizada y ella se mordió la lengua para controlarse.

—Vale. Entendí —continuó Susan—. No más madre sobreprotectora, solo preocupación promedio. Bien. —Se acercó y la miró horrorizada—. ¿Qué haces cargando peso con tu brazo bueno y sin decirme nada? ¡Dame eso!

Sam le entregó las bolsas, al mismo tiempo que ponía sus ojos en blanco. Cerró la puerta mientras la veía mascullar algo rumbo a la cocina. Miró a su sobrino y negó con la cabeza.

—No hay forma de que cambie, ¿verdad?

—No —le respondió Sebastian con una gran sonrisa y Sam besó su cabello antes de hacerle cosquillas—. ¿Quieres dibujar? —le preguntó antes de meter un dedo en su boca, tímido.

—Contigo, siempre —le respondió divertida, antes de seguirlo a su cuarto. Pasaron una velada como tenía años sin experimentar. Tuvo que

controlarse durante toda la cena para no llorar, en especial cuando se sentaron en el sofá, a ver *La Navidad de Charlie Brown*, como recordaba que era su pequeña tradición navideña.

Después, ambas estaban hablando de nimiedades, mientras veían a Sebas dormir sobre su falda, cubierto con un edredón. Sam no podía dejar de acariciar su cabello. A veces, le costaba creer que por fin estaba dentro de sus vidas.

—Es un buen niño.

—Sí, pero igual estoy aterrorizada todo el tiempo —confesó Susan—. No sé qué decirle cuando me pregunte por qué no tiene papá. Ethan lo ve casi todas las semanas, aunque eso no es suficiente, detesto que Michael no quiera tener una relación con él, no me importa que no desee tener nada conmigo, hace años que la desilusión mató al amor, pero ese es su hijo y es como si no le importara. Yo quería una familia y ahora solo tengo pedazos. Y no me arrepiento de tener a mi hijo, Sam, no lo hago, solo que a veces me pregunto si no me apresuré, si quizá debí esperar hasta que Michael estuviera listo para salir embarazada. Aunque con lo desgraciado que resultó, es imposible que alguna vez lo estuviera.

Sam quitó la mano del niño y la llevó hasta Susan, acarició su cabello y se sintió avergonzada.

—Lo siento, Susan, lamento que hayas tenido que vivir esto y que yo hubiese sido una de las causas de esa separación.

—Hace tiempo comprendí que así tú no hubieras intervenido, igual habríamos tenido el mismo resultado —le respondió con tono amargo—. Eso es lo bueno y lo malo de la retrospectiva, llega cuando todo está arruinado.

Sam asintió, ya que lo había vivido, apenas hace un rato.

—Eres una maravillosa madre, Sebas te ama, y aunque es tímido, es un niño increíble. Estoy segura de que se convertirá en el mejor hombre de todos.

—Eso espero. —Miró hacia el árbol y negó con la cabeza—. Allí hay un regalo con una tarjeta firmada por los tres, aunque yo creo que solo los escogió su abuelo, y me duele que ni siquiera se preocupe por estar en esta fecha con él, podría llevárselo unas horas, vivimos en la misma ciudad. Sería tan sencillo.

Sam se estiró para abrazarla, con cuidado para no molestar a Sebastian y también para evitar el dolor que aún tenía cuando hacía movimientos bruscos.

—Sebas tendrá una maravillosa Navidad, abriremos los regalos, iremos a patinar como lo planeamos. Bueno, ustedes patinaran y yo seré la tía inválida que se sentará en un banco con chocolate caliente porque no puede ni beber. —Susan rio y Sam apretó el agarre de su hombro—. Y cenaremos en familia, ¿bien? —La sintió asentir.

—Te extrañé tanto, Sam —le susurró con voz rota.

—Yo también, ni te lo imaginas —le respondió en el mismo tono.

—¿Cuándo estarás lista? —le preguntó. Sam la miró confundida—. ¿Cuándo me dirás quién te rompió el corazón y por qué llegaste a Chicago así?

—Ya te lo dije, me caí —balbuceó y Susan la miró con incredulidad.

—¿El hombre con el que estabas te golpeó?

—No —negó de inmediato—. Oliver jamás haría eso.

—¿Oliver? —preguntó Susan y ella se tensó—. ¿Tu exesposo, Oliver? Pero él estaba casado y... —Se detuvo y Sam arrugó la cara con dolor.

—Lo sé, lo siento. —Suspiró hondo y se pasó una mano por el cabello—. No quería decírtelo porque tú y yo no tenemos buenos antecedentes y vamos; aquí estoy yo, cinco años después, volviendo a intentar romper un matrimonio. Es patético.

Susan bebió otro sorbo a su copa.

—Aunque estoy segura de que esta vez sí aprendí algo muy beneficioso.

—¿Qué eres bastante mala como amante?

Sam miró a su prima en shock por esa declaración.

—Claro, eso también —respondió y ambas bufaron—. Pero lo principal es que nunca más me casaré —contestó con renuencia. Susan la miró confundida.

—Sam, estoy segura de que volverás a enamorarte de alguien fuera de los Lewis y serás feliz.

—No, no es eso, sino que, vamos, ¿con qué moral? Digo, existe el karma, es obvio que el hombre con el que me case tendrá una amante, y yo no podré rechazarlo, más bien tendría que ir a donde está la chica y aconsejarla: «No, cariño, no te busques un amor platónico y mucho menos

que pertenezca a un familiar, eso no funciona, los ojitos de perro degollado tampoco; ni los besos calientamanos». —Susan la miró con los ojos desorbitados, pero Sam se sentía tan frustrada que no podía parar—. «Tampoco sirve que te vayas, ofrezcas, y cedas todo al hombre, ¿qué le digas que lo amas? No, no seas ilusa, eso no funciona, así como tampoco que estés allí para él, ni lo sueñes». Al final tendría que hacer que me lo quite y después preguntarle cómo demonios lo hizo.

Ambas quedaron paralizadas por un par de segundos y después rieron con libertad. Sam se tapó la boca para no despertar a Sebastian, aunque en realidad el niño ni se movía, se había dado cuenta de que si él estaba dormido podría explotar una bomba y no se enteraría.

Ambas se quedaron calladas por un par de minutos, mientras lo miraban.

—Él y tú eran los arrepentimientos más grandes de mi vida, y me juré a mí misma que haría lo que fuera por resarcirme ante sus ojos, quizá por eso cometí tantas locuras. Además, él está tan perdido, y yo me sentí responsable por ello, ya no es el hombre que tú y yo conocimos una vez, el hombre del que yo me enamoré desapareció y lo reemplazó esa versión tan cruel y rota. Lo único que deseaba era abrazarlo y decirle que todo iba a estar bien, así no fuera cierto, para buscar que volviera mi Oliver. El problema es que ya él no confiaba en mí, y nunca más lo hará. —Suspiró y negó con la cabeza.

—Sam, tú no podrías cambiar a Oliver más de lo que yo pude cambiar a Michael —le dijo deslizando sus dedos por su cabello de esa forma que había extrañado tanto por años. Cerró los ojos mientras sentía la caricia—. El ser humano no tiene la capacidad de cambiar solo porque alguien más lo quiera, puede hacerte creer que lo hizo, pero no sería cierto, al final es él mismo quien tiene que luchar por ello, quien tiene que ver que existe un problema y ansiar solucionarlo, en síntesis él tiene que ayudarse a que lo ayuden.

Sam sonrió sintiendo que su tristeza crecía en extremo, sobre todo por él, porque no sabía que pasaría ahora en su vida, esperaba que pudiera ser feliz a pesar de todo.

—Lo sé, y ya lo aprendí, ¿sabes? —le susurró—. Eso y que tengo que parar de amoldarme y cambiar por los demás. He pasado mi vida tratando de ser lo que alguien más quiere que sea, y he estado perdiendo mi esencia e

identidad cada vez. Lo hice por Michael, lo hice por Oliver. —Se detuvo y vio a su prima, antes de sonreír con añoranza; también lo había hecho por ella, aunque jamás lo diría en voz alta. Susan asintió y bajó la mirada, antes de tomar otro sorbo de su bebida—. Es hora de ser solo yo misma.

—Estoy tan orgullosa de ti, Sam. No tienes idea —le confesó Susan y ella sonrió.

—Yo no. Pero poco a poco llegaré allí, prima. Te lo prometo.

Hablaron por un rato más y después la ayudó a acostar a Sebastian en su cama, antes de ir a su antiguo cuarto, donde pasaría la noche. Justo antes de dormir, pensó de nuevo en Rachel, aterrada en la idea de que estuviera sola, en otro continente, quizá necesitando de su familia.

Capítulo 25

*Ya nada es como antes, tú ni siquiera me reconocerías ahora,
no que me conocieras en ese entonces, pero todo se me
regresa al final.*

*Guardé todo dentro de mí e incluso aunque me esforcé
todo se destrozó.*

*Lo que significaba algo para mí
eventualmente será un recuerdo de
un tiempo donde yo lo intenté tanto y
llegue tan lejos, pero al final ni
siquiera importa.*

In the End, Linkin Park.

Oliver suspiró cuando por fin salió del aeropuerto O'Hare, cincuenta y dos horas después de haber decidido ir a Chicago a buscar a Samantha. Había estado en lista de espera por todo un día, mientras su teléfono repicaba de forma insistente por varios miembros de su familia; pero los había ignorado a todos porque no sabía qué haría si les contestaba, en especial a su abuelo.

Justo antes de montarse en el avión le envió un mensaje a Ilana explicándole que no lo esperaran, que tenía que hacer algo importante, después apagó el teléfono.

No obstante, el único boleto a Norteamérica que pudo conseguir fue a Nueva York. Luego del viaje de once horas con un aterrizaje forzado por la tormenta de nieve que se había iniciado, tuvo que esperar en esa ciudad casi un día más para que aprobaran de nuevo la salida de los vuelos, y después volver a entrar en otra lista de espera. Por fin, cuando creía que estaba todo perdido, alguien canceló y lo embarcaron a un avión rumbo a Chicago, que resulto el peor viaje de todos. Aunque bueno, le resulto algo poético, irónico y un buen cierre a esas desgraciadas semanas.

Había pasado ese tiempo de espera meditando sobre lo que iba a hacer con su abuelo, con su empresa, con Ilana, lo que significaría para él

abandonarlo todo. Para bien o para mal, había luchado toda su vida para conseguir esa empresa, le había dado metas para cumplir, un plan y una visión de su futuro; y dejarlo ir le hacía sentir pasmado, porque ¿quién era él sin eso? Absolutamente nadie. Sin embargo, sin importar todos sus logros, jamás se sintió satisfecho o feliz, más bien se sentía asfixiado la mayoría del tiempo, pero era lo único que conocía.

A ese pensamiento se le concatenaba la responsabilidad de saber que al renunciar a todo, devastaría más de una vida, y tampoco sabía si se merecía ser libre. En conclusión, no había llegado a ninguna conclusión en absoluto y se concentró en pensar en ver a Samantha.

Se montó en una limosina del servicio de alquiler en el mismo aeropuerto, ya que sabía que la fila para tomar un taxi sería kilométrica. Le dio la dirección al chofer y cerró sus ojos por un instante para intentar relajarse y determinar bien qué le iba a decir cuando la tuviese en frente.

Después de casi tres días de pensar en ello, aún no sabía qué decir o cuál era el mejor plan de acción, aunque lo cierto era que con Samantha jamás había planes, si en algo se había caracterizado desde que la había visto llorando en el aeropuerto años atrás, era que reaccionaba al tenerla cerca; eso mismo era lo que le había hecho acercarse a consolarla cuando lo normal hubiese sido dejarla que se calmara sola, ya que no la conocía. Y eso se aplicaba a cada uno de sus momentos y sus peores decisiones con respecto a ella.

Lo único que tenía claro ahora era que necesitaba saber que estaba bien, comprobar por sí mismo las marcas que había dejado su abuelo, quería tocarla. Por primera vez en tantos jodidos años el recelo se había hundido hasta el fondo, incluso podría creer que si la tenía a su lado no la dejaría ir nunca más.

¿Cómo alguna vez pudo haber creído que podría ser libre de ella? Eso jamás pasaría.

—Señor Lewis, hemos llegado —escuchó que el chofer comentaba, y lo sacó del hilo de sus pensamientos.

Oliver observó la fachada del edificio que había visitado solo dos veces antes.

—Espéreme hasta que salga —le ordenó al hombre, ya que no sabía cuánto iba a tardarse. Podría ser un minuto o una eternidad.

Tocó el intercomunicador de su apartamento y esperó unos segundos, cuando iba a tocar de nuevo salió del edificio una rubia joven y le brindó una sonrisa resplandeciente, él asintió de forma educada y tomó la puerta antes de que se cerrara para entrar en el edificio.

Cuando llegó frente a su puerta tocó varias veces el timbre. Pero no hubo ninguna respuesta.

—Maldición, no puede ser posible —gruñó golpeando la puerta varias veces, de nuevo sin ninguna respuesta. Suspiró ya que no tenía forma de localizarla, y después recordó a Alexa.

—¡Oliver! ¡Feliz Navidad! —escuchó que le gritaba de saludo cuando marcó su número.

—Hola, Alexa. Feliz Navidad —respondió, ansioso.

—Bueno ya pasó la Navidad, pero no importa, lo importante es que te acordaste de mí. Sam llamó a casa un par de minutos en Navidad a saludarnos y desearnos felices festividades, pero... —Sonó más incómoda—. ¿Podrías darle un beso y un abrazo de mí parte? —le pidió y él se quedó paralizado.

—¿Qué? —preguntó en un susurro, más perdido que antes.

—Yo pensé que iba a venir a pasar la Navidad con nosotros aunque al final resultó que se quedó en Londres, los entiendo, imaginé que querrían pasarlos juntos. ¡Cómo quisiera tenerlos a ambos aquí! —Su voz sonó más rota—. Oh demonios, las hormonas están acabando conmigo. ¿Cómo pasaron el día? — continuó en su monologo y Oliver solo pudo quedarse allí, escuchando.

Alexa no sabía dónde estaba Samantha.

Escuchó gritos y regaños por parte de su amiga.

—¡No te atrevas a saltar, Nella! —gritó y él apartó su oreja del auricular—. ¡Nella...! Mald... Tengo que irme, Oliver, hablamos después. Lo siento. — Le cortó la llamada antes que pudiera hablarle y él volvió a intentar tocar la puerta, pero de nuevo nadie apareció.

Oliver suspiró y caminó hacia las escaleras que estaban en un lateral del pasillo, y se sentó en los primeros tres escalones, mientras recibía otro golpe de los tantos que había recibido esos días.

Él no sabía absolutamente nada de Samantha.

Claro, conocía su dirección, que tenía un pequeño grupo de amigos, pero

no sabía nada de Rachel, y Christian se mataría antes de decirle cómo localizarla. Ella podría estar en cualquier parte de esa ciudad y la verdad era que el no saber dónde localizarla fue su propia culpa, porque en todos los meses que estuvieron juntos no se preocupó por averiguarlo.

Incluso los momentos en que estuvieron bien y que la escuchaba contar algo sobre su vida, él mentalmente se ausentaba, siempre en guardia, jamás permitió que entrara un poco más en él y lo arruinara, lo hiciera sufrir como antes.

«¿Cuándo me convertí en esto?», se preguntó recordando lo superior que siempre se había sentido, la falsa idea de estar en control. Pero no, no lo había sido, con respecto a nadie, ni de su padre ni de Michael. Allí rememoró su comparación insana de Samantha con su madre. Y todo este tiempo había estado equivocado. Al final no fue Michael quien la arruinó, fue él mismo.

Ella ya ni siquiera pintaba, y el recuerdo de su último encuentro lo atormentó hasta dejarlo paralizado.

Pasó media hora antes de que pudiera conseguir la fuerza para ponerse en pie y bajar al vestíbulo por las escaleras. Se tomó su tiempo y, cuando se montó en la limosina, tenía claro a dónde iría ahora, había pasado muchos años juzgando, creando historias y creyéndole a un hombre que de por más no resultó ser ni la mitad de digno de lo que pregonaba. Ya que sabía la verdad, era hora de que por fin tuviera la conversación que tenía años pendiente.

—¿A dónde, señor? —le preguntó el conductor.

—A Ashburn —respondió y apoyó su cabeza sobre el reposa cabeza.

Minutos después, cuando el vehículo se detuvo, Oliver observó la casa de su padre con furia y frustración, siempre había odiado ir allí, detestado la mirada y los comentarios despectivos de Ruth, la superioridad de su hermano y la indiferencia de su padre.

Tocó el timbre y esperó por un par de segundos. Ruth abrió la puerta con una gran sonrisa en su cara hasta que vio de quién se trataba. Allí lo miró con recriminación. Él sonrió mordaz y la miró tratando de fingir indiferencia, aunque en el estado en que se encontraba le resultó un poco difícil.

—Hola, Ruth, ¿está mi padre en casa? —le preguntó sin más.

Le resultaba gracioso que lo llamaba «padre» cuando se refería a él con

Ruth, como si tuviera que señalar siempre que tenía un sitio en esa casa. Aunque nunca hubiese sido cierto.

—Entra, le diré que estás aquí —le respondió entre dientes y él la siguió hasta la sala, donde esperó a su padre con las manos cruzadas en su espalda.

Miró los alrededores de la casa, hasta pararse frente a la ventana. Miró el paisaje, cubierto con nieve, concentrado en cómo los copos brillaban por la luz.

—Oliver, qué sorpresa verte por aquí —escuchó a su padre declarar. Se giró a verlo.

—Necesito hablar contigo —le dijo sin más.

—Claro —respondió con el ceño fruncido—. Vamos a mi despacho.

—Ethan, recuerda que tenemos que ir a casa de Michael. Se espera que estemos allí en media hora. ¿Qué dirán si llegamos tarde?

El hombre suspiró y giró hacia su esposa.

—Entonces vete sin mí, porque mi otro hijo necesita hablar conmigo. —La mujer dio un paso hacia atrás, impactada por la declaración. Oliver estaba igual—. Ven conmigo, Oliver.

Entró al despacho y miró el inmobiliario como si estuviese invadiendo algo privado y restringido, lo cual era cierto, en todos sus años de visitas nunca consiguió acceder a esa parte de la casa, tampoco podía acceder a su padre, pero eso era un tema distinto.

Caminó hacia los cuadros que colgaban en las paredes, miró uno con mayor curiosidad de la que merecía, era una réplica del típico cuadro de los perros jugando póker. Escuchó el sonido de la puerta cerrándose, pero no se giró, y se quedó en silencio por unos minutos, su padre lo imitó.

—Creo que es la primera vez que me reconoces como tu hijo frente a tu mujer, Ethan, ¿a qué se debe ese milagro? ¿Te estás muriendo? —Le preguntó y lo escuchó emitir un sonido parecido a una risa irónica.

—¿No lo estamos haciendo todos? —respondió en forma retórica, y lo sintió caminar por el despacho—. Quizá la edad te va volviendo menos obtuso, no menos egoísta, pero la retrospectiva te golpea más fuerte. Ves con mayor claridad los errores cometidos; y quién en verdad pagó los castigos. — Lo escuchó suspirar, Oliver frunció el ceño y se giró a verlo. Aparentaba muchos más años de los que tenía, por un instante, se vio

mayor que su propio abuelo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes que Michael no conoce a su hijo? —preguntó en vez—. Si lo ha visto tres veces en su vida es demasiado, a Ruth no le interesa tampoco, ella siempre ha sido lo que fue, eso no va a cambiar. Sin embargo, Sebastian me hizo entender mis errores, muchos de ellos a tu causa y todos sin ningún tipo de reparación.

Oliver se forzó a sonreír, en parte quiso restregarle todos sus desplantes, pero su realización anterior le evitó abrir la boca.

—¿Y tú lo has visto?

—Sí, intento hacerlo al menos tres veces al mes —le confesó y se encogió de hombros—. Tiene nuestra barbilla —comentó con tono orgulloso—, y es muy inteligente, tímido, retraído, y tan parecido al niño de siete años que entró en mi casa veinticinco años atrás, que quería conocerme, pero estaba tan asustado que ni siquiera se permitía hablarme. Tan distinto a Michael y a todo lo que yo conocía. Hice muchas cosas malas, Oliver, contigo y con Michael. Lo siento, te debo más que una disculpa, pero es lo único que puedo ofrecerte.

—No —gruñó y vio a Ethan bajar su cabeza, dolido—. No es eso lo que vine a buscar aquí.

—No importa, igual la mereces. Intenté hacerlo en la boda, pero te fuiste antes de que pudiera hablar contigo a solas.

—¿Por qué iniciaste una relación con mi madre? —indagó—. Más bien, ¿por qué la volviste tu amante y jodiste su vida? —Se corrigió sin girar a verlo.

—¿A qué viene esa pregunta después de tantos años? —le preguntó en vez Ethan—. Tenemos mucho tiempo sin vernos y ahora llegas aquí... Quisiera que empezáramos de nuevo.

—Corta la mierda del padre preocupado, Ethan —le respondió apretando las manos en puños y lo encaró—, nunca lo has sido, no ofendas mi inteligencia ni la tuya con pendejadas de ese calibre.

—La gente cambia, Oliver. Y ahora quiero serlo.

—No vine aquí para pedir que me des lo que por tanto tiempo me negaste —le informó Oliver y sintió que el aire del cuarto se cargó con tristeza—. Solo quiero que me lo expliques, ya que necesito saber por qué lo hice yo —

confesó con un nudo en la garganta.

—¿Tú?

—¿Qué pasó con mamá? —le insistió—. Quiero la verdad, tengo treinta y tres años, puedo soportarlo.

Ethan parpadeó varias veces y caminó hacia su escritorio, sentándose sobre su sillón, sus hombros se hundieron.

—¿La verdad? Estaba aburrido —contestó y Oliver entrecerró sus ojos—. La vida se hizo predecible en algún momento, ¿entiendes? Tenía un negocio mediocre, una esposa y un hijo, y mi vida era una rutina imparable. Me levantaba a las seis de la mañana a escuchar la misma voz de una mujer que vería, follaría y mantendría a mi lado toda mi vida. No había emoción o misterio. Y después llegó Briony, una jovencita de dieciocho años que desde que me miró por primera vez con expresión maravillada me hizo sentir que el aburrimiento desaparecía. Es bueno ser deseado, Oliver, y le dio una emoción a mi vida que creía olvidada.

Oliver bajó la mirada, su expresión confundida.

—¿Aburrido? —preguntó caminando hacia donde se encontraba sentado su padre y apoyando las manos sobre el escritorio—. Tú arruinaste... —Se calló ya que necesitaba saberlo todo, sin juzgar, solo diseccionar la verdad—. ¿Qué sucedió entonces? ¿Por qué no fuiste sincero y le dijiste que tenías otra mujer? En cambio preferiste jugar con ambas hasta que todo explotó en tu cara.

Ethan lo miró incrédulo.

—Tu madre siempre lo supo —le confesó. Oliver se enderezó de la impresión, ya que sus palabras, su tono y su expresión parecían sinceras.

—No. Eso no es verdad, ella me contó que tú le mentiste...

Ethan lo interrumpió con una risa sardónica.

—Por supuesto que Briony haría eso, le mintió también a su padre cuando se enteró de ti, solo que yo no lo corregí, ¿para qué? La verdad fue que nunca hubo engaño, cuando me conoció yo usaba un anillo, Oliver. —Alzó su mano izquierda para que viera la pieza de oro—. Nunca me lo he quitado. A ella no le importó, incluso me persiguió desde el inicio, me decía que quería ser libre, que quería aprender. Soy hombre, si una mujer quiere aprender tengo que enseñarle, imagino que entiendes a qué me refiero con ello.

Oliver negó con la cabeza. «¿Algo de mi puñetera vida tendrá sentido?».

—Y fue tu madre la que se embarazó, me engatusó diciéndome que se cuidaba y yo caí como un principiante. Tal vez creyó que al quedar embarazada dejaría a mi esposa y me casaría con ella, pero eso jamás iba a pasar —le confesó y después lo miró con vergüenza—. Lo siento.

—No es como si me hubieras hecho sentir deseado alguna vez en tu condenada vida, Ethan —le escupió con furia. Su padre volvió a bajar la mirada.

—No, no fuiste algo que hubiese deseado, sin importar lo hermosa o maravillosa que fuera tu madre. Me gustaba Bryoni, incluso llegue a quererla, pero no iba a destruir mi vida y mi familia por ella.

Oliver bufó y negó con la cabeza.

—Eso debiste pensarlo antes de meter tu polla en donde no debías.

—¿Lo pensaste tú? —Oliver apretó los labios y desvió la mirada.

—No. —Suspiró y se pasó una mano por la cara—. Termina la historia.

—Yo la mantuve durante el embarazo, ya que ella me confesó que si regresaba a Londres en su estado la matarían. Después de conocer a tu abuelo, entendí que no mentía. El día de tu nacimiento Ruth se enteró, no sé cómo, aunque imagino que Briony o alguna de sus amigas la llamaron, pero nunca lo supe con certeza porque mi esposa solo me dijo que le informaron que fuera al hospital. Cuando Ruth llegó a la clínica, me fui con ella. Briony nunca me perdonó eso y jamás volví a verla.

Oliver parpadeó de nuevo, escuchando por primera vez toda su historia, la verdadera, y sintió que otra parte de su vida se desplomaba, la idea del sacrificio de su madre, la que tanto había añorado, y siendo sincero, su única certeza de que ella lo amaba.

«Esa es la razón por la que me dejó con mi abuelo; no por su exigencia, sino porque ya no le era útil, no cumplí con su objetivo, no pude ayudarla a mantener a Ethan con ella».

—Lo siento —siguió Ethan y Oliver lo miró sin ver nada en realidad—, me equivoqué, lo sé, quizá debí hacer que te quedaras conmigo, pero tu abuelo es un hombre muy influyente, Ruth no te quería y en ese momento no estaba listo para sacrificar mi vida sin importar cuán patética fuera. Aunque como te dije antes, en este momento hubiese deseado decidir distinto, conocerte al menos.

—¿Por qué me diste tu apellido si te sentías así? —le preguntó en una voz

que no parecía la suya.

—Tu abuelo puede ser muy persuasivo.

Oliver emitió una risa amarga.

—Te pagó —declaró sin duda alguna.

Ethan emitió una respiración brusca, pero no respondió, no que Oliver lo necesitara. Lo sabía. Comprendió una de las razones por las que su abuelo debía odiarlo, no solo tuvo que aguantarlo, sino que tuvo que sufrir la humillación de rebajarse a comprarle un apellido para no volver a Londres con un bastardo.

—Solo soy humano, Oliver —le confesó Ethan sin hacer ningún esfuerzo por acercarse a él—, y ahora, que veo mis acciones en mi hijo, o una versión peor de ellas, cuando veo a mi nieto, sé lo mal que actué. Por lo menos agradezco haberte tenido unos veranos por algunos años.

—No entiendo qué agradeces, porque sin importar el tiempo que pasará aquí, jamás intentaste conocerme.

—No sabía cómo hacerlo, no eras como nosotros, ni tampoco eras extravertido como Michael; eras reservado, como si siempre tuvieses que estar de guardia, como si todos fuéramos tus enemigos o quisiéramos hacerte daño. No sabía cómo acercarme. Además estaba Ruth, que se ponía ansiosa cada vez que me acercaba a ti. Eras un recordatorio permanente de mi traición.

Oliver asintió y deseó que por una sola vez que alguien lo eligiera y aceptara con libertad, sin ningún tipo de condición. Se quiso golpear por permitirse pensar así, pero ya no tenía fuerza ni control para contenerlo.

Después pensó en Samantha, ella lo había amado, lo sabía; sin embargo, tampoco lo había elegido con libertad, ya que él siempre la había forzado a estar a su lado, desde que tuvieron su primera vez, su matrimonio, volverla su amante. Durante toda su historia.

—Bien, esto ha sido... educativo —dijo y forzó la mejor cara que pudo poner—. Gracias —se obligó a decir y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Ahora eres el presidente de una empresa multimillonaria —se apresuró a decir Ethan—, y aunque no tenga derecho, estoy orgulloso de ti, Oliver. No habrías podido tener ese destino si yo te hubiese mantenido en Chicago, hijo.

Dejarte ir fue la mejor decisión posible para tu futuro.

Esa palabra quemó sus entrañas, ya que creía que era la primera vez que la escuchaba de ese hombre. Asintió y abrió su boca para preguntarle si necesitaba dinero, imaginó que su abuelo le cortó los fondos cuando Oliver dejó de ir a esa casa cuando tenía doce años, pero se contuvo, ya que las palabras de Christian volvieron a calcinarlo vivo, porque era cierto, él siempre había comprado a la gente, ofreciendo una parte suya que sabía no rechazarían para, de alguna forma, obligarlos a aceptarlo con todos sus defectos y nunca rechazarlo, pero ya no quería hacerlo.

—Adiós, padre —dijo en vez y salió de allí agradecido por haber encontrado algunas respuestas a pesar de que con ellas hubiese arruinado todo lo que tenía una vida creyendo.

Capítulo 26

Yo nunca me conoceré a mí mismo hasta que lo haga por mí mismo, y nunca sentiré nada más hasta que mis heridas estén sanadas, yo nunca seré nada hasta que rompa mis patrones yo los romperé, me encontraré a mí mismo hoy.

Something I belong, Linkin Park.

Oliver se montó en el vehículo y se tomó la cabeza. Obtuvo más respuestas de las que esperaba, y reconoció en su padre y en su hermano los mismos marcadores genéticos que lo atormentaban: egoísmo, desinterés, manipulación, cobardía. Se burló de sí mismo, había pasado toda su infancia

buscando algo que los asociara como familia, y eso siempre estuvo allí; y al parecer esas características eran más dominantes que su famosa barbilla.

Quizá por eso se negaba a ser padre, porque sentía que estaba condenado a repetir la historia, sería igual a Michael con Susan y su hijo...

—¡Hijo de puta! —gritó golpeando el asiento y observó como el conductor se tensó por su explosión.

Samantha le había mencionado un par de veces que se había contentado con Susan y una vez la escuchó hablándole por teléfono. Claro que no estaba en su casa, debía estar en donde su prima.

—Diríjase al noroeste, hacia Albany Park —le ordenó al chofer mientras suspiraba aliviado.

Media hora después el coche se detuvo frente a la antigua casa de su hermano y se estremeció con violencia. Se forzó a abrir la puerta del vehículo después de ordenarle al chofer que no se moviera de allí. Tocó el timbre y esperó por unos segundos.

La puerta se abrió y tuvo que bajar la mirada para encontrar una pequeña figura que le llegaba casi a su cadera, el cabello marrón claro lacio con corte tipo hongo, sus ojos azules le miraron asustados, y no dejaba de chuparse el dedo. Oliver le sonrió.

—Hola, campeón —le dijo y lo vio retroceder un paso, más impresionado que antes.

Lo cierto es que no sabía su nombre, sin embargo era el hijo de Michael, la barbilla resaltaba entre sus facciones.

—Sebastian, ¿qué te he dicho sobre abrir la puerta?! —escuchó los gritos preocupados de Susan. Cuando llegó donde ellos se quedó paralizada por un instante—. ¡Oliver! —exclamó sorprendida, antes de sujetar desde el hombro a su hijo.

Ella no había cambiado mucho, solo su cabello era más corto y se veía mucho más madura, no menos hermosa.

—Hola, Susan —saludó y la observó por unos instantes esperando su reacción, casi se imaginaba que lo iba a botar de allí en cualquier momento—. Espero que estés bien.

—Sebastian, conoce a tu tío, Oliver.

Miró al niño de nuevo, estaba escondido entre las piernas de su madre, y era tan tímido como Ethan le describió. Él mismo se había sentido muchas

veces así, solo que no había tenido la posibilidad de mostrarlo, o de tener unas piernas dónde esconderse. Las veces que lo había hecho, por lo menos las que recordaba, había recibido un castigo.

En ocasiones imaginaba las piernas de su abuela dándole cobijo, pero no sabía si era cierto o no, si eran recuerdos u objeto de su imaginación, porque ella murió cuando era muy pequeño.

—Hola, Sebastian, es un placer conocerte —le dijo y vio sus ojos brillar con interés.

—¿Él es como tita Sam? —preguntó el niño. Oliver alzó su mirada hacia Susan quien veía al niño con una sonrisa.

—Así es, es tu tito.

El niño sonrió mirando a Oliver, aunque después le dio otro ataque de timidez, o por lo menos se lo imaginó cuando lo vio correr dentro de la casa.

—Lo siento, por lo menos hablé contigo, eso es un avance, no está acostumbrado a los hombres, incluso Ethan tiene dificultades con eso. Es muy tímido —se excusó.

Oliver asintió mirando hacia el sitio donde había desaparecido.

—Lo siento, Susan —le dijo y ella lo miró confundida—. Debí interesarme por él, llamarte. Conocerlo.

Ella negó con la cabeza y le hizo un gesto con la mano mostrándole que estaba bien. Aunque no lo estuviera en realidad.

—¿Está Samantha aquí? —le preguntó por fin.

Susan negó con la cabeza. Oliver maldijo al cielo, esa era su última opción.

—Estuvo hasta esta mañana, pero tomó un vuelo a Australia. Sebastian y yo la llevamos al aeropuerto.

—¿Qué? —gruñó pasándose una mano por su cabello. Había estado más cerca de ella en Londres que en América—. ¿Qué diablos fue a hacer en Australia?

—Sé que fue por Rachel, tenía problemas, pero no tengo idea de nada, ni qué ciudad sería su destino ni en dónde se quedaría, prometió llamar para informarme de todo cuando tuviera una oportunidad. —Lo miró con expresión triste—. Supongo que esa es una de las consecuencias de haber estado tanto tiempo fuera de su mundo.

Él se llevó dos dedos a la sien tratando de calmarse porque sentía que iba a explotar. Había perdido más de cincuenta horas de su vida en un viaje sin

ningún condenado sentido. Quizá la habría encontrado si no hubiera tardado tanto en llegar a Chicago, pero así era su maldita vida, no se podía pedir peras al olmo ni suerte a un desgraciado estrellado.

—Gracias, Susan —masculló y se giró para largarse de allí, sin tener remota idea sobre qué haría ahora.

—Oliver —le llamó y él se detuvo—. No tienes que irte, podrías acompañarnos a cenar, conocer a tu sobrino.

—Ni siquiera pensé en traerle un regalo —dijo apretando las manos hasta volverlas puños—. Le debo cinco años de regalos —masculló, nervioso.

—Estoy segura de que él te apreciará más a ti que a un simple regalo, y... —Ella se ahogó como si le costara hablar por lo que él se giró a verla—, sería bueno que conociera a su familia, creo que lo haría feliz.

Miró a esa mujer tan fuerte parada frente a él, su expresión llena de amor y devoción cuando hablaba de su bebé y sintió una especie de dolor distinto en su pecho; ¿cómo Michael podría haber renunciado a ese niño? Y allí entendió que él también lo hizo. Era cierto que no era su responsabilidad directa, pero igual era parte de su familia, y lo había ignorado, ya que había estado muy hundido en su furia y resentimiento.

—Me gustaría eso, Susan —le respondió y la observó sonreír emocionada y moverse para que entrara a la casa.

Justo en ese momento, cuando vio su sonrisa y la ilusión de sus ojos encontró el parecido entre ambas primas, las dos brillaban aunque se les diera condenadamente poco.

Antes de entrar, se dirigió hasta la limusina y le avisó al chofer que demoraría, por tanto lo dejaba libre por algunas horas, se despidió y se dirigió a la entrada de la casa. Entrar a ese sitio le hizo sentir condenadamente incómodo; eran casi los mismos muebles, una que otra diferencia en la decoración y los juguetes tirados era lo que hacía notar que el tiempo había pasado.

Sebastian estaba detrás de un sillón mirándolo con recelo, mientras tenía algo en su mano que escondía en su pecho, como si nadie pudiera verlo.

Oliver se sentó en el sofá de un cuerpo que estaba frente a ellos, incómodo, sin saber cómo actuar o qué decir y, cuando iba a abrir la boca, Susan se levantó y le dijo que iba a atender la cena, que lo dejaba con Sebastian.

Él suspiró y vio al niño que seguía apretando el juguete. Estaba en guardia, sonrojado y lo miraba con curiosidad. Era adorable. Sonrió y para ganarse la confianza del chiquillo, se sentó en el suelo.

—Yo también tengo un secreto —le confesó sacando un euro, que al moverlo la tira de oro brillaba. Los ojos de Sebastian miraron con interés el objeto, y se movió un poco para verlo.

—Es una moneda —le acusó en voz muy baja.

—Pero es mágica —anunció Oliver y el niño lo miró maravillado.

—¿Qué hace? —preguntó chupándose el dedo.

—Ven y te enseño —le pidió y después de mucho titubeo se acercó y sentó en posición del loto, frente a él.

Oliver, hizo un truco moviendo sus manos para que la moneda desapareciera y apareciera en su oreja. Sebastian se carcajeó.

—¡Hazlo otra vez! —le gritó brincando sobre su trasero.

Tuvo que repetirlo veinte veces, antes de que el niño le exigiera un truco nuevo. Se devanó los sesos y sacó todos los trucos que pudo inventar. Una hora más tarde, ambos estaban tirados en el suelo, agotados, pero lo consideró un triunfo, ya que el niño estaba acostado sobre sus costillas y ya no lo miraba con ojos de becerrito asustado.

—¿Quieres ver mis dibujos? —le preguntó Sebastian y Oliver asintió y lo vio reír y salir corriendo hacia alguna parte—. Tita Sam me ayudó con este —informó cuando ya se estaba acercando, pero se tropezó y cayó al suelo, tirando el vaso de agua que Susan le había llevado, y el contenido cayó en todo el pantalón de Oliver. El agua también salpicó en el dibujo, que ahora reposaba en el suelo—. Perdón... —pidió y su cara empezó a arrugarse con pena y llanto—. Yo...

Cuando comenzó a hacer pucheros y unas lágrimas rodaron por sus mejillas, Oliver se apresuró y tomó una manta que estaba sobre el sofá para secar el agua, y cogió unas servilletas para secar su pantalón y el dibujo.

—Eh, está bien, no llores —le pidió, aunque no le fue indiferente que el niño había tratado de no hacer ruido, como si quisiera esconder su tristeza, entonces Oliver le acarició sus mejillas y secó sus lágrimas—. Mira, estoy bien y ya está seco, ¿ves? Hasta el dibujo se salvó. —Señaló la hoja aún mojada, con los colores corridos pero aún se diferenciaban.

—Yo... —El niño lo miraba con los ojos humedecidos y preocupados.

—Aún quiero ver tus dibujos, campeón, muéstramelos y deja de llorar que no pasó nada.

Sebastian se los mostró y Oliver sonrió por los colores y las imágenes, no tenían mucho sentido, en la mayoría de ellos había un dibujo de una mujer que imaginaba era Susan, también casas, arcoíris; unos de tempera, otros de creyones y hasta algunos de plastilina, que eran en los que Samantha había participado. Lo supo no porque el niño se lo dijera, sino porque lo sentía.

—Este lo hice para que tita sonriera, tenía días sin hacerlo cuando volvió — le contó Sebastian ya calmado. Él miró la imagen apretando con fuerza el dibujo.

—¿La hiciste sonreír? —preguntó Oliver con voz baja, no quería asustarlo.

—Sí, ¡sonrió! —confesó su gran logro—. Pero a ella le gustaba que yo me quedara a su lado, quietecito en la cama y me dejara abrazar —El niño titubeó—. Yo la quiero mucho.

Oliver asintió y dejó el dibujo a un lado para mirar a Sebastian, quien titubeó de nuevo.

—¿Tú también estás triste, como tita Sam? —le preguntó y Oliver sonrió, para demostrarle que no era así.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé... —dijo el pequeño removiéndose un poco asustado—. ¿Quieres que te abrace para que ya no lo estés?

Oliver lo miró desalentado por un par de segundos y asintió sin poder hablar. No podía rechazar el ofrecimiento y además, quería el abrazo,

Sebastian se mostró cauteloso al principio y él lo dejó avanzar a su ritmo. Cuando lo tuvo al frente, le sonrió y se dejó caer sobre su cuerpo, golpeándole con una rodilla su muslo interno y a un centímetro de su hombría; pero cuando abrió la boca para quejarse el niño colgó sus brazos alrededor de su cuello y lo apretó con fuerza. Oliver rio olvidando su dolor, su casi vasectomía y subió sus manos un poco titubeantes hasta envolver el cuerpo del pequeño.

Estuvieron un rato así, y al alzar la mirada se encontró a Susan parada en la puerta de la cocina, con lágrimas en los ojos y en sus mejillas, tenía una mano en sus labios y miraba la escena con tanto amor que lo hizo temblar.

Sebastian se apartó un minuto después, momento en el que Susan giró y se metió a la cocina mientras Oliver veía al niño con cinco tonos más de rojo

en su cara.

—¿Ya no estás triste? —le preguntó en voz baja y Oliver subió una mano hasta acariciar su cabello.

—No, campeón, ya no lo estoy —le dijo y era como si el cuarto se hubiese iluminado.

De nuevo, vio a su madre y a Samantha por todos lados.

—¡Sebas, Oliver, ya la cena está lista! —escuchó que Susan lo llamaba y lo vio abrir los ojos como plato.

—Vamos, a mami no le gusta que me tarde, tita dice que se pone como el Grinch, toda refunfuñona.

Él asintió y se levantó para seguirlo al comedor para tener una cena familiar, y por primera vez en quizá toda su vida, esa simple idea no le causaba náuseas.

OLIVER SE QUEDÓ ESPERANDO a Susan en el descanso de la casa, Sebastian se había dormido en el sillón, después de una animada cena. Al rato la vio bajar las escaleras, venía con una gran sonrisa en sus labios y expresión de orgullo en sus ojos.

—No lo puedo creer, ¡te abrazó, Oliver! Nunca lo hace, al menos no tan rápido, para abrazar a Ethan, se tomó un montón de tiempo y lo conoce de toda la vida, y a ti... ¡Dios! —Le pareció asombroso cómo sonreía y lloraba al mismo tiempo.

—Saliste embarazada de Sebastian para evitar que Michael te dejara, ¿verdad? —le preguntó y la observó abrir sus labios aturdida. Después caminó hacia la sala. Él la siguió—. Lo siento, fue un comentario impertinente —se corrigió tenso y se apartó un paso—. Debo irme, gracias por invitarme a cenar.

—No, solo me sorprendiste. Sé que muchos lo piensan, pero eres la primera persona que lo dice en voz alta. Incluyéndome —le contestó y la observó sonreír con un gesto triste—. Sí, es cierto. Nuestro matrimonio iba mal y yo creí que un hijo lo arreglaría todo. Pero no funcionó.

—¿Nunca pensaste en abandonarlo?

Vale, sabía que esa pregunta estaba mal de mil maneras y no debería decirlo, pero tenía horas viéndola interactuar con el niño, sonreírle,

atenderlo con infinita paciencia. Y no contaba con nadie que le ayudara.

—Algunas veces —le confesó. Aunque él no quisiera admitirlo, se sintió decepcionado por esa respuesta. «Entonces lo que pasó conmigo no es tan raro», meditó—, pero lo amaba demasiado y solo sucedía cuando tenía rabietas sin importancia. Y después sucedió lo de Sam. Estoy segura de que sabes que no manejé muy bien esa situación, la sensación de traición ahogo todo. Incluso mi amor por ella.

—No, Susan —trató de explicarse—, habló de Sebastian.

Ella lo miró con horror.

—¿De qué hablas, Oliver?! ¡Es mi hijo! ¿Cómo puedes...? —Negó con la cabeza y respiró hondo varias veces, como si se forzara a calmarse—. Entiendo por qué lo preguntas, no eres padre así que no lo entiendes. Verás, tu hijo es una parte de ti, no duermes, no hay momento de paz porque solo puedes preocuparte de todo lo que puede salir mal o bien. Pero todo vale la pena, porque cuando sonrían o los haces felices y los haces sentir protegidos... No puedo explicarte la sensación dentro de tu pecho, todo tiene sentido, todo sacrificio y sufrimiento. A veces, hasta una voz en tu cabeza te susurra que toda tu vida tuvo sentido solo al verlos sonreír.

Él parpadeó y asintió por esa respuesta, la admiraba. Trató de evitar de hacer comparaciones que no venían al caso, solo ansiaba salir de allí.

—Gracias, Susan.

—Gracias a ti. Lo hiciste feliz hoy, Oliver.

Oliver sonrió y asintió, también le había gustado pasar ese tiempo con él.

—Te prometo que no volveré a desatenderme de él. Y gracias por esta noche. La necesitaba.

Él empezó a girar para irse, cuando sintió la mano de Susan sujetar su antebrazo. Giró a verla.

—Lo siento. He intentado morderme la lengua toda la noche, pero no puedo dejarte partir así. Sin importar el tiempo o todo lo que ha sucedido, para mí, Sam siempre será mi niña, y quiero todo lo mejor para ella.

—Lo cual no soy yo —culminó él.

—No, no eres tú —le respondió y lo miró preocupada—. Creo que eres un gran hombre, tus actos en el pasado me lo demostraron, y hoy con Sebastian, me lo reafirmaste, pero lo cierto es que me preocupan los motivos que te traen aquí.

—Con todo el respeto, Susan, eso no es de tu incumbencia —le dijo tratando de mantenerse calmado y la observó asentir.

—Lo sé —concordó—. Pero, salvo que algo haya cambiado en veinte días, y a algo me refiero las leyes o el orden del universo, tú aún sigues casado. — Oliver se mantuvo quieto por un par de segundos, no había nada que pudiera decir, eso era cierto—. ¿Me equivocó? ¿Algo ha cambiado?

«Yo...», quiso decir, pero se detuvo ya que no sabía a ciencia cierta si era verdad, aún sentía la furia invadirlo así ya no fuera dirigida hacia ella. Y lo cierto es que ahora todo era peor, su vida estaba patas arribas, y no había empezado siquiera a pensar cómo la resolvería porque lo dejó todo para venir por Samantha, y fracasó por completo.

—Necesitaba disculparme —dijo e igual cuando las palabras salieron de su boca le parecieron vacías. Ningún lo siento cambiaria algo—. Saber cómo estaba.

Su parte egoísta también le dijo que quería saber si estaba tan destruida como él se sentía, si lo extrañaba y necesitaba tanto como él a ella.

—¿Y qué más, Oliver? —le insistió y él se tensó un poco más, ya que no tenía una respuesta clara a esa pregunta. Susan le sonrió sin humor—. Una vez me dijiste algo que no entendí hasta mucho tiempo después, cuando todo estaba arruinado y perdido; me hablaste de que a veces no sabíamos bien qué era lo que teníamos que proteger y de quién, ¿recuerdas?

Parpadeó al escuchar esas palabras, fueron del día en que sacó a Sam de esa casa para llevarla a vivir con él a su apartamento.

—Tenías razón —continuó—, aunque ahora sí lo sé; es a ella, es a mi hijo, y es a mi familia y es contra todo lo que podría hacerle daño. Estoy de su lado, Oliver, espero que lo entiendas, quiero que sea feliz. No me malinterpretes, me agradas, creo que eres un buen hombre, me quisiste proteger en un tiempo cuando yo estaba tan ciega que no fui capaz de ver a mi verdadero enemigo. Pero en este momento, tú eres quien tiene que decidir qué es lo que quieres con tu vida, y no creo que Samantha tenga que formar parte de ello.

—De nuevo, Susan, no es tu problema...

—¿Sabes qué es lo que temo? —le interrumpió—. Que el día de mañana solo te disculpes y ella regrese a ti, como si nada hubiese pasado. Como si no hubiera regresado a Chicago golpeada y tan deprimida que pasó días antes

que se pudiera parar de la cama. Y no es por ti, o porque piense que tú la golpeaste, ya que ella me dijo que no lo hiciste, es porque... lo cierto es que no tienes nada que ofrecerle. No posees libertad y no creo que ni siquiera sepas qué es lo que quieres. Sam no se merece eso, y creo que tú tampoco. Así que te pido que regreses a Londres, y dejes a mi niña en paz. Cuando te ordenes, te sanes y sepas qué es lo que realmente quieres, volveremos a hablar, salvo que eso sea sobre estar con Sam, porque estaré de tu lado si lo que realmente anhelas es hacerla feliz. Espero que te quede claro que la protegeré de todo, incluyéndote.

Él asintió entendiendo qué era lo que quería decir con esas palabras. Cero información de su paradero así lo tuviera, y de seguro ni siquiera le diría a Samantha que había tocado su puerta. Por un lado quiso insultarla, no era su problema y no era quién para decidir el futuro de su prima. Por otro lado, la respetó más por esas palabras y quiso preguntarle cómo se sentía ansiar cuidar a alguien hasta ese extremo.

—Sebastian y Samantha son afortunados en tenerte, Susan —respondió y ella se sonrojó, aunque no bajó la mirada.

—Lo dudo. Estoy siendo injusta contigo, y no he hecho lo correcto durante mucho tiempo. Pero eso es para mí ser madre, proteger a mis niños de todo, incluso si pudiera, de ellos mismos.

—Lo entiendo —respondió por fin—. Tengo que irme, te llamaré pronto.

Salió de la casa y se encontró con que el chofer ya había regresado por él. Se montó en el asiento de pasajero de la limosina, y le pidió al conductor que manejara sin rumbo fijo. Media hora después, aún con el vehículo dando vuelta por la ciudad, decidió registrarse en un hotel, y comenzar a pensar sus pasos a seguir; sin embargo, las calles comenzaron a verse más y más familiares, y de improviso su cuerpo se tensó y reaccionó antes de siquiera analizarlo.

—Cruza aquí a la izquierda. Ahora.

Ya pasaba la medianoche cuando Oliver llegó al edificio de la empresa. Antes de bajar de la limusina, observó la fachada del edificio, no era tan emocionante como lo fue en antaño, más bien le resultó doloroso. De hecho, por años había ignorado su versión londinense hasta el extremo de usar atajos si debía pasar por la calle en donde estaba ubicado el edificio.

Se despidió del chofer, y antes de bajar le pidió un número de contacto en

caso de que lo necesitara en otra oportunidad. Oliver pisó la acera y miró alrededor, sabía que Alexa no vivía allí así que su piso estaría deshabitado. Cuando se acercó al vestíbulo se asombró de ver a Adrián sentado en su antiguo puesto.

—¡Adrián! —saludó y vio al hombre sonreír.

—¡Señor Lewis! Qué alegría verlo por aquí de nuevo.

—¿Alguien está usando mi antiguo apartamento?

—No, señor, desde que la señora Sam salió de aquí, nadie lo ha usado.

—¿Está aún amoblado?

—Claro que sí, señor, el servicio de limpieza sigue viniendo dos veces por semana.

—¿Me puedes abrir la puerta o darme una copia de la llave? No tengo ninguna conmigo —le pidió y el hombre buscó una réplica y lo acompañó en el ascensor.

Cuando llegaron a su piso le enseñó las llaves que le habían pertenecido a Samantha, lo sabía porque aún colgaba el llavero parecido a un rábano de colores que ella le había puesto.

—¿Y por qué tienes tú esta llave? Pensé que Samantha se la habría entregado a Christian. —Adrián lo miró confundido.

—Las órdenes que llegaron desde su oficina fueron sacarla del edificio un par de semanas después de que usted volvió a Londres, señor, gracias a Dios ella empacó todo y se fue al explicárselo, y no me vi forzado a botarla de aquí, siempre me agradó la señora Sam, le daba dibujos y regalos a mis hijas y era muy amable.

—¿Qué? —preguntó, mientras lo tomaba de las solapas de la chaqueta, estaba lleno de furia—. ¿Qué mierda dices? —explotó.

El hombre comenzó a temblar.

—Pero... su oficina, me ordenaron sacarla del... —balbuceó—. Me ordenaron quedarme a su lado mientras empacaba para que no se llevara nada. Gracias a Dios que solo fueron unas pocas cosas, pero igual tuve que revisarlas. No tomó nada de propiedad Aldrich-Millicent, señor.

Oliver se apartó poniéndose las manos sobre su cabeza y se sintió enfermo. La habían botado de su casa y tratado como a una ladrona, ¿por qué nunca se lo dijo? Y sabía de quién fue la orden: su abuelo.

—Oh, cómo disfrutaré acabar contigo —escupió y vio a Adrián que

temblaba como si la amenaza fuera para él.

Le quitó las llaves y lo hizo marcharse antes de golpearlo, porque la ira que sentía estaba cruzando los límites legales. Oliver miró la puerta de entrada, aún incrédulo, pasaron cinco meses antes de que saliera el divorcio y que él le diera el cheque sustancioso que jamás cobró, ¿cómo logro sobrevivir?

Entró al apartamento y quedó paralizado, la furia decayó, y en cambio, lo golpeó la nostalgia hasta dejarlo sin aire. Todo estaba igual. Era como si fuera de esas paredes, la vida hubiera dado un millón de vueltas, pero allí, era un santuario que aún conservaba cada recuerdo en su decoración.

Cerró la puerta y se acercó a la mesa del comedor. Bufó antes de soltar su pequeña maleta en el piso, incluso los arañños de ella seguían en el mismo sitio, como burlándose de él.

—Una cápsula de tiempo —se dijo.

Caminó por cada rincón de la casa, recordando cómo por un tiempo había sido feliz, tan feliz. Ni siquiera se había dado cuenta de eso, de hecho solo hace tres días había aceptado que no sabía cómo se sentía ser feliz, pero al estar de vuelta allí, lo recordó.

Subió las escaleras hacia el cuarto de Samantha y se detuvo al ver el acolchado, las cortinas y la jodida alfombra, todo era igual, aunque no había nada de ella allí, ni el caballete, su ropa, o su esencia; sin embargo cada uno de los recuerdos se agrupaba en su mente, ahogándolo por completo. Ella había sido feliz allí también. Y las pinturas que creaba no estaban invadidas por el terror y el vacío que vio en las pinturas de Londres.

Fue a su cuarto y se bañó antes de dirigirse al último sitio de esa casa, al que más le pegaría. La azotea. Aún había nieve así que fue bastante difícil caminar por allí, además de que a diferencia del resto del sitio, los cambios sí se mostraban en el exterior, los muebles destrozados, gastados por la sal y el agua. Le resultó poético.

—Me estoy volviendo loco. ¡Maldito seas! —gritó aunque no sabía a quién se lo decía, ¿a su abuelo, a sí mismo, a Dios o a quien fuera que los puso allí a sufrir?

Lo cierto fue que siguió gritando, lo hizo por todo, por su vida, por sus padres, por su amargura, por Samantha, por su pasado podrido y futuro desgraciado que fue escrito antes de siquiera nacer.

Se tiró sobre el mueble raído y se permitió rememorar de nuevo, cada

momento de su vida y sobre todo ese tiempo allí, en esa ciudad. La conversación de Susan se repetía en su mente una y otra vez, así como la acusación de que él no tenía ni la más mínima idea de lo que quería.

Claro que sí lo sabía.

Quería ser libre. Quería ser feliz, estaba cansado de sentirse amargado, necesitaba saber quién era y qué era lo que quería hacer con su vida, fuera de lo que fue educado a ser o sentir. Le resultó patético, era un hombre de treinta y tres años, y estaba diciéndose que quería encontrarse a sí mismo. Así de condenado estaba.

También necesitaba liberarse de su abuelo, de esa empresa, de su madre, de Ilana, de cada una de las decisiones que tenía años tomando, no porque las deseara, sino porque era para lo que había sido adiestrado a hacer. Ansiaba volver a reír, volver a tener lo que una vez tuvo en este departamento.

Y de todo lo que quería apartar de su vida, lo único que continuaba reapareciendo inclemente, era Samantha.

Susan había tenido razón, por supuesto, él no tenía nada que ofrecerle. Ni libertad, ni amor, ni la posibilidad de una vida juntos. Consideró ignorar las palabras de esa mujer e ir hasta a Australia para encontrarla, pero supo que no podía hacerlo. No cuando tantas cosas lo ataban aún a Londres.

Se levantó y bajó las escaleras hacia el apartamento, estaba decidido, al día siguiente volvería a Londres: iba a conversar con Ilana, a terminar con su matrimonio y después con su abuelo; eso era algo que ansiaba más que a nada, pero tenía que calmarse, no podía arriesgar que su temperamento fuera una debilidad y que su condenado abuelo pudiera aprovecharla para eludir su castigo.

Tenía que hacerlo, por él y sobre todo por ella.

Capítulo 27

Él y yo es algo precioso pero tan disfuncional, que no pudo durar. Lo ame mucho pero lo deje ir porque supe que él nunca me podría amar igual. Un dolor como éste no debería ser experimentado, me sigo tambaleando por la pérdida, aún un poco delirante.

Near to you, A Fine Frenzy.

Samantha salió del Aeropuerto Internacional de Canberra, con un gran sombrero sujeto en su cabeza, y la única maleta que pudo llevar con ella, rodando a un costado de sus piernas. La impactó el golpe de calor y humedad, en especial porque venía del invierno chicagüense.

Ese vuelo había sido una pesadilla: entre el trasbordo en Los Ángeles y los cambios de horarios, resultó que llegó dos días después de haber abordado el primer avión. Pero Rachel la necesitaba, y eso era suficiente para soportar cualquier cosa.

Lo mismo le había repetido a Susan el día de Navidad, cuando le contó sobre su decisión de viajar a Australia para visitar a su amiga. Susan se había puesto, bueno... como Susan: comenzó a buscar argumentos acerca de por qué no podía tomar un vuelo tan largo si estaba aún convaleciente de sus heridas, sin embargo, luego de explicarle las razones por las que realmente debía viajar, cedió, más porque sintió empatía por la situación de Rachel. Fue triste dejar a su sobrino y a su prima solos después de la hermosa Navidad que habían pasado juntos, pero jamás se perdonaría por abandonar a Rachel en una ciudad extraña, sola y con un bebé al que no sabría cómo cuidar, porque su amiga, a diferencia de Sam, nunca mostró simpatía por los niños.

Ni siquiera quería tocarlos.

Escuchó el repiqueteo de la pequeña pulsera de dijes de colores que le había regalado Sebastian y sonrió emocionada, Susan le había dicho que

tardó semanas en terminarla porque nunca estaba correcta, siempre le faltaban formas o colores. Su hermoso niño.

—Sam —escuchó que la llamaban y giró hacia la izquierda, donde encontró al mismo hombre que la había acompañado durante todo el vuelo, apoyado sobre un Mustang descapotable de color naranja. Le parecía un poco loco, aunque era inofensivo. Según lo que le había contado en el vuelo, era ingeniero programador de *softwares* y a los diecinueve años creó un videojuego que Sony Computer Entertainment compró por millones de dólares, ahora solo programaba por *hobby*, mantenía una vida holgada y, la mayor parte de su tiempo, lo dedicaba a pasarla bien.

Derek Wells, como se presentó luego de sorprenderla, cuando apenas se sentó a su lado le dijo: «Estás herida, pero yo creo que sanarás». Ella rodó los ojos y pensó que el tipo era un ligón de primera, ya que era obvio que estaba herida porque aún usaba el cabestrillo en su brazo izquierdo; no obstante, él le sonrió con picardía como si le hubiese adivinado el pensamiento y luego agregó: «Puedo ver el aura de las personas, y los dolores que se sufren en el plano físico se reflejan en el cuerpo astral. Se nota que has tenido momentos negros, pero también que por fin decidiste limpiarla y volver a tener un aura rosa».

—¿Qué sucede, Derek? —le preguntó, confundida.

—No tomes un taxi, ven conmigo, yo te llevaré a buscar a tu amiga. —Ella titubeó por un instante—. Vamos, guapa, hemos conversado por más de diez horas, ya me conoces más que mi propia madre y, si tomamos en cuenta el plano astral, ya te he visto desnuda, aunque no pierdo las esperanzas de hacerlo en todos los demás planos también.

Sam sonrió y negó con la cabeza mientras seguía dudando si iba con él o no, ya que Derek en verdad resultó ser un ligón.

—Repítame de nuevo qué te trae a Australia.

—Aunque siempre estoy abierto a cualquier posibilidad, vine a surfear, nena —le dijo alzando las cejas en forma provocativa.

Era bastante guapo, trigueño, cabello negro y ojos castaños oscuros, cuerpo de surfista, delgado, su ropa era un poco estrafalaria y colorida, lo que lo hacía perfecto. Imaginaba que todo era por su afición a los deportes extremos, que fue de lo que más habló en el vuelo.

—No has vivido si no te has montado en una ola en Pink Rocks, escalado el

Everest, saltado de un avión en caída libre, o mejor que eso, tenido sexo mientras saltas en paracaídas; esa aún me falta por probarla.

Sam rio, divertida.

—Supongo que no he vivido entonces —le murmuró—. Y nunca me he montado en un auto descapotable, solo por eso te permitiré que me lleves.

Se montó en el vehículo y pasó todo el viaje con la cabeza al aire y los ojos cerrados, el paisaje era hermoso, pero el sol y el viento le ganaban con creces, ni siquiera se molestó por cubrirse el rostro y ganar una peca o dos, a pesar de haber usado el protector solar de amplio espectro y comprar el sombrero más grande.

Derek se giró a verla cuando pararon en un semáforo.

—Perdona el paralelismo, pero parece como si estuvieras en terapia emocional intensiva, tu aura está negra. Te aseguro que lo que necesitas es una tabla y el agua para que vuelva a ser rosada.

—Entonces es lamentable que por orden médica deba alejarme de cualquier cosa que golpee mis costillas y brazo —se burló y él la miró con expresión aprensiva.

—¡Bah, qué sabrán los médicos! Ellos también matan el alma. Tienes que relajarte, aceptar lo que sucedió y construir una nueva Sam a partir de donde estás —le dijo con voz calmada. Ella le frunció el ceño, ya que él no sabía en absoluto lo que le había sucedido.

—¿Qué estás diciendo, Derek?

—Digo que puedes elegir, siempre se puede elegir. Ese es uno de mis principios: todos escogemos, bien o mal, negativo o positivo, si lo decretas sucederá. Pero el cambio no viene solo, viene porque tú lo deseas. El secreto está en saber cómo y qué desear. Hagamos esto —le dijo mientras aparcaba en el hombrillo de la carretera—. Desea algo, pero no me salgas con ninguna chorrada tipo «quiero ganarme la lotería» o algo así, vamos a lo esencial —le dijo—. ¿Qué quieres para ti hoy y ahora, Sam?

Lo miró confundida, y por un instante rechazó contestar, no lo conocía y no creía en lo que estaba diciendo, pero por último suspiró; el hombre era extraño, pero ella también lo era. Pasó varios minutos pensando sobre ello, y por fin lo encontró.

—Quiero ser feliz. Quiero ser amada de verdad. Quiero ser yo misma.

—Decrétalo —ordenó Derek.

Ella se sintió medio tonta, pero al final alzó la cabeza hacia el cielo, subió la palma de su mano y tomo aire para gritar allí mismo, en plena carretera.

—¡Quiero ser feliz! ¡Quiero que alguien me ame de verdad, solo por ser yo!

—lo pronunció un par de veces, luego suspiró y se sintió más libre que antes.

—Bien, nena, ahora solo tenemos que esperar a que se manifieste, ¿Quién sabe? Quizá está más cerca de lo que crees. —Le alzó las cejas en forma sugestiva antes de arrancar vehículo de nuevo. Ella se carcajeó.

Media hora más tarde llegaron a su destino, había reído todo el tiempo y se sentía más relajada que nunca.

—Cuando hables con tu amiga, nena, me avisas para salir un rato, conozco un sitio donde venden la mejor langosta, además de que bailan la bagala; si vas conmigo te haré de acompañante, incluso con brazo malo y todo.

Sam negó con la cabeza.

—¿Y qué haremos con mi amiga embarazada?

—Baila ella, el niño, la matriz, todos están invitados. —Ella sonrió y tomó la tarjeta que él le estaba ofreciendo.

—Gracias, Derek —le dijo y sintió como él rozaba su mano cuando recibía la tarjeta. Ella dejó de sonreír—. Yo acabo de terminar una relación bastante complicada —confesó un poco tensa y lo vio sonreír.

—Claro que lo sé, nena, te lo dije, tu aura me lo está gritando y una parte de él aún te está succionando, y forma unos horrorosos agujeros, créeme, sé de lo que te estoy hablando, pero aún podrías volver a su estado original, y si no es así, igual nos divertiremos.

Ella asintió logrando que por fin soltara su mano y le prometió que le avisaría.

—Si no encuentras a tu amiga también me llamas, es muy aburrido estar en un sitio nuevo sin compañía.

Ella accedió, aunque sabía que cuando el hombre se fuera tiraría la tarjeta en algún basurero. Bajó del vehículo y esperó a que él la ayudara con la maleta. Justo cuando iba a arrancar el vehículo, Derek la llamó.

—Nena, todo lo que nos pasa, pasa por alguna razón. No me descartes todavía.

Le sonrió en respuesta y afirmó con su cabeza, era evidente que Derek era muy perceptivo. Esperó en la calle mientras lo veía alejarse y, sin pensarlo,

guardó la tarjeta en el bolsillo externo de su maleta.

Vio la fachada de la Galería Nacional de Arte y sonrió con añoranza, la mezcla de blanco y vidrio, el estilo moderno, por algún motivo le hizo recordar al edificio de Oliver.

Tomó la manilla de su equipaje y se encaminó hacia la entrada, pero en medio del trayecto se detuvo, ya que en un lateral del paso superior que da hacia la entrada del museo, divisó una figura que reconoció de inmediato: jadeó al ver a Rachel, su cabello ondulado estaba recogido en una coleta baja y usaba un sombrero parecido al que traía desde que en el aeropuerto la obligaron a usarlo. Bajó la mirada y se encontró con un vientre tan gigante que era asombroso que aún pudiese caminar; estaba más delgada que nunca, pero su estómago aparentaba veinticinco meses de embarazo.

Justo entonces, su amiga giró en su dirección y también se detuvo, aturdida. Vio que murmuraba algo y allí reaccionó, comenzó a caminar hacia Sam y cuando llegó a su lado, vio que sus ojos estaban aguados.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sam la miró con reproche.

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí? —le preguntó a su vez—. Mi amiga está embarazada y no fue capaz de contarme. ¡Voy a ser tía de nuevo y no pudiste levantar el teléfono para avisarme!

Rachel la miró y para sorpresa de Sam, en vez de refutarle o salirle con una de sus perspicaces respuestas, empezó a llorar.

—¿Rachel? —murmuró antes de abrazarla con dificultad. Una vez que logró envolverla con su brazo bueno, sintió como su amiga apoyaba la cara sobre su hombro—. ¿Qué sucede, pequeña? Vale, lo acepto, no debí gritarle a una mujer embarazada por las hormonas y todo eso, pero sabes que estaba bromeando —le susurró y la escuchó llorar más fuerte.

—Yo... no quería molestarte, yo no... No me gusta preocupar a nadie con mis problemas. Son solo míos —le susurró entre hipos.

—Bueno, estás hablando puras estupideces —le respondió y le acarició la espalda—. Estoy aquí, cualquiera sea el problema, lo solucionaremos juntas. ¿Cómo está el bebé?

—Los bebés —murmuró, apartándose—. Son dos. Niño y niña.

—Eh —susurró con ahogada con algo parecido al pánico—. Como siempre, tienes que exagerar en todo lo que haces —se burló y Rachel se carcajeó, a

pesar de que seguía llorando. Sam apretó su hombro—. Y tu jefe es el padre, ¿verdad?

Rachel asintió, se le tiró encima y la abrazó con desesperación. Sam se tragó el gemido ya que el movimiento brusco lastimó su costilla, pero no la apartó, más bien la imitó. Y es que también necesitaba ese abrazo.

—¿Puedes pedir el día libre?

—Déjame hablar con mi supervisor, le inventaré un malestar y nos iremos a casa.

Sam asintió y la vio desaparecer por las puertas del museo; en ese momento dejó de fingir. Su sonrisa dejó sus labios y en cambio la preocupación la invadió. Rachel estaba muy delgada, ojerosa y parecía aterrorizada. Todos sus instintos estuvieron en lo cierto.

La vio salir del museo diez minutos más tarde y se encaminaron a su casa en la Calle Teloopa Park, a veintitrés minutos de su lugar de trabajo. Era una casa familiar y, considerando que Rachel estaba sola, era grande; tenía tres dormitorios, lo cual agradeció.

—Esta casa es inmensa —comentó a Rachel mientras se encaminaban hacia el área de dormitorios

—Sí, es del Estado, venía con el contrato. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —le preguntó cuando le enseñó una de las habitaciones, la que tenía solo una cama. Dejaron la maleta sobre ella.

—¿Cuánto tiempo te queda de contrato? O no podrás viajar hasta después de tener a los bebés.

—Logré que recortaran la comisión hasta mediados de enero, porque no quiero tener mis hijos aquí. Aunque tengo que hablar con el doctor para ver si aún podré viajar, ya que tendría casi siete meses de embarazo.

Sam jadeó al observar su barriga.

—¿Me estás diciendo que solo tienes seis meses de embarazo?

—Lo sé —dijo y comenzó a llorar de nuevo—. Soy la hija menor de Willy, la ballena.

Sam la abrazó mientras se controlaba para no reírse en su cara. Había vivido dos embarazos con Alexa, y sabía que eso era una muy mala idea. —Son gemelos, cariño —la consoló, lo que provocó que llorara con más fuerza.

—No me lo recuerdes. No sé cómo criar a uno, ¿cómo voy a criar a dos? —preguntó un poco desesperada. Sam volvió a controlar sus ganas de reír.

—Creo que dos son iguales, tienen las mismas necesidades. Además, me tendrás a mí, ¿no te gusta esa idea? Los criaremos juntas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó como si la hubiese visto por primera vez. Sam abrió la boca para informarle que ya había hecho esa pregunta—. ¿Por qué no estás con Oliver en Londres? ¿Por qué estás usando un cabestrillo?

—Creo que tenemos muchas cosas que contarnos —le respondió señalando su estómago—. Haré chocolate caliente.

Una hora más tarde, Sam y Rachel estaban sentadas en el sofá azul de la sala, las tazas vacías y ambas con expresión pensativa. Aún no podía creer todo lo que Rachel le había contado, y lo peor es que ella siempre supo que algo iba mal, lo vio en sus ojos cuando la despidió en el aeropuerto cuando volvió a Londres, pero no insistió lo suficiente.

—Lo siento —susurraron ambas al mismo tiempo.

—No puedo creer que no te hubiera acompañado a hacerte ese examen —declaró Sam, entonces.

—Yo no puedo creer que ese hombre te hubiese golpeado y yo no hubiera estado allí para defenderte. Y Lira... —se detuvo y Sam parpadeó repetidas veces al ver sus ojos húmedos, Rachel amó a su gata, más o igual que ella. Se tomaron las manos y quedaron calladas por un rato.

—¿Ya estás fuera de peligro?

—Debo repetirme la prueba en un mes, y Theodore me dijo que se hizo la prueba y salió negativa. Gracias a Dios no está enfermo, ni yo tampoco.

—Él sabe que estás embarazada —le explicó Sam. Rachel sonrió con tristeza.

—Mi abuela siempre solía decirme que si creaba fama, esta me perseguiría en mi peor momento, y tuvo razón, por supuesto. Cuando comenzamos, yo le dije a Theodore que no quería nada serio, que no habría compromiso posible, o monogamia. Así que es lógico que cuando le conté del niño, ni siquiera consideró la posibilidad de que él fuera el padre. Solo repetía una y otra vez que el traslado sería una buena idea y que cuando regresara todo sería igual que antes. —Bajó la cabeza y se encogió de hombros—. Él insiste en llamarme, cuando sé que no es habitual que llame a sus empleados cuando están de comisión, y es tan incómodo, ¿qué quiere que le diga? Más de una vez he decidido que cuando regrese a Chicago renunciaré, pero después pienso en los bebés y me digo que no puedo dejar el trabajo. Es

todo tan complicado.

—Lo siento tanto, Rachel —le susurró.

—Sabes, Sam, hubo un momento en la última conversación que tuve con él, en que comprendí a mi madre, entendí por qué se empecinó con mi padre y con todos sus novios, incluyendo a Jeremiah. Casi le grité que era su hijo para que no me dejara sola. Pero no lo hice. En cambio me fui de allí, porque ni él ni mis hijos se merecerían eso. Con toda la historia de Theodore entendí que quiero ser amada, pero sin condiciones, ¿no te parece absurdo?

—En absoluto. Y creo que él está tan destrozado como tú. Esa fue la impresión que me dio cuando lo vi antes de venir para acá. —Apretó su mano e hizo que la mirara—. Mi ofrecimiento está en pie, y siempre lo estará. Criaremos a tus hijos juntas, en Chicago o aquí, como lo deseas. Pero creo que te debes una verdadera conversación con él, y que sepa la verdad.

—Sam... —Negó con la cabeza.

—Mírame, Rachel. He cometido las mayores estupideces que alguien podría cometer en su vida, pero he sobrevivido. Tú también lo harás —le sonrió—. Y lo cierto es que no me arrepiento de haber ido a Londres, a pesar de todo lo que sucedió después. Mi corazón está roto, es cierto, y aparte de eso es como si un peso tremendo hubiese abandonado mis hombros. Aún me preocupa, lo quiero, pienso que siempre lo haré, pero creo que hice todo lo que pude y ahora solo tengo que dejarlo ir.

—Lo siento. Sé cuánto querías que fuera distinto.

—No importa. Quizá nosotros nunca debimos ser. Dios sabe que cada vez que lo intentamos, aparece un obstáculo que ninguno de los dos logra superar, y aun así hemos persistido; es como caminar siempre por el mismo sendero donde desciende un barranco y pensar que esta vez no caeremos solo porque decimos que no lo haremos, o porque lo deseamos. Así que decidí alejarme del barranco, ya tengo demasiadas raspaduras y fracturas en mi alma por culpa de las piedras que llevan al vacío. Es hora.

Rachel apretó su agarre y le sonrió.

—Vaya, siempre he envidiado lo valiente que eres —le susurró. Sam posó una mano sobre su abdomen.

—No lo sé, creo que decidir tener a estos pequeños fue algo bastante valiente, Rachel —le respondió y vio a su amiga sonreír—. Deberíamos salir, en el vuelo conocí a un hombre, Derek, es muy agradable y nos invitó a

bailar bagala esta noche, si quieres lo llamo. También necesito caminar un rato, después de pasar tanto tiempo en un avión.

—¿En serio, Derek? —preguntó divertida.

—Acabo de salir de un tsunami, amiga, no tengo planes de iniciar una relación a tres semanas de dejar a Oliver, y Derek es un hombre extraño.

Rachel frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Tengo cuatro condenados meses aquí y no he salido más de dos veces, voto porque vayamos a cualquier parte.

Capítulo 28

*Es mi vida, y es
ahora o nunca.*

*yo no voy a vivir para siempre, solo
quiero vivir mientras estoy vivo.*

It's my life, Bon Jovi.

Oliver llegó a su apartamento en Londres cuatro días después de su visita a casa de Susan, luego de pasar un día entero en el aeropuerto. Estaba agotado y no se sentía de ánimo para aguantar a nadie.

Había pensado ir a un hotel, pero estaba decidido a empezar a arreglar su vida por alguna parte y se figuró que terminar la farsa de su matrimonio sería un buen primer paso para conseguir su libertad.

Sabía que Ilana no se merecía recibir las noticias que tenía para ella en

estos momentos, al día siguiente estarían en vísperas de Año Nuevo y la iba a abandonar, pero no podía esperar más, no quería seguir fingiendo. Rogaba que accediera de buena voluntad a su petición de divorcio, y si fuese el caso contrario tampoco le importaría, a pesar de que lo retrasaría todo.

Al abrir la puerta principal encontró solo silencio, no habían movimientos de las personas de servicio o de Ilana, por lo que optó por hacer su equipaje y bañarse mientras ella aparecía.

Al terminar de vestirse y salir del baño encontró a Ilana mirando la maleta, angustiada.

—Ilana —llamó, ella parpadeó y lo observó por un segundo antes de girar hacia su vestidor, como si no hubiese sucedido nada.

—Espero que te haya ido bien en tus negocios —comentó y él suspiró hondo preparándose para esa conversación.

—No estaba en asuntos de negocios, Ilana —le respondió y la vio tensarse más.

—La fiesta fue bien, la mayor asistencia en cinco años. Un éxito total —continuó, ignorando el llamado de atención de Oliver—. Mi madre estaba orgullosa de su organización.

—No quiero hablar de la fiesta —le advirtió.

—Yo tampoco, ya que fue un poco humillante estar en ese lugar sin ti —le respondió y Oliver arrugó la cara por el tono, ella estaba dolida y furiosa. Nunca deseó lastimarla—. Te disculpé con tu abuelo, dije que asuntos de negocios te habían retrasado, mi madre estuvo un poco molesta, pero le rogué que lo olvidara, que entendiera que tenías cosas más importantes...

—¿No te parece agotador? —interrumpió Oliver, y se sentó en la cama, al lado de la maleta—. ¿Intentar hacer felices a dos personas que ni siquiera somos nosotros?

Ilana caminó hasta el fondo de la habitación, su andar un poco más lento que lo normal.

—Fue lo que escogimos hacer y creo que lo hemos hecho bien. De hecho, he pensado en que es hora de quedar embarazada. Tu abuelo estaría orgulloso de tener un pequeño bisnieto, le haría compañía al hijo de Joanna y Harold. Mi madre...

—Detente —le ordenó. Ella lo hizo de inmediato y se giró a mirarlo—. Ambos creímos que era una buena idea construir una fachada de cara a

todos aunque no hubiera algo verdadero entre nosotros, yo al menos pensé que podía vivir así, pero ya no es así.

—Esto siempre fue una buena idea, Oliver, ¿podrías parar de una vez? Acabamos de regresar de un viaje asombroso, ¿no nos prometimos un nuevo inicio? —insistió ella y él negó con la cabeza—. Esto es más que suficiente, soy feliz.

—¿Lo eres, de verdad? —le preguntó incrédulo. Ilana apartó la mirada.

—¿Quién es completamente feliz en estos días? —respondió por fin, sus manos temblaban—. Pero sí lo soy, agradezco al cielo cada día por estar a salvo del tormento de mi madre; por tener un sitio en el que soy la reina y señora; por ser respetada en nuestro círculo social; por tener el marido más guapo de todos. ¿Qué más podría pedir?

—Quisiera que ese tal Peter no te hubiera roto el corazón, Ilana —le confesó causando que se estremeciera—. ¿Te imaginas cómo habría sido tu vida si no lo hubiera hecho?

—De seguro miserable —respondió con un tono cínico, mirándolo como si la hubiera traicionado.

—Tal vez, no —indicó—. Quizá él te habría otorgado la seguridad en ti misma que yo fallé en darte. Y no necesitarías fachadas para soportar verte en el espejo.

—¿Esto es por ella, Oliver? Estoy cansada de repetirte que ella no vale la pena

—No, Ilana. Estoy no tiene que ver con Samantha.

—¿Por qué me mientes? ¿Qué es lo que tanto deseas? ¿Qué estás buscando? ¿Crees que ella, quien no sabe cómo es este mundo, podrá soportarlo? Digamos que ella es la que está a tu lado, ¿crees que tu abuelo la aceptaría? ¿Nuestro entorno? Te avergonzará una y otra vez, ¡estoy segura! Ella no es como nosotros, Oliver, ¡no vale la pena que tires todo por la borda!

—explotó—. No destruyas lo que construimos por esa mujer.

—Esto es por mí, Ilana, ese mundo que describes, no es lo que quiero, ya no y estoy agotado de proyectar al mundo que esta es la vida que deseo —le respondió. Ella gimió angustiada.

—¿La necesitas tanto? ¿Quieres pasar más tiempo a su lado? ¡Hazlo! —sollozó—. No te lo reprocharé, lo ocultaremos bien, nadie lo sabrá. —Con

cada una de sus palabras temblaba más y más.

—Ilana, por favor, cálmate —le pidió, pero ella no conseguía tranquilizarse, más bien se acercó a su lado, alterada.

—¡Si ella no hubiese vuelto a nuestras vidas, todo seguiría siendo perfecto! —gritó y lo golpeó repetidas veces en su pecho—. ¡Ella lo arruinó todo!

Él se alejó impidiéndole seguir con el ataque.

—Nada es malditamente perfecto si estamos en una jodida relación solo porque alguien más lo quiere —le respondió igual de alterado y la vio alzar la barbilla.

—¡No veía a tu abuelo y a tu madre cuando te acostabas conmigo cada noche! —gritó y Oliver se pasó una mano por el cabello.

—Basta ya. Sabes que esto no funciona.

—Funcionaba bien antes.

—Era una jodida mentira, y ya no deseo seguir fingiendo.

—¿Y qué quieres de mí, Oliver? —le preguntó alterada—. ¡¿Qué?! ¿Quieres que no seamos más una mentira? ¡Pues no lo somos y ya! —declaró y él la miró impactado.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó aturdido.

—Yo puedo darte más que ella, ¿quieres que estemos juntos? Lo estaremos.

Yo te entregaré el doble de lo que sea que ella te dio.

—¿Me amas, entonces? —declaró titubeante, de verdad no había considerado esa variante.

—Yo... —Suspiró y asintió—. Por supuesto que lo hago —le respondió y se acercó otro paso hasta llegar frente a él y acariciar su cabello.

—¿Por qué lo confiesas en este momento? —le preguntó y ella lo miró confundida.

—Porque no quiero perder... todo —gimió tratando de besarlo.

Oliver se apartó y la observó con la cabeza ladeada, la forma en cómo lo miraba, lo acariciaba, era tan distinta a otros brazos y tan igual a siempre con ella, a pesar de que quería mostrarse seductora. Y allí sonrió divertido a pesar que la desilusión lo aturdió, había confiado en ella, después de todo lo que sucedió en su pasado creía que ella estaba en el mismo sitio que él, pero era falso.

—Eres buena —le dijo y se apartó de su agarre—. Pensé que eras distinta,

llana. Cuando entramos en este matrimonio quedamos en que no nos mentiríamos y creí que éramos iguales, que eras parecida a... —Se detuvo por la idiotez que quería confesar.

«De nuevo, Oliver, ofreciendo lo que la gente quiere para que no puedan rechazarte». ¿No era eso patético? Y en ese momento comprendió que ya no le importaba si la gente lo aceptaba o no. Con dejar de decepcionarse a sí mismo sería más que suficiente.

—Quiero el divorcio —declaró y la escuchó jadear con fuerza.

—No. No, no me harás el hazmerreír, no voy a ser la que fracasó en su matrimonio y no logró retener a su marido, no volveré a casa de mi madre a torturarme, menos por culpa de una golfa que no vale la pena.

—¡No la llares así! —le exigió y la escuchó bufar.

—¿No es por ella, entonces? —Se burló y Oliver maldijo por caer en esa estúpida provocación—. No te daré el divorcio, Oliver, y si insistes, lo perderás todo.

Oliver alzó la mirada al cielo y pensó en ese contrato prenupcial, en sus condiciones y en lo que su familia perdería por el quiebre de este, pero de nuevo, no le importaba, le había dado veinte años a esa empresa, le parecía suficiente.

—No tienes que regresar con tu madre, puedes seguir viviendo aquí.

—¿No lo ves, Oliver? Yo estoy feliz contigo, con mi gente, esta es mi vida. No te atrevas a arruinar lo que es mío solo porque tienes una crisis. ¡Nunca te daré el divorcio! Y, ¿sabes qué?, veremos qué piensa tu abuelo cuando se entere de lo que quieres hacer, cómo quieres dividir su patrimonio. Él hará que vuelvas a tus cabales y te des cuenta de la equivocación que estás cometiendo.

—Adelante, si tenemos suerte le dará un ataque al corazón en medio de la noticia, así todos seríamos felices, ¿no te parece?

La escuchó jadear, pero él ya había tenido suficiente. Tomó la maleta y giró hacia la puerta.

—Haz lo que te dé la gana, llana, pero este matrimonio se acabó.

OLIVER SE ESTACIONÓ EN la parte trasera del bar de Nathan un par de horas más tarde, y tiró la puerta con fuerza antes de encaminarse hacia el *loft*. No quería hablar con nadie esa noche, de hecho tenía pensado ir a un

hotel lo antes posible, pero necesitaba las pinturas de Samantha, y le había pedido a su amigo que las sacara del apartamento antes de irse, ya que no le permitiría a Christian deshacerse de ellas.

Era enfermizo, pero necesitaba tenerlas, a fin de cuentas era lo único que le quedaba de ella.

Hizo varios viajes para meter los lienzos en una camioneta de la empresa. Cuando estaba terminando de acomodar la última tanda, la puerta del bar se abrió y Nathan salió con el ceño fruncido.

—¿Qué carajo, Oliver? ¿Qué haces aquí y por qué no me avisaste? Me siento abandonado —se burló y sonrió mordaz.

—Esta noche no, Nathan.

—¿Dónde está Sam?

Oliver suspiró y maldijo por lo bajo, la verdad no quería procesar nada de lo que había ocurrido en los últimos días y había tenido la esperanza de que su amigo estuviera distraído en la cama con Emma, pero Nathan era un trabajólico como él y era obvio que lo descubriría.

—No me vas a dejar ir sin aplicarme el tercer grado, ¿verdad? —preguntó Oliver, agobiado.

—Acércate un paso más a tu coche y llamare a Kyle y Simon para que te lleven adentro y te obliguen confesar.

Oliver suspiró resignado y caminó hacia el bar.

—Samantha está en Australia —contestó y Nathan frunció el ceño, después se rio, para luego verlo más confundido que antes.

—Vale, ¿cuál es el chiste? —preguntó, porque no era nada gracioso.

Oliver lo miró furioso y se dirigió directo al abastecimiento de whisky. Allí le contó todo su viaje infructuoso a Chicago.

—Hermano, eres la prueba viviente que el karma existe —le comentó Nathan, divertido.

—Y se pone mejor —le replicó Oliver antes de relatarle su visita a Ethan y su conversación con Ilana—. ¡Fue como clavarme un pedazo de metal ardiendo justo en el culo! —concluyó.

—Mira la parte positiva —le replicó—, si pagas todo el karma en esta vida puede que en la próxima no reencarnes como insecto. Pero esto hay que celebrarlo. —Salió corriendo a la bodega y, cuando regresó, tenía una botella de champaña y dos copas. Oliver puso los ojos en blanco, pero

brindó cuando su amigo le ofreció el tragó—. Y espera, tengo otro motivo de celebración en mi oficina. —Lo dejó solo por un par de segundos—. Aquí —le dijo Nathan mientras le colocaba una carpeta sobre la mesa y se apartaba un paso.

Alzó su cabeza para encontrar que su amigo lo miraba serio y expectante. Abrió la carpeta y quedó paralizado al ver un cheque y un documento legal.

—Puedes llevarlo con tu abogado, aunque creo que Christian hizo un buen trabajo. El cheque es por todo; tu inversión principal, los intereses y las ganancias. Joder, por primera vez veo lo rico que soy, eso es solo parte de mi patrimonio y no tuve que hipotecar nada.

Oliver levantó la mirada, confundido.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó en un tono de voz mucho más bajo de lo normal.

—Es un contrato de término de sociedad más un finiquito de tu inversión.

—No lo quiero —informó Oliver y se levantó del asiento algo afectado—. No tienes que devolverme nada.

—Toma el maldito cheque y revisa el contrato —le ordenó.

Él se quedó un par de segundos mirando los documentos para después sacar un bolígrafo.

—No tienes que firmarlo, eres un empresario, sabes que no puedes firmar nada sin leerlo —dijo con voz burlona, pero Oliver lo ignoró. Llegó hasta la última hoja y firmó en donde indicaban las equis, después tomó el cheque y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias, Nathan —bramó rápido para bloquear los sentimientos de pérdida que comenzaron a abrumarlo, el bar era el único sitio en Londres que había considerado su casa.

—¡¿Para dónde crees que vas, Oliver?! —le gritó y él se detuvo.

—Lejos de aquí. ¿No es eso lo que querías?

Nathan miró al cielo como si estuviese pidiendo paciencia y negó con la cabeza.

—No, imbécil, ¿he dicho esas jodidas palabras? —preguntó dando un paso hacia él—. Confieso que ignoré lo que Christian dijo, porque era una estupidez, pero después tú las repetiste y yo caí en la cuenta de que en verdad lo creías —negó con la cabeza—. De verdad te jodieron, Oliver. —Se acercó y apoyó una mano sobre su hombro—. Escúchame bien, tú eres mi

familia. La parte disfuncional que mi cuerpo tanto ansiaba —se burló pero al instante dejó de sonreír—. Sé que es un concepto bastante difícil para ti, con la porquería de familia que tienes, pero es algo que se puede aprender. Mira, te lo diré despacio, en un lenguaje que entiendas: *Nathan amigo de Oliver. Nathan no necesita dinero para calarse la mierda de Oliver. Nathan hacerlo por gratis.*

Lo empujó cuando empezó a carcajearse, pero un segundo después la mano de Nathan que seguía agarrándolo del hombro le hizo que se acercara y lo abrazó, con tanta fuerza que le dificultó respirar.

—Eres mi hermano, idiota. Siempre lo serás.

—Entonces, ¿por qué devolverme el condenado dinero? —le preguntó furioso—. Quédate con esa mierda, es tuya.

—Porque cuando yo necesité que me ayudaras, y no estoy hablando solamente de la inversión, tú estuviste allí; como cuando fui un desquiciado autodestructivo en mi etapa de juventud; fue tu apoyo lo que te hizo merecedor de mi lealtad, y ahora yo te devuelvo el favor, porque eres un jodido adolescente en el cuerpo de un adulto. Eso es la amistad. Pero como eres tan retorcido e imbécil piensas que lo hago por dinero o por una sociedad. Esto, el contrato y el cheque, representan un gesto o algo así, esa parte no se la entendí bien a Emma. —Arrugó la cara, un poco perdido—.

Tendrás que preguntarle eso a ella.

Oliver no pudo evitarlo y se carcajeó por lo ilógico de toda esa situación, y al imaginarse a su amigo anotando cada consejo de su novia.

—Sometido —gruñó antes de carcajearse de nuevo y vio a Nathan reírse.

—Eh, tuve una gran y larga noche de sexo a causa de esto; ¿a que no puedes decir lo mismo?

Oliver negó con la cabeza y caminó hacia la mesa donde habían estado. Cuando se sentaron de nuevo el ambiente se volvió más pesado.

—Apartando el tema llana y el soy completamente idiota y no tengo amigos... —Oliver puso los ojos en blanco por el tono, pero no lo interrumpió, era idiota, pero todo el gesto del dinero lo hizo sentir bien—.

¿Qué harás con tu abuelo?

—Mi abuelo es un hombre de costumbres, siempre lo ha sido —comentó vocalizando lo que había analizado en esos días—. En estos momentos está en la finca familiar, como hace cada año; porque allí está sepultada mi

abuela Cathy. Mañana lo visitaré.

—Suenas como un buen plan —murmuró y Oliver negó con la cabeza.

Sonaba como una porquería de plan, pero tenía que hacerlo, aunque conociendo a su abuelo, necesitaría armas para enfrentarlo y no sabía si podría conseguirlos.

—Te dignaste a aparecer —bramó su abuelo, cuando Oliver entró a su despacho sin llamar. Había llegado a la finca a media tarde del día siguiente, tal como le prometió que haría a Nathan. Caminó por la casa como si fuese dueño y señor de todo, ignoró a los sirvientes, bloqueó a todos los que se interponían para alcanzar su objetivo—. Eres una decepción, no pensaste en la vergüenza que hiciste pasar a la familia cuando el supuesto presidente de Aldrich-Millicent no fue a la fiesta de Navidad; casi escupía cuando tenía que forzarme a mentir por ti, espero que no se repita. Nunca más —ordenó al mismo tiempo que golpeaba la madera del escritorio.

Oliver se giró a verlo, repitiendo en su mente los mismos principios que había pautado para esa reunión: calma, frialdad y dureza. Lo cual era bastante difícil ya que al solo ver su cara el resentimiento y la furia lo invadían.

—Olvida esa idiotez del divorcio. ¡Los Aldrich-Millicent no se divorcian! —aulló golpeando de nuevo la madera, sin siquiera dejarlo hablar—. ¡Jamás! Te quedarás casado con Ilana y concebirán un heredero. Deja la idiotez y...

—Yo soy divorciado —le interrumpió con el tono más calmado que pudo conseguir, apretó sus manos en puño para calmarse.

—Esa mujer nunca fue considerada tu esposa —le respondió con tono más ahogado y amargado.

—Pero lo fue, por más que quieras negarlo —escupió perdiendo el control por un instante, odiaba que su abuelo fuese despectivo con ella, más después de lo que le hizo—. La botaste de mi apartamento como si fuera una ladrona, la expulsaste de la ciudad cuando vino a buscarme, la trataste como basura, una y otra vez. ¿Quién te otorgó el derecho de meterte en mis asuntos?

—Esa mujer es una codiciosa manipuladora y nunca fuiste capaz de verlo.

Oliver negó con la cabeza, porque vio con claridad lo que su abuelo se esforzaba en ocultar.

—Le temes, abuelo, admítelo, ella te aterroriza. —Sonrió con saña—. El gran Oliver Aldrich-Millicent se cagó tanto ante una mujer que tuvo que agredirla físicamente para demostrarle su fuerza.

—Esa mujer impertinente no quería callarse. ¡Tenía que aprender a respetar! —le gritó y Oliver perdió el control, se lanzó sobre el escritorio, tumbando computadora, papeles y demás, para agarrarlo por la solapa de su chaqueta y empujarlo contra la pared.

—¡Respetarte! ¿Golpeándola? —insistió mientras apretaba el agarre de su brazo como si fuera a asfixiarlo.

—¡Yo no fui quién la convirtió en su puta! —gritó Oliver I y él se apartó como si hubiese recibido un golpe.

—No, tú solo la volviste un maldito saco de boxeo —le dijo de vuelta y el abuelo arrugó la cara con su mirada llena de vergüenza.

El viejo se apartó de la pared y se pasó una mano por el cabello.

—No debí hacerlo —le dijo y Oliver lo miró sorprendido—. ¡Pero esa mujer no se callaba, insistía en decir mentiras y en defender lo indefendible!

—Samantha, ¡su nombre es Samantha!

—¡Es una basura blanca! —le espetó el hombre.

Oliver alzó su mano en forma de puño para golpearlo, su abuelo levantó su barbilla y lo retó con la mirada, sin pelear o defenderse. Él bajó la mano respirando hondo para calmarse.

—No la llames así, nunca más —le dijo aunque con cada palabra se ahogaba, le costaba articularlas debido a la cólera que lo recorría—, no me tientes porque juro que olvidaré que eres un viejo.

Oliver I bufó y se acercó hasta bordearlo.

—Eso es, ¿no? La prefieres a ella en vez de a tu familia; a una cualquiera, que no es de tu clase, que no tiene ningún tipo de educación ni vergüenza, que es capaz de meterse en la cama de un hombre casado, pero claro, lo vi desde el principio, una vividora no cambia, y esta es la mejor de todas, una total furcia.

Oliver se giró y le dio un derechazo tal que lo hizo caer contra el escritorio, pero de inmediato se maldijo por haber perdido el control.

—Te lo advertí —dijo botando casi humo por la boca—. ¡Ella es mi mujer

y la respetarás!

—No, Oliver, maldita sea, ¡ella no es nada y tú tampoco! —escupió el anciano, echando sangre de la boca y un poco falto de aire—. Eres igual que tu padre.

Oliver parpadeó por esas palabras, las había oído tantas veces en el pasado, y aún hoy, le dolían. Luchó tanto tiempo para no convertirse en lo que su abuelo decía, rogó por nunca ser como su padre, alguien capaz de abandonar a una mujer necesitada, alguien tan cruel que manipuló, jugó, dañó a una mujer inocente y la dejó con una responsabilidad que era de ambos.

—No —negó y se asombró de cuan poco le importaba—. Soy tu viva imagen, ¿no lo ves? —Se burló y su abuelo frunció el ceño—. Nunca he sido mi padre, jamás hubo más sangre podrida en mí que la tuya. Ethan era solo un bastardo egoísta, pero no engañó a mi madre. Ella siempre supo que estaba casado.

—Bryoni no sabía... —empezó.

—Creo que mi madre estaba tan desesperada de escapar de ti que no le importó nada —le dijo Oliver y se acercó hasta donde se encontraba el viejo, rodeando el escritorio—. Todos han estado desesperados por escapar de ti. Imagino que hasta mi abuela quiso hacerlo y agradeció al cielo haber muerto.

—¡No te atrevas a hablar de ella! —gritó y lo empujó con fuerza, provocado que su nieto chocara contra una pared.

—Yo soy todo lo que creaste, abuelo, tu imagen, tu heredero —continuó Oliver hablando en un tono plano, mientras veía como ahora era su abuelo quien se desquiciaba, y le gustó esa sensación, se sintió poderoso y libre ya que no tenía nada que perder—. ¿Por eso siempre me has odiado tanto? —indagó, la comprensión fluyendo en todo su ser como si siempre lo hubiera entendido y por fin escapara. Ya no podía dañarlo, no podía llegar a donde se encontraba—. Porque no podías creer que un bastardo tuviese cada uno de tus rasgos. ¡Felicitaciones, Oliver Aldrich-Millicent! Hederé todas tus maldiciones, fui un hombre malnacido incapaz de amar a alguien como se lo merece, ansioso por el poder y por controlar a los que me rodean. Soy tú, no mi madre ni mi padre. Eso es lo que más odias de mí.

Oliver lo miró con furia y emitió otro grito furioso.

—Nunca podrás ser un total Aldrich-Millicent, Oliver, ni mucho menos alguien como yo. No repitas eso.

—¿Qué sucede, abuelo? —se burló—. ¿Te estás quedando sin poder al no manipularme con mis defectos ya que los acepto de buen grado?

—¡Cállate, Lewis! —le gruñó, temblando de la rabia.

—¡No! Basta ya, estoy cansado de tu mierda, y por primera vez agradezco no llevar tu apellido, ¡porque por más egoísta que pudo ser mi padre nunca sería lo que eres tú!

—¡Eres un bastardo, Oliver! ¡Nada más!

—Lo soy ¿y qué, abuelo? ¿Tienes un maldito reemplazo para mí? ¿Tienes otro nieto para poner en mi lugar? —gritó Oliver tirando la silla de cuero contra el suelo.

—¿Quieres saber por qué siempre te detesté y luché sin descanso? ¿Por qué no podía soportar, y aún no puedo verte, mucho menos pensar en quererte? ¡Porque eres el resultado de un fracaso y yo nunca fracaso! —le gritó el anciano con fuerza—. ¡Tú y Bryoni lo son! ¡Siempre! ¡Cada vez que veo tu maldita cara, tus ojos, es una burla! ¡Una burla!

—¡Basta ya de esa mierda! —le ordenó Oliver, para que por fin se callara, y dejara de sacar su veneno.

—Jamás podrás ser lo que tienes que ser porque tu sangre es corrupta.

—Tú y tu estúpida idea de sangre.

—Tu madre es una bastarda también —le confesó y Oliver lo miró sin comprender—. Tu abuela nunca cumplió con su deber, no pudo retener un maldito embarazo —casi rugió—. Un hijo, eso era lo que necesitaba, pero ella no pudo dármelo. En cada uno de sus periodos, tu abuela se sentía más hundida y tu madre es el resultado de su desesperación. Tomé a una maldita mujer hasta que concibió y le entregué el bebé a Cathy para que lo criara como propio y fuera feliz. Tu madre fue un regalo para mi esposa. Pero como es una sangre de porquería, lo arruinó todo sin importar lo que me esforcé en enseñarle principios y valores, para que fuera la mujer que hubiese sido si Cathy la hubiese engendrado. En vez de eso fue a América y se acostó con el primer malnacido que se le puso por delante. Y después tuve que traerte a mi casa y criarte como si lo merecieras. A un bastardo, una basura que para seguir burlándose de mí tuvo que ir a buscar una golfa americana, cuando luché más que nada por eliminar todas las malas mañas.

He pasado toda mi jodida vida pagando por un condenado error; con dinero, con sangre y ahora con mi propio honor, ya que para resolver tus problemas tuve que rebajarme y golpee a la que llamas tu mujer. Eres un problema, Oliver, ustedes siempre lo han sido.

Capítulo 29

*Quise todo lo que nunca tuve,
como el amor que viene con la luz.*

*Sentí envidia y lo odie, pero
sobreviví.*

*Obtuve un boleto sin vuelta al lugar adonde van
todos los demonios, donde el viento no cambia y
nada jamás crece en el suelo. Un sitio sin
esperanza, solo mentiras, en donde te enseñan a
llorar contra tu almohada, pero sobreviví.*

Alive, Sia.

Oliver se había quedado frío por las palabras de su abuelo, por su expresión y lo que su confesión significaba. Era como si en verdad la vida fuese una serie de revoltijos y malas decisiones, incluso algunos patrones se repetían una y otra vez, aunque con mínimas variantes.

Cada palabra le hizo sentir más enfermo, ya que se vio a sí mismo decir las, cuando se repetía que Sam era una debilidad por lo que lo hacía sentir; usarla y acusarla por algo que no era su culpa, por incitar sus propias ansias, como si fuera un cabeza de turco, una excusa de ser humano para culpar aun siendo inocente, o peor, una mujer del siglo ^{xvii}, a quien quemaban por bruja solo porque un hombre la deseaba, o por ser pelirroja.

—¡Qué miserable se debe sentir ser tú! —murmuró, aunque más que una suposición era una verdad. Ya que lo había sido, por demasiado tiempo.

Se detuvo y negó con la cabeza. Estaba hastiado, y si algo le enseñó su abuelo, o por lo menos lo acababa de entender, era que uno mismo se volvía lo que decidía. Él había actuado como actuó toda su vida porque quiso, no por su sangre o herencia, sino por la persona que quería ser.

En ese instante vio su vida por dos vertientes, la que llevaba hasta ahora, culpando a su abuelo por su imposibilidad de convertirse en lo que deseaba, a Michael por quitarle el amor de la mujer que deseaba, a Samantha porque

no lo amó cuando él lo deseaba, a su madre por no elegirlo, su padre por no protegerlo, a todos menos a sí mismo; más bien se condenaba por lo que pensaba de los demás. Y allí seguiría si continuaba en ese mundo, en esa empresa que no era suya, en un sitio donde ansiaba desesperadamente pertenecer, pero que no lo hacía, con un hombre amargado que nunca le daría nada de lo que él deseaba.

Y vio la otra vertiente, donde —aunque sabía que toda la vida era una porquería—, también entendía que quien tenía que cambiar las cosas era él, no es lo que su abuelo, su madre, Samantha, su padre, Michael o cualquiera le hiciera, era lo que él hiciera con su vida para seguir adelante.

Así, tan sencillo y tan difícil.

Una epifanía que a su vez le causaba terror.

—Ya no más —susurró tocando su frente adolorida y se apartó un paso—. Renuncio a mi herencia, a pertenecer a esta familia que está más arruinada de lo que podría pensar, a la empresa. Ya no más —murmuró y se giró para irse, largarse de ese mundo para siempre.

—¡No te atreverás! —le gruñó su abuelo—. Eres una excusa de AldrichMillicent, pero eres mi heredero, Oliver, pasaste muchos años rogando por ese puesto, ahora te portas como un hombre y lo tomas.

—No —negó y se giró para encararlo—, pasé toda mi vida buscando lo que tú nunca ibas a darme. Tal vez es mi jodido destino ansiar algo de personas equivocadas. Creí que si luchaba lo suficiente tú me aceptarías como lo que era, pero eso es falso, nunca aceptarás lo que llamas un fracaso. He malgastado mi vida por esto, pero ya es suficiente, no voy a pasar toda mi existencia tratando de complacerte. Ya no más.

—Si sales por esa puerta, Oliver, te demandaré por lo que vales y lo que no —le gruñó, su respiración eran jadeos bruscos, desesperados—. Por cada negocio maltrecho, por no cumplir tus funciones, destrozaré tu reputación, te volveré incontratable para el mundo, y sabes que lo cumpliré, has visto cómo lo he hecho antes con mis enemigos. Sal por esa puerta y eso es lo que te volverás para mí. Y puedes decir lo que sea, pero sé que siempre has querido mi empresa, eso también estaría fuera de tu alcance. Te desheredaré.

Oliver lo miró y sonrió amargamente. «Te tengo», pensó aunque sin muchos ánimos. Ese era el abuelo que había estado esperando, el que venía

a enfrentar. De inmediato su expresión se volvió fría, la misma máscara que usaba en su trabajo.

—¿Bajo qué bases? En los últimos años la empresa ha tenido una rentabilidad de los mil infiernos, las cuentas están saneadas y todas y cada una de las operaciones han sido realizadas en forma legal. Esfuérzate un poco para ponerte a la altura, abuelo. —Se acercó a él—. Recuerda que no diriges la empresa desde hace años; de hecho ya no es la misma empresa de antes, no tienes trato con la mayoría de los contactos con los que manejamos los grandes negocios; decidiste fusionarte y el cebo que les pusiste para tentarlos fue tu propia debilidad. Con mi divorcio perderás una gran tajada de acciones y con ello control en la sala de juntas —concluyó y su abuelo golpeó la mesa con fuerza.

—Te atacaré por fraude, quiebra fraudulenta, incumplimiento de funciones y ¡cualquier mierda imaginable! —le gritó enfurecido.

—Igual no ganarás —le contestó Oliver con tranquilidad y el abuelo entrecerró sus ojos—. Y yo me regocijaré sin importar lo que me pase. Dame una excusa y te arrastraré al infierno.

—¿De qué mierda...? —preguntó incrédulo.

Tiró una copia de las fotografías de Samantha sobre el escritorio. Oliver I parpadeó al ver la imagen y lo miró con recelo.

—No tienes nada —le dijo su abuelo pero no sonaba muy seguro.

—Sabes bien lo sencillo que es destrozarse la reputación de una persona, abuelo, lo has hecho miles de veces. En un instante estás arriba y al siguiente arrastrado en el piso. Te juro que enviaré esa maldita imagen a cada uno de los periódicos amarillistas del mundo. Solo intenta arruinar mi reputación y yo destrozaré la tuya, ya lo estoy viendo: «El gran señor, orgulloso y respetuoso, es solo un vulgar maldito misógino que disfruta atacando mujeres indefensas». Y eso solo será el principio. —Su abuelo lo miró enfurecido, y Oliver sintió tristeza a pesar de todo, ya que lo había idolatrado por años—. Ya nada me importa, así que no tienes poder sobre mí, ni armarios dónde encerrarme o sangre corrupta con la que culparme, mucho menos mierda que decirme. No quiero que me aceptes ni ser como tú, porque lo he sido y es una total porquería. Y todo el respeto que podría tenerte se acabó al ver lo que le hiciste a ella. —Soltó una risa amarga—. Lo que le hicimos.

Su abuelo se quedó estático mirándolo y sonrió con expresión calculadora.
—¿No tengo cómo controlarte? —gruñó y golpeó el escritorio—. Todas esas amenazas sin sentido que tienes allí, Oliver, y se te olvida la única lección que nunca lograste aprender de mí —dijo con voz dura y él frunció el ceño en respuesta—. Actuar sin piedad.

Se tensó y su abuelo colocó las dos manos sobre el escritorio.

—¿Quieres que entremos en guerra, tú y yo? Te atreves a retarme, amenazarme y burlarte de mí en mi propia casa con tus juegos de niños. Pues siempre ten en claro que en cada guerra hay daños colaterales, tú quieres ir en contra de lo único que ahora me interesa, hazlo. Pero recuerda que tú tienes mucho más que perder —contradijo el abuelo. .

—¿De qué...?

—Tienes conocimiento y puede que dinero, pero nunca tendrás el poder que yo ostento, y jamás lo conseguirás porque tienes demasiados escrúpulos. — Lo miró con superioridad—. Está Joanna, tu hermana idiota con ese títere de esposo; está tu madre, ¿crees que cuando llegue el momento podrás arruinarme sabiendo que al hacerlo iras contra ellas? ¿Podrás llegar a tomar esa decisión? Yo lo haría sin pensarlo, ¿y tú?

Oliver sonrió, quería mostrarle que su amenaza no lo afectó en absoluto. Aunque no fuera cierto.

—Entonces estamos en guerra. —Su abuelo entrecerró los ojos, imaginaba que esperaba que con esas palabras iba a subyugarlo de nuevo. Pero no sería así nunca más—. Deberías considerar que cuento con una ventaja adicional, abuelo, a mí no me preocupa el tiempo.

Se giró y salió de allí ansiando huir de ese condenado sitio, de las palabras de su abuelo y lo que había descubierto. Una parte de él de forma estúpida quería agradecerle, le había hecho sentir esperanza, no era tan parecido a él como creyó. Se sintió libre de repente.

—Oliver, hijo. —Quedó paralizado al ver a su madre y su hermana paradas al final del pasillo del despacho.

—Maldición —murmuró al ver a Bryoni. ¿Cuánto habrá escuchado? ¿Sabrían todo? Las miradas perturbadas de ambas le hacían ver que eso era cierto.

—Madre —dijo con voz tosca, no podía evitarlo, no después de todo. Lo cierto es que había esperado no enfrentarla, no después de la conversación

con su padre.

—Joanna, déjanos por favor —le rogó Bryoni a su hija, y ella, aunque al principio pareció querer discutir, por último se apartó y caminó fuera de allí.

—¿Están todos aquí? —preguntó mirando alrededor temiendo encontrarse con la madre de Ilana.

—No, solo nosotras, queríamos adelantar los preparativos de la cena de Año Nuevo. Oliver... —Lo miro rogándole y él sintió que explotaba mientras se apartaba un paso.

—Para de mirarme así. Eso no va a cambiar nada. —explotó y a su madre se le humedecieron los ojos—. Lo único que ha hecho es atormentarme, hacerme sentir como una porquería porque sé que quieres algo que nunca he podido darte —le explicó y se preguntó si ese condenado día sería el de las confesiones—. Dios, odio todo esto —murmuró en voz baja y su madre se impulsó hacia atrás como si le hubiese dado un golpe.

—No digas eso, tenemos una buena vida —le dijo con voz triste y lo miró asombrada—. ¿Por qué discutiste con tu abuelo?

—¿No lo escuchaste? —le preguntó con tono mordaz y ella bajó la mirada.

—Deberías ir a disculparte, él no es un hombre para tener como enemigo — le susurró y Oliver la miró como si estuviera loca—. Yo quería que fuéramos por fin una familia, mi amor, y lo hemos conseguido en estos años, ¿por qué quieres arruinarlo? Ilana habló conmigo, no quiere divorciarse, si tan solo...

—No, ya no, Bryoni —le dijo lleno de resentimiento—. No tienes derecho, no puedes venir a pedirme cosas y a darme consejos. No puedes rogarme con tus ojos ansiando que te muestre amor y que te trate como mi madre cuando nunca te portaste como tal.

—Oliver, yo...

—¿Por qué, mamá? —le preguntó sintiéndose débil por todo—. ¿Por qué no me quisiste? ¿Era porqué ya no te servía?

—¡No! —gritó ella y se le tiró encima abrazándolo con fuerza—. Yo solo tuve miedo, Oliver, era tan tonta, y Ethan... Él me...

—No lo digas —le interrumpió y la apartó de su cuerpo—. Sé la verdad, madre, así que no sigas con el teatro. Hablé con Ethan, me dijo que siempre supiste que estaba casado, que todo el papel de víctima fue un engaño.

Su madre lo vio con dolor y giró la cara hacia la pared.

—Está bien, sé que no fui sincera con respecto a Ethan, él dijo la verdad, pero no entiendes, tu abuelo...

—¿Oliver I? Primero fue Ethan, después mi abuelo, ¿qué más? Porque yo conocí a una chiquilla una vez que abandonó todo lo que conocía para no hacerle daño a alguien a quien quería. Una niña a quien yo comparé contigo, pero nunca fue así, porque tú jamás arriesgaste nada por mí, ni te importé lo suficiente para luchar por mi causa.

—Oliver, no...

—No te estoy recriminando nada, madre —le informó pasándose la mano por su cabello—. Estoy agotado de querer culpar a los demás por mis problemas, es solo que aún tengo esa pregunta retumbando en mi cabeza. ¿Por qué Joanna sí? ¿Cómo pudiste abandonarme con él cuando sabías cómo era? Hiciste lo que hiciste para escapar del abuelo, pero me condenaste a lo mismo —dijo con sinceridad. Solo necesitaba una respuesta.

—Él quería un hijo, siempre lo quiso. Después de tenerte y que todo se viniera abajo, yo creí que al ser tú un varón no te trataría tan mal y tú nunca dijiste nada.

Oliver sonrió y negó con la cabeza, claro que no lo diría, la única vez que lo intentó su madre le preguntó a su abuelo y pasó tres meses sin verla.

—Lo siento, perdóname, por favor. Yo te amo, siempre lo he hecho. —Él se pasó una mano por su cara, agotado—. Tu abuelo también, es solo que no sabe decirlo o demostrarlo.

—No lo defiendas, no lo hagas. Me tengo que ir, madre —le dijo apartándose.

—Oliver —rogó y él se detuvo.

—No puedo, ya no quiero conformarme con palabras ni sentirme culpable por no amarte, porque lo cierto es que siempre hemos sido extraños.

Ella parpadeó y bajó la cabeza, antes de asentir y dejarlo solo. Oliver la vio partir y aplastó el deseo de que las cosas fueran distintas, y que ella hubiera insistido en pertenecer a su vida.

Capítulo 30

*Inseguro de ti mismo, ahora
te paras indeciso. ¿Cuál
camino te llevará allí?*

La última vez te caíste y te golpeaste fuerte, tus heridas han sanado ahora, pero aún ves tus cicatrices, sip. Aunque ahora no es igual que antes, has llegado muy lejos para renunciar, mi amigo. No te vayas como te fuiste la última vez, te destrozará cuando te caigas, no vuelvas a cometer los mismos errores tienes que creer en ti mismo esta vez.

This time, 3 Doors Down.

Oliver se encontraba sentado en una mesa del bar de Nathan, esta vez no estaba escondido, sino en el medio del sitio. A su alrededor todos celebraban y saltaban, incluso veía por un lado a Emma y a Nathan bailando como si estuvieran en una fiesta y no en su negocio, en una de las esquinas estaban Christian con Genna, él le sonreía como bobo y ella le robó un beso.

Bebió un sorbo de su whisky, se sentía en calma, su vida era una porquería, tenía amenazas de demandas; cárcel, daños a su reputación laboral, una mujer enardecida que no quería divorciarse y que lo atacaría de alguna manera.

Además estaba solo contra todos ellos. Pero eso estaba bien.

Nathan había insistido que bajara al bar esa noche, ya que era el final de su último año en el Infierno y el inicio de su primer año libre, que no podía pasarlo solo. Cuando había llegado brindaron con otra botella de champaña, que prometió tenía años reservada para ese momento.

Alguien se sentó a su lado y frunció el ceño al ver que era Christian. Ambos se midieron por unos minutos.

—Aún no me agradas —le informó por fin el abogado—, ni creo que la merezcas o que eres algo más de lo que he pensado hasta ahora.

—Yo todavía pienso que debiste haberme dicho la verdad sobre el cheque, y que estás enamorado de ella. Tampoco me agradas —contestó y lo observó sonreír. Se quedaron callados por un par de minutos antes de que Christian suspirara.

—Sam está bien —confesó y Oliver lo miró con atención—, hemos intercambiado *e-mails* y me dijo que estaba tranquila, mejorando. —Asintió, gratificado por la información—. También tengo que agradecer lo que hiciste por Bianca. La cuidaste cuando yo no podía y la ayudaste a cumplir todos sus sueños. Es más de lo que yo alguna vez logre conseguir con mi Bambi.

—Bianca es una buena mujer. Siempre me ha agradado —respondió, y lo miró confundido. ¿Para eso lo había buscado?

—No sé si lo sabes, pero después de entregarle el dinero a Oliver AldrichMillicent, pasé a trabajar en su nómina personal, así que tengo información que te interesa en tu guerra, ya que hay una persona a la que quiero arruinar más que a ti. —Lo miró confundido y Christian sonrió—. Bianca me contó sobre tu querido abuelo. —Abrió la boca para preguntarle cómo se enteró y el abogado le hizo una mueca burlesca—. Emma.

—Nathan es un jodido cotilla —se quejó—. No entiendo en qué podrías ayudarme.

—Imagino que tu abuelo te demandará hasta por tus calzoncillos, y yo te defenderé. Lo haré comer polvo, te doy mi palabra que no me detendré hasta hundirlo por completo. Solo Dios sabe las ganas que tengo de eso.

—¿Tú me representarás? —preguntó carcajeándose con sarcasmo.

—Estoy haciendo los trámites para poder ejercer en Londres, Oliver. Planeó asentarme aquí. No me malinterpretes, esto no lo hago por ti, tú eres mi herramienta para llegar a Aldrich-Millicent, ya que Sam me prohibió atacarlo por su agresión.

—Ella te lo hizo prometer porque pensó que me dañaría —murmuró Oliver y dio un sorbo a su bebida—. Estás libre de esa atadura. Además, en la declaración de guerra que hicimos se estableció que de mi parte habría más daños colaterales, quizá deberías preocuparte solo en protegerla a ella, ya que eso sí no puedo hacerlo. —Christian lo miró por lo que pareció ser un largo tiempo, con los ojos entrecerrados, como si analizara esas palabras.

—Seré tu abogado —declaró por fin—, conozco las idas y venidas de tu abuelo. Y tú conoces la empresa como nadie. Seremos un buen equipo.

Asintió y tomó un trago de su bebida sin poder refutar esa idea.

—Oliver.

Él alzó su cabeza para encontrar a Joanna frente a la mesa. Harold estaba

detrás de ella, asintió hacia donde estaba sentado en forma de saludo.

—¿Joanna? ¿Qué haces aquí? —le preguntó confundido—. ¿Cómo supiste donde encontrarme?

Joanna puso sus ojos en blanco.

—Esta es más tu casa que cualquier otro lugar, por supuesto que ibas a estar aquí. ¿Podemos hablar en privado un momento?

Oliver asintió, dejó a Harold y a Christian hablando nimiedades y guio a Joanna aparte. Pensó en salir del bar, pero al final decidió llevarla al *loft*. Cuando entraron la dejó deambular un poco curioseando mientras se sentaba en el sofá.

—¿Qué sucede, Joanna? —le preguntó cinco minutos más tarde.

—¿Sabes qué recordé una y otra vez hoy? —comenzó con la mirada fija en uno de los adornos sobre una mesilla, para evitar encontrarse con los ojos de su hermano—. Aquel diciembre que papá y mamá fueron a Paris por una semana y yo me quedé contigo y el abuelo en la finca.

Oliver frunció el ceño y después enarcó una ceja.

—No lo recuerdo —respondió sin entender bien de qué estaba hablando y por qué después de todo lo que había sucedido ese día, y de seguro había escuchado, ella escogió hablar sobre algo que sucedió muchos años atrás.

—Ese día tú estabas dentro de un armario, paralizado, mirando hacia al frente.

—Joanna... —trató de interrumpir imaginando a dónde iba. Ya que puede que no recordara ese diciembre, pero sí a ese armario

—No —le cortó a su vez—. Yo quería jugar a lo que tú estabas jugando y tú me rogaste que me fuera. Y yo, actuando como la niña malcriada que era, o más bien soy, te grité y te dije que si no jugabas conmigo le iba a decir a mamá que nunca te viera de nuevo y que no te quisiera más.

Oliver sonrió al oír esas palabras y al recordar ese día por fin.

—Olvídalo, yo tenía doce años. Yo sabía...

—¿Lo sabías? Puede que no —le interrumpió y lo miró por fin. Allí se dio cuenta que estaba llorando—. Ese día sigue retumbando en mi cabeza. Cómo saliste a jugar conmigo y fuimos a la caballeriza porque yo lo quise, y cómo él te encontró allí y te golpeó con la fusta porque, según él, me llevaste a un sitio peligroso. Durante todo el tiempo pudiste decir que fui yo quien te obligó hacerlo. También recuerdo cómo lo único que pude hacer

fue huir, dejarte solo mientras él te lastimaba.

—No hubiese cambiado la situación, Joanna, y no significa nada. Deja de pensar en cosas estúpidas —le dijo antes de acercarse y abrazarla—. Esto no puede estarle haciendo bien al bebé —comentó mientras acariciaba su espalda.

—Pero aún lo sigues haciendo, por eso te casaste con Ilana, ¿no fue así? De nuevo, protegiéndome, sacrificándote para hacerme feliz.

Oliver se tensó por esa definición, no había visto que se iba a dirigir hasta allí.

—¿Vas a empezar con lo mismo? —le preguntó él, apartándose para mirarla—. Ya te he dicho mil veces que no tienes que culparte por esa estupidez. No soy un héroe, Joanna. Tuve mis motivos para casarme con Ilana, y no te involucraban.

Ella acarició su mejilla y sonrió triste, aunque ya había dejado de llorar.

—No, no lo eres, aunque en mis ojos lo has sido muchas veces. Eres un hombre que necesita tener a alguien que lo proteja para variar y ya yo no soy una niña, no tengo que huir, puedo y estaré recibiendo todo contigo —le comentó y él la miró confundido—. Escuché lo que te dijo nuestra madre y los gritos con el abuelo, Oliver. Haz lo que tengas que hacer, yo te apoyo.

—Perderás tu herencia, Joanna —le dijo, y la abrazó con mayor seguridad. Ella se acurrucó contra él.

—Harold no es un idiota, hermano, tiene sus propios negocios y además, ¿cuánto dinero necesita una persona en su vida? —Oliver la miró sorprendido, pero Joanna puso los ojos en blanco—. Él y yo estaremos contigo, para lo que necesites, contra mi abuelo, contra cualquiera, al costo que sea.

—Harold es el hermano de Ilana. —Trató de reírse, pero los ojos entornados de su hermana lo detuvieron.

—Es mi esposo, él sabe dónde estará su lealtad, si no lo botaré de mi cama y...

—Bien —le interrumpió—, no quiero saber de la vida sexual de mi hermana. Verás, Joanna —le comentó con voz de maestro—, la vida sexual de las hermanas menores es como la muerte, sabes que está allí, sabes que llegará, pero no quieres pensar en ella.

Joanna se rio y él lo hizo a su vez, recibiendo un golpe en el estómago y

sintiendo que lo abrazaba de nuevo.

—Imbécil —le murmuró y él besó el tope de su cabeza—. Así que tú eras el trabajo de Sam en Londres, ¿eh? Debí imaginarlo. Por primera vez en años habías vuelto a ser tú mismo. —Lo miró y sonrió—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Él sonrió y asintió.

—Lo sé, hermana.

—Entonces, bajemos. Ya casi es Año Nuevo y a Harold le dará un patatús si no hacemos el conteo abrazados.

Se carcajeó por esa declaración, pero igual la permitió empujarlo, y guiarlo hacia el bar.

VARIAS HORAS MÁS TARDE, Oliver estaba acostado en su cama del *loft* sin poder dormir. Su mente era un tumulto de todos los acontecimientos de ese día y lo que vendría después. Giró para observar los cuadros de Samantha y, como siempre, encontró pinceladas nuevas, sentimientos nuevos. Le maravillaba y aturdí, además de aterrorizarle.

Se lamentó de nuevo por no haberla encontrado en Chicago, aunque en parte también lo agradecía, si antes no estaba ni cerca de intentar poder estar a su lado o de poder ofrecerle algo, en esos momentos era peor, aún faltaba mucho por hacer y por exorcizar, tanto en su interior como con sus nuevos problemas.

Al menos Christian le había dicho que estaba bien, recuperándose. Repitió las palabras del abogado, se tensó y se sentó sobre la cama.

—Oh, demonios, allá arriba alguien debe estar burlándose de mí. Jodido destino maldito e irónico —gruñó mientras se levantaba del asiento y encendía su *laptop*.

Un par de minutos después lo tenía frente a sus ojos.

Su cuenta de correo electrónico abierta en mensaje nuevo.

Los datos de Sam en el destinatario.

—¿Que harás cuando lo recibas, Samantha? —susurró antes de comenzar a escribir, consciente de que no le recriminaría si no contestaba, porque él había hecho lo mismo con ella, una y otra vez.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Paulina Cortez-Monroy, por ser capaz de editar con extrema paciencia mi mente y desvaríos, ayudarme con mis líneas, edición, lectura 0 y por analizar sus motivos antes de siquiera enviarla a la editorial. A Gine, por ayudarme, y estar siempre allí en mis libros y en mi vida, gracias porque sé que tú vida es un trabajo constante, y aun así me ofreces todo de tu contado tiempo para ellos. A Gisela, porque hasta las proyecciones astrales nos ayudaron. A Diana y a Kat, por su apoyo, palabras y críticas. Un agradecimiento a Selección Bdb, y muy especial a Lola, por su eterna paciencia y apoyo, gracias por todo, este libro no sería ni la mitad de lo que es sin esas dos cualidades; así como al personal detrás de la novela, por todo su esfuerzo. Y a ti, lector, por seguir en esta historia, y por querer continuar el trayecto de Samantha y Oliver; y como siempre, espero me hagan saber si les gustó o no.

Betzacosta

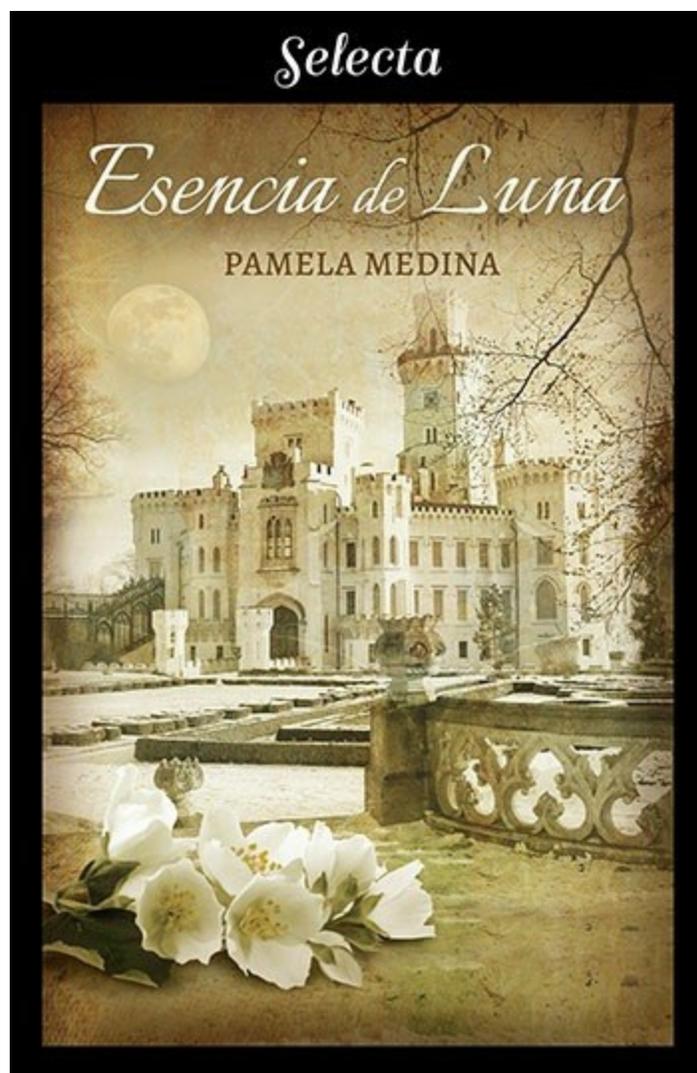
Si te ha gustado

Exilio

te recomendamos comenzar a leer

Esencia de luna

de *Pamela Medina*



Prólogo

Memorias de infancia - El legado

El cabello caoba trenzado de Francisca caía hacia un costado. «Trenza tu tristeza, mi niña... nuestro cabello es una red tan fuerte que es capaz de atraparlo todo», le decía su madre. Y Francisca así lo hacía. Cada vez que la angustia, los malos pensamientos o la melancolía se adueñaban de su

espíritu, pasaba horas trenzándose el cabello, sentada a la sombra que el tilo floreciente le brindaba. La trenza atrapaba las tristezas y el dolor quedaba en la madeja, sin alcanzar el resto de su cuerpo. Cantaba mientras el sabor amargo fluía entre los canales que la luna estampaba en su imagen de mujer. Cuando el viento norte soplaba con fuerza, desenredaba sus cabellos con dedos apurados y soltaba al aire lo que la angustiaba. Las ausencias continuaban, los huesos seguían doliendo, sin embargo, el cabello se preparaba una vez más para volver a sujetarlo todo. Lo que soltaba al aire se iba con él sin haber alcanzado su cuerpo; la trenza le quitaba el poder para cuando era liberado.

Largas décadas después —y ya convertida en doña Pancha—, Francisca seguía inmovilizando sus cabellos, entonces canos. Sus puntas rozaban la cadera, que los años impregnados de vida habían redondeado. Se movía con parsimonia en la precaria habitación. Sentada en la única silla decente de la morada, hojeaba un gran libro de recetas. Por momentos se detenía, tomaba algunas notas con lápiz de carbonilla, hacía hablar a los márgenes y asentía, mientras observaba los dibujos de pasteles acuarelas. La obra era tan rica en su encuadernación como viva en los papeles sueltos que se desperdigaban entre la misma. Los esbozos a mano alzada con tinta china eran nítidas imágenes de la realidad. Amarillentos documentos del compendio ancestral recogían cada especie. El legado de los *hênîa-kâmîare* continuaba vivo en esas páginas añejadas por el paso del tiempo.

A su derecha, un niño moreno de ojos vivaces y cabello oscuro machacaba lavanda en un mortero de hueso. El aroma que se desprendía, en cada movimiento forzado, inundaba la sala. Sentado en una rústica banqueta apoyaba su pequeña espalda en la pared asentada en barro y blanqueada con cal. El ceño fruncido y el rictus de los labios atestiguaban el esfuerzo y la concentración inocente en la tarea ordenada. El pequeño la observaba en la labranza, tan concentrada, tan sabia. Admiraba a la mujer rolliza que vivía en completa armonía con el universo. Su energía ya no coincidía con su espíritu que nunca flaqueaba manteniéndose altivo. Ambos trabajaban en silencio, a excepción de las preguntas o los pedidos propios de la labor. La luz de las velas encendidas al pie de la imagen de la Virgen de Luján, acompañaba el pequeño farol a querosene que les permitía trabajar, a pesar de lo entrado de la noche. Era la hora propicia, cuando la luna brillaba en el cielo, para

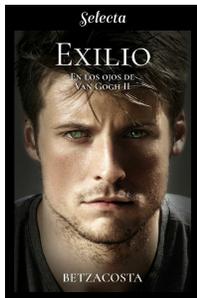
cumplir con la tarea. Los grillos, en la intemperie, cantaban acompasados con los que se encontraban dentro de la humildad del rancho. Doña Pancha se levantaba cada tanto. Pesada, lenta, abría las puertitas del aparador antiguo — único mueble de valor—, regalo de un remoto patrón. Retiraba algún frasco, leía su etiqueta, movía la tapa y lo apoyaba en la mesa. Olía con la mirada perdida, como si fuera a encontrar más allá, la vigencia del producto. Tomaba con sus manos un líquido o una cajita con pétalos de rosas y volvía a sentarse en la silla. Le echaba una mirada al niño, le sonreía con ternura y observaba la evolución de la faena. Los olores comenzaban a fundirse cuando el mechero se encendía. Escoger la fórmula, los elementos y las especies eran el primer paso del ritual. Cumplido, continuaba la cocción. Vetiver, alcanfor, rosas, tilo eran parte de las mezclas cotidianas. Vibraba la energía aromática de modo natural, como si se entremezclaran solas y bailaran en la atmósfera casera al compás de una música silenciosa. Las esencias, los jabones, los ungüentos y los emplastes eran algunas satisfacciones elaboradas en la industria improvisada. Improvisada en lo rudimentario, mas no en fórmulas que fueron recogidas, estudiadas y mejoradas a lo largo de ocho siglos. Ocho siglos de magia. Ocho siglos de alquimia.

En el estante superior del mueble, se concentraban las mezclas que necesitaban suspensión y que —gracias a la prolijidad de doña Pancha— especificaban las fechas de factura y los cambios de luna que debían pasar para que el compuesto se encontrara a punto de continuar con el próximo paso. Cada recipiente contaba con una etiqueta que detallaba los ingredientes de las fusiones. Ella sabía para qué potaje, emulsión o aleación la utilizaría luego. La elaboración no conllevaba fines económicos. Sin embargo, muchos lugareños se acercaban a comprar los efectos que doña Pancha y su nieto producían con fórmulas secretas antiquísimas. Las familias pudientes enviaban a sus sirvientes a adquirir los productos naturales que ostentaban sello de milagrosos. Cada producto era entregado con las indicaciones, horarios o frecuencia de su utilización. El beneficio de la anciana era el sentirse útil, sabiendo que lo heredado aún mantenía vigencia a pesar de la existencia de los productos industrializados, para quienes no habían podido desarraigar lo natural, lo genuino. La *Pachamama* continuaba generosa, esparciendo su savia transformadora desde el principio de los

días, en conformidad con el mandato aborigen. Nada hubiera podido ser sin su bendita esencia.

Quizás, y solo quizás, el espíritu de los *hênîa-kâmîare* permanecía vivo en la alquimia practicada por los últimos descendientes de la etnia, que inmortalizaban el legado.

“Cuando estés completamente sola, en ese momento sabrás lo que es sufrir de verdad”.



Esas fatídicas palabras seguían atormentando a Samantha Heller, años después de haber sido pronunciadas por el amor de su vida, cuando por culpa de sus acciones, lo perdió todo: familia, hogar, e incluso el sueño por el que había estado trabajando toda su vida, ser una artista reconocida. Ahora, en

Exilio, la segunda parte de la saga En los Ojos de Van Gogh,

tendrá la oportunidad de resarcir sus errores, y hará lo que sea para lograrlo, aun si el costo es demoler todo lo que ha construido.

Cuatro años atrás, Oliver había intentado ser el arquitecto de su propia vida, cambiando un objetivo impuesto, por otro anhelado. ¿El resultado? Ahora, ya lejos de Samantha, por fin tiene todo aquello por lo que alguna vez ha luchado: es el director general de Constructoras Aldrich-Millicent. Al conseguirlo, mostró cuánto valía a su abuelo Oliver Mayor. ¿Por qué

boicotear entonces una vida ya resuelta?

Es lo que descubrirán Oliver y Samantha en el trayecto de esta novela, cuando ambos, —en un país en donde ninguno se siente en casa— por amor o deseo, deciden convertirse en lo que siempre odiaron. Porque los expatriados no solo pierden su hogar, sino también parte de su identidad.

Betzacosta nació en Maracaibo, Venezuela, en el año 1984. Se licenció en Derecho, e hizo postgrado en Ciencias Criminológicas y Derecho Penal.

Es apasionada con la escritura y lectura desde muy joven, en especial con la novela romántica, ya que con ella se puede ver y mostrar los matices más puros en las emociones humanas, plasmados en las situaciones más cotidianas.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Betzacosta

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-18-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Exilio

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro Sobre Betzacosta

Créditos

